
Tortosa, finales del siglo xiii. El ocaso de los templarios se acerca.
Pero rendirse no es una opción cuando la fe
guía la espada y el honor la sostiene.
YO, TEMPLARIO
VERÓNICA MARTÍNEZ AMAT
istoría

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Prefacio

Primera parte. 1273-1278

I
II
III
IV
V
VI
VII

Segunda parte. 1284-1285

I
II
III
IV
V

VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI

Tercera parte. 1289-1291

I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X

Cuarta parte. 1308-1310

I
II
III
IV

V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Dramatis personae

Bibliografía

Notas

Créditos

YO, TEMPLARIO

Verónica Martínez Amat

istoría

A mi madre, por sus recuerdos.
A mi padre, por todo.

Cuando un hombre atisba su fin, quiere saber que su vida ha tenido algún sentido.

Gladiator, RIDLEY SCOTT, 2000

Prefacio

Creyeron que nunca sería caballero, que no honraría el apellido que portaba ni la sangre que corría por sus venas, que el destino no le auguraba grandes hazañas ni glorias.

Creyeron mal.

Los que así pensaron erraron en su tino, y Dios sabe —y que perdone mi falta de clemencia al jactarme de yerros ajenos— que yo me alegro de ello y que si pudiera lo gritaría por todos los rincones de la cristiandad, para que bien se enteraran los que dudaban de su valía.

Los que lo conocimos sabemos que fue un hermano de severo carácter, de pocas sonrisas y de cumplimiento estricto de las reglas que la Orden imponía, austero en sus afectos y parco en palabras. Pero, sobre todo, fue un hombre solitario. Y esa soledad no la penséis como mera palabra, sino como algo que se podía palpar tan pronto como te acercabas a él y a la sombra que lo acompañaba. Y aun cuando yo perseguía esa sombra para que me guiara en el camino, jamás llegué a cobijarme bajo ella, sólo pude ser ávido espectador y tragarme el resentimiento que me embargaba al saber que nunca alcanzaría ese grado de compromiso con el prójimo.

Porque yo no fui un hombre bueno ni piadoso, me doy cuenta de ello ahora en estos días en los que la senectud llama a mi puerta, y me faltó el coraje de intentar ser mejor hermano; aunque también

he de reconocer que Nuestro Señor sabe muy bien lo que hace y nos crea únicos y diferentes. Si no fuera así, qué aburrido sería este mundo terrenal que tenemos que hollar hasta que Él nos llame a su seno.

Como les decía, no fui un hombre todo lo decente que me hubiera gustado ser, y mis pecados —muchos y variados— dan fe de lo que digo y pagaré por ellos cuando llegue el momento de dejar este cuerpo atrás para que se convierta en polvo. Ello supuso que las aventuras que ambos vivimos en comunión no estuvieran exentas de disputas, en las que él se armaba de paciencia y yo de altanería, ni de periodos de absoluta decepción, en los que él se parapetaba tras un mutismo encarnizado y yo me amparaba tras un escudo de indiferencia que, en realidad, no sentía.

Empero, no quiero aburrirlos con las disquisiciones de este viejo gruñón, mejor será que les cuente la historia completa, la de él, la mía, la de aquellos otros que consagraron sus vidas a causas tan diferentes que a veces no logro comprender por qué se cruzaron en nuestro camino, si no es por la poderosa razón de que a todos nosotros nos esperaba un injusto e ingrato final.

Por cierto, no les he dicho mi nombre. Me llamo Sunifred, mi apellido no importa, pues no tengo raíces ni sangre que atestigüen mi nobleza, pero sí puedo declarar con orgullo que fui, he sido y soy, mal que les pese a muchos, un hombre, un hermano, un monje, un guerrero..., en definitiva, un caballero del Temple.

Primera parte
1273-1278

I

Casa de los Monrós, Tortosa, año 1273

Tras el tupido cortinaje que separaba la estancia principal del pasillo que llevaba hacia las cocinas, tres pares de ojos escrutaban con interés la escena que se desarrollaba en su interior. La sala estaba ricamente decorada, con muebles de maderas nobles y recias talladas por los mejores artesanos de la comarca; gruesos tapices ornaban las paredes dando una sensación acogedora a todo aquel que penetraba en tan ilustre casa, evocando paisajes de arboledas frondosas y riachuelos cristalinos donde orgullosos venados vigilaban los alrededores o hechos ya antiguos donde aparecían caballeros a lomos de enjaezados caballos de guerra prestos para la batalla. Al fondo, una chimenea en la que podía caber un hombre de pie aportaba el calor necesario para esa época del año.

Frey Gallard de Josa aguardaba con impaciencia en el centro de la sala. Irritado quizás por la tardanza del señor de la casa, uno de sus pies golpeaba rítmicamente contra la piedra del suelo. Mientras tanto, los tres pares de ojos espiaban cada uno de sus imperceptibles movimientos tras el denso cortinaje, sin perder de vista en ningún momento la puerta principal por donde tenía que aparecer el cabeza de familia.

—¿Quién es?

Un par de ojos más se había sumado a los que se ocultaban tras la tela. Los dueños de esos tres pares de ojos se volvieron

sobresaltados.

—Chisss —chistó el más bajo de los muchachos—. ¿Acaso quieres que nos descubran?

—¿Estás ciego, Hug? Es un caballero templario. Mirad con qué gallardía porta su capa blanca. ¿Y qué me decís de su figura? Es absolutamente irresistible...

—Siempre con tus bobadas, Ermesinda, ¿en qué estás pensando? Es muy viejo para ti —indicó entre susurros Blai, el hermano mayor —. Además, los caballeros del Temple no se desposan, sirven a Dios.

—¿Y tú cómo lo sabes?

La muchacha parecía decepcionada.

—Pues porque padre me lo ha dicho. Él confía en mí, por algo soy su *pinogénito*...

—Primogénito, Blai; se dice primogénito.

—¡Cállate, Hug!

—Eso, ¡cállate!

El hermano más pequeño, Pere, secundaba en todo momento al más mayor. Todos en la casa sabían que lo idolatraba y que imitaba cada una de sus acciones y palabras.

Hug suspiró con pesar, siempre era lo mismo. Chocaba contra el muro que formaban sus tres hermanos una y otra vez. Siempre había sido así, desde que tenía uso de razón.

—¿Y tú qué haces aquí? En las cocinas deben echarte de menos. —El tono burlón de Blai, algo que conocía muy bien, se hizo presente en el comentario. Hug se dio cuenta de que no debería haber corregido a su hermano mayor, su orgullo no le permitía aceptar sus propios errores y sabía que no se lo iba a perdonar. No se sorprendió cuando Blai siguió hablando—. O quizás no, porque he oído a la despensera quejarse de que el pan y el queso desaparecen cuando ella no mira y tú andas cerca. Dice, aunque no muy

convencida, que son las ratas las que roban las viandas. Pero yo sé que es un ratón. Uno gordo y asustadizo.

Las risitas de Ermesinda y Pere no tardaron en dejarse oír. A Hug se le agolparon las lágrimas tras las pestañas. Lágrimas de rabia y frustración al saberse siempre objeto del mismo tipo de burlas por parte de sus propios hermanos con respecto a su inevitable corpulencia. Pero no iba a permitir que lo vieran llorar. Se lo había jurado a sí mismo hacía mucho tiempo y no iba a incumplir tal promesa.

Por fortuna, en esos momentos la puerta principal de la sala se abrió dando paso a la imponente figura de su padre. Sus hermanos enseguida guardaron silencio y se ocultaron más tras la cortina, olvidando así a Hug y su gordura. Éste respiró aliviado. Las chanzas crueles de sus hermanos podían eternizarse cuando no tenían otra distracción. Así que, con la voz bronca de su padre de fondo saludando al recién llegado, dio media vuelta para encaminarse a su refugio, allí donde más le gustaba estar para esconderse del mundo, de las burlas de sus hermanos y de las exigencias de su progenitor.

Cuando cerró tras de sí la puerta del despacho de su padre, sintió que su cuerpo se relajaba al instante. Bajó los párpados y aspiró el peculiar aroma que le daba la bienvenida, a madera añeja y legajos protegidos por tapas hechas de fina piel de ternero, a alfombras que silenciaban las pisadas y al calor de los leños que crepitaban en la chimenea. Aunque su progenitor apenas usaba aquella estancia, siempre más atareado en cuestiones relacionadas con las armas y los caballos, los sirvientes siempre se encargaban de que, en invierno, el cuarto estuviera caldeado y dispuesto para el uso a capricho del señor de la casa. Hug se encaminó hacia los volúmenes que descansaban en una estantería que ocupaba la longitud de una de las paredes. Se alzó de puntillas hasta alcanzar el libro que había

dejado mediado el día anterior y se dirigió hacia el saliente de piedra bajo la ventana que, ornamentado con mullidos cojines, única pincelada femenina que le permitió su padre a su madre antes de que ésta muriera tras el parto de Pere, se convirtió en ese lugar especial donde Hug reposaba su trasero para deleitarse con la lectura.

No llevaba mucho tiempo inmerso en ensoñaciones cuando la puerta se abrió, dando paso a su padre seguido del caballero templario que el muchacho había visto mientras se escondía con sus hermanos tras el cortinaje de la sala principal. Acongojado, ya que sabía que se llevaría una reprimenda por haber entrado allí sin permiso, se encogió todo lo que pudo intentando pasar desapercibido como si de un mueble más se tratara, como si por encorvar su cuerpo fuera a esquivar la mirada incisiva de su padre que ya recorría la estancia comprobando que todo estuviera en perfecto orden para satisfacer al visitante y a su propia dignidad.

Hug vio por el rabillo del ojo que enseguida reparaba en él, y que el caballero, siguiendo la mirada de su anfitrión, también lo hacía.

—No os preocupéis por él, frey Gallard —oyó que decía su padre —, es mi hijo Hug, y siempre anda escondiéndose tras los libros en vez de dedicarse por entero a prepararse para ser un buen caballero y honrar su apellido sirviendo al rey en un futuro. Ésta debiera ser su obligación como segundo hijo de esta casa. Para mi vergüenza, en vez de la espada prefiere la pluma y no gusta de aplicarse en tareas que exijan algún esfuerzo físico, como ejercitarse con las monturas tal y como hacen sus hermanos.

Hug se encorvó todavía más al escuchar aquel reproche que, no por haberlo oído continuamente en los últimos tiempos, dolía menos.

—No todos están destinados a servir a Dios y al rey de la misma manera —escuchó responder al comendador templario de Tortosa;

palabras que, en cierto sentido, aligeraron un poco su carga.

Su padre musitó algo entre dientes que no alcanzó a discernir, seguramente, dando por zanjado el tema para no discutir con aquel caballero de porte galante que era su invitado. Hug sabía que, en cuanto éste se marchara, la ira de su padre caería contra él en forma de palabras hirientes y dolorosas. Su padre y su hermano Blai compartían el mismo rasgo en su carácter: no admitían el error, y menos verse corregidos, por lo que, cuando no podían descargar esa frustración en el momento de ocurrir, siempre encontraban luego la manera de resarcirse de la afrenta.

No tardó mucho en producirse tal venganza.

—Hug, haz algo de provecho y escancia un poco de vino para frey Gallard y para mí.

El muchacho se ruborizó, humillado al verse tratado como un mero sirviente. Sin embargo, agachó la cabeza, dejó el libro en el asiento bajo la ventana y se dirigió con paso sumiso hacia la puerta para cumplir con el mandato. Sabía de la decepción de su padre, quien nunca se cansaba de proclamar su descontento ante las escasas capacidades guerreras de su segundo hijo. Siendo Hug poco más que un crío de teta, lo obligó a montar en un destrero de mal carácter ataviado con unas protecciones para el pecho que pesaban más que el propio niño. Lloró todo el rato, asustado por la posibilidad de que aquel animal testarudo lo lanzara al suelo. Enfadado, volvió a repetirlo cada día con la esperanza de que el muchacho se acostumbrara a la montura. Y Hug lo intentó con todas sus fuerzas, quería ver en la mirada de su padre el mismo orgullo que notaba cuando contemplaba los logros de su hermano mayor. Y el miedo pasó, pero no así las burlas que entreveía en todo aquel que observaba la escena, viendo los infructuosos esfuerzos de aquel niño rechoncho y desmañado por manejar con soltura al animal. El

primero de ellos, su hermano, que no poseía compasión fraternal y reía a mandíbula batiente cada vez que Hug equivocaba cualquier movimiento. Eso hizo que se encerrara más en sí mismo y que la inseguridad guiara todos sus pasos. Lo que se vio reflejado también en el manejo de las armas con las que intentaban adiestrarlo. En poco tiempo, su padre dejó de prestarle atención y fue su hermano menor, Pere, el que acabó acaparando el aprecio del hombre, al igual que el primogénito. Hug fue relegado del conciliábulo familiar y sujeto a la soledad dentro de los muros de su casa. Y por esa soledad comenzó a frecuentar las cocinas, donde las sirvientas siempre le dispensaban alguna palabra amable y le daban a probar los ricos manjares que allí se preparaban.

Cuando volvió al despacho, los hombres se encontraban enfrascados en una conversación que mantenía sus rostros en severa concordancia. Hug se dedicó a servirles el vino y una fuente con frutas y queso, con la mirada baja y el oído atento.

—Agradezco vuestro apoyo en la consecución de nuestro proyecto. Recoger las leyes que rijan el futuro de Tortosa y llegar a un acuerdo entre todas las partes es primordial. Sois un hombre al que el pueblo escucha, sois el paradigma de un gran señor y vuestras hazañas de armas se han visto con buenos ojos. Creo que si lográis convencer a algunos de los hombres importantes de la villa de que se avengan a negociar con nosotros, pues los comerciantes y los artesanos están siendo huesos duros de roer, tendremos a un paso el acuerdo que tanto esperamos: un libro[1] que recoja las leyes y costumbres por las que todo tortosino deba regirse y acogerse en caso de necesidad o de conflicto.

—No es tarea fácil la que habéis emprendido —afirmó Monrós.

—Lo sé, y por eso recurro a vos y a todo aquel que pueda apadrinar nuestra causa. Los ciudadanos reclaman un documento

que regule los derechos por escrito que ya se les concedieron hace más de cien años con la Carta de Población otorgada a la ciudad por Ramón Berenguer IV, sobre todo en razones de justicia. Se han generado conflictos entre ellos y nosotros. Sé que muchos de mis hermanos quieren retener el poder que se nos dio sobre la parte correspondiente de la ciudad, compartido con los Moncada, y limitar la mano ciudadana en algunos asuntos, pero siendo consecuentes, y viendo el ambiente enrarecido que se respira en las calles de Tortosa, lo mejor sería que llegáramos a un acuerdo. ¿No lo creéis vos?

—Sin duda alguna.

—Hablad con los prohombres, os lo ruego, a vos os escucharán; los freires son cosa mía.

Monrós permaneció en silencio unos instantes, valorando las palabras del comendador. Hug, que permanecía absorto escuchando lo que allí se acababa de hablar, percibió que la cabeza de su padre bullía en cómo sacar beneficio del favor que le pedían. Nunca daba puntada sin hilo. Lo sabía por los años que llevaba observándolo desde el insignificante papel que se le otorgaba en aquella casa. Era ignorado por los demás, pero Hug siempre tenía el oído presto y la boca cerrada, virtud por la cual se había librado de ser el blanco de las jugarretas de sus hermanos, que no perdían ocasión en zaherirlo para su divertimento. Conocía los lugares donde ocultarse para no ser visto y tenía la capacidad de saber cuándo pasar desapercibido.

—Lo que me pedís entraña dificultades —habló Monrós una vez que hubo dejado de lado sus elucubraciones—, pero estoy dispuesto a hacer el esfuerzo si se me recompensa de alguna manera. —Frey Gallard se envaró por la osadía ambiciosa de aquel hombre, no obstante, hizo un gesto con la mano invitando a su anfitrión a continuar—. El Temple posee dos piezas de tierra con viñas en

Pimpí, y digamos que dichas tierras pueden ejercer cierto atractivo para mi casa. Si consideráis vender y el precio se ajusta a este vuestro amigo, mi interés por la causa que os ocupa crecería notablemente.

—Las tierras a las que os referís no valen menos de doscientos cuarenta maravedís.

—Cantidad considerable, sin duda. —El señor de Monrós mantenía una sonrisa amigable hacia su invitado, pero Hug sabía que detrás de sus labios, los colmillos se le iban afilando. Hubiera sido un gran mercader de no pertenecer a una noble familia—. Aunque estaréis de acuerdo conmigo en que mis esfuerzos para apoyaros bien merecen una rebaja en el precio. Quizás... un tercio.

—¿Un tercio...? ¿Hablamos de...?

El comendador tardaba en calcular la cifra y Hug, cautivado por lo que allí se decía, no pudo reprimir que su lengua fuera más rauda que su prudencia.

—Ochenta maravedís, señor.

La mirada que le dirigió su padre hizo que las piernas le temblaran. Había sido una falta de respeto poner en entredicho las capacidades con las cuentas del invitado. Se mordió los labios y agachó la cabeza, contrito. No vio así el aprecio por su correcta respuesta en los ojos del templario.

—¿Ochenta maravedís? Eso no es una rebaja, es un regalo —afirmó frey Gallard de Josa mirando con gesto franco a Monrós—. Esas tierras son muy productivas. No puedo considerar menos de 180 maravedís por ellas. Además, tengo que someterlo a votación del capítulo y los hermanos se opondrán a la pérdida de campos tan fructíferos. La uva que proporcionan es dulce al paladar y las cosechas suelen ser abundantes. Es imposible.

—Está bien, está bien... —dijo Monrós con un gesto apaciguador de sus manos—. Quizás con parte de los frutos tengáis a bien considerar mi ofrecimiento. ¿Qué os parece si a los ochenta maravedís le sumamos un tercio de la cosecha? Así mi bolsa no se ve afectada y los hermanos pueden seguir disfrutando de las delicias de esa uva.

El comendador rumió su respuesta durante largos minutos. Hug observó que su padre ocultaba su impaciencia con una sonrisa que aparentaba conciliación dibujada en su rostro. Pero al muchacho no lo engañaba. Sus puños apretados denotaban que al señor de Monrós se le estaba agotando la poca paciencia de que disponía.

Por fin, frey Gallard hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien, mi señor, acepto el acuerdo. —Su tono de voz era un tanto resignado—. Sin embargo, quisiera hacer un añadido a vuestra propuesta.

—Os escucho.

—¿Habéis pensado que vuestro hijo sirva a Dios Nuestro Señor? —preguntó el comendador mirando directamente hacia Hug.

El señor de Monrós abrió los ojos, sorprendido.

—¿Os referís a que Hug sirva al Temple?

—En efecto.

—Creo haberos hablado de las escasas dotes militares que posee mi segundo hijo, frey Gallard, y vuestra congregación necesita de caballeros que, no sólo sirvan a Dios con su devoción, sino también con su espada.

—No todos los freires tienen las mismas aptitudes. Un espíritu cultivado también es apreciado en nuestra casa. Sería de gran ayuda para este pobre soldado de Cristo con el ingente trabajo que le espera en la redacción del libro que pondrá fin a los conflictos con los ciudadanos de Tortosa.

En ese momento fue Monrós el que anduvo varios minutos cavilando sobre una propuesta que no acababa de creer. Ora miraba al comendador, ora miraba a Hug, y este último asistía como invitado sin voz no voto al devenir de su propio futuro, no sabiendo muy bien cómo sentirse.

Por fin, su padre carraspeó, aclarándose la voz para dictar sentencia.

—Sea —dijo, y así quedó sellado su porvenir con tan sólo once años.

II

En el camino de Benigánim a Llutxent, junio de 1276

Pedro de Moncada, orgulloso hermano de la casa del Temple de Aragón, cabalgaba a la vanguardia de la comitiva que se dirigía hacia Llutxent para combatir la nueva revuelta mudéjar. El sol caía a plomo en aquella mañana de junio. Lo venía haciendo desde que habían salido a uña de caballo de Xàtiva y la fatiga ya era patente en los rostros de los hombres y en el sudor que perlaba el cuello de sus monturas. Pedro iba con su hermano Guillem Ramón y con cerca de una treintena de templarios, todos dispuestos a entrar en batalla contra aquellos malditos moros que no daban tregua desde que muriera hacía pocos meses su caudillo Al-Azraq cerca de las murallas de Alcoi.

Pedro espoleó a su destrero y se acercó a García Ortiz de Azagra, que era quien comandaba las huestes cristianas por mandato del rey Jaime.

—Mi señor —dijo Pedro al ponerse a su lado—, el calor aprieta y andamos ya cerca de Llutxent. Quizás sería un buen momento para hacer un breve descanso y dar agua a las monturas.

Lo que Pedro ocultaba es que tenía una urgente necesidad de aliviarse.

Ortiz de Azagra valoró las palabras del freire y asintió con la cabeza. Poco después, a la orden de «unos minutos de descanso», la hueste hacía un alto junto a un bosquecillo a la vera del camino y

los hombres desmontaban para saciar su sed y la de sus monturas. Pedro se adentró entre matorrales y pinos hasta sentirse seguro de miradas ajenas y encontró el desahogo que necesitaba contra el tronco de uno de ellos. Mientras, tras retirarse la capucha de cota de malla para enjugarse el sudor, pensaba con preocupación en su buen amigo el rey Jaime. Se encontraba enfermo cuando supo de la nueva revuelta de los moros. Jinetes benimerines habían caído sobre Llutxent, saqueando todo lo que encontraron a su paso. Bravo como era y había sido siempre, quiso coger las armas y él mismo comandar la expedición; pero su hijo, el obispo Jaime Sarroca, su capitán Ortiz de Azagra y él mismo lo habían hecho recapacitar. Finalmente, había dejado en manos de Azagra la hueste, a la que se sumaron los templarios. En total, habían conseguido reunir cerca de doscientos caballeros y alrededor de quinientos soldados que salieron de Xàtiva para sofocar aquel nuevo ataque sarraceno.

Cuando ya había vuelto a acomodarse las calzas y el camisote y a regresar la capucha a su lugar, escuchó un sonido lejano que llamó su atención. Venía desde la parte más profunda del bosquecillo, en dirección hacia donde se ponía el sol. Con cautela de que todo el hierro que llevaba encima no tintineara, anduvo con paso sigiloso apartando los matorrales con la espada desenvainada. Al cabo, volvió de nuevo a escuchar un quejido y pareciole que provenía de la garganta de algún animal. Estuvo a punto de darse la vuelta, pues el tiempo apremiaba y no podía ser él quien retrasara la comitiva que se dirigía a Llutxent; sin embargo, la curiosidad, y que de repente sintió una especie de ruido ahogado, lo hicieron continuar. Poco a poco, el sonido le llegó con más nitidez. Sin duda, el animal quejoso era un cabrito, al que vislumbró entre las frondosas ramas de unos matorrales que le impedían el paso, empero, sus ojos captaron otro movimiento unos pasos a la izquierda del chivo que le hicieron

agacharse y, con cuidado, apartar con las manos protegidas por los guantes las ramas de espino del arbusto.

El cabrito balaba atemorizado sin atreverse a huir, a pesar de que la cuerda que le rodeaba el cuello pendía suelta y libre. Miraba con los ojos desorbitados a los dos hombres que, entre bufidos y maldiciones, intentaban inmovilizar a un muchacho de cabello oscuro que trataba de zafarse de ellos con denuedo, aunque de su cuerpo esquelético no manaba más fuerza que el ímpetu propio de la juventud.

—¡Os digo que no lo he robado! —gritaba el muchacho, al que uno de los hombres ya tenía sujeto por los brazos mientras el otro le agarraba de las calzas para hacerle caer al suelo—. ¡Lo encontré perdido a la vera del camino!

—No me tomes por necio, rapaz, que mi hermano te vio separarlo del rebaño desde lo alto del collado —dijo uno de ellos dándole un mamporro con el puño en la cabeza que dejó al chico aturdido.

Pedro, todavía escondido tras el matorral, se fijó en que los dos hombres mayores vestían la zamarra propia de los pastores y se hizo una idea de lo que estaba ocurriendo. Posiblemente, el muchacho había hurtado al choto en un descuido de sus guardianes y éstos lo habían perseguido hasta darle caza. Estuvo a un suspiro de darse la vuelta y volver junto a la hueste. Bien sabía él que si el arrapiezo era un ladronzuelo debía pagar por sus pecados y a él no debiera incumbirle el cómo. Si de ésta sólo se llevaba unos cardenales para el contento de los pastores, podría darse por satisfecho y así aprendería a no hurtar bienes ajenos. Peor hubiera sido que lo hubiera prendido la justicia, pues no se habría librado del calabozo y de algunos azotes con el látigo.

Sin embargo, el templario quedó donde estaba a la espera de acontecimientos. Había algo en la saña con la que le golpeaban

aquellos dos cabreros que le hizo desistir de su marcha. Más tarde, bendito sea Dios, pensó que había tomado la decisión correcta en ese momento.

El rapazuelo consiguió librarse de aquel que lo apresaba por los brazos mordiendo una de sus manos. El pastor, dando un alarido de dolor, soltó al bribón, pero antes de que éste pudiera escapar, le soltó un golpe con el puño en la boca que lo hizo hincarse de hinojos en el suelo. De sus labios, comenzó a manar sangre.

—¡Maldito moro bastardo! —exclamó el cabrero acariciándose la mano mordida.

—¡No soy moro, boñiga de cabra!

Los ojos verdes del muchacho miraron con ira al hombre al insultarlo, mientras por un lado de la boca ensangrentada, escupía lo que pareció un trozo de diente que debió rompérsele por el puñetazo.

El pastor le propinó entonces una bofetada que terminó por tirarlo al suelo cuan largo era. En ese momento, el cabrero que estaba a la retaguardia acabó de bajarle los calzones y, cogiendo su cayado, arrimó la punta entre las dos medias lunas del trasero del rapazuelo.

—*Ara veuràs el que li fem als que ens intenten fotre.*[2]

Pedro, de la casa de los Moncada, no esperó más. Apartando con un golpe de espada la maleza que le impedía el paso, irrumpió en la escena causando que todo movimiento se paralizara.

—Creo que el muchacho ya ha aprendido la lección.

Los dos pastores contemplaron sorprendidos a aquella figura salida de entre la espesura como si de una aparición divina se tratara. El juego de luces y sombras que creaba el sol al colarse entre las ramas de los pinos aumentó aún más esa sensación de irrealidad creada por la aparición de ese caballero cubierto por un manto de prístina blancura. Atemorizados, no dudaron en echar a

correr como si el mismo diablo los persiguiera, por lo que, rodeados de pino y maleza, sólo quedaron el chico, el cabrito y el propio frey Pedro.

—El hurto es un pecado muy grave, rapaz.

El muchacho, haciendo gala de una sorprendente soltura, se levantó de un salto mientras se subía las calzas sucias de tierra y hojarasca; los desgarrones evidenciaban que necesitaba ya de unas nuevas. Era de complexión menuda y de piel oscura, por lo que bien podría ser que los pastores no hubieran errado en su juicio al llamarlo moro. Podría ser, pensó frey Pedro, alguno de los muchos bastardos con mezcla de sangre que pululaban por los arrabales de las villas, a pesar de estar prohibido por la Iglesia que una cristiana yaciera con un sarraceno, o al contrario. Pero el mundo era complicado y se diversificaban los matices, no todo era blanco o negro, y la experiencia le decía a Pedro que la vida no se ajustaba a reglas ni patrones, por mucho que el hombre intentara controlarla.

—No lo he robado, señor, lo he encontrado solo vagando por las faldas de la montaña.

Su mirada era desafiante y, al contrario que sus rivales, no parecía asustado por la presencia del templario.

—A otro perro con ese hueso, bribón.

—Os digo la verdad.

—Y yo sé que mientes, pero no tengo tiempo para porfiar contigo —afirmó mirando a sus espaldas, le había parecido escuchar que alguien lo llamaba a lo lejos—. Coge tu cabrito. La fortuna te ha sonreído esta vez; aunque..., quizás la próxima no lo haga, Dios castiga a los pecadores recurrentes, estás advertido.

Dicho lo cual, se volvió e inició el camino de vuelta hacia donde se encontraban las mesnadas del rey Jaime.

—Gracias, señor —oyó la voz tímida del rapazuelo tras él.

—No me las des a mí, dáselas a Dios Nuestro Señor.

Y se apresuró a volver junto a la hueste apartando de su cabeza el lance con el muchacho. Vislumbrando entre las ramas de los pinos que el sol ya se hallaba bastante alto, alargó la zancada hasta llegar a donde su hermano Guillem Ramón sujetaba las bridas de su montura.

—¿Algún aprieto, hermano? ¿O algún apretón? Lo digo por la tardanza...

Pedro fulminó a Guillem con la mirada. Otros se hubieran acobardado por tal gesto, pero su hermano se limitó a reírse entre dientes y a azuzar al caballo. Las mesnadas ya marchaban hacia Llutxent y el calor era cada vez más insoportable. Si no llegaban pronto, el agotamiento haría presa en ellos y debían estar descansados para apagar de una vez aquellas malditas revueltas a las que los sarracenos eran tan propensos.

A menos de un cuarto de legua de Llutxent el sol caía a plomo haciendo hervir la piel de los hombres bajo todo el hierro y las protecciones que portaban. Pedro no podía enjugarse el sudor que se deslizaba hacia sus ojos por debajo de la capucha de malla. Su caballo echaba espuma por los belfos acusando también el cansancio y el calor.

De pronto, al pasar por un sendero con el que se rodeaba un pequeño altozano, sintió que algo enturbiaba el horizonte a la vuelta del recodo que formaba el camino con la elevación. Tensó su cuerpo. Sabía que algo no iba bien. Cuando quiso avisar de sus sospechas, unos gritos agudos de dolor comenzaron a escucharse alrededor de él. Divisó entonces a varios ballesteros sarracenos que disparaban sus saetas desde el altozano, mientras, de frente, aquello que enturbiaba el paisaje no era otra cosa que el polvo que levantaba un

ejército de benimerines —y que traía el viento— dirigiéndose hacia ellos.

Moncada se dio cuenta de que los superaban en número. Rondarían los quinientos jinetes y alrededor de tres mil soldados a pie. Y por la rapidez con la que se acercaban, sabía que venían frescos y descansados. No como ellos, agotados ya por la sed y el bochorno de ese día.

Poco pudieron hacer. Los moros arrasaron sin compasión a todo hombre que encontraron a su paso, dejando tras de sí un reguero de sangre y vísceras que tiñó de carmesí el polvoriento suelo valenciano.

Los templarios lucharon con denuedo, reagrupándose tras cada embestida. Pedro usó la lanza en primera instancia, y luego, tras dejarla hincada en el pecho de un enemigo, desenvainó la espada dando mandobles a diestro y siniestro con el corazón desbocado por el esfuerzo y el cansancio que en esos instantes acusaba. Poco más allá de su posición, su hermano se batía con furia, hasta que un virote le atravesó el muslo y cayó herido al suelo. Pedro trató de llegar hasta él, pero el número de enemigos parecía no menguar y pronto se vio sobrepasado. Los benimerines rodearon su montura y, aunque forzó al animal todo lo que pudo, fue imposible escapar de las manos que tiraban de él para derribarlo. Un golpe en la frente lo aturdió y, cuando se quiso dar cuenta, estaba maniatado junto a otros hermanos encima de una carreta vigilada, rumbo a un destino que preveía incierto.

Atrás quedó la mayor parte de la hueste comandada por Ortiz de Azagra, incluyendo al propio comandante, que dejaba su vida en el camino a Llutxent ese martes desgraciado. Los supervivientes del ejército cristiano fueron llevados a las mazmorras del castillo de Biar y, entre ellos, un Pedro de Moncada que, encerrado en una celda

separado del resto, pensaba una y otra vez en cómo había podido fallarle de tal manera a su gran amigo el rey Jaime, amén de funestas reflexiones sobre la suerte que le aguardaba, a él y al resto de los prisioneros.

Unos días después, siendo noche cerrada, la puerta de la celda se abrió. El freire se encomendó a Dios pensando que había llegado su hora. Musitó una plegaria y se puso en pie. Nadie iba a decir que un hermano templario se arredraba ante su destino, fuera cual fuera. Sin embargo, el moro que penetró en la estancia, tras conminarle a guardar silencio, lo guio por los pasillos estrechos y oscuros con la sola luz de una vela de sebo hasta que salieron al exterior del recinto por una poterna usada para tirar los desperdicios. Nadie los vio, aunque Pedro temió más de una vez que alguno de los guardias se diera cuenta de lo que ocurría.

Una vez fuera, el sarraceno señaló el camino que descendía hacia la libertad, instándole a marcharse.

—¿Quién sois? —preguntó Pedro antes de que su salvador se encaminara en otra dirección.

—Mi nombre es Abdalá Bloch, para serviros.

—Os agradezco vuestra ayuda, Abdalá. Os debo la libertad.

—No me debéis nada. He recibido el pago por hacer el trabajo y he cumplido mi parte. Marchaos cuanto antes, pronto asomará el sol por detrás de las montañas.

Pedro percibió que ya el cielo clareaba, pero tenía la necesidad de saber quién había sido el artífice de su liberación.

—Decidme quién os ha pagado.

Abdalá negó con un gesto.

—Preguntadle al muchacho —dijo señalando a una menuda figura que aguardaba junto a un árbol unas varas más abajo y de la que el

freire no se había percatado—. Me dio un cabrito a cambio de que os liberara, y mi familia tiene hambre.

El templario siguió con la mirada al sarraceno hasta que se perdió de vista y bajó hacia donde estaba su verdadero salvador. El joven esperó indolente hasta que Pedro estuvo a su altura. Ambos se miraron todo lo que permitía la escasa luz que teñía el cielo.

—¿Por qué? —fue la simple pregunta de Pedro.

—Porque favor con favor se paga —dijo alzando los hombros—, y porque quiero que me llevéis con vos. Quiero irme lejos de estas tierras.

—¿Por qué? —volvió a preguntar el templario.

—Porque aquí no me queda nada.

El freire miró largamente al rapazuelo y, tras pensar unos instantes, decidió que era justo ayudarlo.

—¿Cómo te llamas?

—Sunifred.

—¿Y tu apellido?

El joven se encogió de hombros.

—De acuerdo, Sunifred, vendrás conmigo.

III

Lugar de la batalla cerca de Llutxent, unos días después

«¡Aur, aur... Desperta, ferro! ¡Aur! ¡Aragón, Aragón!» Así debieron de sonar los gritos de guerra de sus compañeros almogávares que en ese momento yacían muertos en la polvorienta tierra cercana a la villa de Llutxent. Arnau podía sentirlo en los huesos y un escalofrío lo recorrió a pesar del calor. Apartándose un tanto del resto de la partida, vomitó entre unas matas. El olor que desprendían los cuerpos ya en descomposición de la hueste cristiana comandada por Ortiz de Azagra se había clavado en sus fosas nasales, aunque fue la imagen de las aves carroñeras picoteando la carne lo que le hizo descomponerse, amén de que a muchos les faltaban partes del cuerpo debido a las mordeduras de las alimañas que poblaban los montes de alrededor. Desde la altura a la que estaban, en uno de esos montes, el espectáculo era sobrecogedor.

El joven almogávar se limpió la boca con una manga antes de volver a acercarse a la partida de guerreros que habían acompañado a don Pedro Fernández de Híjar, el hijo bastardo del rey Jaime I. El monarca, al enterarse de la derrota de la hueste de Ortiz de Azagra, y a pesar de que su enfermedad lo tenía postrado en el lecho, decidió que tenía que ser él mismo quien comandara a los hombres contra los mudéjares. Y así lo hizo, no antes de mandar aviso a su

hijo para que partiera al tiempo con su ejército. Don Pedro llegó antes, encontrándose con aquel desolador paisaje de muerte.

Arnau sintió cómo las vibraciones de odio que podían respirarse en el ambiente se convertían en gritos de guerra. Don Pedro, arengando a sus soldados, y empuñando su fiera maza, espoleó su montura rumbo al campamento mudéjar para acometer su venganza. Arnau corrió y gritó como uno más, alzando la azcona ya presta para ensartar carne enemiga. Cayeron sobre el campamento con tal ímpetu, que ni siquiera los benimerines fueron rivales para ellos. Sajaron, mutilaron, destrozaron todo aquello, y a todo aquel, que encontraron a su paso hasta que muy pocos quedaron con vida. Con los últimos coletazos de la batalla, se escucharon unos clarines sonar desde la retaguardia. El joven almogávar los oyó como algo lejano, inmerso en su propia vorágine de sangre, mientras remataba con su *coltell*[3] a uno de los moros.

—¡Es el rey, Tella, ha llegado con sus huestes!

Arnau de Tella despertó de su encarnizada locura al escuchar la voz de uno de sus compañeros almogávares. Miró sorprendido a su alrededor, como si acabara de despertar de un sueño, y luego contempló sus manos, que goteaban sangre del enemigo caído, y comenzó a temblar. Era su primera batalla, la primera vez que le arrebataba la vida a un hombre en combate, y el miedo, ese que en aquel instante surgía pues los acontecimientos previos no le habían permitido pensar mucho, hacía su aparición en forma de temblor.

Como mejor supo, serenó su respiración y pronto los temblores dieron paso a un agotamiento como nunca antes había sentido, desterrando sus dieciséis años de vida anteriores hacia lo más profundo de su espíritu, allá donde guardaba al niño que había dejado de ser; pero al mismo tiempo, una euforia sin par le removía las tripas, casi de modo placentero, haciendo que se sintiera más

liviano. Abrazó a su compañero al ver ondear los pendones del rey Jaime en la lejanía. Aunque la contienda hubiera acabado, el orgullo de ver al monarca guiando a sus hombres a la batalla a pesar de su enfermedad llenaba de alegría a cualquiera. Los vítores comenzaron a escucharse y pareció que el campo de batalla se convertía en una fiesta.

Arnau veneraba a aquel viejo rey. Quizás porque su abuelo, Gonzalo de Tella, había batallado junto a él en la conquista de Valencia hacía ya treinta y ocho años, y decía con orgullo que era un monarca justo y valiente, que no se arredraba al luchar a la vanguardia de su ejército si así lo requería el lance. Ese apego de su abuelo hacia Jaime I debió de permanecer en su memoria esos años, pues no dudó en celebrar como el que más la llegada de sus huestes.

Aquella jornada y las siguientes las pasó recorriendo los montes en busca de aquellos moros sublevados que habían logrado escapar tras su derrota, hasta que volvieron a movilizar a las huestes para volver a Valencia.

Arnau no quería regresar a Valencia. Había escapado de una vida que no era para él, dirigiéndose hacia el norte, donde terminó junto a la partida de almogávares que, aunque siempre libres, se mantenían atentos a las necesidades de don Pedro Fernández de Híjar, el hijo del rey. Y lo había hecho porque no aguantaba más ser un esclavo en su propia casa en Ruzafa, una casa que el marido de su tía había convertido en su propio reino, donde él era el amo y señor de todo y de todos, empuñando con mano de hierro el látigo de la mezquindad, sobre todo en la tahona que regentaban tras la muerte de sus progenitores. La mala fortuna hizo que los padres de Arnau fueran asaltados mientras volvían del molino una tarde, cuando ya el cielo se teñía de malvas y el sol se ocultaba por el

horizonte, por una partida de desharrapados que lo único que querían era robarles la harina que al día siguiente serviría para amasar el pan de su establecimiento. Normalmente era su abuelo, Gonzalo, el que se ocupaba de tales menesteres, pero aquel día sus huesos se resentían por la helada de la noche anterior y sus padres decidieron que no podían esperar a que se recuperara. La carestía de alimentos en Valencia en aquel duro invierno fue el acicate que llevó a los bandidos a atacar el carro donde sus padres transportaban los sacos de harina ya molida, y bastó que el carro se adentrara por un camino solitario que a veces frecuentaban cuando la noche comenzaba a despuntar para que fueran asaltados. Más tarde, al ver que no llegaban a la tahona, su abuelo salió a buscarlos pese a que le costaba caminar: sus huesos viejos y las secuelas por las heridas de guerra que arrastraba desde sus tiempos de almogávar le daban cada vez menos respiro, sobre todo cuando el frío llegaba.

Los encontró ya muertos, a un lado del camino, tras unos matorrales espesos. La mula de tiro, el carro y todo su contenido habían desaparecido. Sólo quedaban los dos cuerpos, fríos, amortajados por el manto de la noche, su padre con una herida en el centro del pecho y su madre degollada como un miserable carnero.

Arnau, que tenía poco más de diez años, sólo pudo ver dos bultos tapados por una manta cuando Gonzalo volvió con ellos tras pedirle prestado el carro a uno de los vecinos. No volvió a verlos hasta que sus cuerpos fueron limpiados y dispuestos en una de las habitaciones de la casa para el velatorio. Y allí, el miedo que lo embargaba, y las lágrimas que cegaban sus ojos, sólo le permitieron dar un breve vistazo antes de que su abuelo se lo llevara al cuarto para que descansara.

Durmió, con ese duermevela intermitente de los espíritus que no están en calma, hasta que escuchó unas voces airadas. Todavía era noche cerrada. Temeroso de que los que habían matado a sus padres estuvieran en la casa —cosa harto improbable, pero así era su imaginación de niño—, salió de puntillas de la alcoba y se asomó por el hueco de las escaleras. Observó a su abuelo, que en ese momento vestía con calzas y pieles, como cuando iba de caza, metía su *coltell* en la funda de su cinturón y agarraba con fuerza la azcona que descansaba apoyada contra la pared.

—¿Te has vuelto loco, padre?

Su tía, la hermana mayor de su padre, se cruzaba de brazos frente a él, dispuesta a no dejarlo pasar.

—Haré lo que tenga que hacer —fue su respuesta.

Arnau miraba con admiración el porte de su abuelo. A pesar de los años, aún conservaba ese halo de dignidad de un guerrero que sabe que su mundo es el cielo que lo sustenta y las armas que lo acompañan. Había dejado la guerra cuando contrajo nupcias con su abuela Blanca, y ambos habían regentado la tahona hasta que su abuela murió de unas fiebres y Gonzalo decidió pasar el testigo a sus hijos. No obstante, en su juventud había sido un almogávar temido, un gran luchador, al que incluso el propio rey Jaime había tenido en cuenta. Quizás por su carácter austero, por su valentía o por esa mirada que lo hacía diferente al resto: una mirada bicolor que todavía en esos tiempos, cuando ya no era más que un viejo, lograba que la gente aún se persignara a su paso. Una mirada fiera que amedrantaba al que se le ocurriera desafiarlo. Y en ese momento tenía esa mirada.

—Déjame pasar, mujer, no te lo voy a repetir más.

La apartó con un brusco empellón y salió a la oscuridad de la noche. Arnau, todavía escuchando a hurtadillas, sintió como su tía

rompía en llanto y el marido, que había estado contemplando la escena sin meterse en la disputa familiar, no por decoro, sino porque le tenía miedo a Gonzalo, y eso Arnau lo sabía, musitó algunas palabras maldiciendo al anciano y condujo a su tía por el brazo hasta su alcoba.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que la puerta se abrió de nuevo. Arnau no se había movido del hueco de las escaleras desde que Gonzalo partiera, y, aunque quizás cabeceara un par de veces, sentía la necesidad de aguardar hasta que supiera que su abuelo estaba bien. No quería perderlo a él también.

Vio que una sombra oscura traspasaba el umbral. Apenas quedaba un hálito de llama en la vela que descansaba en la mesa de abajo. La sombra trajinó unos instantes moviéndose furtiva hasta que una nueva vela se encendió. Entonces Arnau pudo ver a su abuelo. Sus ropas estaban arrugadas y presentaban unas manchas oscuras que él no supo identificar en un primer momento. Fue al mirar su rostro, y luego sus manos, cuando se percató de que lo que veían sus ojos era sangre. Gonzalo venía de matar.

—Tus padres han sido vengados —dijo alzando la vista hacia el hueco de la escalera donde él se encontraba.

Arnau vio en esos ojos de mirada discordante la turbulenta pugna que se libraba entre el hielo y el fuego. Un vendaval de emociones, desde la ira y el odio hasta la conmiseración, que intentaban ocultarse tras el rictus inerte de su dueño. Se estremeció. Luego, asintió con la cabeza y volvió a su alcoba, dejando a su abuelo para que librara en soledad esa última batalla contra sus propios demonios.

Su abuelo había muerto hacía dos años. Algo le royó el cuerpo en los últimos momentos y, aunque luchó siempre bravamente, la enfermedad pudo con él. Fue entonces cuando comenzó la pesadilla

para Arnau. El marido de su tía, una vez libre del único que le impedía mostrarse tal y como era, se convirtió en el despótico señor de la tahona, sacando su verdadera personalidad. Cruel y despectivo, hacía trabajar a su esposa hasta que ésta caía extenuada, y Arnau no recibió mejor trato. Insultos, vejaciones e incluso alguna que otra bofetada o patada fueron el castigo que tuvo que soportar durante un año, amén de que lo hacía trabajar como una mula al tiempo que él se dedicaba a la tarea de tomar el sol sentado junto a la puerta de la tahona mientras departía con uno u otro vecino. Arnau intentó hablar con su tía varias veces, pero ella era renuente a criticar a su esposo. Y lo reprendía cada vez que él lo hacía. Veía el miedo en sus ojos tan pronto como trataba de conversar con ella. Cuando quedó encinta, se postró en la cama y fue él quien se encargó de sacar adelante la tahona.

Pero llegó el día en el que todo se precipitó. Arnau estaba cargando unos sacos de cereales, llevándolos al interior de la casa mientras maldecía su mísero destino, en el que ni un rato de ocio se le concedía, cuando su supuesto tío llegó tambaleándose. Probablemente, se había gastado en vino el jornal del día anterior. Comenzó a criticar su forma de cargar los sacos y su lentitud al hacerlo, hasta que intentó darle una patada cuando pasó junto a él. Arnau la esquivó y, toda la furia que llevaba dentro surgió desbordada. Dándose la vuelta, le dio tal puñetazo que cayó de posaderas al suelo. Comenzó entonces una pelea en la que ambos se enzarzaron a golpes, arañazos y mordiscos hasta que los gritos de su tía se abrieron paso en sus conciencias. La mujer había conseguido levantarse, a pesar de su estado, al escuchar el alboroto, y pedía explicaciones. Estaba muy agitada, y se sujetaba la prominente barriga con muestras de dolor. Arnau no recordaba todas las mentiras que aquel individuo había dicho en su contra, pero sí la

mirada de desprecio que le dirigió su tía y las últimas palabras que le escuchó decir:

—Si pierdo al niño que espero por este alboroto, yo misma me encargaré de que tu vida sea un infierno, perro.

La sonrisa de triunfo mezquino que entrevió en los labios del cabeza de familia hundió todavía más el puñal que acababa de lanzarle su propia tía, sangre de su sangre.

Poco después, mientras oía a sus tíos cuchichear en la alcoba, recogió con sigilo las cosas que su abuelo le había legado: se vistió con las ropas del anciano, que le venían todavía un poco grandes, enfundó el *coltell* y asió la azcona con rabia, saliendo por la puerta de la tahona con la promesa de no volver a Ruzafa jamás.

Y en esos instantes, siguiendo a las huestes del rey Jaime de vuelta a Valencia tras sofocar la revuelta de Llutxent, se preguntaba por qué iba de camino a la tierra que juró no volver a pisar.

Sin embargo, la desgracia les vino a buscar ya cerca de Alzira, cuando el monarca comenzó a sentirse mal a menos de una legua de la villa. Una vez que llegaron, el ejército acampó a sus puertas esperando noticias de la salud del rey. No necesitaron más respuesta cuando escucharon las campanas tocando a muerto. El rey Jaime moría tras su largo reinado. La enfermedad no le había perdonado el esfuerzo que hizo para arribar con sus huestes a Llutxent.

Arnau, apesadumbrado al escuchar la nueva, rezó una plegaria por el alma del monarca, y otra para que la escuchara su abuelo y, allí donde estuviera, cuidara de que el Conquistador tuviera su merecido descanso.

Poco después, a pesar del futuro incierto que le aguardaba, Arnau, junto a una pequeña partida de almogávares, dejaba atrás tierras valencianas para buscar nuevos horizontes en los que encontrarse a sí mismo.

IV

El mismo día en Costauçan, Occitania, Francia

Dos figuras encapuchadas avanzan por las calles oscuras de Costauçan, un pequeño pueblo elevado muy cerca de Rennes-le-Château. Hasta hace bien poco ha estado lloviendo, y el agua ha traspasado sus capas, humedeciéndoles la piel bajo sus ropajes. Tras dejar los asnos con los que llevan todo el día viajando en manos de un tabernero a las afueras de la población, que les ha prometido que resguardaría a los animales de las inclemencias temporales, han proseguido a pie sin más palabras que el intercambio de unas monedas y la promesa de que estarían alimentados hasta su regreso.

No quieren demorarse mucho. La Inquisición tiene ojos y oídos en muchos lugares y su disfraz de peregrinos podía resquebrajarse en cualquier momento, a pesar de que es habitual ver romeros que transitan por la zona del sur de Francia en busca del camino que los llevará hasta el sepulcro del apóstol en Santiago de Compostela, para arrodillarse en la tumba del santo y pedir por sus pecados o para el alivio de sus dolencias. Ellos han aprovechado la circunstancia para convertirse en dos más de ellos, al menos hasta que culmine la misión que les ha traído a la ciudad.

Arriesgan la vida. Lo saben y lo aceptan, porque no han podido sustraerse a la demanda de Raymond d'Alayrac, figura conocida

entre los fieles —los pocos que quedan— de su Iglesia y miembro muy loado de la comunidad.

La luna permite un instante asomar su halo plateado entre los jirones de nubes que ya están deshilachándose, poniendo fin al tiempo borrascoso que los ha acompañado hasta entonces. Deben darse prisa, se juegan la vida si alguien los ve. Apresuran entonces el paso y llegan a su destino unos minutos, largos minutos, después. Golpean la puerta de manera queda, arrimándose apretados al dintel, buscan el resguardo de las sombras que proporciona el saliente del tejadillo de la casa, evitando así que a cualquier insomne le dé por asomarse por una ventana y los vea.

Un hombre maduro que ya peina alguna cana en las sienes abre la puerta. Detrás, una mujer más joven, con una toquilla echada por los hombros para tapar pudorosa su camisola de dormir, sujeta temblorosa una lámpara de aceite. Tiembla, si no ya por el frío, sí por el miedo que le produce la situación.

—Os ruego que paséis —les urge el anfitrión, al tiempo que cierra la puerta tras ellos. Es Raymond d'Alayrac—. Os estamos muy agradecidos por vuestra piedad.

Ambos asienten con la cabeza, pero no dilatan la entrada con las cortesías habituales, con el paso de los minutos arraigado en sus mentes.

—Llevadnos ante la mujer sin demora, Raymond, el tiempo apremia.

Solícito, el hombre los conduce hacia la parte trasera de la casa con rapidez, donde, tras quitar la barra de hierro de la puerta del fondo, los hace salir a un pequeño huerto de suelo embarrado. Las pisadas al contacto con el lodo hacen succión y un *plof* hueco se escucha cuando lo cruzan. Guían sus pasos hacia la izquierda hasta

alcanzar una cancela de madera que los separa de la huerta de la casa vecina.

Raymond mira de derecha a izquierda para comprobar que no hay luces en las viviendas colindantes que puedan denotar actividad a esas horas de la noche y prosigue el camino hasta la puerta trasera de la casa. Poco después, acceden a una estancia donde sólo el pábilo de una vela proyecta una escasa luz que mantiene el lugar en penumbra.

Dos mujeres los aguardan; una sentada en una silla cerca de la única fuente de luz, dedicada a separar con dedos temblorosos algunas legumbres de sus vainas para depositarlas en un cuenco que mantiene en equilibrio sobre su regazo. La otra, una anciana con el rostro apergaminado, dormita en un exiguo catre improvisado envuelta en una manta.

Al sentirlos entrar, la más joven trata de levantarse para honrar a sus visitantes, con la mala fortuna de que olvida el cuenco de su regazo y éste cae con estrépito al suelo, rompiendo el silencio de la noche. Por un momento, todos quedan paralizados por el sonido, cerrándose los pulmones al aire, concentrados en los añicos del cuenco a sus pies, con el miedo dibujado en el rictus tenso de sus bocas. Como si el mal se hubiera hecho presente, atraído por la transgresión de desperdiciar comida en el suelo.

—Pero qué torpe eres a veces, Helís.

La voz de la anciana suena más fuerte de lo que se considera prudente en esas circunstancias. Aun así, los demás dejan que el aire retenido en sus pulmones vuelva a fluir.

—Lo... Lo siento, madre.

A la joven se le han llenado los ojos de lágrimas, pero ni una se desborda. Se agacha con diligencia y comienza a recoger el estropicio que ha causado.

—Deja eso, niña —la vuelve a reprender Jordane—. El tiempo vuela y estos buenos hombres vienen desde muy lejos para proveer de consuelo a esta vieja antes de partir hacia otra vida. ¿No es así?

—Así es, señora.

Los perfectos[4] están sorprendidos por la lucidez de la anciana, sobre todo por el tono fuerte y sereno de su voz, aunque su cuerpo escuálido y su rostro cerúleo den visos de que el final no anda muy lejos.

—Sea entonces, cuando gustéis.

La mujer se incorpora un poco en el catre mientras su diligente hija le acomoda la almohada. Raymond observa con una media sonrisa la pelea que ambas mantienen en ese fútil menester. Siempre ha sido así; él las conoce bien, han sido vecinos desde que él se casara, y sabe que detrás de sus cotidianos tira y afloja sobre cuestiones menores —en los que la anciana parece mandar, creyendo que se sale con la suya, y la más joven tiene una manera sutil de ser siempre la vencedora, permitiendo creer a su madre que se ha plegado a sus deseos—, se esconde el profundo amor que sienten una por la otra. Su amistad con ellas es sincera. Forman parte de esa comunidad clandestina a la que se vieron abocados tras la caída de Montsegur, hacía ya más de tres décadas. Todos creyeron que aquellos que profesaban su fe, a los que llamaron cátaros, albigenses, y otros nombres que ahora no recordaba, había sido erradicada. Pero no fue así. Los supervivientes se vieron obligados a huir y esconderse de la persecución empecinada de la Iglesia y de su férrea mano: la Inquisición. En Francia fue muy virulenta la batida que llevaron a cabo para exterminarlos y todavía se podía oler el humo de aquellas hogueras alimentadas con los cuerpos de muchos buenos hombres y mujeres de su comunidad. Sin embargo, los que sobrevivieron lograron esconderse esperando tiempos mejores,

predicando en silencio su fe a grupos reducidos en las viviendas de aparceros o artesanos, mientras protegían a todos aquellos errantes que llevaban la palabra de lugar en lugar a pesar del peligro. Algunos buenos hombres, jóvenes en su mayoría, regresaron para tratar de devolver la palabra al rebaño. En sus faltriqueras guardaban todavía pedacitos de pan bendecido por los perfectos.

Jordane le había pedido a Raymond que se le suministrara el *consolamentum*[5] antes de morir y él no pudo negarse. Tuvo que recurrir a un buen amigo, influyente dentro de la comunidad, para lograr que algún perfecto acudiera a imponer sus manos sobre la anciana. Pensaba que las últimas voluntades de cualquier persona eran de una importancia vital para la transición hacia otra vida y puso su empeño en facilitar el encuentro para ofrecerle a la mujer ese consuelo que demandaba a pesar del peligro que se cernía sobre ellos. Al fin y al cabo, su relación traspasaba los límites de la amistad, ya que Jordane se había convertido para su esposa en la madre que tanto añoraba, y Helís, en una hermana paciente y cabal de las frustraciones de su mujer.

«Es injusto que no podamos practicar nuestras creencias en libertad —piensa Raymond mientras se dispone a apartarse a un lado para que los perfectos inicien la ceremonia—. Es injusto.»

Los perfectos comienzan su prédica una vez que todos se han arrodillado; la anciana se entrega a Dios, al Evangelio y es consolada y recibida por su Iglesia con el rito de imposición de manos y el libro sobre su cabeza. Después, Raymond y las dos mujeres murmuran «benedícite» para expresar su adoración a Dios y a su palabra mientras se transmite la paz. Tras la ceremonia, Jordane y Helís hacen su promesa a los perfectos:

—Desde este momento, me entrego a Dios y ya de mi boca no saldrá juramento ni mentira alguna; no comeré nada graso, excepto

aceite y pescado; y mientras viva pondré todas mis fuerzas al servicio de nuestra Iglesia.

—Por mi parte —añade la más joven—, prometo que protegeré a mi madre y a los buenos hombres con todo el valor de mi corazón.

Una vez que todo termina, Raymond alarga un poco más la partida. Los perfectos se han despedido rehusando las monedas que Jordane ha intentado entregarles como compensación por el esfuerzo realizado para venir esa noche pese al peligro y el consuelo que le han concedido con su presencia. Y aunque ha insistido varias veces, ellos se han negado otras tantas, y han acabado marchándose para recoger los asnos y volver a ponerse en camino antes de que las primeras luces del alba asomen por el horizonte.

—Gracias por todo, mi buen Raymond —dice Helís—. Sin ti no habría sido posible.

—He hecho lo que todo buen hombre debe hacer. Nada más.

—Y Dios te recompensará por ello. Sé que lo hará.

—Ambas lo sabemos —tercia Jordane—, y tenemos la certeza en nuestro corazón de que aquello que tú y tu esposa buscáis desde hace tiempo pronto se os concederá.

Una suerte de tristeza y escepticismo asoma a la mirada del hombre otorgándole un aspecto desvalido.

—En eso queremos creer...

—Haz caso a esta vieja, amigo mío, y borra la incredulidad de tus ojos. La proximidad de la muerte me da la lucidez necesaria para creer en los milagros; y te digo que ese hijo que tanto esperas pronto llegará, aunque yo no esté aquí para verlo. Nuestra Iglesia necesita de fieles que la hagan perdurar en el tiempo y Dios no va a dejarnos desamparados.

Tras dictar su sentencia en forma de augurio, Jordane posa la cabeza en la almohada de nuevo y pronto se dejan escuchar unos

suaves ronquidos desde su posición. Es entonces cuando Raymond se despide en voz baja y sale al huerto para volver a su casa. Al traspasar la puerta, la primera luz del día incide en su rostro y logra que, de golpe, la pesadumbre que hasta ahora lo ha acompañado se desvanezca. Permite unos instantes que el calor del sol le acaricie con sus rayos. Poco a poco, una corriente a través de sus extremidades le hace sentirse renovado y da gracias por esas pequeñas dádivas que el Altísimo les concede cada día. No sabe si el vaticinio de Jordane será posible, pero esa bella luz que ahora lo envuelve le da algo por lo que vale la pena luchar: esperanza.

V

Monasterio de Santa María de Poblet, año 1278

—*Cuius anima, per misericordiam Dei, sine fine requiescat in pace. Amen.*[6]

—Amén —contestaron todos los presentes.

Con estas palabras le dieron el adiós definitivo al rey Jaime, en una ceremonia solemne dentro de los muros de Santa María de Poblet, siguiendo así los deseos del propio monarca de descansar en el monasterio para toda la eternidad.

Una vez que el cuerpo fue inhumado, los asistentes formaron corrillos en el exterior de la iglesia, en el bello claustro de construcción severa, pero adornado con variados capiteles de hojas alanceadas, palmetas sencillas o entrelazos, y una suerte de arquería apuntada que envolvía los arcos abiertos en los laterales que permitían que la luz del patio iluminara cada rincón.

Pedro de Moncada todavía tenía el corazón encogido por la despedida de aquel que no sólo fue su rey, sino también su amigo, rumiaba su pesar por no haberlo podido asistir en sus últimos momentos al encontrarse preso de los moros en Biar. No llegó a tiempo tras su huida del castillo y, cuando quiso pisar Valencia, el monarca ya había pasado a mejor vida. Jaime murió en la Casa de la Olivera, como nombraban al palacete real donde a veces se refugiaba el rey, una torre de imponente figura junto a la ribera del

río Júcar y donde dio su último suspiro, no antes de tomar los hábitos de san Bernardo, como era su deseo, y haber abdicado en su hijo Pedro, al que hizo prometer que no tendría pendencias con su hermano Jaime y a quien dirigió unas palabras en las que le instaba a seguir el camino del bien y los mandamientos para que el Altísimo lo colmara de parabienes, tal y como a él le había ocurrido.

Sunifred, algo más apartado pero cerca de su señor, observaba con curiosidad a todos los presentes, obnubilado por los ostentosos ropajes de algunos, la sobriedad de otros y el singular sitio en el que se encontraba, con sus capiteles ornados y las grandiosas bóvedas que coronaban los techos. Nunca había estado en un lugar así. Ni en sus mejores sueños habría creído que él, un descastado, hijo de una ramera que se vendía por un mendrugo de pan y de un padre del que nunca supo ni su nombre, porque lo más seguro es que fuera uno de tantos de los que pasaron por el lecho de su madre, se vería entre aquellas paredes y con los prohombres más destacados de Aragón. Y todo gracias a que frey Pedro lo había acogido bajo su ala, dándole una mejor vida de la que le hubiera esperado, una vida de manos vacías, dispuestas a hacer lo que fuera por llevarse algo a la boca.

Ahora era una persona nueva y daba gracias al cielo por haber tenido la fortuna de cruzarse con aquel caballero en las inmediaciones de Llutxent, y haber tenido el buen tino de seguir a los moros cuando frey Pedro fue apresado. Siempre fue un muchacho de recursos y supo aprovechar el lance en cuanto tuvo la oportunidad. Ahora era un novicio al servicio del Temple y, según palabras del de Moncada, quizás en un año se convertiría en sargento, asegurándose así un plato caliente cada día. De su anterior vida sólo le quedaba el diente partido, presente de aquellos

pastores malencarados, y el ingenio para saber sobrevivir si las cosas le venían mal dadas.

Siguió a frey Pedro en su ritual de cruzar palabra con unos y otros de los presentes, siempre a un par de pasos por detrás de él, observando y aprendiendo de ese nuevo mundo que se abría ante sus ojos.

—Ahí está frey Bernat de Rocamora, el comendador de Tortosa —dijo Moncada, señalando a un grupo de caballeros que departía en una de las esquinas del claustro—. Debo hablar con él.

Sunifred se fijó en aquellos hombres tratando de averiguar quién era el mencionado. Sabía que su señor andaba metido ahora en una lucha de poderes dentro de la misma Orden, una lucha que no se dirimía en un campo de batalla habitual, con el enemigo enfrente y la espada en la mano, y donde el único credo era matar o morir por la gloria de Dios. Ahora la contienda era otra, más oculta y sibilina, donde ningún contendiente mostraba su verdadera fuerza a simple vista, sino que utilizaba otras armas más propias de la inteligencia que del vigor del cuerpo. Frey Pedro quería ser nombrado maestre provincial del Reino de Aragón, y para ello tenía que utilizar sus dotes políticas y sus artes diplomáticas con astucia, sutileza y no menos brío que si estuviera aupado en su corcel frente a una hueste sarracena.

Siguió al de Moncada concentrado en que no se le escapara detalle. A pesar de su juventud, era sabedor de que la información, por nimia que pareciera, era vital en un mundo siempre en guerra. Y no hablaba sólo de los enfrentamientos entre reyes o señores por creencias, riquezas, tierras y poder. También el día a día conllevaba choques hostiles con la vileza del entorno, con la avaricia de sus congéneres y con sus intentos de sobrevivir. Lo había aprendido desde niño, cuando correteaba por las callejas de Llutxent

buscándose la vida, sólo que, hasta que conoció a frey Pedro, no pudo ponerlo en perspectiva.

—Frey Bernat siempre ha sido un hombre ambicioso, amén de que está en muy buenas relaciones con los nobles más destacados de Aragón —fue contándole Moncada mientras se acercaban al lugar donde el mencionado departía con otros caballeros—, y ha llegado a mis oídos que no ve con malos ojos el puesto de maestre provincial. Ya ha sido comendador de Mallorca y, ahora, lo es de Tortosa, pero no se conforma con este destino y dicen que aspira a causas mayores. Además, no le gustó nada que se firmara el *Llibre dels Costums* que dio más privilegios a los tortosinos; se opuso fervientemente y así se lo hizo saber en su momento a frey Gallard de Josa, hombre más conciliador que codicioso, porque mermaba el poder de la Orden en la ciudad. —Sunifred seguía las explicaciones de su mentor muy atento, captando los matices irónicos de sus palabras—. En verdad que frey Gallard le hizo flaco favor al Temple; puedo entender sus razones, aunque no las comparta, porque no es fácil estar siempre en franca disputa con la comunidad que se dirige, atendiendo las demandas y quejas del pueblo y de los señores, siempre en favor, o en perjuicio, de unos o de otros. Aunque si él y sus predecesores hubieran tenido más miras de futuro, en vez de ver a los Moncada como enemigos, hubiera sido quizás mejor llegar a acuerdos entre las dos señorías.

Algo de resquemor se apreciaba en las reflexiones de Moncada cuando hablaba de Gallard de Josa. Era bien conocida la rivalidad que siempre había existido entre la familia de frey Pedro y los templarios, ya que ambos regentaban el señorío de la ciudad del bajo Ebro que les otorgó el conde Ramón Berenguer tras arrebatarle la ciudad a los moros hacía más de cien años, y ésta se agravó durante las negociaciones para conformar el códice de *Les Costums*.

Sus pleitos por rentas y posesiones fueron frecuentes en esos últimos años y los Moncada vieron como su poder disminuía, amén de que, frente a la riqueza en progresión del Temple, las deudas habían roído las arcas de la familia noble hasta un punto casi insalvable. Y frey Pedro, aun siendo un caballero templario convencido, por ser también un Moncada a veces rumiaba con amargura el pesar por las penurias económicas de esa rama de su familia.

—Sin embargo, lo hecho, hecho está, y frey Bernat debe asumirlo. De seguro que considera que un destino más adecuado para su valía habría sido alguna de las encomiendas de primera línea, como Miravet o Monzón, pero no siempre llueve a gusto de todos. Aunque quizás... —El hermano Pedro frenó un poco el paso, pensativo—. Quizás no sería mala opción ofrecerle un alero más grande donde resguardarse de la lluvia y que olvide el lugar donde brilla el sol.

Sunifred sonrió de medio lado, mostrando la mella de su incisivo, al escuchar las últimas palabras de Moncada. El ingenio del caballero era digno de admirar: si conseguía que a frey Bernat de Rocamora le asignaran la administración de una encomienda más rica y poderosa, el fulgor de la nueva tarea eclipsaría por un tiempo su mente y frey Pedro tendría un contrincante menos con el que dirimir la pugna por el más suculento filete del plato. Ser comendador provincial le abriría las puertas de los escalones que ascendían hasta el cénit de la Orden.

—Tú me entiendes, ¿verdad, muchacho?

—Por supuesto, frey Pedro, vuestra fortuna siempre será la mía.

—Me alegro de que lo tengas tan claro porque tengo planes para ti en estos tiempos que se avecinan.

—Mientras no me falten viandas con las que llenar el buche y una manta para las noches frías, podéis disponer de mí para lo que

gustéis.

—Muchacho insolente —le dijo el freire tras soltar una carcajada por el desparpajo del que siempre hacía gala aquel joven díscolo—, ¿no sabes que nuestra Orden se rige por la austeridad y el ayuno? —Sunifred se encogió de hombros como si aquello no fuera con él—. Sea, bellaco, te prometo que nada te ha de faltar —le confirmó con una sonrisa—, aunque tendrás que cultivar el arte del disimulo ante los demás. No creo que esto sea un problema para ti. Pero... ¿qué digo? Mentecato de mí, si estoy hablando con el príncipe del disimulo, ¿o tengo que recordar aquel cordero que llegó a tus manos por divina providencia?

La carcajada del caballero fue esta vez más estentórea que la anterior al ver la sonrisa mellada de su pupilo, quien no hacía gesto alguno para ocultarla. Al contrario, parecía orgulloso de sus proezas pasadas.

Tras ese momento de distensión, el de Moncada recuperó su seriedad habitual y volvió a dirigirse con paso firme hacia su objetivo. Sunifred se dio cuenta de que Bernat de Rocamora, al verlo avanzar hacia él, torcía la boca unos segundos antes de recuperar la compostura, ocultando el gesto detrás de su tupida barba oscura.

Cuando alcanzó su objetivo, frey Pedro saludó a todos los presentes y luego dirigió sus ojos hacia Rocamora. Ambos hombres se calibraron con la mirada antes de asentir con la cabeza a modo de saludo.

—Hermano Bernat, el Señor le concede a este siervo la alegría de vuestra presencia, me place veros con tan buena salud, aunque sea en tan tristes circunstancias.

—Que el Señor acoja a nuestro amado rey Jaime en su gloria.

Ambos hombres se recogieron unos instantes en señal de respeto y sus labios murmuraron una corta plegaria.

—Celebro ver que hoy nada os ha impedido darle el último adiós a vuestro amigo —dijo Rocamora tras finalizar el rezo—. Fue muy triste que no pudierais asistirlo en su postrer aliento.

Sunifred sintió que frey Pedro se tensaba a su lado. A ninguno de los presentes le pasó por alto aquella pulla con la que Rocamora les recordaba la ausencia del de Moncada en los momentos finales del monarca. Y, aunque no había sido culpa suya al hallarse preso de los moros en Biar, de todos era sabido que el caballero no se perdonaba a sí mismo aquella falta. Rememorar el suceso era algo que dolía y que ponía en entredicho su lealtad, y el hermano Bernat acababa de aprovechar ese punto flaco a su favor.

—Estoy seguro de que nuestro soberano habrá sabido perdonar a su amigo tal falta; no era hombre rencoroso, bien que lo sé, y ya habrá disculpado mi ausencia por tratarse de causas en las que no tuve ningún control.

—No me cabe duda —afirmó frey Bernat, aunque el matiz de su entonación se acercaba un tanto al sarcasmo.

—Me lo dice el corazón —dijo Moncada obviando el tono del que tenía enfrente—; y nuestros años de amistad me dan derecho a afirmarlo.

Con sus palabras, frey Pedro minimizaba el comentario de Rocamora y recordaba a los presentes, quienes asistían al lance con la boca cerrada y los oídos prestos, que él había sido, no sólo amigo, sino consejero, confidente y mano derecha del monarca durante muchos años.

Un silencio espeso, que duró unos segundos pero que a Sunifred se le hizo más largo, se cernió sobre sus cabezas. Al cabo, los demás caballeros se dispersaron y sólo quedaron los dos templarios, Sunifred y un novicio alto y fornido de cabello castaño, más o menos de su edad, que debía de ser el paje del comendador de Tortosa.

—Y decidme, frey Bernat, ¿cómo os va en Tortosa? —se interesó Moncada rompiendo ese silencio, tragándose la bilis que debía de corroerle—. He oído decir que vuestra encomienda goza de gran vitalidad en estos últimos tiempos.

—Sin duda, no podemos quejarnos. Dios, en su infinita sabiduría, ha considerado concedernos aquellos dones que da la tierra y el río.

Los dos hombres comenzaron entonces una charla intrascendente que dejó de interesar a los más jóvenes. Se limitaron a permanecer quietos, unos pasos por detrás de los caballeros, hasta que alguien anunció que se serviría la comida en el refectorio para los que habían acudido a la inhumación del rey. Pero esta invitación no incluía a los muchachos ni a los pajes o sirvientes de los caballeros, que se vieron relegados a permanecer en el patio mientras un monje les daba una sopa aguada en un cuenco y un mendrugo de pan.

Sunifred dio cuenta enseguida del frugal condumio y se lamentó en voz alta:

—No es justo; mientras nosotros nos conformamos con esta sopa insípida, ellos deben de estar disfrutando de ricas viandas.

—Comed vuestro pan con silencio —le recriminó el novicio fornido que acompañaba a Rocamora, haciendo uso de las palabras adscritas a una de las reglas que regían la Orden.

—¿Quién sois vos para reprenderme?

—Soy Hug de Monrós, novicio de la encomienda de Tortosa —dijo el muchacho con orgullo mal disimulado—, y os reprendo porque nuestra Orden se rige por los principios de ayuno, abstinencia y gloria a Dios Nuestro Señor. Ni siquiera le habéis dado gracias al Altísimo por el yantar que acabáis de terminar.

—Pues bien, Hug, novicio de Tortosa, no parece que seáis muy afín a alguna de esas reglas. No hay más que veros.

La sonrisa burlona que desplegó mostrando la mella de su diente hizo que al otro joven novicio se le sonrojara el rostro de rabia contenida, derramando algo del caldo que aún le quedaba en el cuenco al dejarlo en el suelo para levantarse de donde se hallaba sentado. Los ojos le chispeaban de furia.

—¿Qué... qué queréis decir?

—Digo que andáis tan sobrado de carnes que dudo de que sigáis esas reglas de las que tanto os enorgullece ser el paladín. —Sunifred oyó que el otro musitaba algo por lo bajo—. ¿Qué habéis dicho?

—Bastardo. He dicho que sois un bastardo —repitió Hug en voz más alta mirándolo a los ojos.

Las manos le temblaban.

Ahora fue Sunifred al que se le desfiguró el moreno rostro por la cólera. La tensión turbaba el ambiente del patio. Muchos de los que allí se encontraban dejaron de prestar su atención a la comida para dirigir la vista hacia ellos.

—¡¿Qué sabéis vos de mí?!

—Yo no sé nada, sólo lo que se oye por ahí.

—Puede que hayáis oído que mi madre no es una mujer virtuosa —dijo apretando los dientes mientras se acercaba con largas zancadas hasta quedar a escasos pies del otro muchacho, quien, por cierto, le sacaba una cabeza—, pero irá al cielo igual que la vuestra porque hizo lo que hizo para que su hijo sobreviviera. Santa y puta, ¿qué os parece, santurrón seboso? ¿Creéis que vuestra madre tendría ambos títulos si se diera el caso?

No lo vio venir. Un puño de hierro se estrelló contra el costado de su cabeza dejándolo aturdido momentáneamente. Sin embargo, su experiencia de años en tales lides lo hicieron reaccionar raudo, lanzándose contra el vientre orondo de su contrincante con todo su peso. Los dos acabaron en el suelo dándose golpes y patadas y,

aunque el de Monrós era más fuerte, el joven moreno hizo gala de una rapidez inusitada al esquivar muchos de ellos.

—¡Basta! —se oyó a alguien gritar—. ¡He dicho que basta!

Sunifred se vio alzado en volandas y apartado de un empellón sujeto de un brazo. Hug hacía esfuerzos tirado en la tierra del patio mientras las manos de dos sargentos intentaban ayudarlo a levantarse.

—¡Qué demonios...! —blasfemó, revolviéndose entre los brazos de quien lo retenía.

—Cierra la boca, bellaco, no me obligues a castigarte.

—Pero, frey Pedro...

—He dicho que te calles.

El joven escupió saliva sanguinolenta al suelo tras morderse la lengua para no desobedecer al caballero. Le dolía la cabeza y sentía que uno de sus ojos palpitaba. Posiblemente, al día siguiente tendría un bonito cardenal del que presumir.

Su contrincante no estaba mejor que él. De su boca manaba un hilillo de sangre y se veían arañazos que le afeaban el rostro todavía aniñado.

—¿Qué ocurre aquí?

Frey Bernat de Rocamora llegaba en esos momentos con paso airado.

—Cosas de muchachos —refirió Moncada quitándole importancia al asunto.

El comendador templario evaluó la situación y de un simple vistazo comprendió lo que había ocurrido.

—Creo que alguien debe disculparse por interrumpir nuestra comida —sentenció mirando a ambos muchachos—. ¿Hug...?

El joven bajó la vista, volvió a sonrojarse, esta vez de vergüenza, y musitó una disculpa generalizada.

Luego, Rocamora dirigió la vista hacia Sunifred y aguardó. Pero éste no pensaba darle el gusto. Sin embargo, pronto tuvo que tragarse su orgullo cuando frey Pedro le propinó un empujón disimulado.

—Lo siento —dijo apretando los dientes.

Aunque no lo sentía en absoluto.

—Está bien —aceptó el de Tortosa. Y después, mirando a frey Pedro dijo—: Hug recibirá el castigo por lo ocurrido en la reunión del capítulo. Espero que vos hagáis lo mismo con vuestro novicio.

—Por supuesto —aceptó Moncada.

—Que Dios os guarde —se despidió—. Ensilla los caballos, Hug, nos marchamos.

Una vez que se fueron, frey Pedro miró largamente a Sunifred.

—Estarás contento, bribón, casi estropeas el fino hilo con el que se zurcen los acuerdos a los que he llegado con frey Bernat. Y no —dijo alzando la mano para frenar el intento de explicarse del muchacho—, no me cuentes una de tus historias para justificarte, ya conozco tus argucias. Ve y ensilla también los caballos, pensaré por el camino el modo de castigarte. —El joven se dispuso a obedecer para no contrariar más al caballero, esperando que su castigo no fuera ayunar durante varios días. Cuando ya se alejaba, la voz del templario lo hizo detenerse—. ¿Sunifred?

—¿Hermano Pedro?

—¿Quién iba ganando la pelea?

El novicio sonrió de medio lado, volviendo a hacer relucir su diente partido.

—¿Vos quién creéis?

Se volvió para alejarse con el sonido de fondo de las risotadas del caballero a sus espaldas.

—Aunque eso no te librará de unos días de abstinencia en la mesa.

El suspiro audible del joven hizo que las carcajadas del freire se redoblaran con más ahínco. Aceleró el paso maldiciendo su suerte.

VI

Camino de Ruzafa, unos meses más tarde

Había dejado atrás la puerta valenciana de la Boatella para tomar el camino que lo llevaría hasta la huerta de Ruzafa. Andaba con paso decidido, mirada al frente, pero en su fuero interno Arnau temblaba como un chiquillo.

Le dio una patada con rabia a una piedra del camino, reprendiéndose por tan infantil sensación. A pesar de todo lo vivido, de todo lo visto y oído, de la sangre derramada en el campo de batalla durante esos casi tres años, todavía llevaba dentro a ese niño que en un tiempo fue feliz, recorriendo con su abuelo Gonzalo aquellos caminos que olían a salvia y romero, jugando con la chiquillería de las alquerías cercanas y disfrutando de las albercas en verano, con el croar de las ranas y el chirrido de las cigarras mientras el sol, inmisericorde en aquellos pagos, oscurecía su tierna piel.

Sin embargo, ya no era el infante que un día fue. Lo demostraban las cicatrices en su cuerpo y la barba rala que ya teñía de rubio sus facciones.

No había sido capaz de volver cuando murió el rey Jaime. Le pudo una suerte de cobardía a la que no estaba acostumbrado. Una cobardía que sólo se dejaba ver de noche, en las pesadillas que a veces lo visitaban cuando dormía y que guardaban relación con las últimas palabras que le escuchó a su tía antes de marcharse de

Ruzafa para hacerse un hueco entre los almogávares. En esos sueños lúgubres, la mujer se le presentaba con el rostro pálido y el vientre ensangrentado, recriminándole a gritos que el niño que esperaba había nacido muerto a causa de su traición a la familia. Cuando despertaba, en esos primeros instantes, la bilis le subía por la garganta y tenía que ir a vomitar. Ya una vez calmado el estómago y recuperada la conciencia de dónde estaba, la culpa con la que despertaba iba desapareciendo poco a poco, dando paso a la rabia que sentía hacia el infame esposo de su tía, la razón de que abandonara su hogar y sus recuerdos en pos de una vida de desarraigo. No obstante, aunque él no quisiera admitirlo, ese bebé todavía no nato en aquel entonces le torturaba el alma y la mente, y se preguntaba más veces de las que querría qué habría sido de él. Y por ello volvía a pisar la tierra a la que juró no volver.

Era temprano. Apenas los pajarillos comenzaban a desgranar su canto rompiendo el silencio al que se habían acogido en las horas nocturnas de descanso. Las primeras casas a lo lejos ya destilaban humo por sus chimeneas, signo de que sus moradores se limpiaban las legañas para iniciar sus quehaceres diarios en los campos y las huertas. Arnau aspiró despacio los olores conocidos, aquellos que guardaba en su memoria, al tiempo que sus pies resolutivos seguían avanzando. Ya junto a la primera alquería un aroma intenso hizo frenar sus pasos. Olía a pan recién cocido, a hogazas tostándose al amparo de las brasas, y una emoción intensa embargó su espíritu agolpando, aunque no quisiera, lágrimas tras sus ojos que no llegaron a derramarse. Los recuerdos se colaron junto a esas lágrimas robándole el aliento. Y se vio de muy niño ayudando a su familia a cocer el pan que luego repartiría con una cesta por las casas vecinas.

Tiempos perdidos que ya nunca volverían.

Impuso su carácter para no desfallecer con la remembranza y continuó camino. No iba a ser fácil el trago que le aguardaba para enfrentarse a sus demonios. Pero lo necesitaba. Necesitaba saber que su tía y el niño que esperaba estaban bien, sanos y viviendo una vida plena.

Se recriminó una vez más por los pocos arrestos que había demostrado al no volver antes. Él, que había derramado su primera sangre mora en Llutxent, que luego, tras morir el rey Jaime, hubo de ponerse al servicio de su hijo Pedro en los primeros tiempos de su reinado y enfrentarse a los desafíos de las revueltas musulmanas en la comarca. Su partida de almogávares se vio envuelta en la toma de Montesa, donde la resistencia de los moros parapetados tras los muros de la fortaleza fue encarnizada. Más de una piedra lanzada desde las alturas desembrazó algún escudo y descalabró más de una cabeza. Un asedio duro y cruel, a cuyo frente se encontraba el mismo rey Pedro, arengando a las huestes y luchando con ellas codo con codo, como buen hijo de su padre. Les costó tomar la plaza, y cuando por fin lo consiguieron, se entregaron a una vorágine de sangre y saqueo hasta que se dieron por satisfechos y recuperaron la cordura que se pierde durante la batalla.

No podía, pues, temer enfrentarse a su pasado después del horror de tanta muerte acaecida y del miedo de ser herido por un alfanje enemigo o por la mala fortuna de que una piedra lanzada desde las almenas le rompiera la testa de un solo golpe. Y por ello, con determinación, volvió a enfilar sus pasos rumbo a la casa que lo vio nacer.

Poco después giraba una esquina y veía por primera vez tras su marcha la pared encalada de la tahona. Ahí sí se detuvo. Como buen almogávar, acostumbrado al sigilo y a la observancia de su entorno para prever posibles peligros, echó un vistazo a la escena que tenía

delante de sus ojos antes de atreverse a terminar de acercar sus pasos al lugar.

El olor a pan recién horneado era más intenso, tanto que se le hizo la boca agua al pensar en saborearlo. Escupió al suelo la saliva sobrante mientras se fijaba en la mujer que, en esos momentos, salía por la puerta de la tahona acarreando un cesto lleno de hogazas que dejó en el suelo junto a lo que parecía un pequeño saco apoyado en la pared de la casa. El corazón le dio un vuelco. Aunque no alcanzaba a verle el rostro, y su figura había ganado en redondez, Arnau creyó ver en sus ademanes a la hermana mayor de su padre. La tahonera trajinaba de espaldas junto al cesto, removiendo su contenido con gestos enérgicos. Entonces, el almogávar vio que el pequeño saco se movía y aparecía una manita acercándose al cesto. La mujer, dándose también cuenta del hecho, apartó esa mano furtiva de un manotazo y alejó el cesto con el pie. Después, se acercó al niño que Arnau había confundido con un saco de lino basto y comenzó a golpearlo con saña. El brío en los golpes fue tal, que la cofia que le cubría la cabeza cayó un poco hacia atrás descubriendo un cabello oscuro que el almogávar no reconoció. Su tía tenía el pelo trigueño y aquella mujer no era ella.

Sin pensarlo por más tiempo, Arnau se acercó hasta la puerta de la tahona con paso enérgico y la rabia le tiñó el rostro. Aquella desconocida no paraba de pegar a la indefensa criatura aovillada en el suelo, la cual sólo emitía algún que otro gemido mientras intentaba ocultarse de su agresora a fuerza de tapar su cabecita con el sobrante de la basta tela marrón que lo envolvía.

—¡Basta! —gritó, al tiempo que de un empellón separaba a la mujer de su víctima.

Aquélla, sorprendida en un primer momento, se quedó mirando fijamente al desconocido, evaluando con mirada bisoja si era

peligroso. Arnau dejó de prestarle atención para ponerla en el niño que, asustado, se escondía todavía entre los pliegues del saco de harina que llevaba puesto a modo de vestimenta.

El almogávar se acuclilló frente al pequeño, apartándole con suavidad la tela que le cubría la gran parte de la cabeza. Cuando consiguió que éste aflojara su parapeto, lo que vio lo dejó trastornado. La criatura tenía gran parte del rostro amoratado, pero no por los golpes que acababa de recibir, pues los cardenales que presentaba ya eran antiguos. Un churrete de mocos secos descendía desde su nariz hacia la barbilla y la roña y la mugre formaban líneas oscuras por su piel. No llevaba más ropa que aquel mugriento saco, que debía picarle como mil demonios, deshilachado y con agujeros fruto del uso y del tiempo. Y estaba flaco, muy flaco, algo que subió aún más el grado de enfado del joven. Sin embargo, lo que más impactó a Arnau fue que, entre tanta suciedad, descubrió unos ojos de un color azul transparente que lo observaban con prevención y, al mismo tiempo, con desafío. Esa mirada y el color pajizo de su cabello le recordaron mucho a su abuelo Gonzalo, o al menos a uno de sus ojos, ya que su abuelo tenía una pupila azul y otra castaña, cosa que, en un mundo de supersticiones, lo hacía merecedor de diferentes reacciones de sus congéneres que iban desde la turbación al más absoluto horror. Poca gente era capaz de sostenerle la mirada a Gonzalo.

Sin duda alguna, aquel arrapiezo que ahora lo miraba con curiosidad era su primo, nieto, al igual que él, de Gonzalo de Tella, el almogávar que cambió una vida de lucha en las huestes del rey Jaime por el amor hacia una tahonera en tierras valencianas, pero... ¿Dónde estaba su tía y quién era aquella mujerzuela de mano larga?

Se volvió hacia ella.

—La tahonera, ¿dónde está? —exigió saber.

Pareció que aquélla no entendía la pregunta porque lo dirigió una mirada extrañada.

—Te pregunto por la mujer que regenta la tahona —repitió—, quiero verla y hablar con ella.

—La tahonera soy yo.

—Mientes.

—No miento. Ésta es mi tahona.

—Que yo sepa, esta tahona pertenece a Inés de Tella, hija de Gonzalo y Blanca.

—Inés murió. En el parto... —dijo señalando hacia el niño que los miraba atento desde el suelo—. Me desposé con su padre poco después y ahora soy yo la que regenta la tahona.

—¿Dónde está el padre?

La mujer hizo un ademán que vino a significar que no lo sabía ni le importaba. Arnau leyó en sus ojos que aquel villano seguiría bebiéndose su pereza en cualquier taberna.

—Pero debe de estar a punto de volver. Sabe que tiene que repartir el pan antes de que el sol esté en lo más alto.

—Lo esperaré. Esperaré a que ese malnacido venga aunque tenga que estar aquí todo el día.

La mujer lo miró con suspicacia de arriba abajo. Tras el susto inicial tendría que estar preguntándose qué hacía aquel almogávar en la puerta del negocio que regentaba.

—¿Quién eres?

—Eso no importa —zanjó Arnau sentándose a pocos pies de donde estaba el niño—. Ah, y una cosa más, como averigüe que vuelves a pegarle al niño, volveré y te cortaré la mano.

La tahonera abrió los ojos horrorizada. Sobre todo, al ver cómo Arnau se llevaba la mano al *coltell* que llevaba envainado en el cinto. Sin embargo, no se amilanó a pesar de la amenaza.

—No tienes derecho a decirme cómo he de tratar a mi hijo.

—¡No es tu hijo! —El almogávar se levantó como un resorte—. Y te lo vuelvo a repetir, si tocas un solo pelo de su cabeza una vez más, el infierno te parecerá el paraíso al lado de lo que pienso hacerte.

—¡Ni se te ocurra amenazarme! —le dijo furiosa—. Gritaré pidiendo socorro y serás tú el que salgas escaldado por la puerta de mi tahona. ¡Vete! ¡Vete de aquí o te juro que lo haré, comenzaré a gritar!

—Puedes desgañitarte como una gallina si quieres, no pienso moverme de aquí. Y si viene alguien, mejor, así podrán comprobar cómo tratas a esta pobre criatura.

—Qué sabrás tú.

—Me ha bastado un simple vistazo para ver que tienes al niño desnutrido, sucio y lleno de cardenales. ¿No dices que es tu hijo? ¿Qué clase de madre hace eso? ¿Qué clase de mujer se ensaña con una criatura de esa manera?

—¡Vete! ¡Te digo que te vayas!

Arnau vio por el rabillo del ojo que muchas cabezas comenzaban a asomarse de las casas vecinas. Los gritos de la mujer debieron de alertarlos.

—¡¿Qué miráis?! —dijo el almogávar alzando la voz, dirigiéndose a la gente que contemplaba la escena desde las puertas de sus casas —. Meteos en vuestros asuntos y mirad para otro lado. Ya lo habéis hecho mientras esta ramera maltrataba al pobre niño. Volved a hacerlo ahora.

Arnau había subestimado a la mujer, quien, al oír el insulto del joven, se lanzó a por él para arañarle la cara. La apartó fácilmente de un manotazo que la hizo caer de posaderas en el suelo.

De pronto, un hombre apareció doblando la esquina de la tahona. Por un instante, se quedó paralizado mirando la escena. Tenía el rostro avejentado y la nariz cuajada de hilillos rojos que denotaban su afición por el vino. A pesar de estar quieto, el cuerpo se le tambaleaba, fruto seguro de lo que ya habría trasegado de buena mañana. La mujer, al verlo, gritó pidiendo su socorro.

Pero el hombre no se movió, fija su vista en Arnau, al que acababa de reconocer.

—¡Silencio, mujer! —dijo al cabo, acallando así los chillidos histéricos de su esposa. Luego, volviéndose hacia Arnau, lo contempló de pies a cabeza y una sonrisilla cáustica asomó a sus labios—. Arnau, sobrino, ¿qué te trae por aquí?

Al almogávar le enfureció aquel tono paternal que escondía la inquina que en realidad le tenía.

—He venido a ver a mi tía, aunque ya sé que es tarde; y a mi primo.

—Debería darte vergüenza venir a esta casa después del disgusto que le diste a tu tía. Casi pierde al niño por tu culpa.

—¿Vergüenza? Vergüenza debería darte a ti que todos vean cómo tienes a tu hijo, sucio y mal alimentado.

—No es asunto tuyo. Y ya has oído a mi mujer, vete por donde has venido y no vuelvas. Aquí no eres bienvenido.

La tahonera, que ya se había puesto en pie. Se puso al lado de su esposo asintiendo con los brazos en jarras.

—No pienso marcharme hasta saber que el niño va a estar bien.

—¿No te has preocupado en tres años y ahora quieres convertirte en el adalid del bien y la justicia? —le recriminó el hombre—. No sabes nada de nada, de las penurias que hemos pasado y del duro trabajo que hemos tenido que hacer para sacarlo adelante.

—¿Tú hablas de trabajo? ¿Cuándo has trabajado tú, sino para levantar el vaso y llevártelo a la boca?

—Digno nieto de tu abuelo estás hecho, quien se creía que la razón siempre estaba de su parte.

—No mientes a mi abuelo; él era un hombre de honor.

Arnau se acercó furioso hacia el hombre, apretando los puños a sus costados. Éste no se dio por aludido y siguió azuzando al más joven.

—¿Honor? ¿De qué honor hablas? ¿El de un miserable almogávar dedicado a la rapiña y a las tropelías? Ya veo que has seguido sus pasos; de aquellos polvos, estos lodos.

El insulto a su abuelo fue más de lo que Arnau pudo soportar y, en un instante, estaba frente a él golpeándole con un puño en la nariz. El crujido que se oyó regocijó al joven a pesar de la crudeza. Pero el que fuera esposo de su tía aún conservaba ese espíritu beligerante de antaño, y, tan pronto se recobró, aun cuando la sangre le manaba a chorros por la barbilla, arremetió contra Arnau y se enzarzaron en una pelea sucia.

Los gruñidos de ambos contendientes se mezclaron con la sangre y los gritos histéricos de la mujer. El joven recibió varios golpes que lo aturdieron unos instantes y pronto redobló sus esfuerzos. Ya no era el niño que fue y estaba curtido por las batallas en las que había participado. Empujó al hombre con todas sus fuerzas y lo hizo trastabillar de una patada en el vientre. La suerte quiso que, al caer, golpeara su cabeza con fuerza con el saliente de piedra que servía de asiento junto a la puerta de la casa. Otro crujido, esta vez más horrible, enmudeció a los presentes. Su cuerpo cayó inerte al suelo y ya no se movió.

—¡Lo has matado! ¡Lo has matado!

Los gritos de la mujer arreciaron haciéndose insoportable escucharla. Apenas pensando en las consecuencias de todo lo ocurrido, Arnau cogió en brazos al niño, quien lo miraba asustado, y salió corriendo, alejándose de la escena de su crimen. Corrió y corrió, zigzagueando por las callejas de Ruzafa hasta quedar sin aliento.

No tardó mucho en dejar atrás las alquerías, adentrándose en las sendas de un bosquecillo cercano. Dejó entonces al niño en el suelo y se permitió respirar para calmar su desbocado corazón. El chiquillo seguía mirándolo asustado, pero en ningún momento rompió en llanto. Ni siquiera salió sonido alguno de sus labios.

—¿Cómo te llamas?

El pequeño se limitó a encogerse de hombros sin pronunciar palabra alguna.

—¿Eres sordo? Te he preguntado cómo te llamas.

No lo vio venir hasta que fue demasiado tarde. A sus espaldas, un cambio en el ambiente le previno de que no estaban solos.

—No está sordo —dijo una voz cascada—. Es sólo que no le gusta hablar.

Arnau sacó raudo el *coltell* y se dio la vuelta para afrontar lo que estuviera por venir.

—Guarda eso, muchacho, no querrás herir al viejo Ibrahim, ¿verdad?

El joven sonrió al ver ante él al anciano sarraceno. Ibrahim había sido primero sirviente, y luego amigo de sus abuelos. Dejó la tahona cuando pudo comprar una choza y unas cuantas ovejas para casarse. Siempre había vivido a las afueras de Ruzafa, en un pequeño terreno donde criaba a sus animales y fabricaba el mejor queso de la zona, queso que hacía las delicias de Arnau cuando era niño.

El joven almogávar, feliz de reencontrase con el anciano, lo abrazó sin pensarlo.

—Quita, quita, rapaz, que no tenemos mucho tiempo —le reprendió con cariñosa determinación—. He visto lo ocurrido desde lejos y te he seguido en cuanto he tenido ocasión. Han ido a alertar a la guardia, pronto se pondrán en camino para prenderte.

—¿Ha muerto?

—No lo sé, pero me gustaría que así fuera, por Alá.

Ibrahim tampoco tenía en mucha estima al esposo de la tía Inés.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó señalando al niño.

Arnau se encogió de hombros. Había cogido en brazos a su primo en un arrebato y ahora no sabía qué podía hacer con él. La vida del almogávar era dura, y el pequeño apenas contaba con tres años. Amén de que si el infame esposo de su tía había muerto, lo perseguirían como a un perro hasta darle caza. Tenía que poner tierra de por medio y no podía hacerlo si tenía que hacer de ama de cría.

—Quizás pueda salvar la situación, muchacho, conozco a alguien en el norte, en Tortosa, que puede ayudarnos. En tiempos pasados le eché una mano con su rebaño y me debe algún favor.

Arnau miró al niño reticente. Le dolía separarse de él y que volviera a caer en manos de alguien que no lo cuidara como era debido. Sentía que tenía que velar por el pequeño aunque ello lo pusiera a él en peligro.

—No le pasará nada —le aseguró el anciano como si le hubiera leído el pensamiento—. Nunca dejaría que al nieto de Blanca le pasara nada malo.

Arnau sonrió. Su abuelo Gonzalo decía que Ibrahim siempre había estado enamoriscado de su esposa.

—Tienes mi palabra de que el chiquillo estará bien. Pero tú tienes que marcharte ya. El tiempo apremia.

El almogávar asintió con la cabeza. Confiaba en Ibrahim como sabía que su abuelo hubiera hecho. Sin darse un momento de vacilación, se arrodilló ante el crío y lo miró a los ojos.

—Me llamo Arnau de Tella. Soy tu primo mayor. En cuanto pueda, vendré a buscarte y nos conoceremos mejor. —Un nudo de emoción atenazó su estómago al ver al pequeño asentir—. Ahora irás con Ibrahim. Él cuidará de ti.

Empujó al niño con delicadeza hacia los brazos del anciano y salió corriendo hacia la espesura sin despedirse. Tenía que alejarse lo más pronto posible y buscar un lugar donde ocultarse unos días y pensar en el rumbo que debía tomar a partir de ese momento.

—¡Pregunta por los Mauri! —oyó que le gritaba el anciano—. ¡En Tortosa!

Arnau guardó el nombre en su memoria mientras se perdía en la espesura.

Unas horas más tarde se dio cuenta de que no había preguntado por el nombre del niño.

VII

Encomienda templaria, cerca de Carcasona

«Auferte malum ex vobis», las palabras del maestre reverberaron por las paredes hasta alcanzar cualquier rincón de la sala capitular, sentenciando al hombre que se encontraba de pie, en el centro de la sala, aguardando el juicio de los freires por sus faltas. El maestre, con el báculo que sustentaba las flaquezas y la vara de castigo dictaminó que aquel hermano ya no era digno de portar el manto blanco de los caballeros del Temple.

«Auferte malum ex vobis», el eco de esas palabras presionó en las sienes de Esquieu de Floyran mientras era despojado de todo lo que simbolizaba la pertenencia a la Orden. Aquellas palabras habían bastado —«aparta los malvados de entre los tuyos»— para que su vida cambiara en un instante.

Con toda la dignidad que pudo reunir, una vez que el manto blanco despareció de sus hombros, Esquieu alzó la cabeza y salió con pasos medidos de la sala, consciente de que todas las miradas de los caballeros allí reunidos estaban puestas sobre él. No vaciló, no quiso darles la satisfacción de suplicar o de rebatir con argumentos las acusaciones vertidas sobre su persona. El orgullo siempre fue su mayor pecado y su mayor virtud, y no estaba dispuesto a humillarse delante de nadie, y menos de aquel cruzado felón llamado Ponsard de Gisi, quien había envenenado los oídos del maestre contra él.

Fuera lo aguardaban para apresarlo. Lo arrastrarían a un inmundo calabozo de Carcasona hasta que juzgaran sus supuestas fechorías. Dio muerte a un hombre, sí, y se apropió de parte de sus bienes, pero todo tenía una justificación. El hombre en cuestión era un campesino de Biterris, lugar de nacimiento del propio Floyran y vecino de la casa donde se crio junto a sus padres. Entre ambos vecinos, siempre hubo disputas en torno a unas tierras que dividían ambas heredades, aun cuando todo el mundo de la villa sabía que habían pertenecido a los Floyran desde tiempos antiguos. Cuando Esquieu entró a servir al Temple, ese vecino, auspiciado por su parentesco lejano con un noble de la zona, arrebató con malas artes las tierras a sus padres, y éstos, ancianos ya, nada pudieron hacer. En cuanto recibió una misiva que le contaba lo ocurrido, Floyran fue a reclamar lo que él creía que por derecho le pertenecía. Discutieron, y las palabras fueron cobrando tintes de afrenta hasta que aquel hombre intentó agredirlo con sus puños. Esquieu no fue capaz de contener el arrebato de ira y, desenvainando su espada, traspasó el pecho de aquel necio de parte a parte.

Al enterarse el pariente noble de lo ocurrido, quiso la mala fortuna que tuviera una larga relación de amistad con Ponsard de Gisi, quien no dudó en acusarlo frente al capítulo en cuanto tuvo ocasión. Esquieu trató de defenderse, pero Ponsard venía de las Cruzadas y se le tenía en la Orden en alta consideración. Su orgullo entonces le impidió retractarse y pedir clemencia por su pecado, lo que le había llevado hasta las puertas de una prisión inmunda, despojado de la dignidad de caballero al servicio del Temple.

En cuanto entró en el calabozo, una intensa bofetada de aire viciado lo golpeó. Aquel lugar olía a agua estancada, heces humanas y alimentos en estado de descomposición. Hacinados en un breve espacio de cuatro paredes que rezumaban humedad, había varios

hombres —si podía llamárselos así—, con las ropas raídas y los rostros esqueléticos ávidos de algo que diera luz a sus vidas. A Esquieu no le quedó más remedio que buscar un rincón solitario, apartado de los demás, donde aguardar el día del juicio. Pensaba alegar defensa propia, aunque tuviera que mentir y pagar voluntades para ello. Previendo que algo así podía ocurrir, había escrito a un noble con el que trabó amistad en Gisors años atrás, Gérard de Boizol, y al que había favorecido para que su pequeño sobrino entrara como paje en una de las encomiendas cercanas a sus tierras.

Gérard hablaría por él. Se lo debía.

Rumiando esos pensamientos andaba cuando uno de los hombres que compartían celda con él se sentó a su lado. Tras presentarse, comenzó a contarle sus cuitas; se notaban sus ansias de ser escuchado. Llevaba mucho tiempo encerrado, esperando una solución a su caso que nunca llegaba. Y, aunque Esquieu se previno a sí mismo contra él, porque parecía que su mente estaba orillando la locura, pronto encontraron un punto de camaradería en aquel podrido lugar. Ambos habían sido expulsados del Temple, y ambos guardaban un resquemor que les quemaba las entrañas.

—Me han encerrado porque conozco su secreto, aquel que no quieren que se sepa —le confesó un día, aunque después se mostró esquivo a la hora de contárselo.

Parecía que disfrutaba siendo objeto de atención.

Pero Floyran supo sonsacarle en los días posteriores aquello que trataba de ocultar y que se moría de ganas de contar.

—Se reúnen en capítulo secreto —le confesó en el oído, susurrando para que el resto de los presos no lo escuchara—, sólo unos pocos elegidos, y llevan a cabo rituales sacrílegos idolatrando a

una figura en forma de cabeza de hombre barbado, renegando de Cristo y pisando la cruz.

A Esquieu le costaba creer aquello, máxime cuando veía aparecer una chispa de locura en los ojos de aquel hombre. El largo encierro parecía haber afectado a sus sesos y su comportamiento, pues también presentaba ademanes y movimientos compulsivos que repetía una y otra vez sin apercibirse de ello. Sin embargo, no perdió palabra de lo que aquel orate le contaba. Una idea iba fraguándose en su mente, cocinándose a fuego lento.

—Se besan en lugares poco apropiados y practican la sodomía —agregó—. Lo he visto con mis propios ojos, pues una vez me tentaron para que me hermanara en su círculo diabólico. Pero yo no quise. Y por eso estoy aquí.

Pocas jornadas después, Floyran era liberado de la cárcel gracias a la intervención de Gérad de Boizol, quien lo acogió en su casa mientras se maduraba el plan que el primero había rumiado mientras estuvo preso.

Se vengaría de la Orden. Consagraría su vida a ello si fuera menester. Su honra volvería a ser inmaculada y su orgullo, restablecido. Se impondría ante todo el Temple si fuera necesario. Sólo hacía falta saber qué resortes pulsar para ver su venganza cumplida. Tenía tiempo y paciencia, y, sobre todo, testarudez, una pequeña falta venial que serviría a su propósito.

Nada lo iba a detener.

Segunda parte
1284-1285

I

Encomienda de Tortosa, finales de 1284 (seis años más tarde)

Embiste con fuerza. Brilla la espada por la incisiva luz del sol sobre sus cabezas. No es tiempo de tregua ni piedad, ni de permitirse un solo instante de descanso. Es ahora o nunca, no hay más. De sus labios surge un sonido bronco que reverbera a través de su pecho, recorriendo sus extremidades para dar fuerza a las manos que empuñan el acero, manos curtidas por los rigores del clima y del trabajo, por el tiempo que ha pasado adiestrándose para ese momento. Para demostrar a los demás —y a sí mismo— que no sólo de legajos se compone su vida, que puede ser útil para la Orden más allá de aquellas paredes.

Siente cómo el sudor le empapa las sienes, descendiendo hacia la comisura de sus ojos, pero no puede cejar, es hora de arremeter con el cuerpo, y con el corazón, embreando el camino que ha elegido con el que otros escogieron para él. Cuando sólo era un niño, un niño grande y gordo al que todos repudiaban en bisbiseos inaudibles entre los muros de la casa noble que una vez fue su hogar. Desde los más bajos sirvientes hasta sus propios hermanos, primos y tíos, incluido un progenitor más tentado por la reputación que por los sentimientos de aquel hijo que lo había defraudado, al que miraba con el ceño fruncido y la desilusión dibujada en el rostro,

quejándose en su fuero interno a Dios por traicionarlo con tan decepcionante vástago. Él, su progenitor, el señor de Monrós, de uno de los mejores linajes barceloneses de antaño, veía con rabia cómo su segundo hijo no era digno de portar tan ilustre apellido, proveniente de grandes guerreros, asentados en Tortosa tras la conquista de Ramón Berenguer IV y afianzados como caballeros desde entonces.

Hug nota que esos pensamientos sobre su familia le están haciendo bajar la guardia, y sabe de sobra que su contrincante no va a perdonar un descuido. Niega con la cabeza y vuelve a centrarse en el peso de su espada, en la respiración trabajosa que exhala quien está frente a él —igual que la suya propia—, en la danza del pies en el polvo del patio de armas y en el silencio estruendoso de los que están a su alrededor presenciando el combate. Detiene un golpe contundente de su adversario bajando el hierro en posición defensiva, sus cuerpos están muy cerca uno del otro y sus alientos se mezclan al sentir la reverberación del chirriar del acero subiendo por los brazos. Se miran a los ojos unos instantes y Hug puede percibir la malicia que aúna en sus pupilas verdes Sunifred. Desde que él llegara, siempre ha sido así: amigos y enemigos, hermanos y adversarios, discípulos y maestros de sí mismos.

Pero la suficiencia siempre ha sido el pecado que ha perdido a Sunifred, y Hug lo sabe, por lo que hace amago de dar un paso atrás para que éste crea que está cediendo y espera a que embista. No tarda en hacerlo, y ése será su error. Hug, con un movimiento ágil que sorprende por su envergadura, gira de lado y esquiva la arremetida de su contrincante, que pierde el equilibrio, trastabilla tratando de volver a su posición de ataque original y da la espalda unos segundos. Eso le basta a Hug para asestarle un golpe con el hombro y acabar de tirarlo al suelo.

Se escuchan susurros de aprobación entre los espectadores del combate, cuya excitación puede palparse en el ambiente. Decide terminar ya y acerca la punta de la espada hacia el vientre de su adversario. Empero, a medio camino, una voz lo detiene:

—¡Frey Hug! —grita alguien desde la puerta de las estancias principales. Cree que se trata del paje del comendador—. Frey Bernat requiere vuestra presencia.

Mientras escucha el mandado, ha perdido de vista a Sunifred. Éste, aprovechando la situación, hace un barrido con los pies, golpeando sus piernas para hacerlo caer. Raudo, se levanta y apoya el filo de su espada en el cuello. Hug ha perdido. Lo sabe y acepta la derrota cuando el otro, con una carcajada, le tiende la mano para ayudarlo a levantarse.

—No hay que perder nunca de vista al enemigo —lo amonesta el mariscal de la encomienda cuando pasa por su lado en dirección a las estancias principales donde lo espera el comendador—. Si fuera una batalla real estaríais muerto.

Hug asiente con la cabeza, pero no dice nada. Sabe que el mariscal tiene razón, aunque siempre le asalta ese atisbo de duda, y de ingenuidad, pensando que la lucha entre caballeros debe ser una contienda de honor y principios, y le cuesta reconocer que ésas sólo suelen ser palabras, y no hechos. Por desgracia, a sus veintiún años sigue creyendo en esas historias fantásticas, aquellas que leyera en los libros, de hombres de noble corazón que luchan contra dragones y salvan bellas princesas, poniendo toda su honra en el empeño por un ideal mayor.

Deja la espada al escudero y se limpia el sudor con un paño que éste le tiende. Se sacude el polvo de los ropajes antes de encaminarse hacia las estancias del comendador.

Desde hace poco más de dos años, Hug es ya un caballero de la Orden y puede portar el manto blanco. Está muy orgulloso de pertenecer a la casa del Temple en Tortosa, y muy agradecido por haber encontrado entre los hermanos su lugar en el mundo. Todo gracias a frey Gallard de Josa, quien vio en aquel niño de once años, gordo y sin aspiraciones más allá de los libros, al hombre en el que se convertiría. Frey Gallard lo había acogido como paje, confiándole tareas en las que él se sentía seguro. Juntos habían puesto por escrito las condiciones que regirían a los ciudadanos tortosinos en el *Llibre dels Costums*, modificando durante ese tiempo una y otra vez el manuscrito original hasta que todas las partes implicadas estuvieran de acuerdo. En el libro se determinaban las competencias judiciales de sus señorías, conformada por el propio Temple y por los Moncada, y la de los habitantes de la ciudad, a quienes se dejó margen para que fuera su propio tribunal el que atendiera las causas civiles y pecuniarias, acabando así con los conflictos que se sucedían desde hacía tiempo entre el pueblo y los señores. De eso hacía siete años, y frey Gallard ya no estaba entre ellos, pero Hug recordaba con afecto a aquel hombre comedido que le hizo un hueco en su vida y le dio un objetivo al que aferrarse. Además, inculcó en el joven los valores estrictos de la encomienda, instándolo a demostrar su amor a Dios ejercitando no sólo su espíritu, sino también su cuerpo. A los habituales rezos en las horas señaladas y la observancia de la Orden, se unieron también los deberes como soldado, por lo que, con el paso de los años, el niño entrado en carnes se convirtió en un hombre de considerable envergadura y con una corpulencia hecha a base de cincelar sus extremidades con el manejo de la espada. No era tan ágil como el sargento Sunifred, pero sus golpes eran demoledores.

Aprendió también a montar a caballo con destreza y a llevar las riendas con soltura. Entre él y su montura se creó una complicidad en la que ambos, cuando estaban juntos, parecían un solo ser. Era un destrero de capa y crin azabache con sólo la mácula de que sus cuatro patas acababan en una franja blanca. Hug cuidaba de él con esmero, comprobando siempre que los arreos estuvieran en perfecto estado, que estuviera limpio y bien almohazado, y, de vez en cuando, le regalaba el vientre con alguna manzana que hurtaba de las cocinas. El caballo piafaba contento cada vez que entraba en las cuadras y le mordisqueaba la manga de la camisa para que lo sacara del encierro. El joven le susurraba palabras de ánimo acariciándole la testuz cuando nadie lo observaba y cumplía con su capricho. Pensaba que pocas amistades había tan sinceras como la que le regalaba aquel noble animal entrenado para la guerra. Cuando ejercitaba con él, aseguraba bien la silla de montar con una banda de cuero que envolvía su pechera y luego la deslizaba por el borrén trasero de la silla para afianzarla. Las riendas, según fuera lanza o espada el arma elegida para la práctica de ese día, eran más largas o más cortas; con las primeras, afirmaba su posición en el caballo para cuando se produjera el impacto de la lanza, y con las segundas, podía alzarse para atacar desde una posición elevada con la espada.

Con el pensamiento puesto todavía en sus recuerdos de entrada en la Orden, Hug llegó hasta la puerta que daba acceso a las estancias del comendador. Se sacudió la ropa una vez más para estar lo más presentable posible y llamó con un par de golpes de nudillos. El comendador frey Bernat de Montoliu no lo hizo esperar.

—Hermano Hug, pasad, pasad.

El joven caballero tuvo que parpadear unas cuantas veces para acostumbrar su vista a la oscuridad de la sala tras venir del exterior.

—Hay cosas importantes de las que debemos hablar —le refirió en cuanto puso un pie en la estancia.

Monrós asintió con un movimiento seco y aguardó. Hacía poco más de nueve meses que frey Bernat ocupaba el puesto de comendador de Tortosa tras la marcha del hermano Guillem d'Abellars para hacerse cargo de la comanda de Barberà en abril del año anterior. Guillem había sido un hombre afable, más dado a supervisar los beneficios que se obtenían de las tierras que gestionaba la Orden que otros asuntos menos terrenales, siempre con la cabeza metida en los legajos con las cuentas. Aunque también gustaba de preocuparse por los hermanos bajo su vigilancia, manteniendo un carácter abierto y afectuoso ante los pequeños problemas que podían surgir en la convivencia dentro de la casa.

El hermano Montoliu, sin embargo, era de personalidad áspera. Creaba distancia con el resto de los freires de la encomienda desde su puesto más elevado. No agradaba de confianzas y su mirada denotaba siempre una suerte de suspicacia que le llevaba a parapetarse tras las paredes de su estancia, desde donde gestionaba cualquier asunto referido a la Orden y dirigía con mano de hierro la observancia de los preceptos sin desviarse ni un ápice. No dudaba en impartir justicia con rigor y las faltas de los hermanos, aunque fueran nimias, se trataban con la severidad adecuada bajo la vigilancia de sus atentos ojos oscuros.

A Hug siempre le había incomodado el escrutinio al que sometía a todos con los que se cruzaba, e intentaba mantenerse alejado de su presencia, pero también gustaba de la sobriedad que su mandato imponía a la casa y el silencio que lo acompañaba. El joven no ponía reparos en buscar la soledad, quizás por su naturaleza melancólica, y era más fácil desde que Montoliu se había hecho cargo de la

encomienda, pues el ambiente que se respiraba destilaba la austeridad y circunspección que debía regir una casa al servicio del Altísimo.

Aunque todo había cambiado desde la llegada de Sunifred unos meses atrás.

Hacía calor en la estancia. La chimenea ardía con vigor tras la mesa en la que se parapetaba frey Bernat y la única ventana que podía permitir entrar un poco de aire fresco del exterior estaba tapada por una piel encerada. A Hug comenzaba a sobrarle el perpunte acolchado de entrenamiento que portaba. Las sienes se le perlaron de sudor, pero se abstuvo de pasarse la mano para enjugárselas pues no quería parecer irrespetuoso. Las formas eran muy importantes para su superior.

—Habéis de prepararos para viajar.

Las palabras del comendador lo sacaron de golpe de sus pensamientos meditativos e hicieron que el corazón le latiera con fuerza dentro del pecho. Se le iluminó la mirada. En ese instante, casi podía rozar con los dedos aquello que tanto ansiaba y por lo que había luchado todos esos años.

—No, no, frey Hug, no es lo que esperabais. —El comendador se mostró un tanto contrito al ver cómo la chispa de ilusión en los ojos del joven caballero se apagaba—. Tierra Santa seguirá estando ahí para cuando estéis preparado.

—Ya lo estoy —respondió Hug.

—No es el momento. No todavía. —Frey Bernat levantó la mano para acallar cualquier réplica que fuera a surgir de sus labios y continuó—: Se os requiere para otra clase de cometido, uno del que seguro habréis de hacer honor a esta casa y a la Orden.

El joven caballero trató de ocultar su decepción. Desde que entrara a servir en la casa, una vez que su mente de niño de once

años se acomodó a la nueva situación y pudo conocer la devoción de aquellos hombres por servir a Dios y al prójimo, cada paso que había dado, cada esfuerzo realizado, se orientó hacia un único objetivo: dirigirse a Tierra Santa y ayudar a sus hermanos a conducir a esas regiones paganas hacia la verdadera fe. Desde entonces, no sólo había cultivado su espíritu, ya de por sí educado por su inclinación innata por los libros y el conocimiento —a lo que frey Gallard de Josa dio aliento con sus enseñanzas—, sino que también comenzó a ejercitar su cuerpo instruyéndose en todas aquellas técnicas que habían hecho de él un buen guerrero. Sacrificó su vida, su descanso, dejó atrás su gula en aras de un bien mayor, y creía en ese momento que la justa recompensa a su empeño sería servir a Nuestro Señor más allá de Occidente. Desde hacía más de una década, cada día cumplía fielmente con los preceptos de la Orden: la llamada a la oración de maitines, rezando los preceptivos veintiséis padrenuestros; la visita a los establos donde revisaba que tanto el caballo como la impedimenta estuvieran en perfecto estado. Después volvía al dormitorio comunal, donde dormitaba hasta la hora prima, en la que de nuevo rezaba en la capilla, escuchaba misa y vuelta a los establos para otra revisión. Esto se sucedía también en la hora tercia y sexta. Guardaba silencio durante las dos comidas diarias mientras escuchaba rezar al capellán. Finalmente, en completas, asistía al último oficio religioso de la jornada antes de acostarse. El tiempo que tenía libre, que era más bien escaso, lo dedicaba a adiestrarse para el combate. Amén de que había asistido a cada comendador de la casa de Tortosa con diligencia: desde frey Gallard, a quien siempre llevaría en su recuerdo, hasta Dalmai de Seró, Guillem de Benagues, Bernat de Rocamora, Guillem d’Abellars y, ahora, frey Bernat de Montoliu.

Pero no se quejaba. Junto a los templarios había rellenado ese hueco en su pecho de carencia afectiva que arrastraba desde niño, algo que no encontró en la casa de los Monrós. Y eso nunca lo olvidaría. Supo, casi desde los primeros instantes, que el destino regido por el Dios de los cielos lo había conducido hasta allí para que consagrara su vida hacia un ideal único e irremediable. Y dedicaría su existencia a honrar ese ideal y la Orden que lo encarnaba.

Hug sacudió la cabeza al darse cuenta de que no había respondido al requerimiento del comendador, perdido como estaba en sus pensamientos.

—Así lo haré. En el nombre de Dios.

Montoliu se permitió un gesto seco de la cabeza, complacido por la respuesta del caballero.

—Sabéis que los Miravalle son una familia preeminente en Tortosa. Siempre hemos mantenido excelentes relaciones con ellos.

Hug lo sabía. Recordaba el papel que tuvieron en los acuerdos para que el *Llibre dels Costums* fuera una realidad. El señor de Miravalle había abogado por ello junto a frey Gallard. Además, recordaba la amistad que lo unía con su progenitor. Ambas casas guardaban una relación más que cordial, diríase que cercana, y a su memoria vinieron breves destellos de cuando era niño y los Monrós recibían a los Miravalle como invitados ilustres.

Continuó escuchando al comendador.

—Ayer recibí una misiva del propio Ponç de Miravalle en la que solicita nuestra ayuda en un viaje que va a emprender hacia el norte, por una cuestión relacionada con los intereses de su casa. No explica nada más, aunque supongo que tendrá algún trato con los tejedores franceses. Al fin y al cabo, es uno de los hombres más ricos de Tortosa gracias al ganado lanar que abunda en sus tierras; sus arriendos y las alquerías que posee así lo atestiguan. De hecho,

siempre ha sido generoso en sus donativos a la Orden y es nuestra obligación cuidar a tan considerado benefactor.

A Hug le cargaban un tanto las explicaciones ampulosas de frey Bernat, aunque se guardaba muy bien de que se le notara.

—Por tanto —continuó Montoliu—, he decidido que seáis vos, y algunos hermanos más, los que acompañéis a Miravalle en su viaje.

—En el nombre de Dios —repitió el caballero la fórmula de acato a su superior.

—Acercaos mañana, pues, a casa de los Miravalle y acordad con él la partida.

Hug asintió con la cabeza y se dispuso a abandonar la estancia. Las palabras del comendador frenaron su marcha.

—Llevaos al sargento con vos.

—¿Al hermano Sunifred?

—Sí. Os acompañará también en el viaje. El resto de los hermanos que irán con vos lo dejo a vuestra elección. Con dos será suficiente, sabéis que la encomienda necesita toda mano que pueda servir a Dios para vigilar nuestras fronteras y el flujo de comercio en el río.

—Así se hará.

—Y frey Hug... —el comendador hizo una pausa larga antes de continuar, buscando quizás las palabras adecuadas—, ¿puedo confiar en vos?

—Estoy aquí para serviros, a vos y al Temple.

—Vigilad al sargento Sunifred.

Unos minutos más tarde Hug salía perplejo de las estancias del comendador camino a las cuadras. Necesitaba unos minutos a solas para sopesar las palabras del hermano Montoliu y lidiar con la decepción de que, una vez más, se le había negado la posibilidad de

servir a la Orden en Tierra Santa. ¿Qué más tenía que demostrar? Desde su entrada en la encomienda dirigió cada uno de sus pasos a ser fiel a las reglas que imponían los hermanos. Había servido con devoción a cada uno de los comendadores, le gustaran o no sus métodos; hizo ayuno y se ejercitó hasta la extenuación hasta conseguir que su cuerpo perdiera las formas redondeadas de antaño, convirtiéndose en un soldado ducho en el manejo de la espada y la lanza. El niño gordo se había convertido en un hombre fuerte y recto. Hasta su progenitor podría estar orgulloso si alguna vez se dignara a interesarse por él.

Sin embargo, parecía que nada era bastante.

Se tragó su frustración y cruzó el patio tratando de no ser visto, pero en la puerta lo esperaba el sargento, apoyado su hombro con desgana en el dintel mientras jugueteaba con la daga que siempre llevaba encima.

—¿Qué quieres? —le espetó Hug de mala gana.

—Te esperaba.

—¿Cómo sabías que vendría aquí?

—Siempre lo haces. No hay nada que quieras más que a ese caballo tuyo. —Hug bufó, irritado—. Además —continuó el sargento —, te he visto resoplar como un buey enfurecido al salir de la reunión con el comendador y me he adelantado. Supongo que tu petición de suicidarte allende el mar sigue sin tener respuesta favorable.

Sunifred no compartía el ansia de Hug por servir en Tierra Santa. Siempre decía que nada se le había perdido en aquellas tierras de arenas ardientes donde el sol podía matar a un hombre.

Hug no entendía qué era lo que le unía al sargento. Tras el incidente hacía años en el monasterio de Santa María de Poblet, por el que Hug recibió un severo castigo por parte del capítulo y que

hizo peligrar sus aspiraciones a convertirse en caballero del Temple, no tuvo tiempo de pensar en Sunifred a no ser que fuera para maldecirlo mentalmente. Sin embargo, unos meses atrás, el nuevo maestre provincial de Aragón, frey Pedro de Moncada, se presentó un día acompañado por aquel mastuerzo —ya convertido en sargento— pidiendo que fuera acogido en la encomienda de Tortosa como un hermano más. Desde entonces, y aunque Hug intentaba evitarlo, aquel insolente joven se pegó a él y surgió entre ellos una especie de camaradería a pesar de las ideas tan diferentes que tenían. Sunifred era irreverente y descuidado y siempre intentaba eludir en la medida de lo posible la observancia de la estricta convivencia de la casa. Al contrario que Hug, no tenía reparos en quejarse de la poca comida y de la falta de sueño que cumplir con las reglas conllevaba. Pero era un buen guerrero, listo y buen observador, y aquella amistad inexplicable que lo unía a frey Pedro de Moncada servía como garantía de que nadie pusiera muchos reparos a sus pequeños deslices en la obediencia a la Orden. Quizás era por estas cuestiones por lo que el comendador le había prevenido sobre la importancia de vigilar al sargento en el viaje que los aguardaba. Montoliu no le había dado más explicación y Hug no solía preguntar; simplemente, acataba lo que se le ordenara.

—Y bien, dime..., ¿se han cumplido tus deseos?

—Sabes que no —respondió Hug decaído—. Si así fuera serías el primero en saberlo.

—Aunque ya sabes lo que pienso de ello, me apuesto diez maravedís a que al final acabarás por conseguirlo.

Hug apreció el gesto del otro de intentar animarlo. Negó con la cabeza.

—Tú no tienes diez maravedís.

—Qué sabrás...

—Acepto la apuesta. Con gusto pagaría el doble con tal de perderte de vista.

Sunifred dejó ver el diente mellado al esbozar una sonrisa traviesa.

—Sea, pero ve preparando la bolsa, que pronto me harás un hombre rico —dijo el sargento frotándose las manos—. Y ahora te dejo con ese animal tuyo que tan mal me quiere. Casi me deja sin un dedo al tratar de acariciarlo.

—Brioso es un destrero listo.

—Y con malas pulgas.

—Sólo con quien abusa de su confianza. ¿O te recuerdo las veces que le has enseñado una manzana para luego comértela delante de él sin darle un mordisco?

—Es que es un glotón, y debe aprender que en esta encomienda se sigue con rectitud el principio de ayuno y austeridad —dijo en tono de chanza.

—*Malus est qui praesumitor sibi malos ese alios*.

—Déjate de latines, Hug.

—Viene a decir que «cree el ladrón que todos son de su condición».

Sunifred rio con francas carcajadas.

—Sarna con gusto no pica —contraatacó el joven sargento—. Ahora me marcho a ver si pesco algo en las cocinas. Hablar de manzanas me ha dado hambre.

—No tienes remedio —le amonestó Hug con sorna, pero enseguida se puso serio porque, entre palabras banales, había olvidado darle las nuevas a Sunifred—. ¡Aguarda! Hay algo que no te he dicho. Mañana tenemos que acercarnos a la casa de los Miravalle, en las faldas de la Zuda; hay que concertar con ellos los detalles del viaje.

—¿Qué viaje?

Hug le contó a grandes rasgos las órdenes del comendador.

—¿Tenemos que hacer de ama de cría de un noble?

—No, lo que tenemos que hacer es cuidar de que un peregrino llegue sano y salvo a su destino. Es parte de nuestra razón de ser.

No esperó a que Sunifred comenzara con sus habituales quejas. Dio media vuelta y entró en las cuadras. Brioso lo saludó con un relincho festivo y dejó que Hug le frotara paja en el lomo para asearlo.

Más tarde, esa noche, antes de maitines, Hug se despertó de golpe. Los ladridos de algunos perros de las casas vecinas quebraron el tan necesitado descanso. Miró a su alrededor en la penumbra para ver si alguno de los hermanos también se había despertado, pero no notó movimiento alguno. Al mirar a su izquierda, descubrió que el camastro donde dormía Sunifred estaba vacío. «¿Dónde estará el muy bribón?», se preguntó terminando de desvelarse. Cogió su capa y salió fuera de las habitaciones, hasta la puerta que daba al patio de armas. La luna en el cielo brillaba con intensidad y podía notar el frío del suelo bajo sus pies descalzos. Contempló el espacio a su alrededor y sólo vio sombras. Los perros ya se habían callado. Entonces un crujido se dejó oír a escasos pies de donde se encontraba.

—¿Quién va?

Se estremeció de manera involuntaria.

Una figura envuelta en sombras apareció de repente. Hug no pudo evitar dar un respingo y echar mano a la espada. Pero sólo encontró vacío. Había salido al exterior con sólo la camisa y la capa por encima.

—Soy yo, Sunifred —oyó susurrar.

Y ahora sí pudo distinguir los contornos menudos de la figura del sargento.

—¿Qué haces aquí fuera a estas horas?

—He salido a aliviarme —respondió éste, resuelto—. ¿Y tú?

—Me han despertado los perros. Han debido de oler algún zorro por las cercanías —se le ocurrió decir para justificar los ladridos que había escuchado—. Pero vayamos a dormir, queda poco para que toquen a maitines.

Ambos jóvenes volvieron a sus camastros para intentar descansar un rato antes de que sus obligaciones los llamaran. Lo que Hug no sabía es que, si hubiera salido unos minutos antes al patio, habría visto una silueta deslizándose silenciosa por el muro que aislaba la encomienda del exterior.

II

Al día siguiente, tras los pasos de Hug, Sunifred salió de la casa en dirección a la ciudadela, donde se hallaban las viviendas de los ciudadanos más preeminentes de Tortosa, a los pies del imponente castillo de la Zuda.

Dejando atrás la encomienda, que se hallaba en la parte suroeste de la ciudad, ambos hombres recorrieron a caballo el camino de tierra que los separaba del portal de entrada que atravesaba la muralla y daba paso al núcleo de la vida tortosina en dirección norte. La casa del Temple fue levantada a las afueras del perímetro amurallado, aprovechando un acercamiento estratégico hacia el río. Se construyó a modo de pequeña fortaleza, aunque, con el paso del tiempo, se fue ampliando con construcciones anexas. Limitaba al oeste con el río Ebro y al sur con la huerta.

Su cercanía con el río no se debía a la casualidad. La Orden sabía de la importancia que tenía el curso fluvial para controlar la actividad comercial que en él se desarrollaba. De hecho, la mayor parte de las encomiendas del territorio se situaban en lugares cercanos para aprovechar tal factor. Tortosa se había convertido en un puerto fluvial y marítimo, corazón del comercio, tanto hacia las tierras del interior como hacia el Mediterráneo, así como un lugar de oficios menestrales, donde los diferentes gremios desarrollaban su actividad al amparo del eje vertebrador de sus aguas, enviando hacia otros lugares las más preciadas manufacturas. Alrededor de seis mil almas conformaban aquella ciudad, capital principal de la vida eclesiástica

y administrativa, y centro judicial por excelencia, cuyo tejido social funcionaba con precisión.

En cuanto traspasaron la muralla, Sunifred se regocijó de la diligencia con la que los tortosinos se dedicaban a sus tareas. Le encantaba aquella urbe de contrastes desde el primer momento en que puso el pie en ella. Un batiburrillo de hombres de armas, soldados, comerciantes, nobles y plebeyos; de diferentes razas, credos e intereses se avenían dentro de sus muros para crear una ciudad que se ramificaba en torno al río, bulliciosa y regada por un clima benigno, Ítaca de los sueños de prosperidad. Por un lado, todavía los andalusíes se dedicaban a las labores agrarias y al cultivo de las huertas, creando aquel paisaje tan característico de la zona de campos de cereal, verduras y árboles frutales; los judíos, por su parte, contaban con los mejores artesanos en alfarería y, en los últimos tiempos, se habían asentado dentro de las murallas aquéllos a los que llamaban *buenos hombres*, cuya fama como tejedores comenzaba a correr de boca en boca. Por encima de ellos, los templarios eran los garantes de que todo transcurriera en orden, velando por los habitantes de la ciudad y por los caminos de peregrinos que cruzaban aquellas tierras próximas al Ebro.

Al paso de los dos jinetes, la mezcolanza de gentes que poblaban las callejas se apartaba con respeto, aunque en alguna de las miradas que les dispensaban podía sentirse un atisbo de crítica y rencor. No sólo allí, sino también en otros lugares, se murmuraba en voz baja, y a quien tuviera oídos prestos, que el Temple había perdido de vista sus objetivos en Tierra Santa, dedicándose más a llenar sus arcas y a practicar la usura que a cuidar del peregrino. En los círculos más altos de nobleza —Sunifred lo sabía por frey Pedro de Moncada—, algunos ya hablaban abiertamente de los caballeros

con reproche y enjuiciaban su conducta. La sensación no era buena y el joven preveía, en su fuero interno, tiempos difíciles.

A veces había intentado hablar con Hug al respecto, pero éste siempre negaba lo evidente, enalteciendo a la Orden por encima de cualquier otra consideración. A Sunifred le molestaba la ceguera de su amigo. Hug era un hombre inteligente, devoto y estricto, un buen soldado, sin tacha; sin embargo, en cuanto era sacado de esa zona que él consideraba segura, que había mamado desde que era apenas un crío, negaba lo evidente y se le endurecía la mollera sin atender a razones. A Sunifred le daban ganas de asestarle un pescozón para que espabilara. La vida iba más allá del Temple, sólo tenía que fijarse un poco y observar lo que ocurría a su alrededor.

En esas cavilaciones se encontraba cuando, ya dirigiéndose hacia la parte alta de la ciudad en las faldas del castillo, cerca de la antigua mezquita ahora reconvertida en templo cristiano, se escuchó un barullo proveniente de un callejón apartado. Hug detuvo el paso de su caballo y miró en esa dirección, lo que hizo que Sunifred también tuviera que detenerse. Si por él fuera, habrían pasado de largo, pero sabía que una de las funciones del Temple como señores de Tortosa era la de ser garantes de que la vida en la ciudad transcurriera en perfecta armonía y su compañero respondía sin vacilar a las reglas impuestas por la Orden.

La algarabía parecía ser una pelea de borrachos a las puertas de una maloliente taberna. Él conocía bien aquella madriguera inmunda; alguna vez, a escondidas y de noche, la había visitado cuando las obligaciones de la encomienda superaban su aburrimiento, haciéndolo, eso sí, disfrazado como cualquier plebeyo más, para que el tedio de la Orden no acabara con su espíritu aventurero. El lugar por dentro era repugnante, de techos bajos y sin ventanas, donde la mugre se aposentaba en cualquier esquina, y

el hollín de la única fuente de calor había tiznado las paredes mezclándose con la humedad que se filtraba por las grietas de la construcción. Allí se bebía, se comían viandas de dudosa procedencia, se jugaba a los dados y se refocilaba con mujeres de escasa limpieza y vestimenta, amén de que el tabernero, un individuo tosco y grueso, no dudaba en sacar un garrote y golpear a quien tuviera el cuajo de dejarle a deber un maravedí.

A Sunifred sólo le interesaban las partidas de dados que allí dentro se jugaban, no sólo por el placer de relajarse de sus obligaciones y de ganar alguna que otra moneda a base de hacer trampas, sino también porque el vino solía soltar las lenguas de los parroquianos, enterándose por los clientes foráneos de qué era lo que se cocía más allá de las murallas de Tortosa.

Un corrillo de asiduos a la taberna, ya frecuentada a pesar de lo temprano del día, fue formándose alrededor de los dos hombres que se regalaban insultos mientras medían con sus dagas la distancia que los separaba. Uno de ellos parecía un patán de alguna de las aldeas cercanas a Tortosa, sus ropas bastas y deshilachadas, y un acento algo hosco, conjugaban a la perfección con un rostro quemado por el sol y unas manos callosas y grandes que sujetaban un cuchillo de monte de hoja ancha y curvada. El otro, por el contrario, no cabía la duda de que era de origen noble, la calidad de sus ropas era indiscutible a pesar de los lamparones de vino que salpicaban su camisa y de los ojos y nariz colorados a causa de las libaciones que probablemente habría trasegado desde la noche anterior. El sueño y la bebida se percibían en su cuerpo tambaleante; un cuerpo delgado pero flácido, con una barriga que sobresalía entre los pliegues de la camisa y que denotaba que nunca le había faltado un bocado que llevarse a la garganta. La daga que sujetaba apretando los nudillos tenía adornos en su cruz y en su empuñadura,

era de una belleza exquisita, y eso no se lo podía permitir cualquiera.

Por los gritos, se trataba de una pendencia de juego. El patán acusaba al otro de haber hecho trampas con los dados, y el otro apelaba a su honor jurando que el tramposo era el primero. Ambos en tal estado de embriaguez que el seso debía de haberles descendido desde la cabeza hasta los redaños. La cosa comenzó a ponerse seria cuando las palabras sobraron y fueron los cuchillos los que se adelantaron. El silencio en el corrillo se convirtió en algo tangible, ávidos todos de ver quién derramaba la primera sangre.

Hug desmontó del caballo y le pasó las riendas a Sunifred. Con paso enérgico, se dirigió hacia la puerta de la taberna ahuyentando con su sola presencia a todo aquel que se encontraba en su camino. El manto blanco todavía imponía respeto entre los ciudadanos y la envergadura del caballero, miedo de recibir un castigo por su mano. Poco a poco, los congregados en la puerta de aquella cochiquera fueron retrocediendo y volviendo a lo que fuera que estuvieran haciendo antes de que comenzara la pelea. Todos excepto los dos contendientes, más pendientes del filo de la daga del otro que de lo que sucedía a su alrededor.

Como si la llegada de Hug hubiera sido el revulsivo que necesitaban, ambos hombres se atacaron a la vez. El patán aldeano introdujo su brazo entre la defensa del noble buscando herirlo en el pecho, mientras el segundo lanzaba un tajo de lado a lado a la altura del vientre buscando las tripas. Ni uno ni otro alcanzaron su objetivo. Con un movimiento tan raudo que apenas pudieron captar los presentes, el caballero templario desenvainó su espada y paró de una estocada el cuchillo del patán, mientras con el brazo libre asestaba un codazo al hombro del noble, haciendo que éste soltara la daga con un gruñido de dolor.

Hug se puso en medio mirando con fijeza al aldeano, quien se arredró pronto ante el robusto caballero y dio varios pasos hacia atrás. El noble, a sus espaldas, se quejaba dolorido al tiempo que buscaba la daga entre la suciedad del suelo. Cuando la encontró, se agachó a recogerla y se abalanzó hacia la espalda del templario como un perro rabioso.

A Sunifred no le dio tiempo de avisar con un grito de lo que le avenía por detrás. Hug fue más rápido. Se volvió raudo como un lebrel, pese a su altura, asestándole una patada en el estómago que lo tumbó en el suelo cuan largo era.

—¡Marchaos! —ordenó el caballero recuperando la mirada en el patán y en los que aún quedaban alrededor contemplando el desenlace.

Todos obedecieron y fueron alejándose, cada cual retomando sus quehaceres o de vuelta al interior de la taberna. Sólo un joven permanecía unos pasos por detrás de la figura del caído dudando de qué hacer.

—¿Cómo estás, Pere? Has crecido. Largo tiempo hace desde que no nos vemos —dijo Hug contemplando al escuálido muchacho. Estaba pálido, como si el sol no besara su piel y la delgadez marcaba los huesos del rostro. Luego se giró hacia el que todavía permanecía en el suelo—. Y tú, Blai, levanta tu trasero y recomponte antes de que alguien más te vea.

Hug le tendió la mano para ayudarlo, pero el otro rehusó el ofrecimiento furioso. El mal olor que desprendía, a humo y vino barato, repelió los sentidos del caballero.

Con no poco esfuerzo, pues todavía le duraba la embriaguez, se puso en pie, no sin antes recoger la daga del suelo y sujetarla en la mano sin guardarla.

—¿Piensas guardar eso? ¿O es que quieres intentar atacarme de nuevo?

—Eres un bastardo, Hug; maldigo la hora en la que madre te trajo a este mundo. Tenías que haberte ahogado en su vientre.

—Deja de humillarte a ti mismo y al apellido que llevas. Por hoy creo que ya has hecho bastante en ese sentido.

Blai bufó rabioso y los nudillos se le crisparon alrededor de la empuñadura de la daga. Hug, sin mostrar un atisbo de temor, lo miró con fijeza, ora al rostro, ora a la daga, y sonrió de medio lado, lo que logró que al otro se le enrojecieran las mejillas más si cabía. Pero aún debía de quedarle algo de cordura en la cabeza, porque guardó la daga de mala gana sosteniéndole la mirada.

—Tienes suerte de que te ampare ese manto blanco que portas —dijo en tono amenazador.

—Puedo quitármelo si ése es tu gusto.

—¿Crees que te tengo miedo? Todavía puedo ver al ridículo niño gordo que se escondía en las cocinas, sólo que ahora te ocultas tras las faldas de una encomienda.

—Y tú sigues siendo el mismo necio con la lengua más larga que el seso. Hazte un favor, Blai, a ti y a los demás. Vete a casa a dormir la borrachera y no deshonres más a la casa Monrós.

—Me voy porque no deseo ver más en qué te has convertido. —Y añadió con hueca amenaza—: Padre sabrá de esto.

—Padre ya sabe la clase de hijos que ha criado —replicó con amargura—; de hecho, nunca le ha costado mostrar su decepción a quien quisiera escucharlo. Vete, Blai, vuelve a casa.

Por fortuna para Hug, pues ya estaba cansado de lidiar con la tozudez de su hermano, Blai se dio la vuelta con la poca dignidad que le quedaba y se alejó calle arriba. Pere, sin embargo, permaneció unos instantes más.

—No se lo tengas en cuenta, Hug, no son más que bravatas.

—Y algún día esa fanfarronería le costará cara —predijo con pesadumbre.

—Padre no se lo ha puesto fácil. Sobre todo desde que llegó a nuestros oídos que te habían convertido en caballero. Un día fuiste tú, pero ahora es Blai el que recibe el continuo menosprecio de nuestro progenitor. Y cuando no es él, soy yo.

—Veo que el tiempo no siempre cambia las cosas. —Hug se compadeció de su hermano pequeño—. ¿Y Ermensinda?

—Nuestra hermana se desposó con un rico comerciante de Bítem, viven a una legua escasa. Le va bien, creo que espera un hijo para finales del verano.

—Me alegro por ella.

Permanecieron en silencio unos instantes, quizás rememorando aquellos días de la niñez y las escasas muestras de afecto que se dispensaron.

—Hug... Estoy enfermo. Es algo relacionado con la respiración. A veces me falta, toso mucho y siento que me ahogo. Por eso quiero pedirte disculpas, por si no volviéramos a vernos..., por las burlas de Blai y por ser tan mentecato en secundarlas. Lo siento, de verdad que lo siento.

—Eso es agua pasada —dijo Hug quitándole importancia con un gesto de su mano—. Lo primordial es que estés bien. Cuídate y si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias... —Y añadió como si le costara pronunciar la palabra—: Hermano.

El caballero asintió y se giró para marcharse. El encuentro con Pere y Blai, después de tantos años, le había dejado un regusto amargo en la boca. Desde que dejara la casa de los Monrós a los once años, apenas si se había cruzado por las calles de la ciudad con

su progenitor, al que a veces acompañaba alguno de sus otros hijos, y con quienes se había limitado a hacer un gesto de saludo con la cabeza que fue respondido con otro ademán no menos frío que el suyo. Era la primera vez en mucho tiempo que cruzaba alguna palabra con sus hermanos, y la experiencia lo había retrotraído a una infancia poco feliz que no deseaba recordar.

Sacudió la cabeza para espantar los malos pensamientos y, tras quitarle de un zarpazo las riendas a Sunifred, montó a caballo y siguió su camino. Unos instantes después, el sargento, quien había permanecido un tanto alejado de lo ocurrido, indagó con curiosidad:

—¿Quiénes eran?

—Mis hermanos.

—¿Problemas de familia?

—Como siempre.

No hablaron más. Sunifred, aun cuando seguía sintiendo curiosidad por ese pasado de su compañero del que nunca le había hablado, respetó con su silencio la tormenta que Hug tenía desatada en su interior hasta que llegaron a la puerta de la casa de los Miravalle. Un sirviente les hizo cruzar el portón y pasar al patio donde aguardaron la llegada del señor de la casa, dejando atrás otras consideraciones.

Unos instantes después de su llegada, el portón volvió a abrirse dejando paso a un grupo de jinetes encabezado por una figura menuda montada a mujeriegas, embozada en una especie de escapulario con capucha que le ocultaba el rostro. Al descubrirse una vez que detuvo al palafrén, Sunifred se quedó sin aliento. Unos bucles desordenados de color medianoche enmarcaban un rostro de una belleza que no tenía parangón. Ni en sus correrías nocturnas por los burdeles tiempo ha, hubo puesto sus ojos en dama más agraciada que la que ahora tenía a una centena de pies. Ávido,

repasó su silueta olvidando a la Orden en la que profesaba, hasta que recibió un codazo de Hug en el brazo, quien debía de haberse dado cuenta de su indiscreción. Aun así, no pudo dejar de mirarla, fijándose, cuando la muchacha se dio la vuelta, en que el escapulario que portaba llevaba bordada un hacha carmesí en su espalda.

—¿Quién es? —le preguntó a su compañero en voz baja.

—Cixilona de Miravalle, la hija del señor de esta casa.

—Es muy bella...

—¡Sargento! —fue reprendido por el caballero en un susurro airado—. Te debes al Temple y a sus reglas.

—Eso no quita que tenga ojos en la cara para admirar las cosas bonitas.

—No tienes remedio, Sunifred. —Hug movió la cabeza con disgusto—. Haznos un favor y disimula un poco, ¿quieres?

—Está bien, hermano —acató.

Sin embargo, sus ojos verdes parecían tener vida propia y volvían una y otra vez hacia la muchacha. Ésta había desmontado ayudada por uno de los guardias que la acompañaban y departía con el sirviente, quien, solícito, sujetaba las riendas de su palafrén mientras escuchaba las órdenes de su señora.

Las reglas de la Orden eran claras. Para evitar tentaciones carnales, los hermanos no debían tener contacto con mujeres, y, si se diera el caso de que tuvieran que mantener una conversación con alguna de ellas, tenían que apartar la vista para no poner en peligro su castidad.[7]

Otro codazo de Hug le advirtió de que seguía mirando.

—Las mujeres son el don más preciado de la naturaleza, ¿no crees? Hay quien ardería en el infierno sólo por probar sus mieles.

—¡Cállate de una vez! Somos hombres de Dios y esas cuestiones están prohibidas para nosotros.

—Lástima... ¿Tú nunca...?

—He dicho que te calles, Sunifred.

—Hermano...

Hug bufó irritado.

—¡Qué!

—Ese símbolo que lleva bordado en la capa, ¿qué es?

El caballero echó un vistazo rápido, alegrándose de cambiar por otro el tema de conversación que lo estaba incomodando.

—¿No has oído hablar de las damas de la Orden del Hacha?

Sunifred hizo memoria. Algo recordaba haber oído durante sus correrías nocturnas, pero no le había prestado demasiada atención.

—La dama Cixilona es descendiente de una de las mujeres a las que el conde Ramón Berenguer concedió una distinción honorífica por su gesta —continuó Hug—. Si la memoria no me falla, tras la conquista del conde, Tortosa fue puesta bajo asedio de los andalusíes, y gracias a un grupo de mujeres, y a su lucha, la ciudad fue salvada y permaneció en manos de Ramón Berenguer y de la cristiandad. La distinción es hereditaria, y Cixilona puede llevar con orgullo el hacha carmesí bordada en su escapulario a pesar de que han pasado más de cien años desde que se les otorgara tal honor.

En ese momento, de la puerta principal de la casa salía un noble, quien, tras saludar con un cariñoso apretón de manos a la recién llegada, miró hacia los dos templarios y se dirigió hacia ellos. La dama lo siguió unos pasos por detrás.

—Frey Hug —dijo el noble extendiendo los brazos a modo de bienvenida—, me place veros en buena hora.

—Mi señor de Miravalle, es un honor serviros.

—¿Os acordáis de mi hija? —Ponç hizo un gesto conminando a Cixilona a que se acercara—. De niños os visitó muchas veces en vuestra casa.

Hug le dirigió una inclinación de cabeza seca sin sostenerle la mirada. Sunifred se dio cuenta de que la muchacha, quien venía dispuesta a agasajar al caballero con la mejor de sus sonrisas, tuvo que conformarse con aquel gesto huraño y eso no le gustó ni un ápice. El sargento notó cómo sus ojos miraban a Hug despidiendo llamas y su boca se cerraba en un mohín decepcionado. Sunifred maldijo la estupidez de su amigo. Él hubiera dado todos sus maravedíes a cambio de que ella le sonriera así.

Tras las salutaciones de rigor, la muchacha dejó solos a los hombres mientras éstos departían los pormenores del viaje que se avecinaba.

—Bien, entonces —dijo Ponç de Miravalle dando la reunión por terminada—; de aquí a veinte días, en cuanto cambie el año, os aguardaremos a la amanecida para comenzar nuestro viaje a Limoux. Estoy muy agradecido de que nos honréis con vuestra compañía.

—Estamos para serviros en lo que sea menester —respondió el caballero—. En el nombre de Dios.

—Rezaré por vosotros y porque el trayecto nos sea favorable. Llevo al mayor tesoro conmigo —dijo mirando hacia donde se encontraba su hija al otro lado del patio, junto a las cuadras—, y no quisiera ponerlo en peligro.

—No tenéis de qué preocuparos. Nuestra fe y nuestra espada nos acompañan.

—Que así sea.

Los hombres se despidieron con un apretón de manos, con las miras puestas en la aventura que pronto iban a emprender.

III

Limoux, Francia

«Un regalo del cielo.» Eso pensaba Raymond al mirar a su hijo Philippe. La razón de su existencia, aquel que había llegado cuando ya nadie lo esperaba. Lástima que su esposa ya no estuviera para ver los progresos del muchacho, unas fiebres se la llevaron muy pronto, cuando Philippe apenas contaba con seis años, dejándoles un vacío del que Raymond sólo consiguió salir una vez que tomó la decisión de trasladarse a Limoux junto al niño para estar cerca de los Bourrel, unos amigos de su juventud, quienes al saber de su situación lo invitaron a mudarse a la ciudad en la que residían, pues contaba con una importante comunidad de creyentes en la que Raymond se sentiría bien acogido y en la que su hijo podría desarrollar una educación basada en su fe.

Miraba a Philippe con orgullo, observando la atención que ponía a la prédica de los dos perfectos que habían llegado aquella mañana a casa de los Bourrel. Pero también lo hacía con miedo, si alguien los denunciaba acabarían presos, o peor aún, quemados en la hoguera. Ya había ocurrido, y aunque tras la caída de Montsegur los creyentes se habían dispersado, en los últimos tiempos volvían a florecer pequeñas comunidades que mantenían su fe a escondidas.

Dos recios golpes en la puerta de la casa hicieron que el corazón de Raymond dejara de latir por unos instantes. El silencio fue absoluto. Ninguno de los presentes se atrevió a moverse, ni siquiera

a respirar, y funestos pensamientos sobrevolaron las cabezas creando un ambiente denso como el humo de una hoguera en un espacio cerrado. Fue la hija de Bourrel, Aude, que tan sólo contaba siete años, la primera en levantarse. Se acercó a la puerta y la abrió de un tirón antes de que nadie pudiera reaccionar.

—Ya creía que no venías —le escucharon decir.

—He tenido que entregar unas ropas remendadas en las afueras.

Todos respiraron de nuevo al reconocer la voz. Era Helís, la que fuera vecina de D'Alayrac allá en Costauçan, la hija de la anciana Jordane, que viajó con ellos cuando decidieron venirse a Limoux para no quedarse sola tras la muerte de su madre. Se le daba bien la aguja y se había acomodado en casa de Raymond, donde, además de sus labores de costura, ayudaba al hombre a cuidar de Philippe.

Bourrel amonestó a su hija por la imprudencia de abrir la puerta sin preguntar. Atrevida como era, la niña le quitó importancia al asunto con el desparpajo propio de su edad:

—Sabía que era Helís —confirmó, convencida, y volvió a ocupar su silla junto a Philippe.

La reunión se reanudó después de que la recién llegada tomara asiento. Durante una hora, los perfectos predicaron su fe a través de la lectura de algunos pasajes del Nuevo Testamento, en particular del Evangelio de san Juan, y despertaron el interés de los muchachos presentes a través de las preguntas fundamentales en la que se basaba su doctrina: ¿cómo Dios, en su infinita sabiduría, y siendo bueno y misericordioso, quiso crear el Mal? ¿Era el Mal una parte de la creación divina?

Conforme los perfectos hablaban, Raymond comenzó a sentirse desasosegado. La reverencia con la que su hijo se embebía de cada palabra que allí se pronunciaba, y que luego trasladaba a cada

quehacer cotidiano, le preocupaba. Por supuesto que quería que Philippe se criara bajo los preceptos de su Iglesia, pero no deseaba para él la vida errante y peligrosa de un perfecto.

—Es bueno ver a los más jóvenes tan interesados en el Evangelio —le dijo Bourrel, sentado junto a él.

Raymond respondió con un asentimiento de cabeza algo titubeante, sin darse cuenta de que acababa de trasladar sus preocupaciones a su amigo.

—¿Qué te preocupa, Raymond? —le preguntó—. Y no me digas que nada, que te conozco bien y tu rostro refleja tus pensamientos.

—El Mal, amigo, me preocupa el Mal que crece alrededor nuestro... —reflexionó Raymond en voz baja para que sólo lo escuchara Bourrel—. Y el miedo. Ya has visto lo que ha ocurrido cuando Helís ha llamado a la puerta, todos hemos sentido miedo, y no deseo que Philippe viva con miedo lo que le reste de vida. ¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué no podemos practicar nuestra fe con libertad? ¿Qué mal hacemos nosotros? Es injusto que tengamos que ocultar nuestras creencias, que no podamos ser soberanos de nuestras propias ideas y que se nos pueda condenar a muerte por ellas. Es injusto para Philippe, es injusto para todos...

—Claro que es injusto, claro que lo es. —Bourrel intentaba apaciguar la pesadumbre de su amigo—. El infierno no existe más allá, el infierno es el mundo en el que vivimos. Por eso no debemos vivir con miedo, pues nuestra alma es pura y pertenece al reino del Bien, y sólo cuando nos liberemos de esta carga terrenal que es nuestro cuerpo, recobrando la pureza que nos fue dada en origen, accederemos a ese reino donde encontraremos nuestra salvación. —Y añadió—: No debes temer, sólo tener fe y obrar bien cada día de tu vida.

—Pienso en ello constantemente, pero no puedo evitar que el miedo perturbe mi fe. Sobre todo por mi hijo. Sólo tiene nueve años y ya me ha dicho que quiere ser perfecto. Por un lado, sus palabras me llenan de orgullo, pero, por otro, me entristece la clase de vida que pueda aguardarle si ésa es al final su decisión. No es mi deseo que tenga que estar en constante huida, visitando a otros creyentes en secreto, no llevando una existencia tranquila en familia, sólo errando de lugar en lugar, como nos ocurre a muchos de nosotros, a los que hemos elegido ser fieles a Dios y a su palabra.

—Sin embargo, has sido tú libremente el que has elegido ser un buen cristiano.

—Sí, lo sé, porque creo en Dios y en la pureza de nuestra fe. Porque la Iglesia, y su clero católico, se ha corrompido y ha perdido de vista lo más importante, el verdadero camino, más preocupados por lujos y riquezas que por seguir la palabra del Altísimo. Se han pervertido moralmente, han antepuesto lo material a lo espiritual. Y la impunidad con la que actúan me revuelve las tripas. Mientras, nosotros tenemos que huir, escondernos, sin encontrar un lugar donde vivir en paz.

—Quizás eso pueda cambiar —dijo Bourrel, enigmático.

—¿Cómo?

—Tengo un plan, pero de momento es sólo una idea, una idea para la que voy a necesitar una ayuda especial, que ya viene de camino hacia aquí. —Antes de que Raymond pudiera preguntar más, Bourrel le hizo un gesto disuasorio y prosiguió—: A mí también me preocupa Aude. Si Philippe te ha dicho que quiere ser perfecto, mi hija no iba a ser menos, sabes que son uña y carne desde que se conocieron, así que he pensado, si a ti no te parece mal, que incidamos un poco en sus vidas, ahora que aún son maleables, y vayamos encaminándolos hacia un futuro que los una.

—¿Qué quieres decir?

—Digo que quizás podríamos valorar la posibilidad de una unión entre ellos dentro de unos años. Sería un placer para mí que nuestras familias se convirtieran en una.

Raymond lo miró con atención y sopesó el ofrecimiento. Tras unos instantes, asintió con un gesto severo.

IV

Pirineos orientales, a escasas leguas del Rosellón

«¿Qué podría salir mal en aquel —*a priori*— fácil trayecto hasta el sur de Francia?» Aunque no lo sabían, Hug y Cixilona compartían pensamiento en ese instante al recordar lo ocurrido la noche anterior, cuando el crepúsculo ya tintaba de azules el cielo dando paso a la noche.

Comenzaron el viaje al amanecer, cuando ya los pájaros trinaban contentos por el empezar de un nuevo día. Pronto dejaron atrás las tierras del Bajo Ebro en dirección norte, buscando los caminos más transitados para evitar los peligros habituales que se podían encontrar en rutas menos corrientes: desde terrenos pedregosos que lastimaran las patas de los caballos hasta lugares solitarios que podrían esconder merodeadores o asaltantes dispuestos a saquear a los incautos que se atrevieran a buscar atajos entre bosques y maleza tupida.

La comitiva era pequeña. A Miravalle y su hija había que añadir a dos guardias personales del noble, dos individuos con malas pulgas que vendían su brazo al mejor postor y de los que Hug desconfiaba. No era raro que en ocasiones esta clase de rufianes mudaran de bando cuando les venían mal dadas. A Hug lo acompañaba el sargento Sunifred y los dos caballeros templarios de su elección: los hermanos Josep y Miquel, a los que no sólo hermanaba la Orden, sino también la sangre. Ambos habían nacido de la misma madre al

mismo tiempo, y eran como dos gotas de agua; de hecho, a Hug le costaba distinguirlos la mayoría de las veces. De mediana estatura, ojos oscuros y rostro redondeado, ya peinaban canas, pero les podías confiar cualquier asunto porque siempre se comportaban con honor y discreción. Sin embargo, a pesar de su parecido, sus personalidades eran totalmente diferentes, tanto que, cuando Hug se desesperaba porque no los diferenciaba y tenía que nombrar a uno de ellos con el temor a equivocarse, Sunifred siempre le decía lo mismo:

—No hay que ser muy listo para saber quién es quién. —A lo que el caballero resoplaba indignado por el insulto—. Sólo hay que mirarles el rostro. Josep tiene el ceño fruncido y rumia siempre para sí mientras no pierde detalle de lo que pasa a su alrededor. Miquel, al contrario, tiene la mirada limpia y franca, y no hace ascos a sonreír. Disfruta de la vida mucho más que su hermano.

Y Hug callaba porque, aunque exageraba, sabía que el sargento tenía razón. A él le costaba diferenciarlos a simple vista si no se detenía a observarlos con atención, y no lo solía hacer para que no sintieran que era descortés en su actitud. Pero era verdad que Josep era más reflexivo, más centrado en lo espiritual que en el mundo que le rodeaba, y Miquel, más animado, era una de aquellas personas que siempre estaban ideando planes para mejorar la vida de la encomienda y del prójimo, siempre con algún proyecto en mente, ya estuviera centrado en sacar más provecho de los recursos de los que disponían los freires, o en el progreso de algunas construcciones anexas a la encomienda que habían partido de él, o en el aumento de las relaciones cordiales con otras órdenes o con los ciudadanos de Tortosa. Incansable, ésa era la palabra que mejor lo definía.

Sunifred, sin embargo, no tenía reparos en bromear con los hermanos cada vez que tenía ocasión. Mientras Miquel disfrutaba de las chanzas del sargento, a Josep se le notaba a la legua la animadversión que sentía hacia él.

Ya la primera mañana de viaje había surgido un roce entre ellos. Los templarios cabalgaban en la retaguardia, vigilando las espaldas de la comitiva de los Miravalle.

—¡¿No es magnífico?! —gritaba Sunifred trotando arriba y abajo con su corcel, un castaño andalusí que había llevado consigo cuando llegara a la encomienda de Tortosa igual de nervioso que el dueño—. El sol nos acompaña, el cielo nos sonríe y el viento seca nuestro sudor. ¿Qué me decís, hermano Josep, no hace un día para disfrutar?

—Dejad de dar vueltas con vuestro caballo a mi alrededor —le gruñía—, y centraos en el camino. Estáis desatendiendo vuestras obligaciones.

—Mis obligaciones ya han sido atendidas adecuadamente esta mañana. —Al sargento le correspondían las labores de intendencia durante esa inusual expedición, haciéndose cargo de que no faltaran víveres para ellos y para sus monturas—. Y llevo la espada conmigo, por si alguien desea perturbar las bondades de esta magnífica mañana y probar su filo.

—No deberíais hablar tan a la ligera sobre la posibilidad de verter sangre, Dios puede tomaros la palabra para castigaros. La espada que portamos no sólo sirve para matar.

Josep era el más espiritual de los hermanos. Tenía una profunda fe en las pruebas que el Creador enviaba a los hombres para demostrar si eran o no dignos de su misericordia.

—¿No? ¿Y para qué sirve su filo sino para vencer a los enemigos de Dios? —le inquirió Sunifred.

—«Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios»[8] —citó el caballero—. Tenéis que buscar más allá en vuestras cortas entendederas para vislumbrar el verdadero significado.

—Ilustradme, pues, si os place; no querríamos pecar de ignorantes ante vuestra sabiduría.

Lo irónico de su tono no pasó desapercibido para el resto de los caballeros. Hug negó con la cabeza, sintiendo que su amigo a veces traspasaba la línea de la cortesía; Miquel, quizás porque sabía que el empeño de Sunifred de cuestionarlo todo era parte de su naturaleza y conocía bien a su hermano, sólo sonrió y puso el oído atento a la conversación.

—No seáis irreverente —lo amonestó Josep—. Escuchad lo que tengo que decir y reflexionad sobre ello. Si os ofreciera la espada por el filo, lo haría porque es justicia de Dios, porque Él, en su infinita sabiduría, ha querido que nos armemos con su palabra para llevarla a todos los confines de este mundo. Si, en cambio, os la ofrezco por la empuñadura, por la cruz, os estoy brindando la comunión entre vuestro ser, que es el centro de esa cruz, y el Creador, para que obréis con sabiduría y sembréis el bien sin importar dónde ni cuándo ni con quién. No importa si esa siembra cae en suelo pedregoso y no germina, si en suelo pantanoso y se ahoga, o si en suelo fértil y la cosecha da sus frutos. Sólo importa la nobleza de vuestros actos. Por eso os digo, hermano Sunifred, que no tengáis ansias por desenvainar, pues ya dijo Jesús que «todo el que pelea a espada, morirá a espada».

—Es muy sabio lo que decís —le concedió el sargento en primera instancia, para acto seguido volver a arremeter con irreverencia—: Pero, decidme, si ahora nos atacaran unos bandidos, ¿qué haríais

vos? ¿Les ofreceríais la espada por la cruz? Perdonadme mi insolencia, pero no lo creo.

—Al menos intentaría antes dialogar con su sentido común.

—Y mientras lo intentáis, ellos ya os habrán insertado su arma en vuestro gaznate. No, no y no... Mejor dejar que la espada hable antes de que pueda yo quedarme sin voz.

—Por Cristo que no hacéis honor a vuestro nombre.

—¿Quién es el irreverente ahora?

El rostro de Josep enrojeció de indignación. No le gustaba ser pillado en falta y acababa de pronunciar una blasfemia.

Hug fulminó a Sunifred con la mirada y le dijo por lo bajo:

—No tienes remedio.

El sargento, como siempre, sonrió de medio lado mostrado su mella, incapaz de tomarse en serio las acertadas reflexiones del hermano Josep. Su amigo era una causa perdida, él lo había aprendido a fuerza de chocarse contra la pared de su descaro.

—No le hagas caso, hermano —terció Miquel—, ¿no ves que el sargento sólo lo hace para fastidiarte? Anda, vamos a comprobar que el señor de Miravalle y su hija no necesiten nada; como bien has dicho antes, debemos sembrar el bien y ese bien ahora se centra en proteger a esa familia.

Los dos hermanos se adelantaron, quedando solos Hug y Sunifred a retaguardia.

—¿No sacarías tu espada si alguien nos atacara por el camino? ¿O intentarías hacerlo entrar en razón mientras tratas de evitar que te mate?

—No puedes dejarlo estar, ¿verdad? —Hug negó hastiado con la cabeza—. Por supuesto que sacaría la espada. Y defendería con mi sangre a todos y cada uno de los presentes.

—¿Entonces...?

—¿Es que no has entendido nada? —resopló, cansado—. Lo que el hermano Josep ha querido decirte es que no desees algo que podría hacerse realidad, que no hables con esa alegría de quitar la vida a otras personas, que intentes siempre hacer el bien y que verter sangre sea siempre el último recurso.

—El mundo en el que yo he vivido no entiende de bondades.

Hug lo sabía. Sunifred no tuvo una infancia fácil, intentando sobrevivir entre miseria y maltratos hasta que frey Pedro de Moncada se cruzó en su camino.

—Lo sé —accedió—, y por ello deberías intentar hacer de éste un mundo mejor.

—Ya lo hago; protejo con mi espada tu espalda y la de la bella dama que cabalga por ahí delante.

—No tienes remedio...

—Eso ya lo has dicho.

—Y lo confirmo de nuevo.

—Y yo.

El de Monrós no pudo menos que sonreír ante la insolencia de su amigo. Dando la batalla por perdida, hizo avanzar a Brioso para acercarse más a la retaguardia del grupo. Las palabras de Sunifred frenaron su intención.

—¿Por qué ha dicho el hermano Josep que no hago honor a mi nombre?

—¿No lo sabes?

—No.

—¿No sabes cuál es el significado de tu nombre?

—Te digo que no, no lo sé.

Hug se regocijó en su fuero interno. Ahora que lo pensaba, la cuestión tenía su gracia lo quisiera o no.

—¿Me lo vas a decir o no? —se impacientaba el sargento.

—Lo que ha querido decir el hermano Josep es que no haces honor a tu nombre porque Sunifred significa «hijo de la paz». —Y añadió—: Mal nombre para quien sólo piensa en el filo de su espada.

No aguardó la reacción de su amigo y galopó para no retrasar la marcha. Unos instantes después, las carcajadas de Sunifred se escucharon por toda la colina baja que atravesaban.

Y así transcurrían las jornadas, lentas y en calma, sin que ningún contratiempo frenara su viaje. Por la noche pernoctaban en posadas para que la familia Miravalle pudiera descansar su cuerpo poco acostumbrado a tan largas marchas a caballo. Hug dormía poco, preocupado desde lejos por los gestos de dolor que a veces vislumbraba en el rostro de Cixilona al descabalgar. Debía de ser un infierno para la joven, aunque ni una palabra de queja la escuchó decir durante esos días.

No había hablado con ella en ningún momento. Se mantenía lejos por respeto a la Orden en la que profesaba. Pero en ocasiones sus pensamientos divagaban y se encontraba recordando con añoranza los días de su niñez, cuando los Miravalle visitaban su casa y Hug encontraba en la presencia de una pequeña Cixilona la amistad y los juegos que debía haber compartido con sus hermanos y que, por desgracia, no encontraban eco debido a la inquina que su hermano mayor, Blai, le tenía. A la niña no le importaba la gordura de Hug, y prefería pasar el tiempo con él antes que con su hermana Ermesinda, lo que hubiera sido más habitual. A escondidas, se colaban en el estudio del señor de Monrós y Hug le leía libros de aventuras que hacían las delicias de la pequeña, quien, con su risa jovial, alegraba el corazón del muchacho las pocas horas que

pasaban juntos. Quizás había estado algo enamoriscado de ella, de su atrevimiento y de su fuerza cuando amonestaba a sus hermanos en los momentos en que éstos hacían chanza sobre su oronda figura delante de ella. Tenía más valor en su menudo cuerpo que otros con más altura que sensatez.

Cuando se daba cuenta de por dónde galopaban sus pensamientos, se ruborizaba sin poder evitarlo, y escondía el rostro para que nadie se diera cuenta de esa debilidad. Y menos que nadie Sunifred; si él captaba cuál era su tribulación, estaría burlándose de él hasta el fin de los tiempos. No podía permitirse ese tipo de reflexiones, la vida y Dios lo habían encaminado hacia el Temple y él debía honrar ese destino.

La tarde del día anterior, antes de que la paz de su peregrinaje se viera perturbada, habían hecho un descanso en el margen de un riachuelo para comer algo y refrescarse. El caballero se sacudía la túnica blanca para adecentarla después de que el polvo del camino se hubiera adherido al tejido. Sus hermanos estaban atendiendo a los caballos, cosa que él ya había hecho nada más llegar. Brioso demandaba sus atenciones en el momento en el que paraban y a él le encantaba complacerlo. Era un buen caballo y ambos se entendían muy bien.

Los Miravalle se habían sentado a la sombra de un gran árbol esperando a que los dos guardias que los acompañaban tuvieran éxito con la caza. Éstos se internaron en la floresta en busca de algún ave o conejo que les sirviera para cambiar su dieta a base de pan, queso y algún tasajo de carne desecada.

Hug, que revisaba en esos momentos su bolsa en busca de algo que llevarse a la boca, fue requerido por Ponç para departir con él algunos pormenores del viaje. Quería repasar el itinerario que les cruzaría por el Rosellón hasta Francia. Se sentó junto a él frente a la

hoguera, que ya lamía la madera en espera de la fortuna que tuvieran los guardias del noble con la caza.

—¿Llegaremos esta noche a Sant Pere de Rodes? —le preguntó—. En el monasterio nos aguardan hoy.

—Si Dios lo quiere y el tiempo nos acompaña...

—Uno de los guardias me ha dicho que lloverá en unas horas. —Cixilona, que venía de entre la floresta tras aliviarse, había escuchado las últimas palabras de Hug y se unía a la conversación.

El caballero contempló el cielo y negó con la cabeza.

—Lo dudo; no hay ni una sola nube que presagie tormentas.

—A veces basta una sola nube extraviada para echar a perder un día maravilloso.

Hug no supo qué responder. Las palabras de la dama denotaban un poso de amargura que él no supo cómo interpretar.

—No hagáis caso a mi hija, su humor es cambiante estos días.

—¿Y de quién es la culpa?

—Cixilona... —El tono del noble era de advertencia—. No hagas que me arrepienta de haberte traído.

—Pero, padre...

—¡Basta! No quiero oír ni un reproche más. —La sentencia de Ponç era categórica y Hug vio como la muchacha se mordía el labio y acataba con renuencia las órdenes de su padre—. Disculpad la insolencia de mi hija, frey Hug, está molesta porque antes de partir de Tortosa se anunciaron sus esponsales con vuestro hermano Blai.

El templario se puso rígido envarando la espalda. Miravalle captó su incomodidad y lo miró detenidamente.

—Pensaba que estabais informado —le dijo.

—No, no lo sabía —y añadió intentando no atragantarse—: celebro que nuestras familias se unan.

Captó la mirada furiosa de Cixilona por el rabillo del ojo.

—Os agradecemos vuestros parabienes. Sabed que siempre he tenido en alta consideración a la casa Monrós y la amistad que nos ha unido durante años por fin tendrá el lazo que faltaba para completar el nudo. Tras nuestra vuelta de Francia se fijará la fecha, pero no deseamos que se demore mucho. Para nosotros es un honor, sin duda, que vuestro padre haya propuesto la alianza entre ambas casas.

Hug aceptó con un gesto el cumplido hacia su apellido evitando que su rostro mostrara la más mínima emoción. Pensar que Blai —y más después de su último encuentro— iba a desposarse con la muchacha le revolvió las tripas. Se compadecía de ella y de la vida que le aguardaría junto a su hermano; a tenor de lo que había visto de su personalidad aquel día en la taberna, sería más que probable que Blai le hiciera la vida imposible a la persona que estuviera a su lado.

Como no quería que su mente presagiara malos augurios ni mirar el rostro de la dama, trató de cambiar de conversación.

—Decidme, Ponç, antes habéis dicho que en el monasterio de Sant Pere de Rodes nos aguardan hoy. ¿Cómo saben ellos de nuestra llegada?

—Ah, frey Hug, ésa es una de las virtudes de poseer rebaños de ovejas —dijo Miravalle, jovial—, y sus pastores son una fuente muy aprovechable de información. Tened en cuenta que ellos recorren muchas leguas por pueblos, valles y sierras, conocen los mejores caminos y atajos desde Tortosa hacia las tierras del Reino de Valencia al sur, los buenos pastos de invierno en Peñíscola y Sant Mateu, y los pasos de montaña al norte que limitan con nuestros vecinos franceses. Saben de los lugares donde el pasto es más abundante y por donde discurren los riachuelos que habrán de saciar la sed del ganado, y entre ellos existen líneas de

comunicación que traspasan los reinos —le narró con entusiasmo—. En Tortosa, los Mauri son una buena prueba de ello. Tienen una rama de su familia al sur de Francia, también dedicados al pastoreo, que viven en una aldea llamada Montaillou, y suelen cruzar en muchas ocasiones las montañas para visitar a sus parientes. Pues bien, calculando la ruta, envié unos días antes de nuestra partida a uno de los Mauri de Tortosa para que avisara al monasterio de nuestro peregrinaje, así como a alguna de las posadas en las que hemos pernoctado en nuestro camino. La comodidad de mi hija bien valía el esfuerzo. ¿No os parece una idea excelente?

—Sin duda, mi señor de Miravalle —mintió el caballero, absteniéndose de mencionar sus reticencias al saber que fuera de su comitiva alguien pudiera conocer la ruta que iban a tomar.

El secreto siempre evitaba tentaciones.

V

El guardia tuvo razón. Tras emprender camino después del almuerzo, la lluvia hizo acto de presencia. Negros nubarrones coparon el cielo descargando sobre ellos toda la furia que llevaban acumulada.

La yegua de Cixilona, inquieta por el sonido de los truenos, resbalaba en el suelo embarrado del camino y parecía presta a encabritarse. El sargento Sunifred hacía ya un rato que la había persuadido para entregarle las riendas y sujetaba estoico al nervioso animal mientras se embozaba con su manto oscuro tratando de mantenerse lo más seco posible.

Anochecía y no había señales de que el monasterio estuviera cerca. El ánimo de la dama era sombrío, se lamentaba de que la placidez del viaje se truncara por los elementos; además, se sentía un poco febril debido a la gelidez de la noche. Arrebujada en su capa, soportaba el frío distrayendo la mente con el conteo de los pasos de su montura. Cada veintena de pasos, ella apretaba un dedo contra la palma de su mano, así sucesivamente hasta que no le quedaban dedos y volvía a empezar. No miraba al frente, doblada la cabeza hacia abajo rehuyendo la lluvia que ya le calaba las ropas y tejía escalofríos en su piel. Esperaba no enfermar con el lance.

Cuando llevaba por enésima vez cuatro dedos apretados contra su palma, tuvo que suspender las cuentas. Se habían detenido.

Cixilona trató en vano de desembarazarse del embozo que le cubría el rostro, pero el tejido se le había pegado a la frente por culpa de la humedad y no conseguía ver qué estaba ocurriendo.

—Manteneos junto a la dama.

La urgencia en la voz de Hug le llegó amortiguada por el sonido de la lluvia. Sintió, a través de los músculos de su montura, cómo ésta era desviada unos pasos hacia el sargento. Sunifred debía de haber obligado al animal a juntarse contra su propio corcel.

Cuando por fin pudo quitarse el trozo de tela de la cabeza y el flequillo que le caía mojado sobre los ojos, un temblor la estremeció. Unas varas más adelante, un espectro inmóvil permanecía parado en medio del camino. Oscuro, sin que el menor atisbo de vida se viera reflejado en él, interrumpía su paso ajeno a los elementos que azotaban la tierra con fuerza.

Hug se había posicionado al frente de la comitiva, observando fijamente a aquel ser con la mano puesta en la empuñadura de su espada. El contraste era absoluto. La figura negra y el caballero blanco, ambos midiéndose con la mirada desde la distancia.

Cixilona entonó entre dientes una plegaria, deseando que aquello sólo fuera una pesadilla fruto de su imaginación febril.

—¿Quién osa interrumpir nuestro camino?

Su padre había instado a su montura a adelantarse unos pasos, con los dos hombres de su guardia siempre flanqueándolo. Mientras, los otros dos templarios más maduros se separaban: uno instando a su caballo a que retrocediera a retaguardia y el otro, hacia el frente, acercándose a las espaldas de Hug.

Silencio. Nada excepto la lluvia y los nerviosos resoplidos de los caballos perturbaban la noche.

Hug arreó con las espuelas en los flancos de su destrero para que avanzara. Uno, dos, tres pasos... La figura seguía sin moverse. Cuatro, cinco... Cixilona contaba igual que lo había hecho minutos antes para amenizar la tediosa marcha. Siete, ocho, nueve...

Entonces se movió. Fue algo sutil, rápido, como un destello del cielo antes de la tronada. Una espada apareció entre los ropajes negros para apuntarlos con su filo. La lluvia se tornaba en chispas plateadas al deslizarse por ella, único punto de luz en aquel sombrío ser. Parecía un ánima en pena, de esas que contaban las leyendas que se aparecían por las noches vagando en busca de algún vivo al que condenar al infierno. Quien las veía podía darse por muerto.

Cixilona se estremeció de horror.

—¡Decidme quién sois y por qué nos amenazáis!

Hug se había detenido al ver el arma.

Pero el espectro seguía sin responder.

Algo se movió, de repente, a ambos lados del camino. Nuevos espectros aparecían desde el bosque como salidos de las simas más profundas. Cixilona volvió a contar, esta vez sin disimulo, intentando controlar de esa manera el temblor de sus manos. Había siete, tres en cada flanco y el que seguía apuntándolos con la espada.

—¡Hermano Josep! —El grito de Sunifred irrumpió en la noche. La dama creía que se había vuelto loco porque le pareció incluso que sonreía—. ¡Decidme si ahora debe hablar la lengua o la espada!

Desde atrás, la voz bronca del freire respondió:

—*Non nobis, domine, non nobis*...

—... *¡Sed Nomini Tuo da gloriam!*

Y tras el grito unánime de los templarios el infierno se desató.

Cixilona se vio empujada junto a su yegua hasta estar colocada en el centro del camino. A su izquierda, el sargento enarboló la espada para parar una estocada que le venía por ese lado, mientras, con un dominio absoluto de su montura, se giraba rápido para arremeter contra otro que se le acercaba desde más atrás. Salpicaduras de lodo pringaron su capa y su cara.

Volvió el rostro preocupada hacia donde estaba su padre, un poco más adelante a su derecha, y vio con alivio que estaba bien protegido entre los dos guardias que se batían con uñas y dientes contra otros dos adversarios. A su espalda, el chirrido metálico de las espadas al chocar le indicó que también ahí, uno de los freires más maduros —creía que el hermano Josep, aunque le costaba diferenciarlos— dirimía el lance con denuedo para mantener su posición a retaguardia.

Volaron entonces sus ojos hacia Hug, quien se mantenía todavía inmóvil con la vista fija en el espectro oscuro que interrumpiera su camino. Ambos seguían retándose en silencio, sin moverse, previendo cuál de los dos iba a dar el primer paso. A su lado, el último freire, Miquel, tanteaba con su arma el filo del enemigo de la derecha.

Se suponía que ellos partían con ventaja al estar encaramados en sus caballos y los otros a pie. Sin embargo, el barro ralentizaba el movimiento de sus patas, haciéndolos resbalar a cada instante. Hug picó espuelas entonces, dirigiéndose de frente hacia su oponente, rasgando la noche con un grito de guerra, afianzando los pies en los estribos para asestar una estocada certera. Pero la figura era muy rápida, y esquivó con facilidad la arremetida del templario. Brioso resbaló en el barro, y el caballero, ansioso por continuar la lucha, bajó de un salto a tierra para encarar la batalla. Pese a su envergadura, Hug podía ser también muy rápido.

Cixilona contempló por primera vez en su vida lo que era una pelea a muerte, donde no valía nada más que el baile de la espada y la destreza al usarla. Fintas, estocadas directas, quiebros y defensas se sucedieron repetidamente hasta que el cerco se fue estrechando con ella en medio. Para su horror, uno de los guardias cayó al suelo con un gemido y ya no pudo levantarse. La sangre que manaba de

su pecho se mezclaba con el lodo que arrastraba la lluvia. La dama tuvo ganas de vomitar, pero presta se repuso, ahora no era tiempo de flaquear, se lo debía a su estirpe de mujeres guerreras, por algo era descendiente de las damas del Hacha y no podía faltar a la memoria de su tatarabuela.

Sunifred dio cuenta de uno de los espectros. Le rajó el cuello de lado a lado con la daga que sostenía en su mano izquierda; con la derecha, mantenía la espada en posición de defensa aguantando los embates del otro que se batía con él. La joven se dio cuenta en ese momento, al ver con horror el cuello abierto, de que la capucha de la capa negra que portaba embozándole el rostro se había deslizado hacia atrás. No eran espectros, eran hombres que habían tiznado sus frentes y mejillas con algo negro, posiblemente con el hollín de alguna hoguera. Al llevar la capucha, el tizne permanecía adherido a la piel; pero ahora, con el rostro vuelto hacia la lluvia, regueros grises se escurrían hasta mezclarse con la sangre del cuello del degollado.

Poco a poco, Cixilona se vio parapetada tras una muralla de espaldas. El sargento seguía a su izquierda; su padre, que ahora había unido torpemente su espada a la del guardia, se cerraba a su derecha; y Hug, quien no conseguía mermar las defensas de su oponente, había retrocedido hasta estar a pocos pies delante de ella. Los dos templarios idénticos estaban más alejados: uno por detrás de ella y el otro a algunas varas más adelante a la derecha.

—Dadme un arma —exigió la joven.

No pensaba quedarse de brazos cruzados mientras los hombres dirimían su pendencia. Si aquello tenía que costarle la vida, al menos que no se dijera que se había escondido tras sus espaldas; debía hacer honor a la ascendencia de su apellido.

—No.

—Por favor...

—¡No!

La negativa de Hug fue categórica. Cixilona estaba presta a protestar, acumulando lágrimas de rabia e impotencia tras sus pestañas. Sin embargo, no insistió más, cualquier descuido podía costar la vida del caballero. De pronto, sintió que algo frío le rozaba la mano. Al mirarla vio que el sargento Sunifred le pasaba la daga afilada con la que había degollado a su enemigo. La sangre manchaba todavía la hoja. La agarró con fuerza y se dispuso a vender cara su vida, aunque nunca hubiera utilizado una más allá que alguna vez para cortar la carne que le servían a veces en la comida.

Un gemido prolongado llegó a sus oídos desde retaguardia. El hermano Josep debía haber dado cuenta de su contrincante.

—Uno menos —dijo Sunifred y sonrió como un lobo.

Aunque el gozo duró poco. Otro grito, esta vez de advertencia, se volvió a oír a sus espaldas. Cixilona miró a su alrededor, buscando qué había hecho al freire gritar así. Entonces lo vio. Más adelante, el hermano Miquel echaba rodilla al suelo con la mano puesta en el pecho. Un rictus de dolor atravesó su rostro venciéndole la cabeza hacia delante. Cixilona pensó que había recibido una estocada en el corazón, pero no conseguía ver que la sangre le salpicara la túnica blanca. Mientras, Hug, quien se había percatado de lo que ocurría, redobló su ataque con esfuerzo, intentando hacer retroceder a su adversario para acercarse hasta donde el hermano Miquel se encontraba.

«No lo va a conseguir», pensó la dama con el corazón encogido. Con absoluto horror, observó cómo el enemigo que estaba frente al freire levantaba la espada para asestar el golpe final. Hug no llegaba y los demás estaban muy lejos.

Todo se precipitó sin ser ella consciente del todo. De repente, una daga voló cortando las gotas de lluvia y golpeó la espada que ya bajaba buscando la cabeza del hermano Miquel. Ésta se desvió a un lado y acabó enterrada en el lodo. Desestabilizado, el hombre de negro perdió unos valiosos instantes en mirar aturdido a su alrededor, no se explicaba la razón de que hubiera fallado. Ése fue su error. El hermano Josep cayó sobre él con toda la fuerza que traía con su carrera y lo traspasó de lado a lado con su espada.

El hombre que se batía con Hug retrocedió unos pasos al percatarse de lo que había ocurrido. Miró al templario con odio antes de silbar con fuerza. En menos de un parpadeo, aquellos hombres oscuros —los que quedaban con vida— habían desaparecido entre el ramaje del tupido bosque que los flanqueaba. El silencio tras la tempestad reverberó en el camino y, como si de una conjura se tratara, el agua dejó de caer del cielo casi al mismo tiempo.

—¿Estás bien, hija mía?

Su padre la cogía de las manos preocupado, mientras el guardia también se acercaba renqueando. Se había torcido un pie en un mal paso dado en el lodo cuando luchaba.

—Estoy bien, padre. —Entonces se fijó en un corte que tenía el hombre en el brazo—. Estáis herido.

—No es nada —dijo apartando el brazo y tapándose como mejor pudo con los jirones de la camisa.

—Vuestra hija es una heroína. —Cixilona se volvió hacia Sunifred, que la miraba con respeto esbozando esa sonrisa de medio lado tan característica de él—. Si no llega a ser por ella, el hermano Miquel habría perdido la cabeza.

La joven fue consciente en ese momento de que la daga que desvió la espada había partido de su brazo. Asombrada, se miró la mano vacía. No recordaba haberlo hecho.

Intentó balbucear algo, pero se encontró con la mirada intensa de Hug y las palabras se atoraron en su garganta. En dos zancadas, el caballero se acercó, constatando con sus ojos que la muchacha se encontraba bien. Luego, se giró hacia el sargento.

—¿Cómo se te ocurre darle una daga? —lo amonestó con rabia—. Podría haberse hecho daño, podría haber errado el tiro y herir a alguno de nosotros. No sé en qué estabas pensando.

Cixilona se sintió ofendida. Ella no era una damisela en apuros, lo bastante pacata como para encogerse y llorar ante cualquier peligro. Pensó en replicarle con dureza, pero Sunifred se le adelantó.

—Sí, podría... Pero gracias a ella el hermano Miquel sigue vivo —contestó con dureza—. Al menos por ahora.

Todos volvieron la vista hacia el caballero mencionado. Asistido por su hermano Josep, el templario se encogía en el suelo con la mano puesta en el pecho. No pronunciaba palabra y le costaba respirar.

—No sé qué le pasa. No tiene ninguna herida, pero se queja de un dolor en el centro del pecho.

Josep los miraba con las facciones contraídas. Estaba preocupado por su hermano.

—Montad a vuestro hermano en Brioso e id con él hasta el monasterio —dijo Hug—. No debe quedar mucho trecho para llegar. Allí los monjes sabrán qué hacer.

Su destrero aguantaría el peso de ambos hombres sin problema. Era un animal fuerte, de patas recias e igual de terco que su dueño. Cixilona rezó para que llegaran a tiempo al monasterio.

Hug acercó al caballo hasta donde se encontraban los hermanos y ayudó a montar a Miquel. Pronto ambos hermanos partían al galope hacia el amparo de los monjes.

El resto intentó reunir a los caballos que se habían dispersado durante la pelea. Pasaron muchos minutos hasta que lograron reunirlos a todos. Los más difíciles de encontrar fueron las dos jacas que llevaban el avituallamiento, que se habían escondido en el bosque, aterradas, perdiendo parte de su carga por las inmediaciones.

También tuvieron que envolver el cuerpo del guardia muerto en una manta y subirlo a una de las jacas para llevarlo consigo hasta el monasterio y que fuera enterrado como un buen cristiano. Ponç de Miravalle había insistido en ello.

—¿Qué hacemos con ellos?

Cixilona señalaba a los tres cuerpos de los hombres que los habían atacado.

—Por mí que sean pasto para las alimañas del bosque —sugirió el sargento.

Hug se quedó pensativo.

—Les daremos cristiana sepultura.

Sunifred expresó entre dientes su desacuerdo, pero pronto sacaron dos palas que llevaban las jacas entre el resto de los enseres que portaban y comenzaron a cavar en el linde del camino. El agua caída les facilitó la tarea, aunque Hug terminó con el manto cuajado de manchas de lodo, tanto que ya no parecía blanco, sino pardo. Cuando acabaron, el templario recitó un breve responso y reanudaron la marcha.

Aunque había dejado de llover, los pasos de la comitiva eran lentos y pesados. El cansancio hacía mella en sus ánimos, pareciendo que todavía los acompañaban nubes de tormenta. Al frente, su padre y el guardia iban en silencio, arrastrando por las bridas a las dos jacas que parecían tan cansadas como ellos. En medio iba Cixilona, temblando de frío a pesar de que se le había

proporcionado una manta seca en la que guarecerse. Ella dudaba de que la gelidez que tenía en el pecho fuera fruto del relente de la noche; más bien era producto de la sangre que había visto derramarse esa noche. Por detrás, Hug y Sunifred cerraban la comitiva, también sin pronunciar palabra, atentos a la oscuridad del bosque que los flanqueaba, vigilando que no los volvieran a atacar.

Con el paso de los minutos, un sopor incontenible comenzó a embargarla, y fue dando cabezadas en un duermevela intermitente durante el resto del trayecto. Una de esas veces, las voces de los dos templarios le llegaron amortiguadas.

—¿Te has dado cuenta de una cosa? —preguntaba Hug.

—¿De qué?

—Esos hombres no eran simples bandidos; las ropas que llevaban eran de calidad y sabían cómo manejar una espada. Unos desharrapados no tendrían esa capacidad.

—Puede... Pero ¿qué más da?

—Pues que me hace preguntarme la razón de que nos atacaran —inquirió el caballero—. Si no pretendían robarnos, ¿qué diablos buscaban?

Cixilona volvió la cabeza a medias y contempló el rostro de los dos templarios. El ceño fruncido de Hug denotaba que rumiaba su malestar al no hallar respuesta a su pregunta; sin embargo, a la muchacha le pareció que el de Sunifred reflejaba otro tipo de emoción muy diferente a la que no supo ponerle nombre. Cansada como estaba, no escuchó nada más. Su mente agotada decidió que era hora de dormirse y no tuvo ya fuerzas para luchar contra ello. Pero antes de que su última consciencia se borrara, le vino a la mente la palabra *culpa*. Culpa y preocupación. Eso había visto en el rostro del sargento.

VI

A las afueras de Palermo, Sicilia

La penetró de una embestida desde atrás. Con rabia. Descargando en cuatro embates la frustración que lo carcomía de un tiempo a esta parte. Luego, se alzó los calzones y le tiró una moneda al suelo, junto a sus pies, dándole la espalda para encaminarse al campamento. La muchacha que quedaba atrás no tenía la culpa, ella sólo buscaba la forma de sobrevivir un día más, ganándose su sustento aliviando las necesidades de los hombres; nadie la tenía en realidad, sólo él, porque no sabía de qué forma controlar su temperamento cuando la pesadumbre llenaba su cabeza de nubes negras y malos augurios, como una pared que, en vez de adobe, se construyera de bruma imposible de penetrar.

Unos minutos después, el olor a carne asada precedió las primeras luces de las hogueras del campamento almogávar en las faldas del Mons Peregrinus, al norte de la ciudad de Palermo. Trastabillando, por lo oscuro del bosque y porque todavía el alcohol corría por sus venas, recibió más de un arañazo al pasar junto a los arbustos espinosos que poblaban la zona. Venía de visitar las tabernas del puerto, nada mejor que hacer en ese tiempo ocioso hasta que fuera llamado de nuevo a la lucha.

Esquivó, saludando acá y acullá, a algunos compañeros que rodeaban las hogueras donde se asaba carne de jabalí o de conejo salvaje y fue hasta el fondo, a la parte más profunda de vegetación,

donde le aguardaba Bettisia, con la seguridad de que no estaría contenta por la tardanza.

Lo comprobaba poco después, cuando la mujer, trajinando para dar más lumbre a la hoguera donde se asaba un conejo magro de carnes, lo vio venir, arrugó la nariz mirándolo con desprecio, echando chispas por sus ojos oscuros, con esa forma característica de las sicilianas, como si de gatas se tratara. El acompañamiento de sus palabras fue directo, brutal, sin pelos en la lengua, como siempre:

—Lava tu sucia verga —le escupió lanzándole un odre repleto de agua—; desde aquí puedo oler a la ramera con la que has folgado.

Arnau cogió el odre al vuelo y se alejó unos pies. Obediente, hizo lo que la mujer le dijo, pues no quería tenerla en contra en los próximos días; no sólo le privaría de su compañía de formas suaves y redondeadas, sino que tendría que cocinarse su propia comida y lavar sus ropas, amén de que le negaría la palabra y se acostaría lejos de él, que era lo peor de todo, ya que Arnau necesitaba de su cercanía para que las pesadillas que le perseguían cada noche desaparecieran.

A Bet no le importaba demasiado que él yaciera con otras mujeres mientras la proveyera de sustento y le diera seguridad. Sabía que lo amaba, a su manera, más por agradecimiento que por locura carnal o enamoramiento febril, y desde hacía un tiempo compartían cobijas y vida. Arnau también la amaba, de la forma en la que se puede querer a alguien por necesidad, amparándose en ella para paliar esa soledad que siempre le acompañaba, la que llevaba arraigada desde que era un muchacho y dejara tierras valencianas por primera vez.

La quería desde que la salvara en las calles de Palermo, una noche de hacía unos meses, en las que en compañía de otros almogávares buscaba diversión en las tabernas del puerto. Le llamó la atención

porque iba descalza en pleno invierno, dando saltitos mientras intentaba mantener el embozo bien prieto alrededor de su menudo cuerpo. Pedía limosna con las manos heladas, ocultando el rostro cuando era más de un hombre los que pasaban frente a ella. Arnau se fijó con lástima en lo sucio de sus ropas y en los agujeros de la capa que la cubría. Más tarde supo que había quedado huérfana durante las Vísperas Sicilianas cuando no contaba más de trece años y tuvo que buscarse el pan como mejor pudo. Sin embargo, nunca vendió su dignidad, lo supo esa primera noche cuando un grupo de jaraneros borrachos pasó junto a ella y la tentaron para que los acompañara a la parte trasera de una de las tabernas a cambio de unas monedas. Arnau la escuchó insultarlos —los insultos eran las palabras que más rápido había aprendido de la lengua siciliana—, a pesar de la fragilidad que revelaba su figura, sin un ápice de rubor o comedimiento, lo que produjo alguna risotada y algún empellón de los hombres hasta que lo afinado de su lengua logró enfadarlos y uno de ellos, de un fuerte golpe, la hizo caer al suelo.

Tuvo que intervenir cuando vio las intenciones del individuo de patearla. Sacó su *coltell* y, antes de que se dieran cuenta, el filo del arma se encontraba amenazando el cuello del agresor. Esto produjo una pequeña algarabía en el resto del grupo de borrachos, que pronto fue acallado al darse cuenta de que Arnau no estaba solo. Los almogávares que lo acompañaban se mantenían en fría actitud a distancia, dispuestos a intervenir si fuera necesario, con esa especie de camaradería que los caracterizaba a pesar de lo que muchos pensaban de ellos, considerándolos unos salvajes a los que sólo les interesaba matar y rapiñar en las desgracias ajenas.

Tras unos instantes de tensión, el individuo que había pegado a la muchacha dio un paso atrás abriendo las manos en señal de sumisión y, junto a su grupo, se alejó calle abajo hasta desaparecer.

Los compañeros de Arnau, tras cerciorarse de que todo iba bien, también se fueron en busca de las tabernas, dejando al joven solo con la chica, al que sólo le bastó un simple vistazo a su cabello azabache y a los ojos almendrados que lo miraban con agradecimiento para tomar una decisión. La llevó consigo al campamento y ella se dejó llevar. Desde entonces hasta el momento presente, en el que Bettisia lo fulminaba con la mirada al pasarle un trozo del conejo que acababa de asar. Lo que no disuadió a Arnau de intentar un acercamiento para borrar el desdén de su mirada. Jugándose el pellejo, pues ella llevaba su pequeño cuchillo todavía en la mano tras cortar la carne, la agarró por la cintura cuando se acercaba y la sentó en su regazo, abrazándola fuerte para que no pudiera utilizar el arma contra él. No lo mataría, pero un buen corte sí podría hacerle, bien conocía él su temperamento siciliano. Ella soltó un grito al verse atrapada.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —le dijo en un susurro al oído.

—Malnacido almogávar, ¡suéltame!

—No pienso hacerlo hasta que me dediques una de tus sonrisas.

—La sonrisa te la voy a abrir yo con mi cuchillo.

Bet forcejeó entre sus brazos hasta que tuvo que darse por vencida. Los brazos de Arnau eran como grilletes de hierro, fruto de una vida dura entre guerras y algaradas, subsistiendo a la intemperie y sacando el mayor provecho de ello.

—Está bien, ya puedes soltarme, te perdono —claudicó, aunque Arnau pensó que lo hacía más pensando en que se enfriaba la cena que en otra cosa.

Seguro que se lo haría pagar cuando menos lo esperara, el carácter vengativo de su clase era algo que había aprendido con ella. De su mano. Lo que hacía la vida un poco más interesante.

—Siempre volveré a ti —dijo el hombre mirándola con intensidad.

—Lo sé.

Y Arnau la deseó en ese instante, con ansia, como si no se hubiera aliviado entre las piernas de una ramera hacía poco menos de una hora.

Pero tuvo que aguantarse, porque sabía que ella no le permitiría tocarla esa noche en otro sentido que no fuera para dormir junto a ella, abrazados.

Unas horas después seguía despierto, mirando las estrellas mientras permanecía tumbado junto a Bettisia. Estaba cansado, pero la mente no lo dejaba dormir. Ese día cumplía veinticuatro años, de los cuales había pasado alrededor de ocho en constante ir y venir de una batalla a otra, de una guerra a otra, desde Llutxent a Túnez, y de ahí a Sicilia, prestando su brazo a causas ajenas, de las que ni pedía cuentas ni le importaban, sólo dejándose llevar porque era lo único que le quedaba, eso y las armas de su abuelo.

Llevaba todo el día abrumado por una sensación a la que no sabía cómo nombrar. Por eso se había emborrachado, por eso se había desahogado entre las piernas de una ramera cualquiera, intentando borrar esa sensación a base de fustigarse a sí mismo. Su abuelo Gonzalo no habría estado orgulloso. «No, no lo habría estado.»

Se pasó la mano por la frente para retirarse las guedejas de cabello rubio que tenía pegadas por el sudor y suspiró. Eso hizo que Bet se removiera entre sueños a su lado. Quizás debería despertarla y buscar en el calor de su cuerpo el equilibrio que necesitaba, pero lo que hizo fue levantarse despacio, coger sus armas y caminar monte arriba hasta llegar a la cima.

El espectáculo nocturno desde allí era asombroso. En el cielo, las estrellas cuajaban de luces su reino; a sus pies, a la derecha, la ciudad dormitaba serena, como el descanso de un guerrero que esperara el amanecer para batallar; y de frente, el mar, la

profundidad más absoluta hasta donde alcanzara la vista, cuyas olas se mecían silentes al compás de las mareas. A Arnau le gustaba el mar desde que lo viera por primera vez, le recordaba a su abuelo, no sólo porque fuera él quien se lo mostró de niño, sino porque ambos infundían las mismas sensaciones en el joven. Los dos eran fuertes, inaccesibles, a veces calmados, a veces rugientes, capaces de las más aterradoras tempestades, pero también de sosegar el espíritu con el sonido de su voz. La voz de Gonzalo cuando le contaba historias de honor y gloria de antaño, y la voz del océano meciéndolo al compás del rumor de las olas con cantos de futura libertad.

Aunque poco le duró la paz. De pronto las olas comenzaron a crecer lacerando con su fuerza la base de la montaña y a la mente de Arnau comenzaron a sucederse los gritos de guerra que guardaba en su memoria. Alaridos de dolor, gemidos de desesperación, agónicos instantes finales de los degollados... Túnez primero, hacía cinco años, junto a la expedición de Corral Llança, el marino siciliano y almirante de Aragón enviado por el rey Pedro III, en la que se había embarcado escapando de lo ocurrido en Valencia. Allí se enfrentaron, frente a las costas de Alfabiba, con diez galeras enviadas por el rey de Marruecos. Tras la victoria de Llança, los sarracenos de las galeras apresadas fueron vendidos como esclavos en Valencia. A Arnau no le quedó más remedio que volver a pisar su tierra, pero se mantuvo oculto hasta que cobró su parte del botín y se encaminó de nuevo hacia el norte, en busca de cualquier aventura que lo alejara de sus recuerdos. Fue fácil pasar desapercibido entre los montañeses que, como él, hacían de la guerra su patria y su modo de subsistencia.

No tardó en encontrar acomodo entre las huestes que el rey Pedro comenzó a reclutar tiempo después, cuando fue requerida su ayuda

desde Constantine, en tierras moras al este de Alfabiba. Veinte mil almogávares se sumaron al ejército de su majestad, partiendo desde Port Fangós hacia Menorca hasta alcanzar el puerto de Alcoll, donde tomaron la ciudad y resistieron el embate de los sarracenos. Los tunecinos eran duros, secos, acostumbrados a un clima que pronto quemó la piel de los soldados del rey, pero los almogávares resistieron, iniciando una serie de cabalgadas diarias en grupos de doscientos caballeros y tres mil almogávares. Saquearon a sangre y fuego todo lo que encontraron a su paso. A Arnau le venía imágenes fragmentadas de esa época a la cabeza, teñidas todas ellas de carmesí, y el olor..., ese olor indeleble que le dejaba un regusto ferroso en la lengua, por respirar el sudor del miedo, las heridas sangrantes, la desesperación de quienes perdían alguna extremidad bajo una espada, la putrefacción de los cadáveres secándose al sol, las heces desparramándose desde los vientres abiertos. Y su propio olor, de alguien más allá de la cordura, sólo con la idea fija de derribar a cualquier moro que se le pusiera por delante, insensible al dolor y a la muerte, gritando de júbilo cuando quitaba una vida y escupiendo maldiciones cuando recibía una herida, sólo pensando en vivir un día más. Aquellas razias le dejaron marcado, no sólo en el ánimo, sino también en el cuerpo. Huellas visibles de aquella vorágine sin tregua.

Casi había perdido un ojo en una de aquellas salidas. Ahora, una cicatriz nudosa le bajaba desde la frente, cruzándole el párpado, hasta cerca de la mejilla izquierda. Ya nunca podría abrirlo con normalidad, sólo una ranura era visible entre los pliegues cauterizados de su párpado. Otra cicatriz en el mentón, que ocultaba desde entonces con la barba, que con el paso del tiempo le había crecido recia y de un rubio más oscuro que su cabello. Un corte largo y profundo, que casi le cuesta la vida, que delineaba su

esternón hasta uno de sus costados. Por él sangró profusamente hasta que un compañero almogávar se lo remendó y le echó vino para evitar infecciones. Pero no funcionó. Tuvo fiebres altas durante varios días, de los que apenas tuvo consciencia, hasta casi desfallecer. Sin embargo, su cuerpo aguantó, y sólo salió del trance más flaco y con peor humor.

Tenía otras cicatrices menores. Pero la del alma era la peor, y con ella convivía desde entonces, buscando la mejor manera de olvidar.

Y siguió luchando junto a sus hermanos almogávares, provocando a los moros a caballo para que los atacaran. Cuando éstos embestían, afianzaban los pies en el suelo, aguardaban con templanza y, en el último momento, torcían el cuerpo, mataban a los caballos con la azcona para así degollar a los jinetes antes de que pudieran alzarse de nuevo tras su caída.

Un día se les ordenó levantar el campamento de Alcoll. Los rumores decían que se había solicitado ayuda desde Sicilia al rey Pedro, porque la isla había sido conquistada por los franceses. Le ofrecieron la corona a cambio de que se dirigiera allí con sus huestes. Nada más desembarcar en Trapani y tomar el camino hacia Palermo, con poco más que agua, pan y hierbas, se ordenó a dos mil almogávares que avanzaran por tierra hacia Mesina para evitar el asedio francés a la villa. Arnau fue uno de ellos. Recordó con sarcasmo cómo los habitantes de Mesina, al ver llegar a aquellos montañeses sucios y vestidos con pieles se mostraron hostiles y descontentos. Pronto tuvieron que mudar su parecer y tragarse sus palabras. Arnau y sus compañeros ordenaron abrir las puertas de la villa y salieron a atacar a los sitiadores. Fue una matanza brutal, apenas quedaron franceses con vida, y el joven almogávar añadió una cuenta más a su largo rosario de batallas y de muertes.

Más contiendas se sucedieron. Con su azcona traspasó el *ausberg* o el bacín[9] de muchos de sus enemigos, con su *coltell* rebanó cuellos y sajó vientres, y con su mente se perdió en esa locura de sangre hasta que nada más importó.

Hasta ese momento. Ahora había algo que sí importaba, o que siempre importó sin ser él del todo consciente de su relevancia.

Con el cielo cuajado de estrellas y las olas rompiendo a sus pies. En esa calma que ya duraba un tiempo, pero que Arnau sabía que precedía a una nueva tempestad. Una nueva batalla vendría, una diferente, a la que no sabía cómo habría de enfrentarse. Hacía meses que le rondaba la cabeza, mucho más en los últimos tiempos en los que no había enemigos a los que matar, royéndole el espíritu y poblando sus pesadillas. Tenía una deuda pendiente. Una con un niño que dejó al amparo de un mundo hostil, sin protección. La única familia que le quedaba. Confiaba en que Ibrahim hubiera hecho lo posible para poner a salvo a su primo pequeño, pero tras todo lo visto, tras todo lo vivido, sabía que tenía una responsabilidad con él, para asegurarse de que nada malo lo acechara, y para que no perdiera la memoria del lugar del que procedía, de quién era su familia y cuál era la sangre que corría por sus venas.

Si no lo hacía, no volvería a descansar.

VII

En el corazón del cañón del río Lobos, Soria

—¿Está todo dispuesto?

—Así es, freire, tal y como acordamos.

—¿Los cálculos son exactos?

—Precisos en el solsticio de invierno. He seguido las indicaciones de los mejores maestros de la construcción. Y no hay duda alguna, yo mismo marqué el punto exacto en el día señalado.

—¿Conoce alguien más nuestro proyecto?

—He guardado el secreto como os prometí, sólo lo sabemos el maese cantero, que tuvo que tallar la losa según vuestras preferencias, y yo. Nadie más.

—¿Y dónde está?

—Vive en Osma, así que le espera un largo trecho hasta llegar a casa. Le dije que se marchara en cuanto acabamos y vine a reunirme con vos. —Bajó la cabeza, contrito—. Perdonadme si deseabais que estuviera aquí también.

—Nada que no tenga fácil solución —dijo Pedro de Moncada quitándole importancia con un gesto—. Habéis hecho un magnífico trabajo, maese constructor. Dios y la Orden os estarán eternamente agradecidos.

El hombre enrojeció de placer a pesar de que la situación lo cohibía. Lo habían citado al atardecer en aquella cueva que se encontraba a una centena de pasos en la parte trasera de la ermita.

El sitio le ponía el vello de punta; se contaban historias en la zona que hablaban de que aquella gruta era la entrada al infierno y que los antiguos celebraban sus rituales más oscuros adentrándose en su oscuridad. Desconocía la razón de la elección de ese sitio como punto de reunión, pero no le quedó más remedio que aceptar. El trabajo estaba hecho y él sólo deseaba que se le pagara lo convenido y volver a casa con su familia.

—Aquí tenéis el pago acordado.

El antiguo maestre provincial se acercó a él y le puso una bolsa llena de monedas en la mano.

El constructor sopesó la bolsa con satisfacción y abrió la boca para dar las gracias. Pero ningún sonido salió de sus labios. Un extraño temblor de piernas lo acometió al tiempo que un fuego hirviente le quemaba las entrañas. Bajó la vista hasta su regazo y comprobó con horror cómo el mango de una daga de bella factura sobresalía de su tripa.

Confuso, alzó la vista hacia los ojos del caballero buscando una respuesta. En ese momento, sus piernas terminaron de ceder y poco a poco lo invadió la negrura.

—No os preocupéis por vuestra familia, pues no ha de faltarles de nada mientras yo viva.

Las palabras de Moncada reverberaron en sus oídos hasta que la muerte tiró de él para arrancarle el último aliento. Luego, todo quedó en silencio.

—¿Había que matarlo?

De las sombras del fondo de la cueva surgió la figura del comendador de Ucero, quien había estado escondido aguardando el desenlace.

—Ha sido un mal necesario, sacrificar un peón para salvar al rey. —La metáfora no agradó a Fernán de Fuentearmegil, quien hizo una

mueca de desagrado. Frey Pedro no le dio importancia al gesto y continuó—. Sabéis que esto es más importante que vos o que yo, o que un simple maese constructor. La Orden se juega mucho en este envite y los vientos no nos son favorables. Desde Francia comienzan a oírse rumores que nos perjudican. Reniegan contra nosotros por las pérdidas de territorio en Tierra Santa y ven con malos ojos nuestra prosperidad. Llamadme pájaro de mal agüero si así lo deseáis, pero os digo que debemos seguir con el plan por si en un futuro, Dios no lo quiera, nos vemos obligados a defendernos. Es primordial preservar la Orden de todo mal, y para ello rezamos y trabajamos.

Ora et labora, frey Pedro de Moncada lo tenía claro desde el principio. Y como él, un pequeño círculo dentro de los templarios que habían ideado, en el más estricto secreto, una forma de salvaguardar el legado del Temple más allá de cualquier otra consideración. Sólo unos cuantos elegidos estaban al tanto, reuniéndose en secreto en cuevas y sótanos, trazando posibles alternativas para que los pobres caballeros de Cristo pervivieran en el tiempo. El comendador Fernán de Fuentearmegil era uno de ellos, al igual que el hermano Pedro, y al igual que otros en distintos cargos dentro de la Orden.

—No se me escapa que tenemos muchos enemigos —dijo el hermano Fernán—; pero ¿quién iba a creer a un mísero maese constructor de pueblo?

—Cualquiera que nos odie y preste oído a los rumores, aunque sean engañosos y falsarios —replicó Moncada—. Os honra vuestra compasión, a mí también me apena tener que quitar la vida a un inocente. Sin embargo, no puedo permitir que nuestro secreto salga a la luz. Uno de ellos —dijo refiriéndose al maese constructor y al cantero, del que se ocuparía esa misma noche—, puede que no hoy

ni mañana, pero quizás llegué el día que trasiegue un vino o dos de más y quiera alardear de sus logros en una taberna, o que se lo cuente en secreto a su esposa y ésta, a su vez, orgullosa de su marido, quiera compartir ese orgullo con otras orejas prestas a escucharla. Ya tengo bastantes preocupaciones con algunos miembros de la Orden que sospechan de que algo nos traemos entre manos.

—¿Receláis de alguien?

—Cometimos el error de confiar en Esquieu de Floyran, miembro de nuestra Orden en Francia, cuando todavía estábamos conformando los mimbres de esta nuestra pequeña alianza, por llamarla de alguna manera. Se tanteó con él la posibilidad de que se uniera a nosotros, pues contaba con buenas relaciones dentro de las más altas esferas de París. Sin embargo, fue llamado a capítulo y se le expulsó del Temple porque se embolsaba parte de las donaciones para colmar su propia ambición, amén de que, después, fue apresado por asesinato y estuvo un tiempo en la cárcel, imagina hasta dónde llega su mezquindad. Un hermano contó que allí dentro porfiaba contra el Temple sin descanso. Nos odia a muerte y, desde entonces, va contando vilezas sobre nosotros allá donde se le quiera escuchar. Por fortuna, en aquellos tiempos en los que aún creíamos que era amigo, no habíamos planificado todavía ninguna de las acciones que avanzan hoy por buen camino, a Dios gracias.

Hizo una pausa, reflexivo.

—Pero él no pertenece ya al Temple, y habéis dicho que desconfiáis de alguien dentro de nuestra casa.

—A eso iba... Floyran tuvo muy buena relación con frey Bernat de Rocamora, comendador de Tortosa hace unos años, y éste, a su vez, envenena los oídos del hermano a cargo en este momento de la preceptoría tortosina, Bernat de Montoliu. Rocamora deseaba el

puesto de maestre provincial, que al final me fue concedido, y desde entonces no ha perdido la oportunidad de malmeter contra mi persona en cuanto ha tenido ocasión. Si Floyran y él han mantenido el contacto, cosa que no dudo, lo mejor será que me quite de en medio.

—¿A qué os referís?

—Lo tengo todo dispuesto. En cuanto se haga el primer envío, y ya tengo hombres trabajando en ello, me marcho a Tierra Santa. Tengo ya el permiso del Gran Maestre y su bendición. Serviré a Dios y a la Orden en aquellas tierras impías y purgaré de esta manera mis pecados, que no son pocos —dijo señalando el cuerpo sin vida del constructor que yacía en el duro suelo de la cueva—. En vuestras manos queda recibir los envíos y ocultarlos de ojos indiscretos. Yo me haré cargo de consignar nuestro secreto en buenas manos para que no se pierda y nos sea útil cuando lo necesitemos, esté yo vivo o no. Eso no ha de preocuparos. —Pedro de Moncada se pasó la mano por la barba pensativo antes de continuar. Valoraba hasta qué punto podía confiar en Fuentearmegil—. Debo contaros algo más.

—Decidme.

—Estad atento y cuidad los envíos, creo que no sería mala idea reforzar la guardia que los acompañe hasta estos pagos. Os digo esto porque uno de mis hombres ha sido atacado por el camino hacia Francia, hoy mismo he recibido la misiva en la que me lo cuenta y la preocupación ha mellado mi ánimo. No eran simples ladrones o bandidos, según sus palabras, pues sus ropas eran de buena calidad. —Volvió a dudar si continuar o no y revelarlo todo. Al final se dijo que nada perdía y terminó la historia—. Mi hombre cree que alguno pertenecía al Temple, por el corte de cabello y la barba, por el exquisito manejo de la espada; lo que no pudo averiguar fue si se trataba de freires o de caballeros legos adscritos a la Orden. No

pudo hacer un examen minucioso dadas las circunstancias, pues iba acompañado, pero me refiere que buscaban algo, y piensa que ese algo es lo que él mismo llevaba oculto en la faltriquera: nuestro sello, el que confeccionamos para nuestra alianza secreta.

—¿Uno de vuestros hombres lleva el sello? —le reprochó el comendador de Ucero.

—Tuve que dárselo, si no las puertas de Bézu no se abrirían para él. Y es primordial que se abran y pueda iniciarse aquello por lo que llevamos luchando tanto tiempo. Nuestra Orden depende de ello.

—Si vos confiáis en él, yo confío —aceptó Fuentearmegil.

—Como si de mi propio hijo se tratara.

—Dios quiera que no os equivoquéis.

—Dios no lo quiera.

Poco después, el antiguo maestre provincial de Aragón, frey Pedro de Moncada, abandonaba la cueva. Las buitreras en lo alto de las rocas parecían ojos que lo vigilaran y no pudo evitar estremecerse. La importancia de la misión que se le había encomendado lo hacía sentirse inseguro en ocasiones. Era mucho lo que había en juego y el fracaso no era una opción. En unos meses tenía previsto zarpar desde Valencia para unirse a sus hermanos en Tierra Santa. Mientras, obstinado, confiaba en poder dejar todo arreglado antes de su marcha, esperando que Sunifred no le fallara y llevara a cabo la misión que le había encomendado.

Atrás quedaba el comendador de Ucero, un buen hombre entregado por completo a la causa, para que se encargara de darle cristiana sepultura al constructor. Rezaría por su alma y por la de aquellos que darían su vida en aras de un bien mayor.

Mientras, en la encomienda de Tortosa, Bernat de Montoliu se paseaba con andares nerviosos de un lado a otro de su estancia privada. Había apartado los leños que alimentaban la chimenea porque estaba sudando y no se encontraba muy bien. De hecho, había tenido que correr a las letrinas en un par de ocasiones con el vientre descompuesto fruto de sus preocupaciones.

El día anterior recibió una misiva en la que Hug de Monrós le narraba el incidente acaecido durante el trayecto hacia Limoux y se temía que ese hecho estuviera relacionado con el hombre al que esperaba. En esos momentos se lamentaba de haber prestado oídos a las intrigas de otros, y a sus razones. Creyó estar haciendo lo correcto, pero ahora dudaba de su buen juicio en ese asunto.

Llamaron a la puerta.

—Comendador —el clavero asomó la cabeza por la puerta—, la visita que aguardabais está aquí.

—Que pase.

Montoliu se enjugó la frente sudada con un paño y se acomodó los ropajes para dar el aspecto más pulcro posible. Pronto, los pasos seguros de frey Bernat de Rocamora se escucharon al otro lado de la puerta.

—Mi querido hermano, tiempo ha que no visitaba Tortosa. —Rocamora apretó con fuerza el brazo del comendador al saludarlo—. Espero que todo marche convenientemente y la urgencia de vuestro requerimiento no se deba a nada grave.

—La encomienda funciona a la perfección, pero son otros asuntos los que me roban el sueño.

—¿Qué clase de asuntos?

—Sentaos, si os place, y hablaremos de ello.

El caballero se acomodó en una de las sillas mientras el comendador hacía lo mismo frente a él.

—¿Queréis un poco de vino? —preguntó Montoliu ofreciéndole la jarra que tenía dispuesta en la mesa.

—En otras circunstancias no diría que no a un buen vino, pero debo rehusar. He venido tan pronto recibí vuestro aviso y debo desandar el camino antes de que el sol se ponga. Las obligaciones, como bien sabéis, son antes que el placer. Decidme, pues, frey Bernat, ¿qué asuntos son ésos por los que me habéis hecho venir?

La pregunta sonaba a reproche.

—Aquéllos de los que hablamos hace unos meses y que tienen que ver con frey Pedro de Moncada.

A Bernat de Rocamora se le borró la sonrisa en el instante en el que escuchó el nombre del anterior maestre provincial. Los ojos le brillaron de odio. No obstante, se recompuso en lo que duraba un parpadeo, cruzó las manos en el regazo en señal de calma.

—¿Qué hay de frey Pedro? Que yo sepa, anda por tierras castellanas visitando distintas encomiendas.

El de Moncada no daba un paso sin que Rocamora estuviera al tanto. Llevaba años siguiendo sus pasos por medio de una red de espías a su cargo que había creado desde que le arrebatara, cuando ya casi podía tocarlo con los dedos, el codiciado puesto de maestre provincial de Aragón. No le perdonaba que, gracias sobre todo a su apellido, se hubiera hecho con el cargo por encima de la valía que él siempre había demostrado.

—No se trata de Moncada, sino de uno de mis caballeros, Hug de Monrós. —Montoliu le contó a grandes rasgos el contenido de la misiva que recibió de éste la jornada anterior—. He hecho todo lo que me habéis pedido. Mantuve al sargento Sunifred bajo vigilancia; os informé de sus idas y venidas a altas horas de la madrugada, consintiendo sus irreverencias para que estuviera confiado dentro de esta casa, e hice que Monrós lo llevara con él en su viaje tal y como

me sugeristeis. Pero ahora tres caballeros de esta encomienda se han puesto en peligro, por no hablar de que también ha peligrado la vida de Ponç de Miravalle que, como bien sabéis, es un gran amigo y protector de esta encomienda, el cual ha donado con generosidad tierras y ganado para nuestra subsistencia.

—¿Por qué me contáis algo que ya sé?

—Porque quiero saber qué está pasando, porque no quiero tener sobre mi conciencia la muerte de alguno de los freires que tan bien han servido a esta casa. Sabed que el hermano Miquel se encuentra grave desde el ataque; gracias a Dios ahora está al cuidado de los hermanos de Masdéu en el Rosellón. —El comendador hizo una pausa para que la información calara en su interlocutor—. Ahora bien, me pregunto, y espero que me respondáis con sinceridad, si los hombres que atacaron a la comitiva en el camino tienen que ver algo con vos y vuestras disputas con el de Moncada.

Bernat de Rocamora se tomó unos minutos para sopesar su respuesta. Montoliu le había servido bien y no quería enemistarse con la casa de Tortosa. Aunque tampoco convenía decirle toda la verdad, el comendador era demasiado recto en sus principios y podía asustarlo si le revelaba todo lo que se escondía tras el ataque.

Rocamora sabía que el sargento Sunifred era el hombre de confianza de Pedro de Moncada, aquel que utilizaba como garante de que sus planes llegaran a buen puerto y que había colocado astutamente en Tortosa, un enclave importante por su trasiego de mercancías hacia el Mediterráneo. Había sido Esquieu de Floyran quien le hablara por primera vez de un círculo secreto de hombres del Temple que actuaban a escondidas del resto de la Orden. ¿Con qué fin? Nadie lo sabía, pero Rocamora estaba dispuesto a averiguarlo costase lo que costase. En su fuero interno, nada le gustaría más que hacer caer al de Moncada, aunque estuviera

pecando de orgullo y envidia; pero también era un hombre que se debía al Temple, y si las intrigas de frey Pedro perjudicaban a la Orden de alguna manera, él debía darlas a conocer. Por ello había embaucado a Montoliu para que le informara de los pasos de Sunifred, y esto había dado sus frutos. La noche en la que el sargento supo que viajaba hasta Francia, se reunió a escondidas con el mismísimo Moncada y éste le entregó algo, algo que habían intentado robar con mala fortuna.

—Fue idea de Floyran —admitió al fin Rocamora—, y actuó sin mi consentimiento —mintió.

—¿Habláis de Esquieu de Floyran? ¿Aquél al que expulsaron del Temple por asesinar a alguien por unas tierras?

—Fue todo un malentendido, según asegura él.

—¿Y vos le creéis? ¿Estáis al tanto de lo que va diciendo de nosotros?

—Asegura que nunca pronunció esas palabras.

—He oído que va acusando a los templarios de todo tipo de blasfemias contra Dios, la Iglesia y el papado, nos atribuye pecados horribles que atentan contra la palabra de Nuestro Señor. Es una serpiente, freire, y si hubiera sabido que estaba metido en este asunto, me habría retirado al instante.

—A veces el veneno de las serpientes también sirve de antídoto —se defendió el Rocamora—. No debéis temer, frey Bernat, lo tengo todo bajo control. Floyran sólo quiere ayudar a la Orden para purgar sus pecados y ser admitido de nuevo en nuestras filas. Me lo ha jurado sobre las Sagradas Escrituras, y yo lo creo. —O, al menos, quería creerlo—. Confiad vos en mí, siempre he sido un hombre que ha antepuesto los intereses del Temple por encima de todo lo demás. ¿Pensáis que busco su destrucción? Si es así, me pongo en vuestras manos para que actuéis con el rigor y la justicia debidas.

—No es a vos a quien temo, sino las intenciones ajenas. —Montoliu conocía a su interlocutor desde hacía mucho tiempo y no dudaba de su valía; confiaba en él, pero le inquietaban las relaciones con las que ahora se codeaba—. Espero, por vuestro bien y el de la Orden, que sepáis lo que estáis haciendo.

—Sé que no son tiempos fáciles para nosotros. En Europa cada vez surgen voces más críticas sobre nuestro papel en Tierra Santa. Por eso no puedo permitir que nadie en nuestra Orden ponga en peligro el frágil equilibrio en el que se mantiene ahora con la punta de los pies. Si alguien de nosotros, sea o no sea caballero importante, está intentando dividir a los hermanos, poniendo así en peligro todo lo que representamos, es mi deber ponerlo en conocimiento de las más altas instancias; si para ello tengo que utilizar métodos menos ortodoxos, no dudéis de que lo haré.

»Para vuestra tranquilidad, los hombres que atacaron a la comitiva ni eran templarios ni pensaban dañar a nadie. —Una verdad a medias, ya que los asaltantes eran, en su mayoría, hermanos legos de la Orden enviados por él para ponerse al servicio de Floyran—. Sólo trataban de quitarle a Sunifred aquello que portaba y que le había sido entregado por el de Moncada. Una prueba real hubiera confirmado o desmentido mis sospechas, nunca ha estado en mi ánimo el acusar a nadie sin haber verificado los hechos —refirió, solemne—. Quizás, y en esto os doy la razón, el caballero de Gisors, Gérard de Boizol, amigo personal de Floyran, se sobrepasó en sus límites al comandar la misión y cometió un error, error que finalmente no ha sido tan grave. Y no dudéis de que será reprendido por ello. Floyran me lo ha prometido.

—Espero que sepáis lo que estáis haciendo —repitió.

—Mi querido hermano Bernat, no debéis preocuparos más —intentó tranquilizarlo—, no habrá más errores.

—Eso espero. Pues un solo error puede suponer la perdición. La nuestra y la del Temple.

Una vez que Rocamora se había marchado, frey Bernat tuvo que volver a visitar las letrinas. Deshacer el nudo de tensión acumulada durante la conversación. Mientras, pensaba en todo lo que le había referido el caballero, deseando que su buen juicio no se viera nublado por la inquina que todos sabían que le tenía al freire Pedro de Moncada. «Qué pecado más grande el de las ambiciones del hombre, siempre agazapadas, a la espera de mermar la voluntad de los más válidos», decía para sí, sabiendo que él también había pecado de lo mismo.

Tras terminar, se acomodó la túnica y salió. Con la determinación de hacerse a un lado de aquel asunto que le daba mala espina y dedicarse enteramente a la labor de comandar una preceptoría como era la de Tortosa, sin estorbos que lo desviaran de su verdadero objetivo y sin mancharse las manos con aspiraciones ajenas.

Más relajado, se acomodó en su estancia y mandó llamar al clavero. Había asuntos que tratar sobre el funcionamiento interno de la casa.

VIII

Encomienda de Masdéu, en el Rosellón

La niebla creaba un paisaje indeterminado, invocando antiguos dioses irreales que prestaban su manto a los meros mortales. Salir de la encomienda era como cruzar un umbral de transición entre la vigilia y el sueño, estar dispuesto a dar un salto de fe de aquello que era conocido hacia las profundidades de lo ignoto.

Hug adoraba la calma que se respiraba por las mañanas en ese lugar alejado de todo lo mundano. Había sido así desde la primera vez que llegaran a Masdéu, siguiendo caminos preñados de pinos y encinas, con exuberante vegetación regada por el rocío de las madrugadas, que te adentraban a cada paso en las honduras de tiempos pasados, donde sólo las fuerzas primigenias tenían cabida.

Dios, en su infinita sabiduría, había regalado a la Orden aquel emplazamiento que se nutría de los dones de la tierra. Las viñas resplandecientes de uva, los árboles frutales, el aceite del olivo y la sabrosa y dorada miel hablaban de la importancia de la encomienda allende los Pirineos. Aunque lo que más le gustaba a Hug desde que lo descubrió fueron las magníficas cuadras en las que criaban caballos de excelente linaje fruto del cruce entre percherones y corceles árabes, unos animales nobles y fuertes de pelaje brillante y patas recias, ágiles y resistentes, de amplio pecho y grupa ancha, buena cabalgada y capaces de soportar el peso de un caballero con toda su indumentaria de guerra.

Se llenó los pulmones de una bocanada de aire fresco antes de que los problemas acuciaran su mente. Necesitaba esos instantes de paz antes de calibrar las decisiones que debía tomar. Frey Miquel se encontraba mejor, gracias a Nuestro Señor ya recuperaba el cuerpo y el espíritu de manera favorable. Los cuidados, primero de los monjes de Sant Pere de Rodes, y ahora de los hermanos de Masdéu, le otorgaban cada día mayor fortaleza. Aun así, todavía no era conveniente que viajara, ni a Limoux ni de vuelta a Tortosa.

Hug no quería dejar a ningún hermano atrás, pero parecía inevitable; los Miravalle se impacientaban, aunque estuvieran bien acomodados en el pueblo de Trouillas, lugar cercano a la encomienda, y en cada ocasión que se veían le mostraban su malestar. Los negocios que el noble tortosino pensaba cerrar al término de su viaje no admitían más demora, y Cixilona, alma inquieta como era, se aburría de la espera y ansiaba volver a ponerse en marcha. Hug había retrasado todo lo posible la reanudación del viaje hacia el norte, pero no podía postergarlo más. Debía tomar una decisión al respecto cuanto antes, aunque la decisión no era tal, pues dadas las circunstancias, ya estaba tomada de antemano. Frey Josep no quería ni oír hablar de abandonar a su hermano solo en Masdéu, por lo que se quedaría con él hasta que estuvieran en condiciones de volver a Tortosa. Esto los dejaba a Sunifred y a él, y al guardia de los Miravalle, como única comitiva protectora de la familia noble. Tendría que hablar con el comendador de Masdéu para que le prestara los servicios de un par de hombres que pudieran acompañarlo.

Por otro lado, le seguía preocupando el ataque que sufrieron unas semanas atrás. Había enviado una misiva a Tortosa informando a frey Bernat de Montoliu, pero todavía no había recibido respuesta. Algo le escamaba de aquel asalto, y no terminaba de dilucidar qué

era ni las razones de que se produjera. Los bandidos no parecían tales, pues las ropas que llevaban denotaban que no eran de baja condición. Si no pretendían robarles, entonces..., ¿qué querían? Se había pasado muchas noches en vela preguntándoselo, sin hallar una respuesta satisfactoria a sus elucubraciones.

Por último, Sunifred se comportaba de manera extraña. Más callado que de costumbre, manifestaba una actitud vigilante, siempre alerta, y Hug sabía que tampoco dormía mucho. Más de una vez lo había encontrado en plena noche escudriñando la oscuridad a través de alguna de las ventanas lanceoladas de la encomienda. Así que también debía descubrir qué era lo que le inquietaba. Cuando le había hecho alguna pregunta al respecto, el sargento se había limitado a responderle con evasivas, culpando a la espera de su turbación. Pero el caballero no lo creía. Algo tramaba y tenía que averiguarlo.

Respiró hondo una vez más y liberó la mente unos instantes mientras musitaba un *pater noster* a campo abierto, mirando al cielo y con el espíritu en franco recogimiento. Tras terminar, tomó su decisión. En dos o tres días, lo que tardaran en culminar los preparativos, volverían al camino rumbo a Limoux, dejando a los hermanos Josep y Miquel en aquella preceptoría hasta su vuelta.

Decidió que tenía que decírselo al comendador de Masdéu y se encaminó hacia sus dependencias. Sin embargo, pronto mudó de opinión. El asunto podía esperar hasta la hora tercia y a él le apetecía pasar un rato en las cuadras con el maese albéitar, aprendiendo de la cría de caballos y disfrutando de aquellos animales cuya nobleza y apostura rivalizaban con cualquier otra cuadra de la cristiandad. Además, Brioso también querría recibir unos mimos de su mano, no tenía la menor duda, y mordisquearle el hombro hasta que Hug le ofreciera la manzana que siempre se

guardaba en un bolsillo para él. Tiempo habría después de dejarlo todo dispuesto para la partida.

Dos noches después, Sunifred aguardaba impaciente la señal acodado en una de las ventanas de la encomienda. Ya no había tiempo para que se demorara más. A la mañana siguiente, la comitiva partiría hacia Limoux para culminar con la misión que les había llevado hasta esas tierras. El enlace le había asegurado que, antes de marcharse, recibiría las últimas instrucciones para llevar a buen término su verdadero cometido, aquel que le encargara frey Pedro antes de que abandonaran Tortosa varias semanas atrás. Y él no pensaba fallarle.

El sargento admiraba a su mentor. Otros podrían tildarlo de intrigante, pero Sunifred sabía que lo que le movía era puro amor a la Orden. Cada paso que daba, cada misión que le encomendaba estaba destinada a servir al Temple y a Dios, sin duda en ese orden, por mucho que les pesara a algunos. Y era muy astuto. Había sabido rodearse de hombres fieles que le seguirían hasta las últimas consecuencias. Como Sunifred mismo. Como otros a los que había salvado desde la niñez de una vida miserable, concediéndoles la oportunidad de ser algo más que meros desarrapados al servicio de la rapiña y la indigencia.

El sargento no quiso que sus recuerdos volaran hacia Llutxent mientras escudriñaba las sombras de la noche. Aun así, la mente, siempre libre, se empeñaba en evocar aquellos días de desdicha, malviviendo junto a su madre en un cuartucho infecto los primeros años, en los que ella tenía las manos desolladas de lavar ropa de otros en el río, con el frío royéndole los huesos y el ánimo, mientras él, sólo un crío de poca alzada, con el hambre enganchada a las

tripas y la suciedad, a la piel, recorría las callejas, sobre todo en días de mercado, para robar alguna bolsa en un descuido de su propietario, o se sacaba alguna miserable moneda a base de aguantar a tenderos malencarados que le pedían que descargara el género de los carros y, si no se daba prisa, le molían el lomo a palos.

Un día, su madre le informó de que había arrendado una casa, y dejaron de vivir en el cuartucho para irse a los arrabales de la villa, donde la vivienda, con poco más que un único espacio donde hacer vida y una cortina separando el jergón donde dormían, se convirtió en un lugar seguro. En aquel entonces, Sunifred no entendía el porqué de muchas cosas que veía, sólo le importaba que su madre parecía más alegre y que, aunque escaso, no les faltaba algo que llevarse al estómago. Cuando recibía alguna visita —siempre hombres que solían esconder el rostro—, ella le indicaba que era hora de marcharse y Sunifred se perdía en los bosques cercanos en busca de algún conejo que cazaba con la honda. Con el tiempo, y la vida —que es maestra de todo—, se dio cuenta de a qué se dedicaba su madre, de que si vivían mejor era porque ella vendía su cuerpo por unas monedas, y la odió por ello, tan intensamente que dejó de hablarle durante mucho tiempo. Y cuando ella murió por unas fiebres que la consumieron, con la cabeza ya perdida por la enfermedad, tampoco supo perdonarla. Mucho después, cuando ya frey Pedro se cruzó en su vida, se reconcilió con el recuerdo de su progenitora, arrepintiéndose de no haber disfrutado de ese tiempo que pasaron juntos. Fue el de Moncada quien le hizo ver su yerro con sólo un puñado de palabras: «No juzguéis a vuestra madre tan a la ligera porque lo que hizo, de seguro que fue por amor. A su hijo y a su bienestar. No hay nada en este mundo que pueda competir con eso ni con la fuerza arrolladora del amor de una madre». Desde

entonces logró apaciguar los recuerdos con la realidad de una vida que los ponía a prueba a cada paso.

Así había obrado el hermano Pedro con él: no juzgándolo y concediéndole la oportunidad de una vida mejor. De niño huérfano y desgraciado a sargento del Temple. Igual que hizo con otros. Por lo que Sunifred sabía, el caballero había salvado a más niños como él y a todos los acomodó en una u otra encomienda, como sargentos o como sirvientes, asegurando así una red de informantes fieles que convenían a sus intereses. Una jugada maestra de las que pocos tenían noticia y que tenía una finalidad, que no era otra que salvaguardar a la Orden de su propia gloria, aquella que despertaba envidias y recelos en otros estamentos, que miraban con malos ojos el poder que los templarios habían alcanzado en muchos territorios.

Por eso estaba él allí, esperando la señal de otro de los adeptos a frey Pedro, al que había reconocido nada más llegar a Masdéu.

El día que arribaron a la preceptoría rosellonesa, tras haber sido acomodados en un hueco de los dormitorios comunales, Sunifred se dedicó a recorrer la casa junto a Hug y el propio comendador, quien les iba mostrando con orgullo el buen funcionamiento de ésta y las diferentes labores que allí se desarrollaban. Se cruzaron con varios freires, que saludaron con un gesto seco de sus cabezas, hasta que, ya en los patios, vio venir a un sargento que posó la mano izquierda en su pecho a modo de saludo. Sunifred se retrasó unos pasos de la compañía y, cuando aquel sargento alcanzó su posición, le susurró:

—*Vivir antes de morir...*

—*... para morir viviendo* —respondió el otro.

Esa noche tuvieron la primera reunión en el bosque al amparo de la noche, en la que Sunifred mostró su preocupación de que el viaje se hubiera visto aplazado por lo que les había ocurrido en el camino. La idea no era hacer parada en Masdéu, pero las circunstancias así

lo requirieron. El otro sargento se puso enseguida en marcha, enviando recados que, tarde o temprano, y allá donde estuviera, llegarían a frey Pedro, para que éste diera las instrucciones necesarias para continuar con el plan que habían ideado tras conocer la noticia de que Sunifred viajaría a Francia.

De momento no había llegado respuesta alguna y aquella era la última noche que pasarían en Masdéu. Por eso permanecía intranquilo en la ventana, aguardando alguna señal que confirmara sus esperanzas de que frey Pedro estaba al tanto de lo ocurrido.

Se palpó con desconfianza la túnica oscura, allí donde estaba la cruz carmesí bordada justo encima del corazón. Detrás de ella, por dentro, comprobó que el bolsillo secreto que se había hecho coser en la túnica ocultaba el sello que le diera el de Moncada. Una vez que se cercioró de que seguía en su sitio, resopló con satisfacción. No se había separado de él en ningún momento desde que acabara en su poder. Era parte importante del plan trazado y no podía perderlo en ningún descuido ni bajo ninguna circunstancia.

Más de una vez lo había sacado cuando se encontraba solo para admirarlo. No era el sello común del Temple, ni siquiera se le parecía. Sunifred, al verlo por primera vez, se sintió intrigado, pues lo representado era, cuando menos, curioso. Se trataba de un sello circular, redondo, acompañado por la mención *Secretum Templi* que circundaba la imagen principal. En el centro, una figura con la cabeza de un gallo, el cuerpo cubierto por una armadura y un faldellín del que surgían dos serpientes a modo de piernas. La figura portaba un escudo en la mano y alzaba la cabeza hacia la salida del sol. Según frey Pedro representaba a Abraxas, una imagen antigua que simbolizaba el curso del sol durante los trescientos sesenta y cinco días del año y, a su vez, la concepción más significativa del Dios todopoderoso.

—No es algo que tu cabeza dura pueda llegar a entender —le dijo el día que se lo entregó—; baste decir que representa el conocimiento supremo, por lo que su uso sólo está destinado a aquello que es vital para la Orden. Guárdalo bien, Sunifred, ni de tus manos muertas debe ser arrancado por el enemigo.

Y él le juró que lo protegería con su vida.

Con la mano todavía puesta sobre el lugar donde escondía el sello, volvió a escudriñar la noche. En ese momento, un parpadeo lo hizo centrarse en la zona más tupida de la maleza que circundaba la encomienda. Allí estaba otra vez. Una luz que parpadeaba tres veces a intervalos regulares. La señal convenida.

Salió de la casa con sigilo y anduvo con tiento por entre abrojos y zarzales hasta el punto donde había visto la luz. La noche era fría y la humedad le calaba la ropa hasta los huesos. Por precaución, llevaba sujeta una daga al cinto de la que no separaba la mano, por si le venían mal dadas. Cuando llegó al punto en el que creía haber visto la luz, aguardó, hasta que una sombra se movió frente a él.

—*Vivir antes de morir...* —la oyó susurrar.

—*... para morir viviendo* —contestó él.

La sombra se materializó en la figura del sargento de Masdéu que conociera el primer día. Ambos eran dos siluetas oscuras en las que sólo destacaba la cruz roja en el pecho.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó Sunifred.

—Debéis seguir el curso del plan tal y como estaba dispuesto —le informó—; la demora aún es salvable y frey Pedro confía en que sabréis actuar con la premura necesaria. La consigna establecida os abrirá las puertas de Bézu, pero antes debéis pasar por la encomienda de Campagne-sur-Aude y contactar con el enlace que ha enviado el de Moncada. Su nombre es Audat. Sabréis reconocerlo por la marca, al igual que lo hicisteis conmigo. Él os ayudará.

—¿Y luego?

—Sellaréis la mercancía y ésta se repartirá en dos envíos distintos, uno hacia el sur y el otro hacia el este. Vos comandaréis el que va hacia la costa este.

—Eso no entraba en mis atribuciones.

—Es un pequeño cambio, pero frey Pedro lo ha querido así. Confía en que vos cumpliréis vuestra palabra de servirlo.

—Y así será, pero no entiendo el cambio. En principio sólo tenía que sellar el envío y volver a Tortosa para devolverle el sello. ¿Qué ha cambiado?

—Vuestra demora por el ataque que sufristeis en el camino. Urge terminar con esto cuanto antes. Si los rumores son ciertos, hay alguien más que conoce el secreto y está dispuesto a malograr la empresa. No puedo deciros más porque no se me ha confiado ningún otro detalle.

—¿Dónde debo ir con el envío?

—De eso se os informará en su debido momento —dijo el sargento encogiéndose de hombros—. Como os he dicho, poco más sé. Id con Dios y recordad que la mercancía debe llegar con el sello intacto.

Sunifred asintió con la cabeza, seco, no le gustaba que cuestionaran su honor. Aun así, no dijo nada, no era el momento de sacar a relucir su orgullo.

—Ah, una cosa más —le requirió el sargento antes de marcharse —. El sello se lo entregaréis vos mismo a frey Pedro, eso no ha cambiado. Mientras, guardadlo con vuestra vida si fuera necesario.

—En el nombre de Dios.

—Y en su gloria.

Ambos hombres se alejaron cada uno por un lado. No habían de llegar juntos a la encomienda para no levantar sospechas. Sin

embargo, ninguno de los dos percibió la figura que se ocultaba en las sombras de un tupido matorral y que había escuchado gran parte de la conversación. Una figura que esperó durante largos minutos, a pesar de tener el cuerpo entumecido por el frío, a que no quedara rastro alguno de la presencia de los dos sargentos. Tenía mucho en lo que pensar tras lo oído y poco tiempo para tomar decisiones. Así que, a pesar de tener la ropa empapada de humedad, permaneció cavilando a la intemperie hasta que la campana tocó para el rezo de maitines.

IX

Poco más de cuatro leguas distaba Limoux de Campagne-sur-Aude, cuatro leguas en las que Hug se fustigaba recordando las últimas palabras que cruzó con Cixilona antes de dejarla, a ella y a su padre, a buen recaudo en la casa de los Bourrel en una de las calles más tranquilas de Limoux. Y aunque por un lado se sentía aliviado de que hubieran llegado sanos y salvos al final de su viaje, por lo que había cumplido con su cometido, por otro lado, le remordía la conciencia el no haber sabido cómo contestar con sinceridad a la pregunta de la muchacha.

—No le des más vueltas —le había dicho Sunifred al notar su turbación tras abandonar Limoux—, ni eres su paladín ni puedes faltar a tu apellido.

—Quizás podría haberla advertido de alguna manera —se lamentaba.

—No puedes salvar a todo el mundo, Hug, sólo eres un hombre.

«Sólo soy un hombre...», se repetía, intentando encajar esas cuatro palabras en su concepción sobre lo que debía ser un verdadero caballero cristiano. Y no lo lograba.

Fue cuando afrontaban el último trecho antes de entrar en la villa. Cixilona ralentizó el paso de su caballo y esperó hasta que Hug, que venía tras ella, se pusiera a su altura. Por delante, Ponç departía con los dos templarios que les había confiado como escolta el comendador de Masdéu. Por detrás, Sunifred y el guardia de los Miravalle charlaban de naderías cerrando la marcha.

—Frey Hug —lo requirió la dama de Miravalle—, ¿puedo haceros una pregunta?

—Estoy a vuestra disposición.

—Vuestro hermano, Blai, ¿cómo es?

Hug notó que la joven se ruborizaba, y a él le ocurrió otro tanto, sólo que por motivos diferentes. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo contarle la impresión que le causó ver a su hermano borracho peleándose fuera de una taberna? O peor aún, ¿cómo confesarle que le hizo la vida imposible cuando eran unos críos y que se temía que poco hubiera cambiado a lo largo de los años? Seguía siendo obstinado, envidioso, propenso a la cólera y manipulador. Y él se moría por decirle la verdad a la muchacha, aunque ello fuera en detrimento de su propia sangre.

—De niño era un necio pagado de sí mismo, o eso es lo que recuerdo —continuó ella viendo que no recibía respuesta del caballero—. Si tengo que aceptar estos esponsales por el bien de los Miravalle, lo haré, pero desearía conocer vuestra opinión. Antes éramos amigos, Hug —dijo en tono más íntimo, apelando a la amistad que una vez los unió—, y confío en vuestro juicio.

Esas últimas palabras le dolieron, y lo hicieron porque sabía que no podía decirle la verdad. Y aunque él había dejado atrás su casa para servir a la Orden, no podía olvidar que su apellido era Monrós y que la honra le obligaba.

—No tengo mucho trato con mis hermanos desde que abandoné la casa para servir al Temple. Pero es un Monrós, sabrá cuidaros.

Su respuesta había sido insustancial, vacía, pero fue la única que se le ocurrió en esos momentos. Turbado, hizo lo único que podía hacer, mirar al frente y desatender la mirada de reproche de la joven, que parecía esperar alguna explicación más.

Ya no volvieron a cruzar palabra, sólo un escueto saludo de despedida cuando los dejaron en la puerta de los Bourrel. En dos semanas volverían a buscarlos para hacer el viaje de vuelta a Tortosa; mientras, ellos se acogerían a la hospitalidad de la preceptoría de Campagne-Sur-Aude. Quizás entonces podría alargarse más en su respuesta.

La encomienda fortificada de Campagne estaba situada en lo alto de un promontorio rocoso, con una muralla que la circundaba y se alzaba varias varas del suelo, coronada por almenas y una pasarela que conectaba las distintas caras de la construcción. Un foso alimentado por el río Aude la rodeaba.

Entraron por el acceso suroeste, que enlazaba directamente con la propia encomienda, donde se encontraban las estancias del comendador, las del hermano portero, el refectorio y las habitaciones de los caballeros. Un pequeño cementerio, donde descansaban las almas de los hermanos fallecidos, se situaba entre la casa del comendador y el muro. El resto de la fortificación la ocupaban la iglesia, las viviendas de los sargentos y sirvientes, las dependencias de las cocinas, las cuadras y la fragua, y una zona de cultivo junto a los jardines.

Hug y los freires venidos de Masdéu fueron acomodados en la vivienda de los hermanos caballeros, mientras que Sunifred fue enviado a la parte oriental de la fortaleza, junto al pontón principal, donde tuvo que conformarse con un jergón improvisado que le prepararon los sirvientes de la Orden.

Lo que más impresionó a Hug del lugar fue la torre-campanario, a modo de atalaya, que se alzaba a no menos de treinta varas

castellanas, desde allí, como pudo comprobar, se dominaba todo el valle que circundaba la encomienda.

—¿A qué distancia se encuentra Bézu? —le preguntó a Roger, el paje que en esos instantes hacía guardia desde la atalaya.

Era poco más que un niño, pero se jactaba de tener mejor vista que un águila, razón de que le hubieran encomendado la misión de vigilar el terreno desde aquella posición privilegiada.

—A poco menos de dos leguas, hacia el sureste, freire.

Hug miró en esa dirección, pensativo. Desde la madrugada en la que siguió a Sunifred fuera de la encomienda de Masdéu y escuchara la conversación que mantuvo con un desconocido, al que no pudo ver el rostro pues las sombras de la noche se lo impidieron, se hallaba en un estado de tensión que le impedía conciliar el sueño. Sunifred, aunque alocado e irreverente, se había convertido en su amigo, en su compañero, y no quería creer que pudiera estar llevando a cabo alguna traición imperdonable hacia la Orden. Pero todo apuntaba a que algo se traía entre manos, algo que a él se le escapaba y que tenía que ver con el que fuera maestre provincial de Aragón, Pedro de Moncada. Un freire a quien siempre rodeaba un halo de secretismo y oscuridad, ya desde antes de ser maestre provincial, y de quien siempre se le previno desde la comandancia de Tortosa. Primero, Bernat de Rocamora, quien se disputaba con frey Pedro el puesto provincial y al que en más de una ocasión escuchó maldecirlo, Dios lo perdonara; decía de él que era un hombre interesado y sin escrúpulos, que antepondría su propio bienestar al del Temple. Y luego estaba el actual comendador de Tortosa, frey Montoliu, quien tampoco sentía excesiva devoción por el antiguo maestre, aunque su inquina era más comedida, y que le advirtió sobre Sunifred antes de que comenzaran el viaje junto a los Miravalle, pidiéndole que lo vigilara. Hug no había hecho caso a

estas diatribas porque pensaba que eran luchas de poder internas que a él se le escapaban. Lo único importante era servir al Temple y a Dios, lo demás era superfluo. Sin embargo, echando la vista atrás en esos instantes, barruntaba que había algo oculto que estaba más allá de su comprensión. Y eso no le gustaba. Amén de que se preguntaba —y casi con toda seguridad la respuesta sería afirmativa — si el ataque sufrido en el camino se originaba a raíz de las intrigas del hermano Pedro y, por ende, de Sunifred. Si esto fuera así, mataría al sargento con sus propias manos por poner en peligro a Cixilona y a su padre.

Debía averiguar la verdad y tenía que hacerlo pronto. Había intentado enterarse de algo a través del maestre de Campagne a su llegada, durante la comida en el refectorio, pero éste se limitó a informarle de que el territorio de Bézu y Rennes-le-Chateau pertenecía al noble Pierre de Voisins y que el Temple poseía tierras en aquellos lares que le enumeró con minuciosidad. A Hug le pareció que sonreía aliviado cuando zanjaron el tema.

No perdía entonces nada preguntando al paje.

—¿Qué sabéis sobre Bézu, Roger?

—Oh, poca cosa —dijo el muchacho—, sólo que la Orden guarda desde allí el paso de los peregrinos que van a Santiago de Compostela. Aunque debe de haber algún problema, porque hace pocos se tuvo que reforzar la guardia con caballeros venidos desde el Rosellón.

—¿De Masdéu?

—Así es, freire.

—¿Y vos no sabéis qué clase de problema puede haber para hacer venir a los hermanos desde tan lejos?

—Sólo sé lo que oigo por ahí, freire.

—No importa, Roger, podéis contármelo.

—Según he escuchado fue el señor de Voisins quien invitó a esos caballeros a venir a sus tierras y que éstos han erigido una capilla en lo alto de la montaña de Bézu, y se preguntan para qué hacía falta hacer venir a caballeros roselloneses cuando ya las encomiendas más cercanas, como la nuestra, velan por los peregrinos.

—¿Y conocéis la razón de ese hecho tan insólito?

—No, lo siento freire, pero en la villa se escuchan habladurías de la gente, cosas a las que, por supuesto, no he prestado atención —dijo ufano, queriendo aparentar una madurez que aún no tenía.

—¿Qué habladurías?

—Oh, ya sabéis, cosas de villanos con menos seso que imaginación. Algo sobre mineros venidos de muchas leguas de distancia y que hablan en una lengua que no se entiende, y que han horadado en secreto las tierras de Bézu.

A Roger le brillaban los ojos mientras se lo narraba, parecía que apreciara ser el centro de la atención de uno de los caballeros por una vez. Seguramente, el muchacho sólo recibiría órdenes de los hermanos y su vida se limitaría al rezo y al trabajo que se le demandaba. Sin duda, estaría disfrutando de poder romper su rutina habitual.

—¿Y cómo es eso?

—No lo sé, freire, se lo oí decir a un pastor que pasó por las cocinas a traer unos quesos.

—¿Sabéis dónde puedo encontrar a ese pastor?

—Sí, vive en la villa, y gusta de trasegar vino en la posada junto al río al caer la tarde. Es un viejo huraño y solitario. Ahora ya no cuida al rebaño; se encarga de vender el queso que elabora con la leche que otros pastores le proporcionan. No sé cómo se llama, pero lo reconoceréis porque va acompañado por un perro viejo con muy malas pulgas que siempre intenta morderme. Una vez...

—Gracias, Roger —le cortó el caballero. No tenía tiempo para escuchar las correrías infantiles del muchacho—, me habéis sido de mucha ayuda.

El joven sonrió de oreja a oreja, ruborizándose al tiempo.

Hug se dispuso a bajar de la atalaya, con las miras ya puestas en elucubrar la forma de salir de la encomienda al caer la tarde para hablar con el pastor.

—Freire... —escuchó decir al chico.

—Decidme.

La sonrisa de Roger había trocado en un gesto atribulado.

—Lo que os he dicho... Sólo son... habladurías...

Parecía no encontrar el modo de decir lo que deseaba. Hug se dio cuenta enseguida de qué era lo que le preocupaba.

—Y como tales me las tomo. No os preocupéis, como habéis dicho, sólo son habladurías de los villanos y a nadie le interesan.

El muchacho asintió con la cabeza, agradecido. Posiblemente, le inquietaba que lo amonestaran en la encomienda por ser tan lenguaraz.

—Una cosa más, Roger —le propuso el caballero—. ¿Tenéis a bien hacerme un favor un tanto especial?

—Por supuesto, freire, estoy a vuestro servicio.

Al chico se le hinchó el pecho con orgullo.

—¿Conocéis al sargento que vino conmigo cuando llegamos?

—Creo que sí. Barba oscura. Le falta un trozo de diente.

—Tenéis buen ojo —le aduló—. Pues me preguntaba si vos podríais avisarme si lo vierais salir de la encomienda. Al fin y al cabo, a vos no se os escapa nada desde esta posición y con esa vista de águila que el Altísimo os ha dado.

—Así lo haré.

—Os lo agradezco, Roger. Algún día seréis un gran caballero.

—Si Dios lo quiere.

Hug se marchó dejando al muchacho con sus ensoñaciones caballerescas en lo alto de la atalaya. Al fin y al cabo, Roger venía de una familia noble, como la mayoría de los pajes que servían en la Orden, y era razonable que soñara con recibir algún día las espuelas que lo convertirían en freire de pleno derecho.

Pocas horas después, tras el oficio de la hora nona, el de Monrós, ataviado con unas ropas completamente anodinas que había sustraído sin que nadie se enterara de los dormitorios de los sirvientes, y ocultando el rostro con la capucha de una capa de un color oscuro indefinido, salía por el portón principal de la encomienda como si de un peregrino que hubiera ido a visitar la iglesia se tratara. El sol ya declinaba y el frío acallaba los trinos de los pájaros que se disponían a aovillarse para dormir. Tenía poco más de una hora para volver, cambiar de atuendo y presentarse al oficio de completas, antes de que le echaran en falta. Con paso raudo, callejeó entre las casas de la villa hasta alcanzar el río, donde pronto dio con la posada que le mencionara Roger.

Se encontraba acodado en la mesa del fondo, junto al hogar que ardía pujante ahuyentando el frío. Lo reconoció por el perro, tumbado a sus pies. Grande, sin raza, de color canela excepto por las orejas, que eran de un tono marrón oscuro. Estaba sucio y el pelaje lo tenía apelmazado, seguramente por restregarse contra la tierra húmeda. Alzó la cabeza y gruñó en cuanto lo vio acercarse para acomodarse en la mesa contigua a la de su amo.

—No os preocupéis —dijo el viejo tras darle un largo trago al vaso de vino que tenía ante él—. Gruñe, pero no muerde.

El caballero asintió con la cabeza mientras se sentaba, sin quitarle ojo a los colmillos que el can le mostraba. Pronto, el tabernero se acercó solícito, barruntando que aquel forastero tenía monedas para

gastar. Hug pidió un plato de guiso y vino para acompañarlo, pensando en cómo iniciar la conversación con el anciano de la mesa de al lado.

Fue el perro el que le dio la solución. En cuanto le trajeron el guiso se dio cuenta de que éste alzaba el hocico y las babas se acumulaban en la comisura de sus fauces. Cogió con los dedos un trozo de carne que flotaba en la salsa y se lo mostró al animal, quien primero volvió a gruñir, luego se levantó para sentarse sobre sus cuartos traseros y, por último, miró a su amo. A un gesto del hombre, el can se acercó receloso hasta donde estaba Hug, quien le lanzó el pedazo admirando cómo lo alcanzaba al vuelo y daba cuenta de él en un instante. Después se sentaba junto al caballero aguardando más.

—Con eso ya os lo habéis ganado —le dijo el viejo.

—Me gustan los perros; son buenos guardianes. Y fieles a sus amos —añadió.

—Sin duda, y mucho más que los hombres.

—¿Lo creéis así?

—Sois joven aún, pero con el tiempo os daréis cuenta de que los hombres son fieles a su palabra hasta que ésta se enfrenta a sus propios deseos, entonces esa palabra se convierte en humo. Pero los perros, aunque seáis injustos con ellos, siempre estarán a vuestro lado. Chopo ha sido un buen perro pastor —le explicó—, podía estar tranquilo cuando él cuidaba al rebaño, no había lobo que se atreviera con él, y ahora, que ya somos unos ancianos, cuida de mí igual que lo hiciera de mis ovejas.

—Os creo, ya he percibido cómo me vigilaba cuando me he acercado a vuestra mesa.

—Es un buen chico, pero muy glotón —dijo al ver que Hug le iba lanzando trozos de carne mientras hablaban—. Os vais a quedar sin

guiso si seguís alimentando a mi perro.

—No tengo mucha hambre, y la verdad es que no debería haber pedido el guiso. La gula es un pecado y yo ya tengo bastantes en mi haber —mintió el caballero—. De hecho, me prometí que purgaría mis pecados durante este viaje, y aquí me tenéis, calentándome con un buen fuego, bebiendo vino y comiendo más de lo que debería, en vez de estar arrodillado en la iglesia pidiendo perdón a Dios por mis faltas.

—¿Vais de peregrinaje?

—Así es, debo purgar mis flaquezas para ser un buen siervo del Altísimo y que éste me perdone, por ello recorro los caminos hasta llegar al lugar donde reposan los huesos del apóstol Santiago —volvió a mentir.

—Largo trecho —resopló el pastor—, para algo noble pero innecesario.

—¿Por qué lo decís?

—Porque sólo somos unas carcasas que contienen el alma, y por mucho que porfiéis, hasta que no os deshagáis de vuestro envoltorio terrenal no alcanzaréis la pureza.

—¿No creéis en el perdón de Dios por nuestros pecados?

—Somos pecadores por naturaleza, así se nos ha creado, y sólo la muerte nos hará librarnos de este envoltorio y encontrar la gloria de Dios. Para ello tenéis que obrar con bondad y sabiduría en vuestro día a día, y no hace falta recorrer los caminos para ello.

—Lo que decís podría considerarse herejía.

—Qué más me da, mis días en este mundo de paso se están acabando.

Hug había oído hablar de aquéllos a los que la Iglesia denominaba albigenses o cátaros, pero suponía que esas creencias habían sido erradicadas cuatro décadas atrás cuando se los juzgó en las

hogueras de Montsegur, donde la mayor parte de los miembros de aquella comunidad fueron quemados por ser contrarios a la doctrina de la Iglesia católica. No obstante, sabía que aquellos pagos habían sido cuna de esas convicciones tan alejadas de lo que dictaba el papado y, por lo que parecía, aún quedaban quienes las seguían.

Sin embargo, no quiso ahondar más en el tema, ni tener una conversación que se le antojaba incómoda, porque su empeño era otro. Así que trató de desviar la conversación hacia el asunto que de verdad le interesaba.

—He oído aquí, en Campagne, que se ha erigido una ermita en Bézu no hace mucho. Quizás podría desviarme para visitarla.

—No os lo aconsejo.

—¿Por qué?

—Los templarios guardan el lugar con mucho celo, y vigilan desde la cima de la montaña que nadie se acerque.

—¿Por qué razón habrían de hacer eso?

—Sus razones no las sé, sólo lo que me cuentan los pastores.

—¿Y qué cuentan los pastores, si es propio preguntarlo?

—Que cuando han intentado acercarse a las inmediaciones, buscando pastos para los rebaños, se les ha prohibido el paso. Y cuando se han quejado al señor del lugar, Pierre de Voisins, éste ha hecho oídos sordos a sus requerimientos. De hecho, según cuentan ha sido el propio señor el que ha hecho venir hace poco a templarios del Rosellón para reforzar la vigilancia del lugar, aduciendo que era paso de peregrinos y éstos necesitaban protección.

—Es una buena razón.

—¡Bah...! De eso ya se encargan los freires de Campagne. Además, el señor de Bézu tiene también sus propios soldados que velan por la seguridad de sus tierras. —Hizo chasquear los dedos—.

Ahí hay gato encerrado, os lo digo yo. ¿Por qué, si no, cerrarían el paso a los pastores? Algo deben de ocultar que no quieren que se sepa —dijo bajando la voz.

—¿Y qué podría ser?

—Ése es el misterio, pero hay quien dice que ya hace tiempo mandaron llamar a mineros venidos desde la Germania, y que éstos no se relacionaban con los lugareños, no sólo por el hablar incomprensible de su pueblo, sino porque se les tenía prohibido confraternizar con ellos, adjudicándoles viviendas alejadas de todo y de todos. Pero, como os digo, esto fue hace décadas, y no se ha visto que hubiera extranjeros en los últimos meses.

De pronto, el viejo cerró la boca, como si hubiera tomado conciencia de que estaba hablando demasiado, y miró a Hug fijamente.

—¿De dónde decís que venís?

El caballero tuvo que improvisar una historia vaga, haciendo referencia a tierras cercanas con la frontera italiana. Para evitar suspicacias, lo invitó a un vaso de vino y departieron durante unos minutos sobre el clima que se esperaba en los próximos días. Cuando vio vencida la desconfianza del antiguo pastor, se despidió, dejándolo solo con su perro guardián.

El oficio de vísperas estaba cerca de comenzar, y él todavía tenía que cambiar de atuendo para incorporarse al rezo. Seguía teniendo las mismas dudas que antes de hablar con el viejo, pues todo podía deberse a lo que había dicho el joven paje: habladurías sin más. Sin embargo, algo le decía que no sólo eran fantasías, y que Sunifred estaba metido en ello. ¿Por qué si no iba a ocultarle esas reuniones que mantenía al amparo de la noche? ¿Qué había en Bézu que tanto le interesaba?

Hug no pensaba cejar en su empeño hasta saberlo.

X

En las estribaciones pirenaicas

Se echó el aliento en las manos, que tenía entumecidas a causa del frío. Llevaban semanas ocultos, vigilando desde cumbres y riscos los ataques de las tropas francesas que intentaban cruzar el condado del Rosellón para entrar en tierras aragonesas. El papa Martín IV había respondido a la coronación siciliana del rey Pere con su excomunión, deponiendo su reinado en Aragón y ofreciéndole la corona al rey de Francia. Estaba enfadado con el monarca aragonés por no acatar las decisiones papales con respecto a Sicilia y tomó la decisión firme de proclamar una cruzada en su contra que llevaba meses gestándose. Pedro III se encontraba en una situación difícil, no sólo por la excomunión, sino porque tenía que enfrentarse a dos adversarios distintos: por un lado, la invasión del ejército francés por el norte de los Pirineos, y, por otro, los problemas internos que los ingentes gastos de su campaña siciliana habían ocasionado en su reino, y que se traducían en las necesidades económicas de sus súbditos. Para paliar este último obstáculo, tuvo que prestar un juramento que salvaguardara los privilegios de los nobles aragoneses, manteniendo así a sus aliados contentos para poder dedicarse en cuerpo y alma a evitar que el reino le fuera arrebatado por los franceses. Para ello, había situado varias partidas de almogávares por los pasos pirenaicos, aprovechando que éstos eran

conocedores de cada senda, cada risco y cada roca de las montañas. Al fin y al cabo, la mayoría de ellos eran oriundos de esas tierras.

Arnau se había unido a las partidas que salieron desde Sicilia. Al igual que sus compañeros, estaba ya aburrido de la situación de calma tensa con la que convivían en Palermo, a la espera de que algo sucediera. Los almogávares no estaban hechos para la paz, acostumbrados como estaban a que el uso del hierro de sus armas y la violencia de las guerras formara parte de sus vidas.

Ya habían mantenido varias escaramuzas con las tropas angevinas días atrás, manteniendo una estrategia de mimetismo con las zonas boscosas que los rodeaban, ocultos a los ojos de sus enemigos, hasta que los veían aparecer por uno de los pasos entre montañas. Entonces, atacaban al grito de *desperta, ferro* y se lanzaban a por ellos creando gran confusión en sus filas y matando a todo aquel que se pusiera a tiro de sus azconas o tuviera la mala fortuna de estar cerca del alcance de sus *coltells*. Era una lucha desigual, pues las partidas almogávares contaban con un número de hombres muy inferior al de los franceses. Sin embargo, aquellas tácticas de ocultación y asalto rápido mermaban la confianza de los franceses y les inoculaban un miedo como nunca habían sentido.

El sol hacía rato que andaba descansando y la noche se cernía sobre Arnau y sus compañeros, agazapados tras la tupida maleza de una amplia zona boscosa. Hacía rato que sus espías habían dado la alarma de que las tropas enemigas se dirigían hacia ellos, intentando aprovechar la oscuridad de la noche para cruzar hacia el condado de Ampurias y hacerse con el control de la zona. Pero no pensaban permitirlo. Y fue Bettisia la que les sugirió una forma de evitar que se adentraran en aquellos parajes. Porque la mujer se había negado a quedarse en Sicilia cuando se movilizó a los almogávares para defender los intereses del rey Pedro en Aragón. La muy cabezota,

pensaba Arnau, prefirió seguirlo antes que permanecer en la tierra que la vio nacer. Él no se sentía del todo cómodo con la situación. Tenía miedo por ella, por lo que pudiera pasarle, y fue muy insistente para evitar que lo acompañara. No pudo con ella. Su obcecación llegó hasta el extremo de que el día de la partida, se plantó delante de él con el hato con sus escasas pertenencias atado a la espalda, los brazos en jarras y la mirada furibunda, y le dijo:

—Si crees por un momento que vas a dejarme atrás, si sólo se te ocurre hacerlo... —dijo señalándolo de manera amenazadora—, vigila tu sueño, porque ten por seguro que te seguiré, esperaré a que te duermas, y te cortaré la hombría para dársela de comer a los cerdos.

No valieron más razones con ella. El almogávar tuvo que tragarse sus miedos y permitir que los acompañara, no sin antes advertirle enfadado:

—Si te quedas atrás, no seré yo el que vuelva a por ti.

—No lo haré. Y sé cuidarme sola, maldito patán.

—Eso espero.

Como respuesta, ella pasó por su lado con la barbilla alzada hasta que, a su altura, extendió la mano hacia abajó y le agarró con fuerza en la entrepierna.

—No vas a dejarme atrás —le susurró apretando más su agarre y haciéndole un poco de daño.

Él le apartó la mano de un manotazo y la alzó en volandas. Con largas zancadas, la llevó en brazos hasta una zona de tupida maleza más apartada, donde nadie pudiera verlos, le apoyó la espalda contra un árbol y la obligó a rodearle la cintura con sus piernas, soltó las cintas de sus calzas y la embistió con toda la rabia de la que fue capaz, clavando los dientes en su boca al besarla. Bet le tiró del cabello, arañándole la nuca, y lo acogió con la misma violencia

que él desplegaba, y ambos se pelearon hasta que se quedaron sin fuerzas al encontrar el desahogo.

No hablaron después. Arnau esperó a que ella se recompusiera y luego se unieron a la partida de almogávares que ya marchaban de vuelta a Aragón.

Desde ese instante, el joven vivía con miedo. Bettisia era de las que no se arredraban ante nada, y se entregaba a cada batalla con un empeño que rayaba en la locura. La había visto acuchillar a los soldados angevinos sin piedad, como uno más de ellos, y había padecido cuando recibía alguna herida que la hacía sangrar. Y eso no era bueno, pues a veces estaba más pendiente de lo que hacía ella durante las escaramuzas con los franceses que de velar por su propia seguridad. Sin embargo, ella era rápida y feroz, y se había adaptado a esa forma de vida de una manera insolente y, a la vez, natural, bregando en cada refriega con inteligencia y la saña necesaria para salir bien parada de cualquier lance. Y él había tenido que aceptarlo.

Cuando esa tarde el adalid los había reunido para consensuar la estrategia a seguir, fue ella la que propuso el plan que en ese momento se preparaban a llevar a cabo. Agazapados, esperaban la señal, con la sangre latiendo en sus sienes por la inminencia de la batalla y el frío, helándoles los huesos. Comenzó de pronto a escucharse un rumor sordo que fue poco a poco incrementando su sonido conforme se acercaba. Eran cientos de pies marchando en formación, pisoteando a su paso la tierra húmeda y las ramas caídas de los árboles; a ello se sumaba el piafar inquieto de los caballos de guerra y el choque se sus protecciones de hierro entre sí.

Arnau tensó los músculos del vientre y aguardó, el rumor ya se estaba convirtiendo en estruendo cuando el ulular de un búho se oyó en la lejanía, encontrando su eco instantes después. Era la

señal. El almogávar se desprendió de la manta que, no sólo lo ocultaba a él, sino también, a un lado y parcialmente metidas en un hoyo para evitar que la humedad y el viento las apagaran, unas ascuas que todavía conservaban su incandescencia. Se enrolló la mano con un pico de la manta, cogió una y sopló en ella hasta que una débil llama apareció. Entonces, la arrimó a los arbustos secos que antes había amontonado junto a él y éstos prendieron en un abrir y cerrar de ojos. A derecha e izquierda, separados por una veintena de pasos, sus compañeros hacían lo mismo. Se creó entonces una barrera de fuego en paralelo que recorría en su longitud gran parte de aquel amplio bosque, creando la sensación de que eran mucho más numerosos de lo que los franceses imaginaban.

Los gritos de miedo comenzaron a oírse desde el bando angevino, cuyos caballos se encabritaban porque el fuego, cada vez más agresivo, se les iba acercando poco a poco. Los hombres a pie, contagiados de los nervios que intuían en vanguardia, miraban con terror a uno y otro lado del tupido bosque, con las armas prestas apuntando a las sombras por las que esperaban ver salir al mismísimo demonio. La confusión hizo que las filas se desorganizaran, y los hombres comenzaran a retroceder para apiñarse en busca de la protección de sus compañeros.

Entonces los almogávares atacaron. Rugiendo sus consignas con toda la potencia de sus gargantas, se abalanzaron sobre ellos desde diferentes ángulos, volviendo a producir la impresión de que eran muchos más de los previstos. Alanceaban y retrocedían hacia las sombras, rodeando los troncos de los árboles para salir unos pies más allá, donde de nuevo embestían. No buscaban matar, sino herir y mutilar para incrementar el miedo en sus adversarios. Los ataques eran raudos y sus hierros veloces, y pronto las tropas francesas

comenzaron a retroceder pisando a sus compañeros de la retaguardia mientras lo hacían.

Antes de que la noche se cerrara del todo para dar paso a la luna, los angevinos volvían sobre sus pasos temerosos y derrotados, en busca de un lugar seguro donde lamer sus heridas y revisar sus estrategias. Alguna cabeza caería por el fiasco de su empresa, ya que los informes recabados por sus espías hablaban de sólo un puñado de hombres que defendían los pasos y se habían encontrado —o eso creían— con que eran más numerosos de lo esperado.

Mientras, los almogávares vencedores se replegaban hacia la zona más profunda del bosque donde tenían instalado el campamento sin celebrar la victoria. Los franceses volverían, a mucho tardar en unos días los tendrían de nuevo llamando a su puerta. Lo único que necesitaban era comer algo, descansar unas horas y aguardar las nuevas instrucciones.

Arnau se cobijó del frío acercando a Bet hacia su cuerpo, aliviado de encontrarla sana y salva, e intentó descansar.

—Gracias a ti y a tu plan hoy no han muerto muchos hombres —la elogió al oído.

Bet gruñó algo que no entendió. Cuando alzó la cabeza para mirarla se dio cuenta de que estaba dormida. Así que se volvió a acurrucar contra ella y, momentos después, también se durmió.

Los siguientes días se dedicaron a patrullar el bosque en espera de noticias de los espías que había enviado el comandante siguiendo los pasos del ejército angevino. Los almogávares estaban acostumbrados a esa clase de vida en las montañas; sabían adaptarse al terreno y sobrevivir con lo que la naturaleza quisiera proporcionarles. Conocían cada arroyo y cada cueva, se desplazaban rápido, cubriendo sus cuerpos con pieles para combatir el frío y portaban sólo un saco atado en la espalda en el que guardaban sus

escasas pertenencias. No tenían un hogar al que volver, sólo la tierra que pisaban bajo sus pies y el cielo, como techo infinito. Nada más.

XI

Campagne-sur-Aude, doce días después

El enlace se había hecho esperar. Sunifred estaba nervioso, el tiempo se le echaba encima y debía cumplir con el mandado de frey Pedro de Moncada antes de que la comitiva volviera a dirigirse a Limoux. Tenían que acompañar de vuelta a Tortosa a los Miravalle. Quedaban tan sólo dos días para ello y él se quedaba sin excusas. No iba a ir con ellos, las instrucciones del último mensaje de Moncada eran claras.

Por fin, esa mañana el sargento Audat hizo su aparición, excusándose por la tardanza, alegando que el comendador de Campagne lo había enviado a proteger a unos peregrinos que iban camino a Santiago y que la situación en los Pirineos, con la confrontación que se estaba librando entre aragoneses y franceses, fue un impedimento que le hizo retrasarse.

Aunque a él le traía sin cuidado, sabía que los pasos de los Pirineos andaban revueltos por la cruzada de los angevinos contra el rey de Aragón. Pero él tenía una misión que cumplir para frey Pedro y los plazos estaban a punto de terminar.

Sunifred aceptó las excusas, el muchacho parecía contrito y avergonzado. Audat era un joven de una belleza aniñada, barbilampiño y con el cabello dorado, poseía unos ojos claros que rivalizaban con el color del cielo. Debía ser nuevo en las filas del de Moncada, porque cuando, tras murmurar la consigna, hizo el gesto

de llevarse la mano al pecho para mostrar las marcas que les servían para reconocerse y que todos ellos llevaban grabadas con tinta entre el pulgar y el índice —tres puntos que enmarcaban la curva entre ambos dedos y que los hermanaban como fieles a Moncada—, éstas parecían recientes, pues todavía presentaban la hinchazón característica de las punciones sobre la piel.

—Mañana, tras completas —acordaron tras cruzar unas breves palabras lejos de oídos ajenos.

No había más tiempo que perder.

Al día siguiente, Sunifred dejó dispuesto todo lo necesario para su viaje debajo del catre donde dormía. Tenía que evitar levantar sospechas. Sobre todo de Hug, quien parecía su sombra desde que llegaron a la encomienda de Campagne. No había momento en el que el sargento no encontrara a su amigo siguiéndole los pasos o haciéndose el encontradizo en el amplio recinto de la encomienda. La mayor parte de las veces cuando Sunifred, nervioso por la espera, salía del perímetro de las murallas para tantear el camino por el que se dirigiría a Bézu. Era como si Hug se hubiera convertido en su sombra y a Sunifred le escamaba esa actitud y, por primera vez desde que se conocieran, recelaba de su amigo. ¿Cómo era posible que siempre supiera cuando salía? Pero no le encontraba explicación, ya que los dormitorios de los caballeros estaban bastante alejados de donde él hacía vida. ¿Lo estaría vigilando? En verdad que las respuestas se le hacían esquivas y eso le alteraba el ánimo, pues su preocupación principal debía ser el cumplir con lo acordado a la mayor brevedad.

Intentó dejar de pensar en Hug. Realmente, le incomodaba el tener que engañar a la única persona que había conocido que tenía un alma limpia, sin mácula, un verdadero hombre de honor. Algo que él envidiaba —otro pecado más en su haber—, y que, a lo largo

del tiempo, durante varios años, había intentado imitar sin éxito. Su naturaleza irreverente no se lo permitía. Y que el caballero de Monrós le hubiera confiado su amistad era, sin lugar a dudas, todo un misterio. Sus diferencias eran considerables y sus objetivos diferentes. Sin embargo, Sunifred intuía que, pasase lo que pasase, Hug nunca le fallaría. Al contrario que él.

A veces hubo de plantearse la posibilidad de contarle quién era él realmente y lo que hacía. Desahogar sus cuitas. Y sabía —se lo decía el corazón— que su amigo quizás no comprendiera sus razones, quizás hasta lo juzgara, pero el pensamiento de traicionarlo no invadiría su mente. Pondría la mano en el fuego por él y no saldría chamuscado. No obstante, aunque tuviera esa confianza ciega en el de Monrós, la lealtad hacia frey Pedro estaba por encima de toda consideración. Y no había más.

Sacudió la cabeza para apartar los pensamientos sobre Hug, porque le dolía imaginarse que en unas horas ya no volvería a verlo por largo tiempo, quién sabía si para siempre.

Pasó todo el día atendiendo a las obligaciones que imponía la Orden, con el vientre apretado de expectación. Aguardando a que por fin todo el mundo se fuera a descansar tras el oficio de completas. Luego se deslizaría fuera de la encomienda e iría caminado hacia el este hasta el lugar donde le aguardaría Audat con su corcel ensillado.

Llegaron a Bézu antes de medianoche y subieron hacia la cima del monte donde se encontraba la ermita. Al llegar, la entrada estaba custodiada por dos caballeros templarios, quienes parecían dos estatuas añadidas a las columnas que presidían el portón de acceso al interior.

—*Vivir antes de morir...*

—*... para morir viviendo* —respondió Sunifred.

—¿Qué os trae por aquí, sargento?

—Ha llegado la hora —se limitó a responder mientras sacaba un documento sellado con la marca de Moncada.

Uno de los templarios rompió el sello y acercó una tea para darse luz.

—Hace días que os aguardábamos —dijo tras leer lo escrito.

—Ha habido imprevistos.

—¿Traéis el sello?

—Así es.

—Está todo preparado, a falta de que lo selléis.

—Llevadme entonces, no perdamos más tiempo.

Los templarios abrieron el portón de la ermita.

—Avisad de que ha llegado el enviado —le dijo uno de los caballeros al otro. Luego los acompañó hacia el interior de la ermita.

Sunifred y Audat siguieron al caballero hasta el crucero y giraron a la izquierda, donde un estrecho altar dedicado a san Juan Bautista los esperaba. El caballero se inclinó frente al altar y luego tiró de una argolla justo en el lienzo de pared junto a la imagen. Una exigua abertura fue abriéndose, mostrando unas escaleras talladas en piedra que se adentraban en la oscuridad.

—Llevad cuidado donde ponéis los pies.

La luz de la tea del caballero apenas iluminaba el angosto lugar mientras descendían. Escuchó a Audat trastabillar detrás de él un par de veces. Si él casi no veía por donde pisaba, imaginaba que el muchacho todavía vería menos al ser el que más alejado estaba de la luz que proporcionaba la antorcha.

Finalmente, dejaron de bajar y recorrieron un pasillo excavado en la roca que desprendía humedad. Durante varios minutos siguieron

el pasillo en perfecto silencio. Sólo se oía el castañeo de los dientes de Audat. Hacía un frío del demonio.

Llegaron entonces a una sala amplia que hacía las veces de almacén. Montones de rocas, sacos, cuerdas, herramientas, cajas y toneles se apiñaban por doquier, y el frío allí era más intenso debido a las corrientes de aire que podían sentirse. Aquella sala tenía varias salidas a derecha e izquierda.

—Por ese lado se sale al exterior —les indicó el templario, señalando una abertura en la pared derecha—; allí están los carros que transportarán la mercancía.

—Audat, ve afuera y ayuda a que todo esté preparado.

—¿No necesitáis vos que os eche una mano?

—No —respondió, tajante, Sunifred.

—Pero, sargento...

—Haced lo que os pido, Audat.

A Sunifred le pareció que una chispa de odio relampagueaba en los ojos claros del muchacho, pero éste pronto agachó la cabeza y se dirigió a cumplir la orden.

—Venid conmigo.

El sargento siguió al caballero hacia una abertura a la izquierda que se abría a otra sala más pequeña. Allí esperaban otros cuatro caballeros.

—Llegáis tarde, ¿algún problema?

Sunifred resopló irritado e ignoró la pregunta de uno de los freires.

—Acabemos con esto de una vez. ¿Qué se ha dispuesto?

—Debéis sellar entre sí los cordeles que atan los sacos —le indicaron señalando una larga hilera de sacos marrones que descansaban apoyados en una de las paredes—. Una vez que todos estén debidamente sellados, los introduciremos en aquellos toneles de vino y los cargaremos en los carros.

Sunifred evaluó la situación de una mirada. Cada tonel podría contener alrededor de tres o cuatro sacos, lo que hacía un total de veinte toneles que luego tendrían que cargar en los carros. Calculó que antes de maitines podría estar ya de camino hacia la costa. Sin embargo, cuando alzó uno solo de los sacos para comenzar con el sellado, se dio cuenta de que los toneles, una vez llenos, pesarían bastante, y tan sólo eran seis personas para transportarlos. Pensó en hacer llamar a Audat, pero desechó el pensamiento rápidamente. Cuanta menos gente supiera lo que contenían los toneles, tanto mejor. Intentaría darse prisa porque el viaje que le aguardaba era largo y tenía que alcanzar la costa a la mayor brevedad.

Uno a uno, fue derritiendo cera, y con el sello que le confiara frey Pedro comenzó la ardua tarea de sellar el nudo de cuerda que cerraba los sacos. Mientras, los cuatro freires iban introduciéndolos en los toneles, ajustando las tapas con un aro que se ceñía alrededor de la madera a golpe de martillo.

Acabaron de cargar los carros a la hora de maitines, por lo que antes de emprender camino, volvieron sobre sus pasos a la ermita y se recogieron en oración. Al poco, Sunifred junto con Audat subían a uno de los carros y azuzaba a la mula para que se pusieran en marcha rumbo al sureste, hacia la costa, mientras los demás freires se repartían en los demás carros para dirigirse, desde diferentes direcciones, hacia los pasos de los Pirineos, que cruzarían para llegar a su destino final. El sargento desconocía cuál era ese destino, algo vedado a quienes no integraban la hermandad secreta dentro de la Orden a la que Moncada pertenecía. Él era un mero instrumento para llevar a buen término los planes trazados por ese grupo selecto de caballeros templarios, cuyos fines ignoraba, y se limitaba a cumplir las órdenes de su superior. El resto no le incumbía, y prefería

que fuera así. A veces, el saber no era tan necesario, y la inopia, bienvenida. Por lo que pudiera pasar.

Ocultos por las capas típicas de los mercaderes y con capuchas que les velaban el rostro, los dos sargentos emprendieron rumbo a la costa.

Hug le chistó a Brioso. Estaba de pie junto a la cabeza del animal. Llevaban varias horas aguardando al amparo de unos árboles en una colina desde la que podía observar la cima donde se hallaba la ermita, y el caballo acusaba la espera. No estaba acostumbrado a permanecer inactivo cuando estaba fuera de las cuadras y requería a su amo, cada pocos minutos, y a base de mordisquearle el hombro, para que se pusieran en movimiento.

No se había atrevido a acercarse más. Por los alrededores de la ermita, patrullaban algunos caballeros, a los que vio pasar varias veces por las faldas de la montaña a lo largo del tiempo que llevaba allí vigilando. Recordando las palabras del viejo pastor de Campagne, prefirió mantenerse oculto aguardando acontecimientos. Tarde o temprano Sunifred habría de salir de la ermita y entonces ya pensaría qué hacer, si seguirlo o hacerse visible para ver si de una vez por todas descubría qué se traía entre manos.

El muchacho de la atalaya, Roger, había hecho bien su trabajo. Se tomó la labor de avisar a Hug de cada movimiento de Sunifred muy a pecho y, esa noche, cuando el caballero ya se disponía a irse a dormir tras completas, apreció el chico informándole de la salida del sargento de la encomienda rumbo al norte. Gracias a su perseverancia, en ese momento el caballero se encontraba allí.

El caballero le dio unas palmaditas en el cuello para calmar al destrero y continuó a la espera. Hacía horas que Sunifred había

entrado en la ermita y todavía permanecía en su interior. Se arrebujó en la capa oscura que llevaba para mimetizarse con el entorno y volvió a chistarle a Brioso, tirándole de las riendas para agacharle la cabeza y que dejara de mordisquearle el brazo.

Un movimiento llamó su atención. La luna, en cuarto menguante y cubierta por nubes oscuras, apenas iluminaba el paraje, pero le pareció ver un destello de luz en la base oeste de la montaña. Luego, otros puntos ardientes en el mismo lugar iluminaron la salida, desde las entrañas del monte, de varios carros en procesión. Cuando ya hubieron salido los cuatro carros, las teas se apagaron y Hug observó cómo cada uno de esos vehículos tomaba direcciones distintas.

Era extraño que a esas horas de la madrugada, con todavía mucho tiempo de oscuridad por delante, se aventuraran a viajar. Cualquier mercader esperaba al amanecer para emprender camino, evitando así cualquier peligro, ya fuera en forma de asaltantes que se guarecían al amparo de la noche, o para evitar que los animales de tiro pudieran doblarse una pata en algún bache del camino, o, incluso, errar en la dirección a tomar.

Dudó. Desde su posición alejada no podía distinguir a las personas que conducían los carros, y tampoco podía saber si Sunifred iba en alguno de ellos. Quizás siguiera dentro de la ermita, quizás había salido sin que él se diera cuenta. La indecisión lo embargó. Se retiró la capucha y se rascó la nuca pensando en qué hacer. Brioso continuaba mordisqueando su brazo y Hug le daba palmaditas tranquilizadoras en el cuello sin ser consciente de ello.

Fue el destrero el que lo sacó de dudas. Cabeceó resoplando cuando uno de los carros pasó cerca de donde ambos se encontraban ocultos. A sus bufidos, respondió un relincho. Hug fijó la vista en la oscuridad y se dio cuenta de que, atado por las bridas

a la parte trasera del carro, un corcel trotaba inquieto. Hasta él llegaron las palabras de uno de los hombres que manejaban el carro y el caballero reconoció la voz de Sunifred chistándole al corcel.

El de Monrós se mantuvo quieto hasta que el carro pasó de largo. Se fijó en que la parte trasera iba cubierta por una tela basta que ocultaba lo que transportaba. Aguardó un rato antes de ponerse en marcha para seguirlo. Durante un trecho, fue emboscando su figura entre los árboles que bordeaban el sendero por donde transitaba el carro, bastante lejos para no ser detectado, tirando de las riendas de Brioso para que lo siguiera.

No habrían recorrido más de media legua cuando el viento comenzó a soplar y las nubes que ocultaban la luna se fueron disipando. En ese momento, Hug pudo distinguir con claridad la espalda de los dos hombres que conducían el carro, quienes parecían ir charlando. Retrasó su marcha para que no se apercibieran de su presencia. Sin embargo, unos minutos después algo sucedió entre ellos que dejó al caballero clavado en el sitio sin saber qué hacer. Primero pareció producirse un pequeño forcejeo, y luego, entre gruñidos y quejas de dolor, los dos hombres cayeron al suelo en franca pelea y allí quedaron arremetiendo uno contra otro a base de puñetazos y patadas. Uno encima del otro.

XII

Audat no había parado de hablar de naderías desde que salieran de la montaña de Bézu. Sunifred apenas le hacía caso, concentrado como estaba en conducir el carro por el camino que los llevaría a la costa. Miró por el rabillo del ojo a su acompañante, sentado a su lado, admirándose de esa sonrisa que desplegaba mientras hablaba y que le aniñaba el rostro todavía más. Seguro que a más de una doncella habría encandilado con esa sonrisa y aquellos ojos que competían con el azul del cielo si al muchacho no se le hubiera ocurrido ingresar en la Orden. Si alguien se atreviera a compararlos, sin duda él saldría perdiendo. Eran como la noche y el día, uno de cabello dorado como los rayos del sol y el otro como la brea con la que se calafateaba los barcos, uno de piel pálida, barbilampiño, y el otro de tez oscura, con una barba negra y cerrada; incluso a pesar de su juventud, le superaba en altura en casi un palmo. Pero a Sunifred había algo que le escamaba: desde el momento en el que lo conoció días atrás, y tras esa inocencia que clamaba su apostura, surgió en su mente una chispa de desconfianza a la que el sargento no podía poner nombre ni explicar, pues ni él mismo sabía la razón de esa inquietud.

Concentrado en sus pensamientos y en manejar a la mula que tiraba del carro, no escuchó en principio la pregunta de su acompañante. Sin embargo, el tono con la que la hizo lo puso en guardia al instante.

—¿Qué decíais? —inquirió.

—Me preguntaba por el contenido de los toneles que llevamos atrás.

—Eso no es de vuestra incumbencia.

—No creo que sea vino —continuó el joven con su diatriba—, y nosotros no somos simples mercaderes ni sirvientes empleados para transportar tal carga, por muy preciado que sea el líquido para los paladares de los freires.

—No es asunto vuestro, os lo repito.

—¿Acaso no confiáis en mí?

Sunifred no contestó. Dirigió la mirada al frente, hacia el camino.

—Oh, vamos, creo que merezco saber cuál es la razón de que estemos haciendo este viaje en el más absoluto secreto, como si fuéramos rufianes con mercancía de contrabando.

El sargento siguió sin responder, tenso como la cuerda de un arco.

—Os limitaréis a cumplir las órdenes que se os han dado —le dijo al cabo—. Nada más tenéis que saber. Ni debéis.

—Sólo un pequeño vistazo —pidió con una sonrisa que rivalizaría con la de un querubín bajado del cielo—; os juro que de mis labios no saldrá palabra alguna sobre ello, por la gloria de Dios.

—Callaos de una vez, o seré yo quien jure ante Dios y su gloria que no saldrá más sonido de vuestra boca que un gemido de dolor por caeros del carro. ¿Me habéis entendido?

Sunifred lo miraba enfadado a los ojos. No le importaría borrarle esa sonrisa perfecta de un puñetazo que lo hiciera caer y darse un costalazo contra el suelo. Lo dejaría atrás sin dudarlo. Cada vez le gustaba menos aquel necio parlanchín. Amén de que una sensación molesta enturbiaba su mente y no conseguía materializarla con un pensamiento real.

Un relincho del corcel a sus espaldas desvió su atención. El animal cabeceaba inquieto en la parte trasera del carro a la que estaba

amarrado. Miró a su alrededor receloso. El caballo tenía las orejas un tanto echadas hacia atrás, como si previera alguna amenaza. Tuvo que chistarle para que se tranquilizara mientras observaba a su alrededor para identificar posibles peligros. No vio nada, quizás el corcel había detectado alguna alimaña en el lindero del bosque y por eso resoplaba nervioso. Sin embargo, la sensación de que algo andaba mal se le quedó pegada al espinazo cuando volvió de nuevo la vista hacia el camino.

Audat seguía hablando.

—No sé por qué tenéis que advertirme con tan malos modos. Hasta ahora he cumplido con las órdenes encomendadas y creo que tengo derecho a saber por qué he recorrido tantas leguas desde el norte para emprender este viaje del que no se me ha confiado su finalidad.

—¿Desde el norte? Creí que veníais de acompañar a unos peregrinos allende los Pirineos.

Sunifred lo miró con suspicacia mientras en su mente la sensación de que algo importante se le escapaba repicaba como el badajo de una campana.

—¿He dicho norte? Debo de haberme equivocado, comprended que estoy angustiado por vuestra desconfianza.

Por el rabillo del ojo, el sargento percibió un movimiento extraño de su acompañante. Una de sus manos se había introducido por debajo de la capa que portaba, ocultándola a su vista.

Las campanas repicaron con más fuerza en su cabeza.

De pronto, la idea con la que había estado pugnando su mente desde hacía días se concretó por fin en un pensamiento. Inhaló aire de forma brusca por la sorpresa. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Despacio, serenó su rostro y se volvió para encarar el rostro de su acompañante, quien seguía sonriendo, aunque esa sonrisa en ningún momento alcanzara sus ojos claros.

—¿Quién sois? —le preguntó sin rodeos, fijándose en cada pequeño gesto de su interlocutor.

—¿Qué queréis decir?

Los gélidos ojos del joven respondieron a su mirada escrutadora.

—Vos no sois Audat, ¿quién sois?

No lo vio venir. Aunque estaba en guardia, el otro fue más rápido, y antes de que pudiera apartarse sintió que el filo de una daga —sacada de entre los pliegues de la capa— le rasgaba la ropa a la altura de las costillas. Sunifred hizo lo único que podía hacer para defenderse. Se tiró encima del cuerpo del joven para que la cercanía le impidiera manejar la daga con soltura y ambos, en el forcejeo, cayeron al suelo desde la altura del carro. Rodaron unos pies entrelazados, golpeándose con fuerza contra las piedras del camino. Sunifred se resintió de un brazo al clavarse varias de esas piedras puntiagudas. Pero no podía permitirse valorar los daños más allá de intentar apartar la daga que todavía sostenía su contrincante.

Consiguió ponerse encima de él, sujetarle la mano con el arma contra el suelo, y con su brazo libre, lanzar puñetazos hacia su rostro para intentar aturdirlo. Con mucho esfuerzo, logró encaramarse por encima del cuerpo del otro hasta estar en una posición de ventaja. Subió la pierna hasta que pudo poner una rodilla en su pecho y apretar, intentando inmovilizarlo para poder sacar su propia daga del cinturón. Pero no era tarea fácil, el joven era escurridizo y se revolvió como un jabato consiguiendo soltarse de su agarre.

Sunifred vio venir la daga de nuevo hacia su cuerpo y tuvo que pararla con su antebrazo. Recibió un corte que comenzó a sangrar al instante. Sin embargo, tuvo el buen tino de volver a caer sobre él

con la rodilla sobre el pecho, lo que dejó a su adversario sin respiración, momento que aprovechó para, con una mano sujetarle el brazo que empuñaba la daga y, con la otra, coger una piedra del suelo de tamaño mediano y golpearle con ella la cabeza. El aturdimiento del supuesto Audat le dio unos instantes para quitarle la daga y ponérsela a su vez en el cuello.

Todo quedó entonces en suspenso.

—¿Dónde está Audat?

No contestó, por lo que Sunifred, con la mano libre, le dio un puñetazo en la boca que lo hizo sangrar.

—No lo repetiré más, ¿dónde está Audat?

Apretó un poco más la daga contra su cuello.

El otro sonrió de una manera siniestra, con los dientes manchados de sangre.

—¿Vos qué creéis?

El sargento no le hizo falta más que un simple vistazo a esos ojos repletos de odio y a la sonrisa burlona que los acompañaba. Audat estaba muerto, y seguramente lo habrían torturado antes para sonsacarle toda la información.

—Tampoco perdéis mucho —dijo el joven sin dejar de sonreír. A Sunifred le dieron ganas de borrarle la sonrisa a base de golpes de una vez por todas—. No era muy espabilado y no hizo falta que me empleara a fondo para que os traicionara. El de Moncada debería elegir mejor a sus perros si no quiere que los lobos se coman a su rebaño.

El sargento volvió a golpearlo con rabia.

—¿Quién sois? ¿Quién os envía?

—Quien soy no importa. —Aquella sonrisa no se borraba de su rostro y Sunifred tuvo que contenerse para no rajarle el cuello de lado a lado—. Y no diré una palabra más. Los templarios sois una

mala hierba que ha crecido más de lo que debiera en el huerto de Nuestro Señor, y algún día seréis erradicados de este mundo por la gloria de Dios. No lo dudéis, vuestro fin se acerca y vuestros mantos no os protegerán por siempre.

El sargento sabía que había voces que murmuraban contra la Orden del Temple. Lo susurraban en los oídos de los más poderosos, inoculando su veneno poco a poco, acusándolos de usura y de idolatría. Falacias orquestadas para menoscabar la imagen de los templarios que se veían reflejadas, en ese instante, en la mirada fanática de aquel bastardo con rostro de serafín.

—¿Cómo lo habéis sabido? ¿Cómo habéis sabido que yo no era Audat?

En ese momento fue Sunifred el que sonrió.

—La marca —dijo simplemente—. Lleváis los tres puntos en la mano equivocada.

La idea de frey Pedro de marcarlos para que se pudieran reconocer entre ellos había sido acertada en un principio, pero ahora ya no se le antojaba tan conveniente. Aquel asesino lo había engañado. Se hizo las marcas tras obtener la información del pobre Audat, cuyo cuerpo estaría descomponiéndose en cualquier rincón oscuro sin recibir cristiana sepultura.

Sunifred no se dio cuenta al principio y se fustigó por no haber estado más atento. Las marcas siempre se grababan en la mano derecha para hacerlas visibles cuando apoyaran su mano sobre la cruz que llevaban cosida en la túnica, encima del corazón. Y aquel infame se había equivocado de mano. Por eso el sargento sentía que algo extraño rodeaba a su acompañante, pero no supo verlo hasta hacía unos minutos, y casi le cuesta la vida. Si éste no hubiera errado al marcarse, quizás sería Sunifred el que se encontrara haciendo compañía a Audat en el más allá.

Presionó más la daga contra el cuello de aquel bastardo.

—Hacedlo ya, estoy dispuesto.

El sargento presionó más el filo y un hilillo de sangre comenzó a manar del cuello. Y dudó. Una cosa era matar al enemigo en plena batalla, luchando por una causa y por la propia supervivencia, y otra era matar a sangre fría, contra alguien que, en ese momento, no podía defenderse. Sin embargo, aquel bastardo había asesinado a un muchacho inocente sin compasión, amén de que lo que estaba en juego bien valía protegerlo a cambio de una vida; eso despejó su incertidumbre de un plumazo. No podía dejarlo marchar para que siguiera conspirando contra la labor de frey Pedro.

El otro debió ver en su rostro la determinación porque un velo de miedo le enturbió los ojos. Nadie era inmune al terror de encontrarse con la muerte cara a cara.

—No lo hagas.

La voz venida de sus espaldas sobresaltó a Sunifred. Raudo, se alzó arrastrando al otro con él sin dejar de presionar la daga contra su cuello.

A poco más de una veintena de pies se hallaba Hug, con la espada desenvainada apuntando hacia el suelo.

—Márchate, hermano, esto no es asunto tuyo.

—Sabes que no puedo, amigo —le dijo el de Monrós, intentando tranquilizarlo—. Por favor, aparta la daga y hablemos.

—No sabes lo que ha hecho este infame. Ha matado a un muchacho inocente y debe pagar por ello.

—Dios lo juzgará. Y si es culpable, arderá en el infierno para toda la eternidad. Pero no lo hagas tú, Sunifred, no condenes tu alma por una simple venganza.

—No me importa condenar mi alma, si con ello consigo que este perro sea el que arda primero.

Y sin dar espacio a réplica, Sunifred le rajó el cuello sin pestañear.

Hug dio unos pasos hacia adelante, pero tuvo que pararse y ver cómo el joven rubio caía al suelo entre estertores cuando la espada de Sunifred apareció frente a él.

Ambos se miraron, calibrando sus fuerzas. Uno con ojos de decepción y el otro mostrando en su mirada pura determinación. Las espadas permanecían en guardia, listas para enfrentarse.

Hug musitó una plegaria bajando la espada con tristeza. Sunifred, simplemente, se mantuvo en silencio.

—¿Por qué todo esto? —preguntó Hug al cabo de unos minutos, abarcando con un gesto al muerto, al carro y a la noche.

Su voz sonaba melancólica, derrotada.

—No puedo decírtelo, hermano —respondió conciliador el sargento —, pero debes confiar en mí.

Hug lo contempló con reproche.

—Sé que siempre he sido para ti una decepción —continuó Sunifred—, que no soy la clase de hombre que querías como compañero, que no cumplo con la imagen de lo que debería ser un soldado de Dios y del Temple, y me has juzgado por ello. Y no hace falta que lo niegues, lo he visto en tus ojos más de una vez. Las circunstancias nos reunieron y no se te dio opción de elegir, lo entiendo. Pero, Hug, hermano, mira a tu alrededor por una vez en tu vida. Nada es blanco o negro, la escala entre ambos colores es muy amplia y las decisiones propias y ajenas conforman el devenir de los acontecimientos. Baja de tu pedestal de honor y pureza y contempla la vida, la real, quizás entonces puedas entenderme.

»En cuanto a lo que acabas de presenciar —siguió el sargento—, créeme, es mejor para ti que no sepas nada. Sólo puedo decirte que todo lo que he hecho ha sido por el bien de la Orden, no debes dudarlo. Por una vez, amigo, cierra los ojos y da un salto de fe,

confía en mí, y dentro de un tiempo sabrás si has acertado o no, y comprobarás por ti mismo que todo esto valió la pena. Te lo prometo.

—Quitar una vida nunca vale la pena.

—Ésta sí.

Mientras decía esas últimas palabras, Sunifred fue acercándose al carro para intentar subir al pescante. Hug volvió a alzar la espada y se interpuso en su camino.

—No puedo hacerlo, no puedo dejarte ir.

—Voy a marcharme de todas formas, Monrós —aseveró Sunifred —, quieras o no. ¿Estás dispuesto a derramar la sangre de un amigo? Porque yo sí lo estoy —dijo con dureza.

Un eco lejano hizo que ambos hombres volvieran la cabeza hacia el camino que habían dejado atrás. Un retumbar de cascos de caballo al galope reverberó en el suelo que pisaban.

—Déjame marchar, Hug, por favor.

La duda se instaló en los ojos del caballero. Sunifred vio cómo éste se debatía entre hacer lo que él creía correcto o confiar en su palabra. Finalmente, Hug bajó la espada, lo que aprovechó el sargento para subir de un salto al carro y arrear a la mula.

—Eres un buen hombre, Hug, el mejor que he conocido —dijo el sargento mientras se alejaba—. Y si no volvemos a vernos, quiero que sepas que ha sido un honor pasar todo este tiempo a tu lado.

Nada más se dijo.

Hug permaneció inmóvil viendo cómo cada vez el carro se hacía más pequeño hasta que lo perdió de vista en un recodo del camino, manteniendo una lucha interna entre el deber, la lealtad y la amistad, pugnando contra sus propios demonios.

Fue el relincho de Brioso el que lo sacó de sus elucubraciones cuando el ruido de muchos hombres a caballo se escuchó más

cercano. Montó y fue al encuentro del sonido. No quería que lo hallaran cerca de un cadáver recién degollado.

Una partida de caballeros de la Orden frenó en cuanto lo vieron acercarse.

—¡Frey Hug! —gritó el que iba a la cabeza. Era el comendador de Campagne-sur-Aude—. No sabía dónde estabais y no pude avisaros de nuestra salida.

—No podía dormir y me escapé a galopar un rato —mintió.

—Hay nuevas desde el Rosellón. La pugna entre el rey Pedro de Aragón y los franceses se ha recrudecido, y desde la encomienda de Masdéu nos piden ayuda. No deseo que nuestra Orden se vea enfrentada por los intereses de otros y nos dirigimos hacia allí para evaluar la posición que debemos tomar —le informó con premura—. Agradecería que nos acompañarais, si os place. Vuestra opinión, como representante de una de las casas más importantes de Aragón, os da el derecho para que se os escuche en el capítulo.

—Mi deber es proteger a los Miravalle en el camino de vuelta a Tortosa.

—Tendrán que esperar, ahora no es el momento de cruzar los Pirineos. Pero, si tanto os preocupan —dijo el comendador alzando un dedo—, enviaré una misiva a la encomienda para que los freires que han permanecido allí se hagan cargo de su seguridad y pongan un barco a su disposición para que lleguen sanos y salvos hasta Tortosa.

—En el nombre de Dios —aceptó Hug.

No podía desatender tal requerimiento.

Pronto, galopaba junto a una veintena de caballeros del Temple hacia tierras rosellonesas, intentando borrar de su memoria todo lo acontecido ese día para llegar con la mente dispuesta para lo que

estuviera por venir. Le decía así adiós a Sunifred. ¿Quién sabía si se volverían a ver?

XIII

Cixilona se encontraba sentada cerca de la lumbre de la chimenea en casa de los Bourrel, rumiando su decepción mientras cosía unos bordados en un pañuelo que iba a regalarle a la pequeña Aude. Hacía un rato que se había enterado de que Hug no la acompañaría de vuelta a casa. La guerra entre los angevinos y el rey de Aragón se libraba en los Pirineos y el comendador de Campagne-sur-Aude tenía dispuesta una embarcación que los llevaría en un par de días de vuelta a Tortosa. El camino hacia la costa lo harían con la protección de varios caballeros templarios de aquella encomienda y Hug no estaría entre ellos.

Maldijo para sus adentros a los hombres por buscar la mínima excusa para estar siempre batallando. Por fortuna, su padre era demasiado mayor para librar una guerra, aunque sí hubieron de acelerarse las gestiones para volver a Tortosa, porque consideraba que debía estar allí por si se le requería para cualquier contingencia. Era un prohombre de Tortosa, de familia noble y debía estar a disposición del rey por si lo necesitara.

Aude entró corriendo en ese instante, balanceando sus trenzas rojizas por la premura. Se paró frente a ella.

—Me han dicho que os marcháis.

—Así es, pasado mañana al alba.

—Ohhh, no quiero que os vayáis —dijo lloriqueando, arrugando su pequeña nariz pecosa en un mohín triste.

Philippe, que hasta ese momento tenía la cabeza metida en el Evangelio que leía, la alzó para mirar a Aude. Sus ojos claros, de un azul que bien podía compararse con el reflejo del cielo en la superficie cristalina de un lago, la observaban con resignación hastiada.

—Aude, no seas niña, sabes que Cixilona tiene que volver a su casa.

A la tortosina le sorprendía la madurez del muchacho y la viveza de Aude. Siempre andaban disputando por cualquier nadería, en la que él esgrimía un juicio poco acorde a su corta edad y ella unas ansias de saberlo todo que no tenían fin. Le maravillaba la paciencia de Philippe con la niña, al tiempo que se congratulaba de la personalidad arrolladora de la que hacía gala Aude. Con una sonrisa y un gracioso gesto conseguía que el chico claudicara ante su encanto más de una vez. Y ella también. El tiempo que llevaba en Limoux se había forjado una amistad entre ambas fruto de la complicidad y el cariño.

—Mi querida Aude —le dijo Cixilona viendo que la tristeza no abandonaba su rostro—, debo volver a Tortosa, tengo obligaciones que atender. No querrías que llegara tarde a mis propios esponsales, ¿verdad?

La niña abrió mucho los ojos.

—¿Vais a desposaros?

—Así es, de aquí a pocos meses —la informó, notando que se le hacía un nudo en la garganta con sólo pensarlo. Tragó saliva para poder seguir hablando—. Y todavía quedan muchos preparativos que planificar. Los Monrós y los Miravalle son de las familias con el linaje más asentado en nuestras tierras y va a ser todo un acontecimiento.

Aude comenzó a aplaudir mientras giraba sobre sí misma, presa de la excitación que la embargaba.

—¿Y quién es el novio? ¿Estáis nerviosa? ¿Habéis elegido el color de vuestro vestido? ¿Cómo será el banquete? ¿Cuántos invitados...?

—¡Aude! —el grito de Philippe hizo que perdiera el hilo del sinfín de preguntas que pugnaban con su lengua por materializarse en sonido—. Estás abrumando a la dama Cixilona con tus requerimientos.

—Pero es que quiero saberlo... Quiero saber cómo es, para estar preparada cuando nosotros nos unamos.

En ese momento fue Cixilona la que abrió los ojos con gran sorpresa.

—¿Tú y... Philippe?

La niña asintió con un delicado gesto de su cabeza.

—Así lo han decidido nuestros padres —dijo el chico, con un deje de resignación que no pasó desapercibido en la estancia mientras se acomodaba un mechón de cabello rubio tras la oreja.

—Pero... sois muy jóvenes todavía...

—Oh, no os preocupéis, será dentro de unos años —contestó Aude con una sonrisa dándole palmaditas tranquilizadoras a Cixilona en el brazo—. Aunque Philippe no aprecia la idea, desea convertirse en perfecto.

La tortosina, el poco tiempo que llevaba viviendo con ellos, había aprendido alguna cosa sobre las creencias de aquella comunidad. Por lo que sabía, los perfectos renunciaban al contacto carnal y debían dedicar sus vidas al ayuno, a la oración y a la peregrinación para llevar la palabra a otros creyentes. Que un muchacho tan joven quisiera convertirse en perfecto era un misterio para ella.

—No es que no aprecie que se celebre una unión entre nosotros —dijo el muchacho, conciliador—, tu padre y el mío son grandes amigos y los hace muy felices que nuestras familias se vinculen. Pero ya sabes cuál es mi sueño.

Aude bufó, irritada.

—Y es un sueño que compartimos, Philippe, que no se te olvide.

—Un momento —intervino Cixilona—, ¿qué quiere decir que ambos compartís esos deseos?

—Pues que yo también quiero ser perfecta —respondió Aude.

La dama dejó el bordado que todavía sujetaba a un lado y, cogiendo a la niña, la sentó en su regazo.

—Explícame, por favor, qué es eso de que quieres ser perfecta. ¿Pueden ser perfectas las mujeres?

Los chicos se miraron de soslayo ocultando una sonrisa de complicidad.

—Nuestras creencias no distinguen si eres hombre o mujer a la hora de servir a Dios —le explicó Philippe—. Un simple creyente, sea hombre o mujer, para convertirse en perfecto sólo debe seguir una formación de tres años y recibir el *consolamentum* de otro perfecto. Con ello, renunciará a ciertas cosas mundanas y seguirá unos preceptos sin desviarse del camino. Aude —dijo volviéndose hacia la muchacha—, dile a Cixilona cuáles son las normas que deben seguir.

Aude se levantó del regazo de la dama y comenzó a enumerar los preceptos contando con los dedos.

—No mantendrás trato carnal; no comerás carne de animales, pues éstos también tienen un alma que puede ser salvada, y practicarás el ayuno —comenzó—. Está prohibido jurar y mentir, y no hay que dejarse llevar por emociones como la envidia, los celos, el enfado o cualquier vicio. No usarás un arma contra otra persona y rechazarás cualquier tipo de violencia.

—Y, además —terció Philippe—, no poseerás nada ni exigirás nada a cambio por propagar la fe.

La dama había escuchado a su padre decir que la razón de que fueran perseguidos se debía, sobre todo y entre otras cosas, a que

la Iglesia católica se sentía cuestionada por ellos con relación a su derecho a tener propiedades, a cobrar diezmos o a la influencia que tenían al inmiscuirse en los asuntos políticos y económicos que en nada debieran atañer a hombres de Dios. Pero la cuestión era mucho más profunda y había terminado con la persecución inquisitorial de la Iglesia hacia todo lo que oliera a herejía cátara.

Los buenos hombres eran cristianos, pero la concepción de un cristianismo primigenio los alejaba de la doctrina católica. Su concepción de Dios, Cristo y las Sagradas Escrituras los diferenciaba claramente de los preceptos que se proclamaba desde las más altas instancias de la Iglesia católica.

Para ellos, algunos dogmas y sacramentos no tenían valor alguno. No creían en el bautismo ni en la eucaristía, rechazaban el Antiguo Testamento y sólo daban como válido el Nuevo. No tenían culto, ritos, templos ni iglesias, y el vínculo entre ellos y Dios eran los perfectos. Rechazaban la cruz porque pensaban que no se debía venerar el instrumento por el que el enviado de Dios fue humillado y sacrificado, y que éste —Cristo— no era hijo de Dios, sino un ángel enviado para enseñar a los hombres la senda que debían seguir para liberar el espíritu y purificarse, por lo que su muerte de ningún modo era un acto para salvar a los hombres, sino un símbolo para crear espíritus libres.

Lo que más difícil se le hacía a Cixilona de comprender era la visión dualista de Dios que tenían. Creían en la existencia de dos principios: el Bien y el Mal, por tanto, había un Dios bueno que había creado el cielo, y un Dios malo —el demonio—, que era el creador de la materia y, por ende, del mundo material. Para alcanzar el reino del Dios bueno, las personas debían llegar a un estado de perfección que los hiciera ser merecedores de ello. La salvación consistía en desprenderse de ese mundo del Mal, de la carcasa del cuerpo, para

poder acceder al reino del Bien. Es por eso por lo que no temían a la muerte, para ellos ésta era un paso más hacia la perfección. El infierno se hallaba en este mundo y habría que librarse de él para alcanzar su objetivo junto a Dios.

Cuando la dama escuchó de boca de su padre cómo en Montsegur muchos de estos hombres y mujeres buenos aceptaron entregarse a la hoguera antes que renunciar a sus creencias se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero también sintió un pellizco de miedo en las entrañas al pensar que estaban tratando con ellos a pesar de la amenaza que pendía sobre sus cabezas. La Inquisición sabía que aún quedaban quienes seguían la doctrina cátara y no dudaría en acabar con ellos, y con sus simpatizantes, con su férreo y largo brazo. Tenían el suficiente poder para hacerlo.

A pesar de que su padre la tranquilizó al respecto, diciéndole que sólo estaban haciendo negocio con ellos por su buena fama de tejedores, Cixilona temía que esa relación los pusiera en peligro.

—De todas formas, nos uniremos —escuchó que decía Philippe cuando volvió a la conversación que se estaba desarrollando en la sala—, debemos honrar a nuestras familias.

—Sí, y tendremos hijos —añadió Aude, cosa que hizo que el muchacho pusiera los ojos en blanco—. Y después, podremos elegir.

—¿A qué te refieres? —preguntó la tortosina.

—A que en un futuro, si seguimos pensando igual y ambos estamos de acuerdo, desharemos el vínculo y podremos convertirnos en perfectos.

—Que estemos unidos no significa que dentro de unos años, si consideramos que es nuestro camino, no podamos llegar a recibir el *consolamentum*.

Las últimas palabras de Philippe terminaron la conversación. Cixilona volvió a su bordado, el chico a su lectura y Aude, más

inquieta, acabó por salir de la sala para pasear su espíritu travieso por otro lugar.

Dos días después, al alba, Cixilona se encontraba guardando en un arcón pequeño sus pertenencias pues, en breve, emprenderían viaje. Aún no había cantado el gallo cuando Aude irrumpió en la alcoba y corrió a abrazarse a su torso. Las lágrimas le corrían libres por las mejillas.

—Os voy a echar mucho de menos —hipó entre sollozos.

A Cixilona le conmovió tal muestra de afecto.

—Y yo a ti. No obstante, aunque estemos lejos, puedes contar conmigo si algún día necesitas algo. No lo olvides.

Aude asintió y apoyó la mejilla en su pecho, con la cara vuelta hacia el arcón. Entonces, vio lo que Cixilona estaba guardando y se deshizo del abrazo en un santiamén.

—¿Me contaríais la historia de nuevo?

La tortosina se fijó en hacia dónde se dirigía la mirada de la pequeña y suspiró. Ya se la había contado en dos ocasiones, pero parecía que no podría irse sin hacerlo una tercera vez.

Sacó la capa con el hacha bordada en rojo del arcón y la acarició. Estaba muy orgullosa de portarla y de la historia que llevaba detrás. Hizo que Aude se sentara junto a ella en el borde del lecho y comenzó su narración.

—Corría el año 1149 y el conde Ramón Berenguer IV acababa, tras mucho sufrimiento, de conquistar Tortosa para la cristiandad. Una vez que la ciudad estuvo bajo sus manos, decidió marchar con sus huestes hacía Lérida y Fraga, para intentar emular la gesta realizada en Tortosa. Sólo un pequeño contingente de soldados dejó para proteger la recién conquistada ciudad, entre los que se

encontraba Bernat de Miravalle, el esposo de mi antepasada Marina, quienes se habían asentado en la ciudad tras someter a los andalusíes.

»Durante un tiempo, la ciudad recuperó su pulso. Los caballeros custodiaban las murallas y sus esposas atendían a los más desfavorecidos por el asedio al que estuvo sometida la urbe. Pero la desdicha vino de nuevo por el río. Los andalusíes, que al fin y al cabo habían sido los amos y señores de la ciudad durante cientos de años, volvían para recuperar la joya del Ebro, río del que dependían los tortosinos para prosperar, ya que era el eje vertebrador por donde todo el comercio desde y hacia el interior se desarrollaba, por su fácil salida hacia el mar. Aparecieron entonces los primeros barcos enemigos, mientras por tierra un gran ejército andalusí comenzaba a cercar las murallas.

»Sonaron tambores y clarines y los hombres prepararon las defensas, pero el asedio fue duro y se alargó en el tiempo, y las esperanzas de los tortosinos pronto se vieron mermadas. Incluso se mandaron mensajeros al conde Ramón Berenguer para que acudiera con sus huestes a defenderlos, pero éste, más preocupado por seguir con sus conquistas, les negó tal ayuda arengándolos para que hicieran lo posible para defender la ciudad.

—¿Y qué pasó entonces?

Aude estaba tan embebida en la historia que parecía olvidar que ya la había escuchado otras veces.

—La situación se volvió insoportable. Escaseaban los alimentos y las enfermedades propias de la guerra en un largo asedio comenzaron a causar estragos entre la población. Fue en ese momento cuando los prohombres de la ciudad se reunieron en el castillo de la Zuda, bastión que coronaba Tortosa, y tras muchas discusiones juraron y decidieron que, antes de caer en manos del

enemigo, ellos mismos matarían a todo aquel que no pudiera empuñar un arma, mujeres, niños, ancianos, quemarían todas sus posesiones para que el enemigo no pudiera beneficiarse de ellas y saldrían a campo abierto a morir matando. Además, también juraron los que allí estaban que guardarían el secreto de lo que se había hablado. Sin embargo, Bernat no pudo ocultar su malestar y acabó contándole esa noche a su esposa aquello que se había decidido.

»Una vez que se hubo dormido, mi tatarabuela, que era mujer de gran empeño y decisión, salió a la calle y convocó a las mujeres de Tortosa a reunirse esa noche en la iglesia de Sant Miquel dels Templers. Y allí decidieron que no acatarían la decisión de los hombres, ideando a su paso un plan para intentar liberar la ciudad. Y fue ella, Marina de Miravalle, la que hizo germinar esa idea en las mentes de las demás mujeres.

Aude aplaudió ruidosamente, expectante de lo que estaba por llegar.

—Al alba, las damas se dirigieron al castillo de la Zuda y expusieron su idea a los prohombres. Tras mucho discutir, éstos aceptaron el plan, pues nada se podía perder ya. Por lo que, una vez concebido su propósito, unas noches después, y a modo de señuelo engañoso, enviaron a un mensajero para que fuera apresado por el enemigo y que portaba una misiva que decía que, durante la noche, las huestes de Ramón Berenguer habían arribado a Tortosa. —Cixilona hizo una pausa para despertar, más si cabía, el nerviosismo de Aude por conocer el desenlace—. Imagínate el temor que tuvo que sentir el ejército andalusí al conocer esta nueva. Y más cuando, a la mañana siguiente, al dirigir su vista hacia las murallas, vieron que un gran contingente de soldados la protegían desde lo más alto, por lo que dieron por cierto que las huestes del conde habían venido en socorro de la ciudad.

»Lo que no sabían, ni sospechaban, es que aquel ejército estaba conformado por mujeres vestidas de soldados que, haciendo gran ruido al golpear las armas y utensilios que portaban entre sí, hachas, hoces y cualquier cosa que encontraron en sus casas, parecían conformar una gran grupo de hombres dispuestos a luchar para defender Tortosa hasta la última consecuencia. Además, las puertas se abrieron y las tropas cristianas salieron, dispuestas a entrar en combate para salvaguardar la ciudad.

»Hay quien dice que algunas mujeres también salieron a luchar, hay quien dice que sólo permanecieron en los adarves haciendo ruido. Fuera como fuera, a los andalusíes se les prendió el miedo en las entrañas y acabaron por abandonar la lucha, dejando libre Tortosa de su asedio. Muchos habían muerto, entre ellos Bernat, el esposo de Marina, pero la ciudad había sido liberada y eso era lo importante.

Cixilona se levantó y se sirvió un poco de agua de un jarro que tenía dispuesto en la alcoba. Sonriendo de medio lado al ver el rostro de impaciencia de Aude por escuchar el resto de la historia. De manera deliberada, se tomó su tiempo para volver a sentarse mientras se acomodaba sus ropas.

—Cuando, tras conquistar Lérida, el conde volvió a Tortosa y supo de la hazaña de las mujeres, les concedió a las tortosinas, por su valor y su empeño, el privilegio de pertenecer a una Orden de Armas a la que llamó la *Orden del Hacha,*[10] y que les daba una serie de privilegios nunca antes vistos. Uno de ellos fue que podían llevar, como distintivo, un hacha carmesí en sus capas, y que la pertenencia a dicha Orden sería hereditaria. Por ello yo puedo portar el símbolo por el que luchó mi tatarabuela, porque Marina de Miravalle empeñó su valentía y orgullo en aquella empresa, y, a pesar de la tristeza que la embargó por la muerte de su esposo,

cuando poco después se dio cuenta de que estaba encinta, y a pesar de que no iba a ser fácil criar un hijo o una hija sin el apoyo de Bernat, supo abandonar el pesar y congratularse porque su legado, el de ella y el de todas las tortosinas, seguiría vivo en el tiempo.

Cuando acabó la historia se hizo un silencio cómplice. Tanto Aude como Cixilona respiraban todavía, con su imaginación, el ambiente de la Tortosa de antaño, y sentían reverberar en su mente los ecos de victoria de aquellas mujeres.

Por fin Cixilona se levantó. Terminó de guardar el resto de sus pertenencias y se acercó a la niña que todavía permanecía imbuida en aquellos tiempos antiguos. Despacio, la ayudó a alzarse y la abrazó estrechamente a modo de despedida.

—Recuerda —le dijo al oído—, cualquier cosa que necesites, lo que sea, cuando sea, sin importar la distancia... Siempre podrás contar conmigo.

XIV

Una semana después

Podía escucharse el estruendo desde la puerta. Parecía que todos los demonios del averno estuvieran batallando en el interior de la sala que se encontraba al fondo del pasillo de aquella casa.

—Pasad, por favor, mi señor De Floyran. —La menuda mujer estaba hecha un manojo de nervios. Ni siquiera había esperado a que los sirvientes atendieran su llamada a la puerta, como era su obligación. Ella misma, desesperada, asustada y con la mirada llorosa, acudió en cuanto él llegó—. No sé qué es lo que le pasa, no ha querido decirme nada.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Ha recibido una misiva hace un rato y, tras leerla, se ha encerrado en la sala gritando y blasfemando como si estuviera endemoniado, Dios no lo quiera —le refirió persignándose—. Luego hemos comenzado a oír ruidos y, cuando los sirvientes han intentado entrar para atenderlo, les ha lanzado objetos, por lo que han tenido que salir corriendo. Incluso a mí misma me ha despachado a gritos. Vos mismo podéis escucharlo ahora, se ha vuelto loco.

Esquieu de Floyran vio el miedo que embargaba a la esposa de Boizol y el terror en los ojos de los sirvientes que permanecían mudos, parados juntos en una de las paredes del pasillo, mirando en dirección a la sala con los cuerpos estremecidos.

—Yo me hago cargo, mi señora.

Esquieu avanzó por el pasillo hasta que alcanzó la puerta de la sala. El ruido dentro era atronador. Con decisión, golpeó la madera con los nudillos y, sin esperar respuesta, se adentró en la estancia principal del noble.

Un objeto voló en su dirección, que a malas penas consiguió esquivar.

—¿Es así como recibís a vuestros amigos?

Gérard de Boizol parpadeó al reconocer la voz que le hablaba. Tenía los ojos inyectados en sangre, el cabello alborotado y manchas bermejas en la pechera de la camisa, probablemente por haberse derramado vino encima. La oscilación de su cuerpo indicó a Esquieu que estaba borracho. Debía de haber trasegado vino a conciencia, dado el estado en el que se encontraba, tanto él como el resto del lugar. Los muebles habían sido volcados en su mayoría, rompiendo con su caída cualquier objeto decorativo que tuvieran encima. Tiradas en el suelo, pudo reconocer vasijas hechas añicos, trozos de jarrones y algún que otro pergamino hecho pedazos. Incluso los tapices que adornaban las paredes presentaban cortes irregulares y, en algunas esquinas, se deshilachaban a jirones.

Boizol sostenía en su mano derecha la espada causante de aquel destrozo, mientras con su izquierda se asía con fruición a una jarra mediada de vino que, con sus movimientos exaltados, iba derramando en la rica alfombra tejida por manos andalusíes.

—¡Vos! —gritó el caballero señalando a Esquieu con la espada—. ¡Decídmelo si podéis! ¡¿Cómo demonios voy a contarle a mi hermana que su hijo está muerto, degollado como a un perro en las inmediaciones de Bézu y sin ser sepultado con dignidad?!

Descargó la espada con ira sobre la mesa que tenía frente a él, reverberando el sonido por toda la estancia y arañando la madera noble con el golpe.

—Calmaos, mi señor, y contadme qué ha pasado.

—¡¿Que qué ha pasado?! ¡Que mi sobrino está muerto! ¡Que vuestra idea de enviarlo a espiar a esos bastardos del Temple ha sido funesta! ¡Debería mataros! —Volvió a señalarlo con la espada—. ¡Y luego darme muerte yo mismo!

—¿Mi idea? Os recuerdo que fuisteis vos quien sugirió que sería un buen plan servirse del rostro de ángel de vuestro sobrino para engañar al esbirro de Moncada. Y fuisteis también vosotros quienes pergeñasteis el plan a seguir. No me echéis la culpa a mí, ambos sabíais el riesgo que conllevaba tal empresa, lo dejé en vuestras manos —contraatacó Floyran con tono firme—. Por el amor de Dios, amigo, tranquilizaos y hablemos. Juntos comenzamos ésta, nuestra propia cruzada, y juntos afrontaremos lo que esté por venir. Os doy mi palabra.

El caballero pareció desinflarse. Bajo los efluvios del vino tenía la mente abotargada, pero aún parecía quedar un resquicio de sensatez. Soltó la espada y se dejó caer en una de las sillas. Tras frotarse la frente con los dedos, dio un largo trago a la jarra y suspiró.

Esquieu no lo dejó que pensara mucho.

—Ahora más que nunca debemos estar unidos. Ya sabemos que nuestro enemigo es poderoso, pero oídme cuando os digo que llegará el día en que los veamos caer. Lo de vuestro sobrino... —Floyran buscó las palabras adecuadas— ha sido una gran desgracia. Un muchacho tan agraciado y lleno de vida... —Tuvo que ocultar lo que en verdad pensaba del joven. En el poco tiempo en que lo conoció, se dio cuenta de que algo no funcionaba bien en su cabeza. El ángel escondía un demonio en el interior que disfrutaba haciendo daño a otros, como la sangrienta tortura a la que sometió al sargento Audat para sonsacarle la información que necesitaban.

Esquieu, que había estado presente, tuvo que aguantar la bilis que amenazaba con hacerlo vomitar tras ver las iniquidades de aquel muchacho. Abandonó la escena una vez que Audat dijo todo lo que sabía, negándose a presenciar cómo el sobrino de Boizol, en vez de darle una muerte rápida, se ensañó con el joven hasta que quedó hecho un despojo. Borró la imagen de su mente y continuó hablando —: Pero debemos ser fuertes y aguantar, y seguir con nuestro plan de estrechar el cerco al de Moncada, quien, no lo olvidéis, forma parte de algo más grande. Si averiguamos lo que se trae entre manos, su caída también puede ser la del Temple, pues él no está solo en esto, sólo es un simple esbirro al servicio de otros con mayor poder. Descabezando a la Hidra caerán sus tentáculos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó al cabo Boizol.

—Primero contadme lo que sepáis sobre lo ocurrido a vuestro sobrino.

—Poco hay que contar. Lo encontraron a la vera de un camino en las inmediaciones de Bézu.

—¿Y ese camino hacia dónde se dirige?

—Hacia el sur. —Entonces una chispa de reconocimiento se encendió en las pupilas del caballero—. Es el camino habitual para alcanzar la costa.

—Si el hombre de Moncada se ha dirigido a la costa habrá que enviar a alguien para que averigüe si ha embarcado y, si es así, hacia dónde.

—La opción de que mi sobrino se hiciera pasar por sargento templario no fue la única opción que contemplé. Bien es verdad que su muerte ha sido una gran pérdida, pues es el que más cerca ha estado de los planes de Moncada. —Boizol parecía haber aceptado ya la muerte de su sobrino, dejando a un lado la preocupación por su hermana. En ese momento hablaba de nuevo como el hombre

astuto que era, calibrando sus intereses por encima de consideraciones menos relevantes, o que para él lo eran—. Pero he mantenido a dos hombres cerca, vigilando, que han sido los que encontraron a mi sobrino y me han enviado la misiva con la noticia de su muerte.

Gérard de Boizol comenzó a narrarle lo que había averiguado de sus secuaces, quienes apostados cerca de la ermita de Bézu, y siguiendo los pasos de su sobrino, contemplaron la salida a altas horas de la madrugada de cuatro carros. Uno de ellos, en el que iba el hijo de su hermana, se dirigió al sur, y como creían que por ese lado ya estaba la vigilancia cubierta, se decidieron a seguir a los otros tres carros, que durante algunas leguas se mantuvieron juntos, pero que acabaron separándose en distintas direcciones.

Eso hizo que sus dos hombres también tuvieran que dividirse. Uno de ellos siguió al carro que se dirigía al sureste y, el otro, a los dos carros que tomaron rumbo noroeste. El primero de ellos tuvo que volver sobre sus pasos días después cuando fue descubierto por uno de los conductores del carro. Tuvo que poner tierra de por medio para no verse ensartado por la espada del que asegura que era un caballero templario que ocultaba su condición bajo una capa de mercader. Luego, les perdió la pista, pero juraba y perjuraba que tomaron la dirección que conducía a la zona pirenaica que cruzaba hacia Navarra. El otro, que seguía a los dos últimos carros, los vio embarcar con lo que quisiera que llevaran en el río Pau y ya no pudo seguirlos.

Después, decidieron volver hacia Bézu para ver la suerte de su sobrino y fue cuando lo encontraron degollado en la orilla del camino que conducía al sur.

Esquieu escuchó atentamente las explicaciones del caballero, formando en su mente un mapa mental de por dónde habían ido los

carros. No consiguió llegar a ninguna conclusión, aunque sí tenía claro que aquello que llevaban en los carros formaba parte del plan del de Moncada. ¿Por qué si no iban a salir cuatro carros en distintas direcciones a altas horas de la noche y en secreto? ¿Por qué iban a conducirlos caballeros templarios disfrazados de mercaderes? Se olía que algo importante se estaba fraguando y él —por el odio que le tenía a la Orden— debía averiguarlo. Presentía, como hombre vivido que era, que el fin de los templarios andaba cerca, las voces críticas que cada vez se escuchaban más eran prueba de ello. Y si él, Esquieu de Floyran, podía ayudar a que eso ocurriera más pronto que tarde, se daría por satisfecho. Todavía le quemaba la humillación de haber sido expulsado de la Orden, y jamás se lo perdonaría. Haría lo que estuviera en su mano por ver su final. Y lo mismo ocurría con Boizol. El odio del caballero se debía a que su padre hizo negocios con la Orden. Cuando éste no pudo pagar la deuda debida a los templarios, le fueron arrebatadas las tierras desde donde provenían la mayor parte de sus ingresos para saldarla. Lo que hizo que la familia se viera empobrecida y subsistiendo más por nombre que por riquezas. Aunque Boizol intentara ocultar la ruina de su casa, mostrando a las visitas los ricos tapices, adornos y alfombras de esa estancia que había destrozado hace un rato, la realidad era que sus despensas no estaban todo lo llenas que debieran ni los muebles de otras estancias eran de tan buena factura.

Ambos tenían especial malquerencia por la Orden y ambos la querían ver derrotada y muerta.

—¿Qué podemos hacer ahora?

El caballero se devanaba los sesos pensando en el próximo paso a seguir. Esquieu, más ágil de mente, ya tenía la respuesta.

—Todo tiene que ver con Moncada, ¿no es verdad, mi fiel amigo?

—Así es.

—Pues como por ahora no podemos ni saber dónde iban los carros, ya que tomaron direcciones distintas, ni tampoco qué llevaban en ellos, lo mejor es ir a la fuente, buscarla y ver qué planes tiene. Y ya sabemos quién es la fuente.

—Moncada.

—Exacto. Haré que lo sigan —sentenció Floyran dando por casi terminada la conversación—. Y por el amor de Dios, Gérard, recoged este estropicio antes de que vuestra esposa lo vea.

XV

Nadie había podido darle noticia en Tortosa del pequeño que abandonó a su suerte hacía siete años. Siete años en los que su maldita mente no le dio descanso alguno, siempre acercando a su recuerdo el rostro de aquel niño con churretes de suciedad en las mejillas y ojos del color del cielo que brillaban con la humedad engarzada a sus pestañas.

«Nunca debí renunciar a su cuidado», pensó muchas veces en sus noches de vigilia, cuando los demonios osan visitar a los vivos en el duermevela próximo al sueño, y, aunque confiaba ciegamente en aquel viejo moro amigo de su abuelo, no podía evitar reprocharse su mala decisión. Pero ¿qué iba a hacer él con un niño de apenas tres años? ¿Arrastrarlo consigo a aquella vida de desarraigo cuya única finalidad parecía ser la guerra? ¿Condenarlo al frío y al hambre, a la sangre y a la muerte, al pillaje y a la desesperación? A veces pensaba que al menos así lo habría mantenido a su lado, y otras presentía que había tomado la decisión correcta dejando al niño en manos de Ibrahim. De seguro que éste habría empeñado su vida con tal de poner a salvo al segundo nieto de Gonzalo de Tella. Y no había olvidado sus últimas palabras, se las repitió a sí mismo infinidad de veces para grabarlas a fuego en su cabeza: «¡Pregunta por los Mauri! ¡En Tortosa!». Eso fue lo que le dijo, y eso había hecho tras recabar el permiso de su adalid para ausentarse unos días. Todavía se estaban librando escaramuzas entre los partidarios del rey de Aragón y los franceses en la frontera pirenaica, aunque de

momento, y con los pasos a través de las montañas bien protegidos por los almogávares, la cosa no había llegado a mayores y los angevinos se encontraban estancados sin poder avanzar.

Bettisia no dudó en seguir sus pasos tras conocer lo ocurrido, y Arnau agradecía ese apoyo sincero que recibía de su parte. Quizás porque ella también sentía ese desarraigo de orfandad, le apoyó la mano en el brazo mirándolo directamente a los ojos y asintió con la cabeza. No hizo falta más. Ambos emprendieron viaje hacia el sur.

Tortosa, sin embargo, no les trajo buenas nuevas. Cuando tras mucho preguntar arribaron a la mísera choza que pertenecía a los Mauri en las afueras de la muralla, ésta parecía abandonada. En una de las esquinas, la techumbre se había venido abajo y dejaba ver la madera podrida del armazón que la sustentaba y las paredes se combaban hacia fuera en la fachada principal.

Una punzada de desesperación se instaló en el pecho de Arnau al contemplar aquella casa que le robaba la única esperanza que tenía de encontrar a su primo. La cabeza se le hundió entre los hombros.

De pronto, de una de las esquinas de la casa apareció una mujer de aspecto miserable que portaba un cesto con algunas verduras ajadas. Atado al pecho, llevaba una frazada que envolvía a un bebé y, tras ella, dos niños de corta edad que arrastraban de sendas cuerdas a una cabra y su cabritillo. Al verlos en la puerta, la mujer se quedó paralizada y los niños, con ojos asustados, se ocultaron raudos tras sus faldas.

—¿Qué queréis? —les preguntó, abriendo un tanto las piernas en un ademán instintivo de protección de sus dos retoños.

La mirada iba de ellos hacia los lados buscando vías de escape por si las cosas se torcían.

Arnau hizo un gesto tranquilizador con las manos para indicar que nada malo iba a ocurrir, pero los ojos inquietos de la mujer seguían

moviéndose sin parar.

—Venimos buscando a Mauri —le dijo con un tono de voz calmado, no quería terminar de asustarla—. Nos han dicho que vive aquí.

Aquello motivó que su rictus se destensara y centrara la mirada en ellos. No debía de ser muy mayor, aunque su rostro curtido por las privaciones, el sol y el viento estaba poblado de arrugas en la comisura de los ojos y en la boca, haciendo que pareciera mayor de lo que era.

—Si os referís a Joan Mauri, mi marido, murió el año pasado. Resbaló en un risco cuando pastoreaba a las cabras por las montañas y se golpeó la cabeza con una roca.

—Mis condolencias.

La mujer asintió con un gesto seco.

—¿Por qué lo buscabais?

—Necesitábamos cierta información sobre algo que ocurrió hace unos años y un viejo amigo de mi abuelo, Ibrahim, me dijo una vez que recurriera a vuestro esposo si así lo precisaba.

—¿Ibrahim? Creo que alguna vez lo mencionó, era un viejo moro que elaboraba queso de oveja en Valencia. —La mujer departía con ellos más relajada, aunque seguía sin quitar el ojo a sus hijos, quienes, viendo que nada tenían que temer, se asomaban tras la saya de su madre más confiados—. Pero pasad a mi casa, puedo ofreceros un poco de leche de cabra mientras hablamos. Como podéis ver, nuestra situación no está para dispendios, pero por fortuna nuestra cabra aún nos da leche todos los días. Antes, en vida de mi marido, teníamos un gran rebaño y nada nos faltaba. Su muerte nos obligó a vender gran parte de las cabras para poder subsistir. Demasiadas bocas que alimentar —concluyó.

Unos minutos después, Arnau le narraba la esencia de su visita mientras Bet, que no había abierto la boca desde que llegaran, se sentaba junto a los niños y los ayudaba a limpiar y trocear las verduras que servirían de sustento para la familia. En su regazo sostenía al bebé, liberando así a la madre de su peso, al que hacía carantoñas de vez en cuando para mantenerlo entretenido. El almogávar la miraba fascinado.

—Si como me habéis dicho aquello ocurrió hace siete años, lo siento, pero no puedo ayudaros. Me desposé hace seis años con Joan, después de quedar viudo de su primera esposa, y como veis, pronto llegaron los niños —dijo señalando a los dos chicos que se afanaban con las verduras—. Estaba encinta cuando mi esposo murió, por lo que no llegó a conocer a la niña.

Arnau captó la mirada de pena de Bet, que abrazó a la bebé para trasmitirle algo de calor.

—Sin embargo, quizás pueda ayudaros el primer hijo de Joan, el que tuvo de su primer enlace, aunque era un niño cuando aquello ocurrió. Pero el muchacho no está aquí —se apresuró a añadir—, hace unos días puso camino hacia el sur para vender las pocas cabezas de ganado que nos quedaban. Sólo nos hemos quedado a una hembra y a su cabritilla para poder tener leche. Con lo que saque por su venta podremos subsistir durante un tiempo; luego, Dios dirá.

La mujer parecía resignada a su suerte, con esa clase de mansedumbre propia de quienes nada esperan porque nada tienen y no hay visos de mejorar.

—¿Dónde puedo encontrar al muchacho?

—Dijo que iba a probar fortuna en Borriana, y si allí no conseguía vender las cabras a buen precio, bajaría hasta El Puig. Valencia la contemplaba como última opción, si las dos anteriores fallaban.

Arnau le agradeció la información e hizo un gesto a Bettisia de que era hora de marcharse. La mujer los acompañó a la puerta.

—El muchacho se llama como su padre, y tiene el cabello de un color parecido al vuestro.

Al almogávar le dio un vuelco el corazón al conocer tal circunstancia. «¿Sería posible...?» Sacudió la cabeza para no hacerse ilusiones, pero una pequeña chispa de anhelo se instaló en su pecho.

Bet le devolvió la bebé a su madre tras darle un beso en la cabeza. Entonces hizo algo que lo sorprendió.

—Tienes unos hijos maravillosos —le dijo la siciliana—. Cuídalos.

Sujetando la mano de la mujer con la suya, dejó caer unas monedas que debía llevar guardadas en su zurrón. Se desprendía así del poco caudal del que disponía para ayudar a una familia a la que ni siquiera conocía. Y Arnau la amó más por ese gesto, aunque supusiera que pasarían hambre si las circunstancias venían mal dadas.

Bettisia le advirtió en las siguientes jornadas que no se hiciera ilusiones, que, de seguro, el muchacho al que buscaban no era su primo. Y discutieron por ello, porque él no podía evitar —ni quería— esa mínima esperanza que albergaba su mente. Enfurruñado con la siciliana, alargó el paso y la dejó atrás buena parte del camino, y la oía maldecirlo a él y a todos los hombres por su testarudez.

«¿Por qué no podía serlo?», le preguntaba. «¿No era posible que el pastor Mauri hubiera adoptado al chico si Ibrahim así se lo hubiera pedido?» Bet negaba con la cabeza, tratando de ocultar una fugaz mirada de compasión que a Arnau lo enfadaba todavía más. «Sería ahora demasiado pequeño para encargarse de la venta de las

cabras», le contestaba, añadiendo: «No me ha parecido que la viuda de Mauri fuera tan necia como para encargarle a un niño la única fuente de subsistencia que les queda».

En Borriana nadie les dio noticias sobre el hijo de Joan Mauri y continuaron hacia el sur. Apenas hablaron por el camino polvoriento, secas las gargantas por el polvo y por los reproches, sin apreciar el grato aroma a tomillo de las veredas de los caminos ni la sombra fresca al mediodía de los altos pinos, plenos del gorjeante trinar de los pájaros.

Fue en El Puig de Santa María donde lo encontraron, al preguntar a unos pastores que se encontraron en una fanega de tierra próxima al pueblo, donde las cabras ramoneaban entre la mala hierba que crecía por doquier antes de que se labrara para acoger un nuevo cultivo.

—El xic ha venut les cabres este matí, i després s'ha anat a la posada a celebrar la venda amb altres pastors. Potser encara és allí.[11]

Arnau se lo agradeció y siguió su camino sin más dilación. El ansia le estaba carcomiendo el ánimo y el buen juicio. Ni siquiera se giró para ver si Bet lo seguía. Con largas zancadas se adentró entre las primeras casas del pueblo y fue ascendiendo sus callejas empinadas hasta dar con la posada que solían frecuentar los pastores que por allí pasaban.

Lo reconoció. Aunque el muchacho se encontraba de espaldas, departiendo con otros jóvenes en la puerta de la posada, lo reconoció por el cabello rubio, muy parecido al suyo propio, que le caía en rizos enmarañados por el cuello. Se le secó la boca de golpe y los pies se negaron a dar un paso más. Bet, que iba tras él, dio un pequeño saltito hacia su izquierda para evitar chocarse con la espalda del almogávar. Tuvo que tragarse el reniego que iba a salir

de sus labios al ver la expresión de temor nervioso que asomaba en los ojos de Arnau. Haciéndose cargo de la situación al fijarse hacia donde dirigía su mirada, le dio un apretón en el brazo animándolo a continuar.

En ese instante, el muchacho rubio se volvió al darse cuenta de que sus compañeros de tertulia observaban hacia algún lugar detrás de su espalda. Bet supo que ella estaba en lo cierto en cuanto la mirada de Arnau se enturbió y su boca compuso un rictus de decepción. Aun así, el almogávar retomó sus pasos y se acercó al joven pastor con la intención de hablar con él. Para eso habían recorrido tantas leguas.

Bet se quedó donde estaba, observando cómo Arnau separaba al muchacho del resto empujándolo suavemente del hombro. Lo llevó hasta la esquina y comenzó a hablar con él. El joven Joan parecía borracho, su cuerpo se escoraba hacia un lado y mantenía una sonrisa bobalicona al tiempo que hacía aspavientos. Tampoco le aguantaba la mirada al almogávar, quien parecía enfadarse por momentos al notar que los ojos del chico lo esquivaban por más que él intentara que se centrara en la conversación. Pasados unos minutos, cuando parecía que ya estaba todo dicho, un movimiento raudo de Arnau tensó el cuerpo de la mujer. El almogávar había puesto el *coltell* en el cuello del muchacho y le recriminaba algo. Bet trató de escuchar lo que decía pero no consiguió discernir sus palabras. Los otros jóvenes desaparecieron en cuanto vieron el tamaño del cuchillo que tenía su amigo en la garganta, dejándolo solo, a su suerte.

El lance no duró mucho. En cuanto Joan asintió tragando saliva, el *coltell* se alejó de su garganta y pudo respirar de nuevo. Arnau dio al muchacho unas palmadas en el hombro, volvió a decirle algo y, tras

recibir otro gesto de asentimiento, le dio la espalda alejándose de él. No se giró cuando el joven pastor comenzó a vomitar.

—Necio cachorro del demonio —oyó Bet que decía al pasar junto a ella sin detenerse.

Rumiaba su enfado entre dientes. No le quedó más remedio que seguir al hombre hasta la salida del pueblo, aguardando a que se calmara y volviera a dirigirle la palabra.

Al cabo de un buen rato, en el que el humor de la siciliana había ido empeorando por el terco silencio de su acompañante y porque el sol, ya en lo más alto, pegaba con fuerza a esas horas del mediodía, cubriendo su cuerpo de un sudor pegajoso que se le adhería a la piel como un sudario, amén de que estaba en esos días que suelen acaecer a las mujeres según natura, no aguantó más, y recogiendo una piedra del suelo no dudó en lanzársela al almogávar en el centro de la espalda. Su quejido de dolor la hizo sonreír con cruel satisfacción.

—¿Vas a contarme de una vez qué ha ocurrido? —le preguntó, poniendo los brazos en jarras cuando él se volvió por fin a mirarla—. Tengo calor, estoy hambrienta y sólo he podido conversar con tus flacas posaderas desde que saliéramos de El Puig. ¿Y dónde vamos? Éste no es el camino por el que hemos venido esta mañana.

Arnau miró a su alrededor y con un suspiro señaló hacia un frondoso pino solitario a la vera del camino.

—Sentémonos —dijo dirigiéndose hacia el árbol.

Bet lo siguió y aceptó media hogaza de pan y un trozo de queso que el almogávar sacó de su zurrón. Se sentó frente a él y aguardó.

—Tenías razón. No era mi primo —le confirmó al cabo de unos minutos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por sus ojos, no eran azules.

La mujer asintió con la cabeza mientras daba un bocado al pan con ansia, le rugían las tripas por el hambre.

—Pero sí lo recordaba, aunque sólo era un crío —continuó—. Estuvo viviendo con ellos unos meses hasta que su madre, la primera esposa de Mauri, se quejó de tener que alimentar otra boca e instó al pastor a que se deshiciera de él. El muchacho dice que una mañana, al levantarse, el niño y Mauri habían desaparecido, y que su madre no quiso darle más explicación. —Arnau se pasó la mano por la frente, apartando a su paso las moscas que pululaban a su alrededor—. El pastor volvió sin el niño unas semanas después, disculpándose por la tardanza a causa de una nevada que azotó las montañas fronterizas y que lo tuvo retenido en una cueva hasta que pudo continuar el camino de vuelta. La alegría de ver a su progenitor de nuevo hizo que el joven olvidara pronto al niño y ya no preguntó por él. Sin embargo, piensa que debió dejarlo con algún familiar, ya que Mauri contaba con varios primos en tierras francesas. No sabe dónde ni el nombre del lugar, sólo recuerda que le habló alguna vez de una aldea cerca de los Pirineos. Pero no puede asegurarlo.

—Tiene sentido.

—Puede ser... —asintió pensativo—. Por eso vamos a Valencia, a las afueras. Si Ibrahim está vivo, quizás pueda ayudarnos confirmando las palabras del muchacho y darnos alguna indicación de dónde encontrar a esos familiares de Mauri.

A Bet se le encogieron las entrañas.

—No puedes volver al sitio que te vio nacer —le dijo—, es peligroso. Si alguien te reconoce, estás perdido.

—Hace mucho tiempo de lo ocurrido, y no sé si maté a aquel bastardo. Y si lo hice, no me arrepiento, y escupiré sobre su tumba si es preciso. Pisoteó a mi tía y dejó de lado a la sangre de su

sangre. Y eso no tiene perdón de Dios. Pero no te preocupes —añadió—, Ibrahim vive en una casa apartada del resto, y entraremos a Ruzafa de noche para más seguridad.

Bettisia aceptó a regañadientes. Tenía un mal presentimiento, como si una abeja le estuviera picando tras la oreja, y tuvo que pasarse la mano para desechar que fuera real.

Tras terminar con las exiguas viandas, ambos se tumbaron a la sombra del árbol para intentar dormir un poco. Quedaban largas horas para la noche y el camino era corto. Antes de dormirse la joven se acordó de algo.

—¿Arnau?

—Mmm...

—¿Por qué amenazaste a Joan con el *coltell*?

—El muy mentecato estaba borracho, malgastando el dinero de la venta de las cabras en vino. Le dije que tenía dos opciones, o abandonar la taberna en ese mismo instante y poner rumbo a Tortosa para llevar esas monedas a sus hermanos hambrientos, o llevarlas yo mismo tras rajarle el pescuezo.

Bet se rio.

—No sé si besarte o darte un coscorrón por no contármelo antes, almogávar.

Arnau se encogió de hombros, lo que hizo que Bet riera con más fuerza y acabara durmiéndose abrazada a él.

Se adentraron con sigilo entre las sombras de las casas. La noche era un manto velado que apenas dejaba filtrar la luz de la luna. Había que cruzar esa zona de casas rápido y alcanzar la maleza del bosquecillo anejo que llevaba hasta la casa de Ibrahim, apartada del resto.

Bet iba unos pasos por detrás de Arnau, dejando que fuera él quien los guiara. La picazón detrás de su oreja se intensificó al pasar por delante de aquellas viviendas que parecían tener ojos ocultos tras los huecos de las ventanas. Se rascó con fruición, aventando los malos augurios.

De pronto, Arnau se quedó quieto, mirando insistentemente hacia la fachada de la casa frente a la que pasaban en ese momento. Hacía tiempo que nadie vivía ahí, o eso parecía por la dejadez que se podía apreciar. La fachada estaba desconchada en las esquinas y el blanco del encalado se había tornado gris. No tenía pieles cubriendo las ventanas y la puerta colgaba desvencijada y medio abierta. A la mujer le dio un escalofrío y el picor tras la oreja se tornó en punzadas de dolor. Algo no iba bien, se lo decía su sangre siciliana, aquella que encaraba la duda con desconfianza.

Bet se acercó a Arnau y lo instó a continuar en voz baja, no tenían un instante que perder. Pero el hombre era reacio y ella tuvo que tirar de su mano para alejarlo de allí.

—Ésa era mi casa —susurró mientras continuaban—, la tahona en la que crecí.

La mujer sintió el desarraigo de su compañero como propio, si algo compartían de verdad era esa sensación de no pertenencia anudada a las entrañas.

Continuaron camino hasta dejar atrás las casas y se adentraron entre la maleza por un sendero que parecía poco transitado. Hierbas, ramas caídas y piedras los hacían tropezar. Unos minutos después llegaban a un claro donde una choza medio derrumbada les dio la bienvenida, ahogando las esperanzas de Arnau de encontrar a Ibrahim. Nadie podía vivir allí, no sin una techumbre que lo guareciera de los elementos. Los troncos que conformaban la estructura se hallaban partidos en algunos puntos y la madera se

había podrido por la humedad. Algunas plantas trepadoras se enroscaban entre ellos, dando fe de que la naturaleza volvía a reclamar el lugar como suyo.

Con pasos medidos, inspeccionaron los alrededores y se asomaron por los huecos abiertos al interior de la choza. Muchos años debían de haber pasado desde que alguien moró entre sus paredes.

Arnau se sentó desalentado en un tocón de madera frente a la choza una vez que acabó la inspección. Se le veía fatigado y sucio, y unas profundas ojeras oscuras enmarcaban su mirada triste.

—Ibrahim era ya viejo cuando me marché, pero..., no sé, creí que todavía podría encontrarlo aquí, con su eterna alegría, fabricando quesos, como antaño... Ya nada queda de mis recuerdos, todo ha muerto.

Bet se arrodilló frente a él y le cogió las manos. Quería —o más bien, ansiaba— darle algo de su calor.

—Todavía queda esperanza —le dijo ella, enfrentando sus ojos.

—¿Esperanza? Yo no la veo.

—Podemos seguir buscando... En Francia... ¿No dijo el joven Mauri que su padre tenía familia más allá de la frontera?

—Sí, pero ¿dónde buscar?

—Ya nos apañaremos, como siempre hemos hecho...

Un sonido de maleza pisoteada interrumpió su conversación cuando, del bosquecillo por el que venía el sendero, aparecieron varias sombras.

—¡Ahí está! ¡Es el asesino!

Una aguda voz de mujer fue el detonante para que varias figuras corrieran hacia ellos, abriéndose hacia los lados para cortarles cualquier vía de escape. Desde atrás, la silueta de una mujer envuelta en un manto oscuro y raído señalaba con un dedo hacia ellos.

—¡Asesino! ¡Asesino! —no dejaba de gritar.

Arnau se alzó y puso a Bet tras su espalda al tiempo que sacaba el *coltell*. La siciliana, a su vez, cogió con fuerza la azcona que portaba a la espalda y se preparó para lo que estuviera por venir. No sería digna de su sangre si no luchara hasta el último aliento.

—Vete, Bet, huye —oyó que le decía Arnau.

Pero ella no pensaba moverse.

—¡Es él! ¡El bastardo que mató a mi esposo!

Bettisia lo entendió todo. Aquella mujer que los señalaba, que escupía saliva entre dientes al gritar, y cuyo rostro estaba desfigurado por la furia, debía de ser la antigua esposa del tahonero, aquel perro con el que Arnau luchó para poder salvar a su primo.

Los hombres de la guardia comenzaron a acercarse a ellos, con las espadas desenvainadas.

—¡Daos preso en nombre del rey!

Arnau giró la cabeza y la miró suplicante.

—Aún hay tiempo, mujer. Es a mí a quien quieren —le dijo—. Huye, por favor. Huye para salvarme otro día.

Había súplica en sus ojos, pero también determinación. Y aunque su corazón se negaba a poner a sus pies en movimiento, su razón la hizo apartar las dudas y salir corriendo hacia la parte trasera de la casa, donde la maleza se volvía más tupida y podía escucharse el rumor de un río cercano.

Nadie la siguió, todos estaban pendientes de los movimientos del almogávar, quien, en posición de ataque, se preparaba para lo que estaba por llegar. La mujer seguía chillando, desgañitándose como una bruja herida, y el cerco alrededor de Arnau se estrechaba.

Bet, antes de acogerse al amparo de la naturaleza, volvió la cabeza una última vez. Arnau se había rendido. De rodillas en el suelo, se dejaba engrilletar sin mostrar emoción alguna, aguantando

los golpes y empellones que la guardia le propinaba y los agudos chillidos que aquella arpía escupía sin compasión. La siciliana se juró que algún día la vería muerta, juntando sus dedos y besándolos a modo de promesa.

Miró a Arnau y también le hizo una silenciosa promesa. Él se había dejado coger para darle la oportunidad de escapar, para salvarla. Y ella movería cielo y tierra para salvarlo a él.

XVI

Encomienda de Tortosa, pocos días después

Hug desmontó nada más cruzar el portón de entrada de la encomienda y le dio las armas y las riendas de Brioso al paje que salió a recibirlos. Estaba cansado, muy cansado, y necesitaba un momento a solas. Josep y Miquel se adelantaron para reunirse con el resto de los hermanos, se los veía contentos a pesar de todo lo acaecido durante el viaje. Por fortuna, Miquel se encontraba mucho mejor de salud y volvía a tener ese humor alegre que le caracterizaba. De seguro que estaría ya pensando en todos los proyectos de mejora de la encomienda que quedaron en suspenso cuando emprendieron camino hacia Francia y que pronto los acometería con pasión y denuedo. Ya durante todo el camino de vuelta había estado comentando que deseaba hablar con el comendador de Tortosa y proponerle la posibilidad de crear un espacio apartado dentro del huerto donde disponer de colmenas que brindaran miel a los hermanos, tal y como había visto en la preceptoría de Masdéu. Era un recurso que proporcionaría alimentos a la Orden y, a su vez, otra fuente de ingresos pues podrían venderla o permutarla por otras vituallas.

Entró en la capilla, que en ese momento se encontraba vacía y en penumbra, iluminada sólo por un mísero hachón, y se dirigió hacia el altar, donde una gran cruz de madera presidía el centro de la pared posterior. Pareciole que cada paso que daba era más lento que el

anterior, como si el ánimo se le hubiera deslizado hacia los pies y sus botas estuvieran llenas de piedras.

Se tumbó bocabajo detrás del altar, frente a la cruz, con los brazos estirados a los lados y la mejilla pegada al suelo. El frío de la piedra en contacto con su cuerpo entrañó que un escalofrío le bajara por el espinazo, despejándole la neblina de la mente —abotargada hasta ese momento— de un plumazo. Poco a poco fue poniendo en orden sus pensamientos, repasando, desde el principio, todo lo ocurrido durante el viaje hasta la traición de Sunifred. No quiso pensar mucho en ello tras verse obligado a acompañar al comendador de Campagne hasta tierras rosellonesas. Y no lo hizo porque dolía, porque a pesar de sus diferencias, el sargento se había convertido en algo más que un amigo. Nunca quiso hacer caso a las advertencias externas e internas que le avisaban de que algo no iba bien, se reprochaba en silencio la desconfianza, aunque los signos fueran visibles en los últimos tiempos, aunque hubiera algo que le escamaba tras su aparente irreverencia, aunque viera con sus propios ojos las reuniones secretas que mantenía a altas horas de la madrugada. Nada de eso le preparó para ver cómo lo abandonaba tras cortarle el cuello a aquel joven a sangre fría.

La furia al recordarlo calentó la piedra bajo su cuerpo. «Qué necio había sido —se reprochó con los dientes apretados—, qué insensato.» Podía haber intentado detenerlo, podía haberlo distraído mientras llegaban los caballeros de Campagne. Sin embargo, no lo había hecho y se reprochaba, ora su flaqueza, ora el anteponer su amistad por encima de la Orden. Pero cruzar la espada con Sunifred, más allá de los entrenamientos, no era una opción. Hug tenía unos principios y a veces pensaba que malditos fueran ellos en un mundo donde las ambiciones pesaban más que los valores. La disyuntiva entre su propia conciencia y las reglas por las que se regía la vida

que llevaba no siempre estaban alejadas, sino que saltaban de un lado a otro de la fina línea que las separaba.

Los días posteriores a la deserción de Sunifred fueron ajetreados, por lo que poco pudo pensar en el sargento. La guerra entre el rey Pedro y los franceses andaba en un punto muerto, y las discusiones en las reuniones del capítulo de Masdéu no lograban clarificar la posición de la Orden en aquella contienda. El Rosellón pertenecía al monarca Jaime, el segundo de su nombre y hermano del rey Pedro, y Jaime se había puesto del lado de los franceses en contra de su propia sangre. Quizás no había sido buena idea que el padre de ambos, el rey Jaime I, hubiera dividido su reino entre sus hijos. Los desacuerdos debilitaban a los hombres y prueba de ello era la propia controversia dentro de la Orden.

Hug escuchó cada palabra que se dijo en Masdéu, pero su ánimo alicaído le impedía centrarse del todo en el asunto, por lo que, días después, y tras ponerse de acuerdo con los hermanos Josep y Miquel, había puesto rumbo a Tortosa tras recabar el permiso del comendador de Masdéu. Necesitaba volver a casa y poner a disposición de frey Bernat de Montoliu toda la información, al fin y al cabo, este último, como su superior, era quien debía darle instrucciones de qué debía hacer.

Rezó una plegaria con los ojos cerrados, en profunda reflexión, intentando obviar el dolor que ya comenzaba a sentir en los músculos por lo forzado de su posición tendido en el suelo. Con el último *Amén* se disponía a levantarse cuando escuchó que alguien entraba en la capilla.

—Aquí estaremos solos.

A Hug le resultó familiar aquella voz. Se acuclilló detrás del altar para no revelar su presencia.

—Decidme qué habéis averiguado.

Sin duda, aquella segunda voz pertenecía a frey Bernat de Rocamora, el que fuera comendador de Tortosa unos años atrás, cuando Hug aún era un mozalbete y hacía las funciones de paje dentro de la Orden.

—El comendador anda nervioso. El caballero Hug ha llegado hace un rato y nadie sabe dónde está, por lo que no conocemos todavía que ocurrió con el sargento Sunifred.

—Necesitamos encontrarlo.

—He visto a un paje llevar su caballo hacia las cuadras, por lo que no debe de andar muy lejos.

—En cuanto lo encuentren, es preciso que os peguéis a su sombra y me informéis de todo lo que hable con el comendador. No confío del todo en frey Montoliu, creo que el miedo supera su buen juicio y ya no ve con buenos ojos nuestro acuerdo. Siempre se ha parapetado tras un escudo de mero observador sin implicarse en demasía. —Frey Bernat sonaba irritado—. Pero ahora debe hacerlo. No podemos permitir que Pedro de Moncada perjudique a la Orden y para ello necesitamos saber si el hermano Hug conoce el paradero de su esbirro.

—Frey Montoliu anda enfermo en los últimos tiempos. Dicen que visita el excusado muy a menudo y ha perdido peso.

—Eso no es excusa. Nuestra Orden está por encima de cualquiera de sus miembros.

—Sin embargo... —Hug notó el titubeo en la voz del que hablaba y al que todavía no le ponía rostro—, esta mañana, en el puerto, ha llegado a mis oídos una información que os puede interesar.

—Decidme.

—Un marino recién llegado desde el sur ha comentado en una de las tabernas cercanas al río que se está preparando una pequeña flota en el puerto de Valencia con destino incierto. Y nadie sabe

nada de ella. Según este marinero, los bastimentos para el viaje llegan a altas horas de la noche y siempre hay una guardia que protege las inmediaciones de las galeras. Pero lo más curioso es que entre la marinería del puerto de Valencia, supersticiosos como son, se rumorea que a altas horas de la madrugada puede verse una figura blanca en la parte de proa y muchos lo achacan a un espíritu errabundo que vaga por cubierta.

A Hug por fin le vino a la cabeza de quién era la voz que contaba aquella historia. Se trataba del hermano Galcerán, uno de los freires venidos desde otra encomienda a finales del año anterior. Hug no había tenido mucho trato con él, por eso la tardanza en reconocer su voz.

Continuó escuchando al freire.

—El marino del que os hablo me confió un poco más tarde, después de que lo invitara a una jarra de vino en la taberna, que él no creía en supercherías, y que más bien, lo que los marineros habían tomado como un espíritu, se tratara de la vestimenta blanca de algún hermano de la Orden, y que la noche y la niebla que se levantaba en esa época del año en el puerto, habían confundido las mentes de los marineros.

—Moncada...

—Podría ser. El rumor de que pronto iba a emprender viaje quizás sea cierto.

El silencio se aposentó en la capilla y Hug contuvo la respiración. Lo que acababa de escuchar podría ser la clave para dar con Sunifred.

—¿Se sabe cuándo está previsto que parta esa flota? —preguntó Rocamora.

—El marino no estaba seguro, pero cree que, a lo sumo, en una semana, si no antes.

—Debo enviar a alguien. No hay tiempo que perder.

Unos minutos después, una vez que se cercioró de que los dos hombres habían abandonado la capilla, Hug salió de su escondite. En ese escaso intervalo de tiempo había rumiado todo lo escuchado, llegando a una conclusión: tenía que ir a Valencia y comprobar si los rumores eran acertados. Tenía una cuenta pendiente con Sunifred y era hora de saldarla.

Salió de la capilla e interceptó al primer sirviente que se cruzó en su camino.

—Ensillad a Brioso —fue su orden.

Antes de la hora tercia galopaba rumbo al sur sin haber avisado en la encomienda de su partida.

Embozado en una capa oscura se adentró ya de noche entre los destartalados almacenes de madera que poblaban las inmediaciones del puerto de Valencia. Había cabalgado casi sin descanso desde Tortosa para llegar a tiempo, parando a comer y a dormir unas horas cuando el cansancio lo invadía. Su determinación había imperado sobre la conveniencia de lo que estaba haciendo. La desobediencia en la Orden era siempre castigada, pero ya lidiaría con eso más adelante. Su único pensamiento era encontrar a Sunifred y que éste le explicara las razones de su comportamiento. Las decisiones las tomaría después.

Llevaba a Brioso cogido de las riendas, caminando a su lado. Orientándose como podía entre la niebla espesa que venía del mar a esas horas. Callejeando para encontrar el camino hacia el puerto.

En una de las intersecciones, su caballo, hasta ese momento tranquilo, alzó la cerviz y husmeó el aire. Comenzó entonces a cabecear inquieto tirando de las riendas hacia su izquierda, cortando

el silencio de la noche con un relincho. Hug trató de calmarlo, pero la bestia insistía en tomar el camino a su siniestra y estiraba con fuerza la cabeza.

Otro relincho no muy lejano dio eco a los aspavientos de Brioso y Hug, con una corazonada, finalmente se dejó llevar. Tras girar un par de veces, se toparon con un almacén en la parte oeste del puerto en cuya puerta, a unas varas de distancia, había un corcel que el caballero enseguida reconoció. Era la montura de Sunifred.

Hug, a pesar de los esfuerzos de su caballo por acercarse al corcel que tan bien conocía, consiguió atarlo en un gancho que sobresalía en la esquina de una construcción cercana y que quedaba oculto a la vista. Con sigilo, rodeó el almacén hasta la parte trasera y, por los huecos que dejaban las tablas de madera que conformaban el lienzo de la pared escudriñó el interior del habitáculo. Una tenue luz venía desde el interior, mostrándole lo que allí había. Reparó de inmediato en el sargento, que era quien portaba una tea y daba instrucciones a dos hombres que debían de ser marinos por su indumentaria. No oía lo que decía, pero parecía darles órdenes señalando hacia la parte trasera de un carro que permanecía sin los animales de tiro en el interior.

Hug estuvo observando sin hacer nada hasta que los marineros comenzaron a bajar del carro unos sacos que apilaron en el suelo. Una vez que vaciaron el vehículo, cada uno de ellos, incluyendo a Sunifred, cargaron con algunos de los sacos y salieron del almacén.

No tenía mucho tiempo, así que, cuando vio que salían, y tras esperar un largo minuto, rodeó la construcción y se internó por la puerta para acceder al recinto. Por fortuna, habían dejado la tea sujeta a la pared junto a la puerta y podía contemplar lo que allí había. Los sacos que quedaban en el suelo parecían pesados, y al acercarse, Hug vio que todos iban atados con cuerdas que

permanecían selladas por sus extremos. El caballero nunca había visto ese sello, que más parecía un demonio que una figura humana, y sin pensar en lo que hacía, cogió uno de ellos y lo partió, abriendo el saco para revelar lo que contenía. Un brillo áureo se desplegó a su mirada. Pero, antes de concebir qué era lo que estaban viendo sus ojos, notó una corriente de aire a su espalda y un dolor cegador en la parte de atrás de su cabeza lo hizo trastabillar mientras las rodillas se le doblaban y caía al suelo desmayado.

Algo había cambiado cuando despertó. Lo primero que sintió fue un dolor en la cabeza que se irradiaba hacia la espalda y hacia las sienes. Tuvo que cerrar los ojos con fuerza hasta que aquel fogonazo pasó y pudo abrirlos lentamente. Intentó incorporarse, teniendo que recurrir a todas sus fuerzas para hacerlo, y cuando lo logró, unas nauseas repentinas lo doblaron en dos.

—Siento haberte golpeado.

Hug, entre arcadas, vio por el rabillo del ojo al sargento Sunifred sentado sobre una caja de madera mientras daba cuenta de un trozo de cecina. Lo odió por esa pose indolente y la sonrisa de medio lado de la que hacía gala. No parecía en absoluto arrepentido por lo que había hecho.

—Bastardo —fue lo único que atinó a decir mientras trataba de sentarse una vez vaciado su estómago.

—Vamos, hermano, no podía hacer otra cosa, dado que has sido tú quien ha metido las narices en asuntos que no te incumben. Al menos, no te he matado; aunque creí haberlo hecho al ver cómo caías sin sentido.

—¿Y tengo que estarte agradecido por ello?

Sunifred soltó una risotada alegre.

—Ay, Hug, ¿qué voy a hacer contigo? Eres el hombre más testarudo que he conocido y eso, algún día, te traerá problemas —le dijo, condescendiente. Luego, borró la sonrisa de su rostro y continuó—: Lo que no acabas de entender es que, en esta vida, no todo es blanco o negro. Entremedias hay toda una escala de claros y oscuros que intentar anillar para formar una cota de malla acorde a tus hechuras.

—Ahora resulta que eres un bardo.

—Lo que intento decirte es que estás juzgándome sin conocer en realidad todo lo que sucede. Y es tu propia obstinación, la de querer ser el perfecto caballero, la que te ciega a la realidad.

—¿Y todo lo que visto? ¿Tus reuniones secretas? ¿Tu deserción? ¿Tu daga rajando la garganta de un pobre joven? Me mentiste, Sunifred, y me traicionaste —le recriminó el caballero.

—Era necesario.

—¿Necesario? ¿Y por qué? ¿Por el oro que he visto brillar dentro de unos sacos?

—No entiendes nada, Hug, y olvida el oro. No lo has visto.

—¿Me amenazas?

Sunifred no contestó. Se limitó a mirarlo mientras le daba otro bocado a la cecina.

Hug intentó levantarse, pero algo no iba bien. Seguía sintiéndose mareado y, a esa sensación, se había unido un balanceo que le impedía ponerse recto. Fue entonces cuando miró a su alrededor y se dio cuenta de que ya no estaba en el almacén. El lugar era más estrecho, con el techo de madera más bajo y un olor a humedad y salitre lo impregnaba todo.

—¿Dónde estamos?

Tuvo que agarrarse a la caja que había tras él cuando un nuevo balanceo le desestabilizó las piernas. Miró a Sunifred, interrogante,

quien no se dignó a contestarle, componiendo de nuevo esa sonrisa que dejaba ver el diente partido.

Al fondo, vio unas escaleras que ascendían y se dirigió hacia allí, apoyándose en cualquier superficie que encontraba a su paso. El sargento se limitó a seguirlo.

En el último peldaño el aroma de agua y de sal se hizo más intenso y Hug se temió lo peor. Una vez que llegó a la superficie, tuvo que parpadear varias veces porque el sol lo cegaba. Aturdido, dio unos pasos vacilantes hasta alcanzar la borda y apoyarse en la regala. La costa valenciana se recortaba todavía en el horizonte, más allá de las olas que rompían danzarinas contra el casco de la nave.

Estaba en un barco con rumbo a mar abierto y en la vida se había sentido tan vulnerable, ni siquiera de niño frente a los exabruptos de su padre.

Sunifred se acodó en la regala junto a él. Hug lo miró, todavía confundido.

—¿Y Brioso? —Fue lo primero que le vino a la mente.

—No te preocupes, está abajo, en las bodegas, aunque si no fuera por el aprecio que sé que le tienes, me habría complacido dejarlo en tierra. El maldito casi me arranca la oreja de un bocado cuando he intentado subirlo a bordo. Al final, sólo ha aceptado subir cuando mi corcel ha cruzado primero la pasarela.

Hug asintió con un gesto de su cabeza, pero siguió en silencio, a pesar de que las preguntas se agolpaban en su garganta. Aunque sólo era una la que tenía que hacer, la más importante en esos momentos. Las demás podrían esperar.

—¿Dónde...? —dijo abarcando con un gesto del brazo el horizonte.

—Ah, tienes razón, no te lo he dicho —dijo el sargento ampliando la sonrisa, lo que puso el vello de punta al caballero—. Me place

anunciarte que por fin vas a ver cumplido tu sueño. En unos meses, pondrás el pie en Tierra Santa. ¿No era eso lo que querías?

Tercera parte
1289-1291

I

Tortosa, casa de la familia Monrós, año 1289

—Mi señora, ha llegado un mensajero que quiere hablar con vos. Dice que es urgente.

La sirvienta acababa de entrar con premura en la alcoba donde Cixilona tejía sentada frente al hogar mientras, a su lado, envuelto en una frazada, su primer hijo dormía el sueño de los benditos.

—Dejadle pasar.

La sirvienta abrió la puerta y un hombre rústico de mediana edad entró cohibido. Cixilona lo reconoció. Era uno de los siervos de casa de los Miravalle.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, alarmada al ver el rictus apesadumbrado que mostraba aquel hombre.

Dejó a un lado la lana y las agujas de tejer y se levantó, llevando cuidado de no despertar a su hijo.

—Es vuestro padre, mi señora. No se encuentra muy bien y desea veros.

Aquellas palabras le robaron el aliento. Sabía que su padre había pasado el invierno aquejado de fiebres intermitentes, postrado en el lecho durante algunas semanas, pero parecía que mejoraba en los últimos tiempos. Sin embargo, la mirada apenada del siervo y el deseo de su padre de verla no auguraban nada bueno.

Rauda, dio órdenes a la sirvienta para que cuidara de su hijo y se ató la capa. Todavía el invierno daba sus últimos coletazos y el frío y

el aire azotaban Tortosa.

Mientras callejeaba por la ciudad en compañía de dos sirvientes de los Monrós que debían acompañarla allá donde fuera, le llegó ese aroma único que desprendía el río Ebro y que ella siempre había asociado al hogar. Una ráfaga de nostalgia la invadió y alguna lágrima furtiva intentó derramarse por la comisura de sus ojos, algo que Cixilona achacó al viento y no a su propio estado de ánimo.

Desde sus esponsales con Blai de Monrós, su vida se había convertido en una rutina exasperante sólo rota por los accesos de cólera de su esposo cuando venía borracho de alguna taberna. La caballerosidad de la que hizo gala antes del enlace, colmándola de regalos y bonitas palabras, quedó en nada cuando fue descubriendo su verdadero talante en las primeras semanas tras el enlace. No sólo pasaba mucho tiempo en las tabernas cercanas al puerto bebiendo, jugando a los dados y perdiendo muchos maravedís, sino que, por las noches, su apetito por yacer con ella se volvía insaciable, a pesar de que la gran mayoría de las veces no conseguía culminar el acto y pagaba con ella su incapacidad con palabras hirientes y rencorosas. El resto del tiempo, ella no existía. Cixilona agradecía que, tras quedar encinta y dar a luz a su primer hijo, Blai dejara de visitarla por las noches y pasara gran parte de ellas fuera de casa. Un respiro que no sabía hasta cuándo iba a durar.

Por otro lado, el viejo señor de Monrós, su suegro, era un hombre cruel y autoritario que trataba a todo el mundo —incluidos sus hijos — como esclavos de sus caprichos e intereses. Un hombre sumamente ambicioso al que sólo preocupaban dos cosas: aumentar el patrimonio de los Monrós y tener herederos que continuaran su estirpe.

El carácter colérico de Blai era el espejo de la forma en que su padre lo trataba, siempre amonestándolo con crueldad, haciéndole

creer que no valía para nada. Lo mismo ocurría con el otro hijo, a quien su padre ignoraba por completo y cuando no lo hacía, era para llamarlo débil, cobarde e inútil. En verdad que Pere no era un joven con mucho ánimo, siempre padeciendo enfermedades que, según él, en breve lo llevarían a su lecho de muerte. Cixilona tardó pocos meses en darse cuenta de que esas supuestas enfermedades sólo estaban en la mente del muchacho, y que gustaba de la atención que recibía por sus continuas quejas, tanto por parte de ella, como por parte de los sirvientes. Excepto de su padre, y quizás ése fuera el problema, que nunca había recibido ni una migaja de atención de un progenitor cuya única preocupación era amasar una gran fortuna.

Por todo ello, la joven tuvo que hacer de tripas corazón cuando se dio cuenta de la vida que iba a aguardarle en casa de los Monrós y endurecer el carácter. Sobre todo después de ser madre. Ella se encargaría de que su hijo no se viera afectado por el ambiente enrarecido de aquella casa en la que había tenido la desgracia de asentarse. Al fin y al cabo, era una digna heredera de aquellas mujeres integrantes de la Orden del Hacha, y nadie le iba a quitar ese honroso privilegio.

Accedió frotándose las manos heladas a la alcoba de su padre. Un olor a descomposición invadió su nariz en cuanto traspasó el umbral. Ponçs de Miravalle yacía en el lecho, cubierto hasta el cuello con varias mantas, y su rostro avejentado presentaba manchas rosadas a causa, seguramente, de la alta fiebre que lo embargaba. Mantenía los ojos cerrados y, al acercarse a su lado, Cixilona escuchó que su respiración era sibilante, como si le costara que el aire entrara en sus pulmones.

Despidió a los sirvientes que lo cuidaban y se sentó a su lado. Ponçs abrió los ojos.

—Mi querida niña.

Miravalle sacó un brazo de debajo de las mantas y acarició el rostro de la joven. Las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Cixilona sin control.

—No estés triste, pequeña, ten ánimo. Yo no lo estoy. Pronto me reuniré con tu madre allá donde quiera que esté y seremos felices.

—No digáis eso, padre, todavía os queda vida y tenéis un nieto al que debéis consentir todos sus caprichos.

—¿Cómo está? ¿Crece fuerte?

—Es un niño despabilado y creo que pronto dará sus primeros pasos. Se parece a vos, tiene vuestros ojos.

—Cómo me gustaría verlo...

—Os lo traeré mañana mismo, para que veáis que no miento.

—No lo traigas —negó el anciano—, no quiero que el recuerdo que tenga mi nieto sea el de este viejo postrado en la cama.

—Cuando mejoréis, entonces os lo traeré.

—Cixilona —dijo Ponçs cogiéndole una mano—, no voy a mejorar. Me muero, y es por eso por lo que te he hecho venir. Tenemos que hablar de un asunto antes de que mi cuerpo diga basta.

—No digáis eso, padre.

La joven lloraba ahora abiertamente, escondiendo su rostro en las mantas del lecho. Miravalle le acarició la cabeza hasta que Cixilona encontró su desahogo pasados unos minutos.

—Ahora quiero que me escuches bien —le ordenó cuando la vio más calmada y levantó la cabeza para mirarlo—, he dispuesto todo para que mis posesiones pasen a vuestras manos. Las administrarás hasta que tu hijo, o hijos, si tenéis más, sea lo suficientemente cabal para hacerse cargo de ellas. Nada le ha de faltar con tu guía. Siempre has sido una muchacha despierta y sé que hago lo correcto dejándolo en tus manos. Eres una Miravalle, y como tal honrarás el apellido de nuestros ancestros.

Cixilona asintió seria, jurándole a su padre que así lo haría.

—Existe otro asunto que debemos tratar y que debe quedar en secreto entre nosotros pues podría perjudicarte si se supiera.

—¿Qué es, padre? —preguntó interesada al ver el rostro grave con que Ponçs la miraba.

—¿Recuerdas nuestro viaje a Limoux hace algunos años?

Cixilona lo recordaba bien. No en vano intentó muchas veces borrar de su memoria las horas pasadas junto a Hug sin conseguirlo. No lo había vuelto a ver desde entonces, ni siquiera acudió a los esponsales de su hermano. Tampoco sabía si estaba en Tortosa. En casa de los Monrós no se le mencionaba y ella nunca tuvo el valor de preguntar.

—Lo recuerdo. Pasamos unas semanas en casa de los Bourrel, hasta que concluisteis los negocios que manteníais con ellos. Tenían fama de buenos tejedores.

—No sólo fueron negocios los que me llevaron hasta Occitania, había un motivo oculto.

Ponçs comenzó entonces a narrarle el verdadero motivo de su estancia en Limoux en casa de uno de los cátaros más influyentes de la zona. Debido a la amistad que mantenían a causa de sus negocios, Bourrel había confiado en él para proponerle un plan.

—Bourrel era conocedor de que yo utilizaba como mensajeros a aquellos pastores con los que hacía tratos, ya fuera porque cuidaban mis rebaños, o porque mantenía contacto con otros hombres dedicados al negocio de la lana que poseían ovejas y que, a su vez, empleaban a otros pastores que se relacionaban con los que a mí me servían. Eso hacía que se creara un sistema de comunicación que alcanzaba desde el Rosellón hasta Valencia. Los pastores conocían cada paso de montaña, cada camino, senda o atajo, y yo

los utilizaba para enviar mensajes a gentes de otros lugares con las que hacía negocios.

»Pues bien, cuando estuvimos en Limoux, Bourrel me propuso la posibilidad de que aquellos pastores, en vez de mensajes, llevaran personas en sus viajes. Es decir, utilizar la trashumancia para que aquellos que se sentían perseguidos por sus creencias, encontraran una vía de escape si se sentían amenazados, pudiendo venir desde Occitania hasta Tortosa en busca de una vida tranquila y en paz. Los cátaros podrían encontrar así un lugar donde vivir en comunidad sin miedo a ser perseguidos.

A continuación, y a pesar de la fatiga, Ponçs le explicó a Cixilona todo lo que ésta necesitaba saber. Le narró que, tras la caída de Montsegur, los buenos hombres y mujeres que sobrevivieron a la persecución y a la hoguera se refugiaron en Lombardía para evitar ser encontrados. Sin embargo, poco a poco los creyentes que quedaron siguieron practicando su fe en la clandestinidad, intentando transmitir y conservar el legado de sus creencias para las futuras generaciones. Esquivando las trampas de la Inquisición, volvieron a conformar núcleos en ciertos lugares donde se sentían medianamente a salvo para continuar con sus creencias, y los perfectos se convirtieron en hombres y mujeres errantes que llevaban la palabra entre esos lugares a aquellos que necesitaban de su consuelo.

Con la ayuda de Bourrel, su padre adquirió varias casas en Tortosa que arrendaba a aquellos que huían de la Inquisición. Permanecían en la ciudad durante un tiempo —entre uno y dos años— hasta que encontraban un lugar donde asentarse y formar una comunidad. Las villas del Maestrazgo fueron muchas veces las elegidas para sus pequeñas agrupaciones, donde se dedicaban a seguir con los oficios que tenían en Occitania: tejedores, cesteros, artesanos, mercaderes

u orfebres, en su gran mayoría, oficios donde se usaban las manos, tan importantes en su fe. A cambio, Miravalle recibía en especie, o en maravedís, una parte de sus ganancias como pago por su ayuda.

—En un arcón que se encuentra en mi despacho, en un fondo oculto a la vista, están todos los documentos que necesitarás si quieres continuar con este propósito. Pero quiero que sepas que, si aceptas, tendrás una carga sobre tus hombros porque estarás sola en esto. Nadie debe saberlo, pues sería peligroso para ti. Si la Iglesia se enterara de lo que haces, podrían prenderte y acusarte de ayudar a los herejes. Piénsalo bien, porque no será tarea fácil. —Ponçs le apretó la mano para darle ánimos—. Sea cual sea la decisión que tomes, yo te apoyaré allá donde esté. Yo lo hice por amistad, y porque creo que es de justicia que las personas, sean cuales sean sus creencias, mientras vivan una vida recta y sin tacha, sin perjudicar al prójimo, no tienen por qué ser perseguidas. Sé que Dios, en su infinita sabiduría, ve con buenos ojos esta labor; ya lo dicen las Sagradas Escrituras: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», y nada se dice de la fe que deba profesar ese prójimo. Siempre he intentado llevar una vida acorde a los mandatos del Altísimo y seguiré así hasta que Él me lleve a su lado.

Un ataque de tos embargó al señor de Miravalle. Cixilona se dio cuenta de que el largo parlamento había fatigado a su padre. Solícita, le acercó la jarrilla de agua que tenía junto a la cama y lo ayudó a beber.

—Debéis descansar, padre —lo instó, preocupada.

Ponçs hizo un gesto con la mano de negación mientras la tos remitía.

—Entenderé si rehúsas —dijo al cabo—, tienes un hijo en el que pensar.

Pero Cixilona había tomado una decisión.

—Una vez le prometí a una niña que podía contar con mi protección si alguna vez la necesitaba —dijo la joven recordando a Aude Bourrel y a su familia—. Lo haré, padre, nada me complacería más que seguir los pasos del hombre que más admiro, y no sería digna de su apellido si no lo hiciera.

Cixilona abrazó a su padre unos instantes y luego lo dejó descansar. La fatiga en su rostro era evidente y no quería ser la causante de un nuevo ataque de tos.

Dio instrucciones a los sirvientes cuando salió de la alcoba con el corazón encogido. Los conminó a que la mantuvieran informada de cualquier cambio en el estado de su progenitor. Volvió a casa dando un rodeo, permitiendo que el viento que soplaba con fuerza diera aliento a ese coraje que sabía que iba a necesitar, sin saber que, dos días después, tendría que hacer frente a las exequias por la muerte de su padre.

II

Trípoli, Tierra Santa, febrero de 1289

«Este sol del demonio me va a matar antes de que lo haga el enemigo», pensaba Hug mientras intentaba en vano limpiarse el sudor que le bajaba por la frente hasta los ojos. Se estaba cociendo vivo bajo todas aquellas capas con las que debía proteger su cuerpo en una batalla. Pero en ese momento no estaban luchando, no había ningún adversario frente a ellos. Se limitaban a entrenar las maniobras de combate, formando escuadrones compactos que seguían las órdenes del mariscal.

Las anillas del hierro del almófar se le estaban clavando por debajo del nacimiento del cabello a pesar de que protegía su cabeza con una cofia con varias capas de lino; de seguro que tendría alguna llaga cuando terminaran esas horas interminables de instrucción.

Desde que llegara a Trípoli había sido así. A excepción de alguna escaramuza sin mucha importancia, el resto del tiempo lo había pasado aprendiendo a hacer la guerra en aquel lugar donde la arena y el sol eran los dueños y señores de su vasto territorio, inmisericordes con los que osaban desafiar su regencia. Al tiempo, la humedad que provenía del mar aumentaba la sensación de calor, un calor pegajoso que dejaba los cuerpos exhaustos y el espíritu alicaído, robando el hálito que tan necesario era en aquellos pagos donde Dios se hacía, a la vez, tan presente y tan lejano, y las plegarias parecían no alcanzar nunca su destino.

En los últimos tiempos vivían en una tregua tensa, como si se atisbaran unas nubes presagiosas de tormenta que parecían acercarse cada día un poco más, aunque nunca terminaban de alcanzar su objetivo. Temía el momento en el que un soplo de viento fuerte empujara las nubes hasta allí y descargaran toda su furia sobre sus cabezas.

El Gran Maestre, Guillermo de Beaujeu, con suma prudencia, había firmado una tregua con el nuevo gobernante mameluco Qalawun. A este último le interesaba porque andaba en campaña contra la expansión de los mongoles por sus territorios, sin embargo, hacía días que llegaban rumores sobre su intención de atacar Trípoli y Hug se preguntaba la razón de que los que gobernaban la ciudad hubieran ignorado el mensaje del Gran Maestre que los prevenía de aquella posibilidad, instándolos a tomar medidas que, de momento, no habían sido puestas en práctica.

Por fin el mariscal dio por terminadas las maniobras y Hug se tomó un respiro bebiendo un largo trago de agua del odre que llevaba en su montura. A Brioso le brillaba el pelaje por el sudor, así que decidió poner pie a tierra y darle también a él un descanso. Lo cogió de las riendas y volvieron caminando a la ciudad.

—¿No sientes que hay algo que nos acecha? —Sunifred, apareciendo por detrás de él, le habló poniéndose a su altura.

Desde que llegaran a esas tierras habían cruzado pocas palabras. Hug no conseguía perdonarle lo que para él fue una traición a su confianza y eludió las intenciones del sargento de generar algún tipo de diálogo entre ellos. Durante el viaje en barco hasta arribar a su destino —y siendo la nave un lugar muy pequeño en el que evitar cualquier acercamiento—, Sunifred pudo explicarse y justificar su comportamiento. Aludió a su amistad con frey Pedro de Moncada, al que, según él, le debía todo lo que era, y la responsabilidad de

cumplir con su mandato. El oro que el de Monrós contempló en los sacos de los almacenes del puerto se había extraído de las minas de Bézu para ayudar a los hermanos que peleaban por la cristiandad en Tierra Santa. Sunifred fue el encargado de recogerlo y llevarlo hasta el barco en el que en ese momento navegaban. Pero Hug lo escuchó a medias. La sensación de haber puesto su confianza en alguien que no la merecía le nublaba el entendimiento, y todavía lo hacía, y no podía desprenderse de aquella imagen en la que el sargento degollaba ante sus ojos a aquel muchacho de ojos claros. Por todo ello, en cuanto pusieron un pie en tierra, Hug se dedicó en cuerpo y alma a lo que un buen templario debía ser, replegándose en la oración y en el cuidado de Brioso, único amigo fiel, y se desentendió del que fuera su amigo. Tras varios intentos de entablar una mínima conversación, Sunifred pareció entenderlo y, desde entonces, se habían limitado a saludarse con un movimiento seco de cabeza cada vez que se cruzaban.

Hasta ese instante había sido así, pero, quizás por el calor y el cansancio, Hug aceptó las palabras de Sunifred y respondió a la pregunta que le acababa de hacer, porque él compartía la misma sensación de que algo aciago se avecinaba.

—Sí, es como la calma que precede a la tempestad —contestó con una frase que había escuchado a los marinos durante el viaje de hacía cuatro años.

Mientras, Brioso tiraba de las riendas detrás de él tratando de acercarse al corcel del sargento. Ambos animales parecían resoplar contentos de verse. «Traidor», pensó el caballero dando un brusco tirón a las riendas para evitarlo.

—Me preocupan las nuevas que llegaron desde Acre y no entiendo el desinterés que ha mostrado Lucía y el resto de los principales ante las palabras de frey Guillermo de Beaujeu. —Lucía de Trípoli era la

gobernante de la ciudad tras el fallecimiento de su hermano, el conde Bohemundo VII—. Frey Pedro tampoco lo entiende. Ni frey Guillermo de Cardona. Dice que Qalawun es traicionero y puede romper la tregua en cualquier momento. De hecho, juró que arrojaría a los cruzados al mar. O eso he oído.

—Pero nada han hecho para forzar a Lucía a reforzar las defensas.

—Lo han intentado, créeme, pero la condesa confía en la tregua y está más pendiente de los genoveses que de proteger sus dominios. No quiere admitir que su alianza con Génova le da a Qalawun el motivo para atacarnos —le explicó el sargento—. Además, gran parte de los habitantes de la ciudad han puesto rumbo a Chipre con el miedo pegado a sus espaldas. ¿Qué mejor prueba puede recibir la condesa de que estamos en peligro que la de sus propios súbditos huyendo de una posible guerra?

Génova y Venecia llevaban tiempo enfrentándose por el control del comercio y las rutas marítimas hacia Egipto. Cuando Lucía otorgó algunos privilegios a los genoveses, entre ellos el de controlar las rutas de comercio desde Trípoli, Venecia lo tomó como una amenaza a sus intereses mercantes y previno al sultán. Y, aunque Qalawun no había dicho palabra al respecto, los rumores aseguraban que era la excusa que el sultán necesitaba para romper la tregua.

—Al menos debería pedirse ayuda a Acre para que envíen hombres hasta aquí. En previsión de lo que pudiera ocurrir —sugirió Hug, sabiendo que Sunifred era lo bastante listo como para hacer llegar a su mentor cualquier información que fuera de su interés.

—No sería mala idea. Hablaré con frey Pedro al respecto, quizás consiga convencer a la condesa.

Hug aprobó la decisión con un ademán y luego guardó silencio. Nada más tenía que decir.

Ambos hombres siguieron caminando juntos hacia la ciudad, en tensa camaradería, incómodos tras acabarse la pausa entre sus pendencias —sobre todo por parte de Hug— que les había proporcionado hablar sobre algo que no girara en torno a ellos y su amistad pasada.

El de Monrós se enrocó en la preocupación de lo que pasaría si el sultán se decidía a atacar Trípoli, y lo que ello provocaría en los Estados cruzados, sin saber que los pensamientos de Sunifred iban en la misma dirección, aunque los de este último se centraban más en lo que la pérdida de la ciudad significaría para la Orden, de la que ya se cuestionaba su razón de ser en Tierra Santa. Los envites sarracenos habían reducido los dominios cristianos a una anchura de poco más de cuatro leguas a lo largo del litoral, una franja costera en la que se intercalaban reductos cruzados con otros sarracenos tras los territorios perdidos. Y Trípoli, que pertenecía a los cristianos desde hacía ciento ochenta años, no debía caer en manos de los mamelucos. Se jugaban su supervivencia.

Mientras ambos hombres rumiaban sus inquietudes, Brioso y el corcel del sargento se inclinaban el uno hacia el otro, propinándose suaves golpes con la testuz y relinchando como si mantuvieran una animada conversación.

—Para ellos es fácil —dijo Sunifred señalando a las bestias—. No entienden las diatribas que nos embargan a los hombres, ni las necesitan para mostrar sus emociones.

Hug sintió la mirada apenada de su acompañante. Sabía a qué se refería. Sus palabras tenían más que ver con su amistad rota que con el comportamiento de los caballos. Pero no pudo ni supo responder. Tampoco quiso.

—Hug...

—No.

—¿Por qué te encierras en ese silencio obstinado? ¿Qué quieres? ¿Qué suplique tu perdón?

—No necesitas mi perdón, necesitas pedírtelo a ti mismo.

—Te equivocas, hermano, no hay nada por lo que disculparme. Lo que hice fue por un bien mayor, pese a que te cueste creerlo. Si por una vez en tu vida dejaras de lado esa idea de ser el perfecto caballero que llevas grabada a fuego, te darías cuenta de que esa perfección no existe, sólo está en tu cabeza. Y sí, lo confieso, te oculté lo que pretendía hacer, pero lo creas o no, lo hice para no implicarte en algo que, si salía mal, podía conllevar un gran peligro, para ti y para la Orden. No voy a sentirme culpable por querer preservar la integridad de un amigo. Además —dijo con deje malhumorado—, tú más que nadie debes saber que los mandatos de un superior no se discuten. Y en este caso, las órdenes que recibí no te incluían a ti. ¿O es que acaso tú me contaste que el comendador de Tortosa te sugirió espiarme cuando partimos hacia Francia con los Miravalle?

Hug alzó la mirada hacia Sunifred al escuchar estas últimas palabras. Sin desearlo, un rubor intenso le coloreó las mejillas.

—¿Cómo...?

—¿Qué cómo lo sé? Pues porque nosotros también contábamos con confidentes dentro de la encomienda. —Con aquel «nosotros» se refería a él mismo y, por supuesto, a Moncada—. Así que ambos tendríamos por lo que pedir perdón, ¿no crees, Hug?

El de Monrós iba a replicar, pero entonces los clarines de la ciudad comenzaron a sonar con insistencia y su discusión quedó inmediatamente al margen. Los presagios se habían cumplido. Hug montó raudo en Brioso y lo espoleó para regresar a la ciudad a la mayor premura. Sunifred, más rápido todavía, ya pasaba galopando a su lado. Se giró a mirarlo y le sonrió con el labio superior

replegado sobre los dientes. Hacía mucho tiempo que Hug no veía esa sonrisa suya, esa que mostraba la mella de su diente al completo. Sólo se la había visto en las ocasiones en las que el sargento sacaba a relucir la espada antes de una pelea.

—Ya se estaban demorando en demasía —dijo Sunifred, y lo sobrepasó hincando espuelas.

Hug se permitió elevar la comisura de sus labios al escuchar sus palabras, sabiendo que el sargento no podía verlo. En verdad —tenía que reconocerlo— que lo había echado de menos. Luego, un rictus de preocupación borró la sonrisa de su rostro. Lo que tanto temía acababa de materializarse con el primer toque de clarín. Los mamelucos se acercaban.

III

En algún lugar de Valencia...

Arnau había perdido la cuenta de los días, de las semanas, de los meses, quizás de los años, en aquella oscuridad infecta que lo invadía todo. La esperanza de volver a ver la luz del sol se hacía cada vez más lejana, como ese sueño que nunca se ha de cumplir, pues se orilla entre la realidad y la fantasía de un precipicio insondable.

Al menos ya no estaba engrilletado a la pared. Hacía mucho que lo habían soltado para que pudiera medir los escasos pasos de un lado a otro de la pared. Cinco hacia un lado, cinco hacia el otro, cuatro a lo ancho y cuatro de vuelta. No había más. Por fortuna, en ese instante se encontraba solo en la celda, pero llegó a compartir ese ínfimo espacio con tres miserables almas más, cada una propietaria de un rincón, recelosas de perder ese espacio disputado a las ratas.

Cuando lo capturaron, le dieron una paliza que lo dejó en un estado de semiinconsciencia, hundida su mente en un hoyo profundo, sin apercibirse de qué sucedía a su alrededor. Y prefería estar así, porque en los momentos en los que un corto periodo de lucidez lo despertaba, deseaba estar muerto. El dolor se irradiaba por todo su cuerpo como una lengua de fuego lame las hierbas secas en el campo. Hasta respirar le costaba. Cuando intentaba inhalar hondo, un pinchazo en las costillas le avisaba de que no era

buena idea, doblándolo en dos hasta encontrar la postura que aliviara ese sufrimiento.

Durante aquellos días fue incapaz de valorar su situación. Ni cuando su cuerpo fue mejorando encontraba un motivo para abrir los ojos a la realidad. Sólo deseaba dormir y nunca más despertar. Si no fuera por el recuerdo de Bettisia, y las ansias que tenía de saber que ella había conseguido huir de la emboscada, se habría dejado morir en aquel lugar, en aquella celda repugnante en la que lo habían encerrado. Aunque ya se había acostumbrado, todavía tenía condensado en el fondo de su nariz el olor nauseabundo del calabozo, la tierra sucia y apelmazada, con paja podrida plena de chinches y piojos, donde los efluvios de los que antes habían pasado por allí todavía podían percibirse. La humedad de las paredes rezumaba —alguna vez tuvo que poner su boca contra la helada piedra para saciar una sed que no lo abandonaba— y la única distracción era ver moverse a las ratas por los rincones, atisbando medianamente sus formas gracias a la exigua luz de un hachón que entraba desde el pasillo de acceso a las celdas.

Lo peor era el frío. Se metía en los huesos hasta que los temblores conminaban al cuerpo a moverse entre esas cuatro paredes para no morderse la lengua con el castañeo de los dientes. Pero si había algo que superaba al frío eran las voces que le llegaban desde las celdas contiguas, los gemidos, los gritos de dolor, la locura, los lloriqueos, la angustia que flotaba como un manto gélido que envolvía el espíritu. Nunca había sentido nada igual, y si alguna vez conseguía salir vivo de aquel lance, esperaba no volver a sentirlo.

Una vez al día, disfrutaba de la visita de alguno de los carceleros, quienes simplemente se limitaban a abrir la celda y dejar en el suelo un mendrugo de pan duro, un plato de sopa que no sabía a nada y una taza de agua que olía a cieno. Los primeros días lo acometieron

unos cólicos agudos que le hicieron descomponerse. El mal olor de la celda se unió a lo que él expulsaba sin control alguno. Creyó que moría de sed y fiebre. Y quizás estuvo cerca de ello, pero su cuerpo se recuperó y se acabó acostumbrando a aquella dieta repugnante, aunque sus fuerzas mermaran al tiempo que lo hacía la esperanza de ser libre alguna vez.

Se acarició la barba, que ya le llegaba hasta más abajo del cuello, eso y el cabello que ya le tapaba el rostro eran las únicas señales reales del paso inexorable del tiempo.

Los primeros días, tras recuperar algo de lucidez, pensaba mucho en todo lo que había ocurrido. Las nefastas decisiones que tomó —volver a Ruzafa había sido una muy mala— y lo necio que fue al dejarse atrapar de aquella manera. Sobre todo, recordaba el rictus de odio en el rostro de aquella mujer cuando lo señalaba llamándolo *asesino*. Uno deformado por el rencor y la locura de alguien que buscaba justicia cuando ella no había sido justa con los más indefensos. Él pagaría por lo que le hizo al esposo de su tía, pero esa mujer también habría de pagar por el trato que dispensó a un niño de apenas tres años.

Pensar en el castigo que le aguardaba no era fácil. Si consideraban que él había asesinado al tahonero, el castigo solía ser ejemplarizante: desde la horca o la hoguera, hasta las mutilaciones o la flagelación hasta morir.

—Mañana se te juzgará —le dijo un día el carcelero, un tipo malencarado que parecía regocijarse con el sufrimiento ajeno—, y pagarás por tus pecados ante el verdugo.

Salió después riéndose, dejando a Arnau para que rumiara en soledad los diferentes suplicios a los que podría verse sometido. No durmió esa noche.

Sin embargo, al día siguiente nadie vino a buscarlo. Ni al otro día, ni al otro. Y siguió pasando el tiempo hasta que el almogávar reunió toda la valentía de la que fue capaz y esperó a preguntar a otro de los carceleros, uno que solía ser más amable y que siempre hablaba con los reos mientras les servía la comida.

—Por lo que sé —le confesó en voz baja para que nadie más lo oyera—, la mujer que te acusó apareció muerta antes del juicio. Alguien la degolló y dejó tirado su cuerpo en el camino hacia aquí.

El almogávar sonrió oculto en la oscuridad, donde el carcelero no podía verlo. Sabía que la mano de Bettisia estaba tras ello. Y, aunque fuera pecado, se alegró de que aquella arpía hubiera encontrado tal final.

—¿Y qué me espera ahora? —preguntó Arnau al cabo, aunque, fuera cual fuera la respuesta, el temor seguía royéndole el vientre.

—Al no comparecer la principal testigo, dejaron para otro día la toma de una decisión con respecto a ti. Si quieres puedo preguntar, pero, créeme, es mejor para ti si te han olvidado.

Arnau le dijo que no se molestara en preguntar y le dio las gracias. Desde entonces, permanecía en ese agujero, sin saber cuándo era de día y cuándo de noche, sin poder contar los días y sin ninguna referencia del tiempo que duraría aquella condena. Quizás hasta que muriera de hambre, de frío o, simplemente, hasta que su cuerpo se consumiera en el olvido.

Sólo le quedaban los recuerdos para no volverse loco, y los atesoraba como un náufrago perdido en una isla remota, un punto ínfimo en medio del ancho mar, sin nadie con quien hablar ni que lo acompañara en el instante final cuando la muerte le llegara. Solo.

Se acostó en el suelo encogido sobre sí mismo, meciéndose al mismo compás que la memoria. Sería mejor acabar cuanto antes con el suplicio de ese encierro, dejar de comer y transitar al otro

lado. Como hacían los cátaros. *Endura*, creía recordar que lo llamaban. Cuando estuvo guerreando contra los angevinos en los pasos pirenaicos, tuvo contacto con pequeñas comunidades de creyentes en algunas de las aldeas en el Rosellón. Vivían una vida tranquila y sin violencia, dedicada a trabajar y a cumplir con su fe y con su Dios. Él no se interesó mucho por ellos, pero sí Bet, que gustaba de hablar y trocar cosas que les sobraban por otras que necesitaban en cada aldea por la que pasaban mientras seguían su camino. Ella fue la que le contó la práctica de la *endura*, que consistía en dejar de tomar alimentos cuando se sabía que el final estaba cerca porque una enfermedad aquejaba el cuerpo, a lo que se unía —creía recordar, aunque no prestó mucha atención en su momento— un ritual por imposición de manos que haría más fácil el tránsito.

La voz bronca de su abuelo Gonzalo se coló entre esos pensamientos como algo real, como si estuviera junto a él en aquella celda:

«Un almogávar no se rinde. Un almogávar despierta al hierro y se enfrenta a las batallas a pecho descubierto. No da tregua ni la recibe, y honrará a su sangre guerrera hasta el último aliento.»

Aunque no sabía si estaba ya bordeando la locura, o su mente fatigada se enconaba en imaginar que Gonzalo le hablaba, o si eran palabras evocadas de antaño, cuando sólo era un niño que se embebía de cada frase de su abuelo, Arnau le dio la razón. No se quitaría la vida, no, no lo haría. Lucharía hasta el final.

IV

Asedio de Trípoli, abril de 1289

—*Bendito sea el Señor, mi roca, que adiestra mis manos para la guerra y mis dedos para la batalla*.

Así rezaron al unísono los hombres que conformaban el contingente templario que había salido a campo abierto para enfrentarse a las huestes mamelucas del sultán Qalawun.

El *beauséant*[12] bicolor ondeaba con fuerza en manos del gonfalonero,[13] presidiendo la formación cerrada de los caballeros del Temple, que aguardaban la señal para iniciar la carga con sus caballos, también entrenados para usar sus pezuñas como armas.

Sunifred se removía inquieto en la silla de su corcel, ansioso por entrar en batalla cuanto antes. Tantos días encerrado tras las murallas de Trípoli, aguantando el envite de las máquinas de asedio mamelucas, habían enturbiado su humor. Y, aunque estuvo repeliendo el ataque enemigo desde lo alto de los muros, necesitaba salir y desfogar su temperamento en la batalla.

Los refuerzos todavía no habían llegado. Como se temía, se tomaron las medidas necesarias demasiado tarde y en ese momento estaban pagando tal torpeza. Los mamelucos los superaban en número y esa salida a luchar contra ellos no era más que un intento desesperado de hacer tiempo hasta que llegara el socorro.

Sunifred esperaba poder templar su espada en la batalla tras tantos meses de tregua, pero también, siguiendo las órdenes de Moncada, trataría de prender fuego a aquellos artilugios del demonio que estaban destrozando los muros de la ciudad. Ya habían caído dos de las torres principales y los pocos ciudadanos que quedaban intentaban huir por mar en cualquier embarcación disponible.

Por fin, las trompetas ordenaron el avance. Los caballeros se encomendaron al Altísimo pronunciando la divisa que representaba el propósito de la existencia de la Orden: *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da gloriam*, y el grupo compacto de la caballería inició una marcha lenta que pronto pasó al trote y luego, hincando espuelas, al galope vivo. Él, sin embargo, prefirió decir para sí aquellas palabras que frey Pedro le obligara a aprender —*Vivir antes de morir, para morir viviendo*—, porque representaban mejor la única virtud de su propia realidad: aprovechar cada resquicio de vida de la que disponía y nunca rendirse, ni ante la muerte.

La carga de caballería era una impresionante visión en sí misma. Los destreros se enjaezaban para la batalla, al igual que quienes los montaban, mantos blancos y cruz bermeja que brillaba al sol de aquellos pagos. Eran un solo cuerpo unido con un solo fin: combatir con espíritu presto al demonio sarraceno. Los caballeros se debían a la Orden, y no abandonarían el campo de batalla mientras el *beauséant* ondeara en lo alto. Habían sido adiestrados con la inteligencia de saber ser prudentes, obedientes a sus superiores, constantes y pacientes, y de obrar con justicia. Coraza, escudo, yelmo y espada, para servir a Dios sin que su corazón flaqueara. Se apartaban los miedos y los pecados, y la gloria junto al Altísimo se convertía en objetivo y fin último de su esencia.

El primer choque fue cruento, despiadado, donde los templarios cargaron con fuerza abriendo brecha en las huestes enemigas. Las lanzas hirieron caballos, traspasaron cuerpos, hincándose en el corazón de los mamelucos que componían la vanguardia. Poco después, y tras replegarse un tanto, fueron los sarracenos los que comenzaron a tomar la iniciativa. Sus corceles, más rápidos porque el peso de sus jinetes era más ligero que el de los cristianos y, por tanto, poseían una libertad de movimientos que éstos no tenían, se movían entre las filas templarias esquivando los golpes más decisivos. Sus espadas y cuchillos trataban de atravesar las defensas de los cristianos, pero las protecciones de cota de malla evitaban que recibieran heridas muy profundas que les impidieran continuar con la lucha.

Sunifred, mientras evitaba la cimitarra de un mameluco a caballo, y le cortaba de un golpe certero con su espada la cabeza, vio que Hug se batía con gran destreza sobre Brioso, quien alzaba las patas delanteras y resoplaba enfurecido, tratando de alejar al enemigo. «Qué magnífico caballo», pensó el sargento, esquivando de nuevo otro ataque sarraceno al tiempo que intentaba acercarse hasta la máquina de asedio más cercana.

De repente, las flechas volaron a su alrededor y su corcel se hincó de hinojos en la tierra. De un salto, consiguió salvar la caída del animal sin perder pie y, alzando el escudo, se protegió contra los virotes que todavía buscaban alguna parte de su cuerpo. Un golpe seco en el casco lo aturdió por un momento, recuperándose al cabo pues le iba la vida en ello. Se vio rodeado de infantería mameluca al instante. Debían de haber previsto que uno de los movimientos cristianos sería destruir sus catapultas y prepararon bien su defensa. Por más que lo intentó, usando toda la destreza con la espada de la que era capaz, no conseguía acercarse ni dos pasos. En cuanto uno

de los moros caía, otros sustituían raudos su lugar. Poco a poco, notó que sus fuerzas iban mermando, que el empuje de su espada perdía peso en cada estocada, y se preparó para lo peor. Se había quedado aislado rodeado de un gran número de enemigos y no encontraba la forma de salir de allí.

«Vivir antes de morir...», se repitió apretando los dientes, pensando en vender cara su derrota. Entonces, los clarines atronaron por encima del estruendo de la batalla desde los muros de la ciudad. Sunifred alzó la cabeza y vio con alegría que los refuerzos habían llegado. Un contingente de templarios, hospitalarios y cruzados se acercaban dispuestos a ayudar a los que luchaban. Contempló recular a los mamelucos, preparando una nueva defensa, mientras los recién llegados instaban a los que todavía quedaban con vida a que volvieran a la ciudad. Se ordenó retirada para hacerse fuertes dentro de la plaza.

Sunifred, sin embargo, no conseguía deshacerse de los hombres que lo acosaban. Su espada seguía fintando y esquivando acero enemigo sin encontrar una brecha por la que escapar para poder luchar otro día. Su corcel yacía muerto a sus espaldas, y dudaba de que consiguiera dar algún paso en dirección a la ciudad sin que una flecha enemiga lo derribara. Estaba cansado, y cada vez los brazos le pesaban más.

Una bestia negra apareció entonces junto a él, hundiendo con sus cascos la cabeza del mameluco que más cerca tenía.

—¡Vamos! ¡Monta!

Hug le tendía la mano desde lo alto de Brioso, quien, enloquecido, rodeaba bailando con sus patas al corcel del sargento. No acababa de entender que su amigo equino estuviera muerto. Hug tuvo que poner todo su empeño para que el destrero enfilara hacia las murallas mientras Sunifred se agarraba a su mano y subía detrás de

él. Con mucho esfuerzo, controló al animal y galoparon rumbo a la ciudad, donde ya el resto del contingente cristiano se reunía para celebrar la llegada de refuerzos y preparar una nueva ofensiva.

Los días siguientes no trajeron mejores noticias. A pesar de que Trípoli fue socorrida por templarios bajo el mando del mariscal Godofredo de Vendac, un contingente hospitalario a cuya cabeza estaba Mateo de Clermont, tropas francesas venidas desde Acre con Juan de Grailly y hombres al mando de Amalarico, hermano menor del rey de Chipre, la situación poco había cambiado. Los mamelucos seguían destruyendo los muros con sus máquinas de asedio, prestos a invadir la ciudad en cuanto se abriera una mínima brecha.

Además, se vivieron momentos confusos cuando los genoveses y venecianos que permanecían en la ciudad, y a los que convenía la derrota de Qalawun para sus negocios mercantes, huyeron con sus navíos al amparo de la noche.

Las esperanzas en los corazones de los sitiados se iban desvaneciendo, arrastradas por la brisa húmeda del mar y el calor del polvo en suspensión que traían las nubes desde lontananza conforme las semanas pasaban.

La tarde del 25 de abril, poco antes del ocaso, Sunifred fue llamado a reunirse con frey Pedro de Moncada. Hug lo acompañaba cuando entraron en una lujosa estancia del palacio adornada con ricos cortinajes y muebles de madera noble. Varias teas daban claridad a un ambiente enrarecido por un silencio atronador que —contradicción o no— parecía retumbar en el fondo de sus oídos.

La situación era ya desesperada. De hecho, doña Lucía, los mariscales del Temple y del Hospital, junto a John de Grailly, habían escapado esa mañana con cualquier embarcación que todavía se

mantuviera a flote. En la ciudad tan sólo quedaban esa tarde unos pocos ciudadanos, que no habían querido o podido huir, y las pequeñas fuerzas con las que contaba frey Pedro, como comandante de los templarios en Trípoli, y las de frey Guillermo de Cardona.

—¿Nos ha mandado llamar, frey Pedro?

El de Moncada levantó la cabeza de unos pergaminos a los que estaba poniendo el sello cuando entraron y miró a Sunifred con fijeza. A su lado, el hermano Guillermo permanecía en pie, atento a las palabras del comandante.

—Te he hecho venir por un motivo, sargento. —Luego se dirigió a Hug—. Y vos y frey Guillermo, aquí presente, serviréis como testigos.

Hug y Sunifred intercambiaron una mirada preocupada. El rostro circunspecto del antiguo maestre provincial de Aragón no dejaba entrever en qué estaba pensando.

—Como bien sabéis —continuó—, nos hemos quedado solos en esta maldita ciudad. No resistiremos mucho más los embates de Qalawun. Los muros están a punto de derrumbarse y no creo que aguanten un día más. Frey Guillermo opina lo mismo que yo.

A su lado, el de Cardona asintió severo. La determinación de su rostro indicaba que, a pesar de saberse abandonado a su suerte, mantendría su posición ocurriera lo que ocurriera.

—No vamos a marcharnos. Continuaremos aquí hasta perecer y que el demonio se lleve a los mamelucos. Lucharemos hasta el final y honraremos el manto que portamos con nuestra sangre si es preciso. —Volvió a mirar a Sunifred con persistencia—. Pero no vosotros.

—¿Qué queréis decir?

El sargento no pudo evitar que un nudo se le instalara en el pecho por las palabras de su mentor.

—Vosotros partiréis mañana al alba. Hay una pequeña embarcación que os aguardará en el extremo más alejado del puerto. Lo he dispuesto todo para que lleguéis a San Juan de Acre sanos y salvos.

—Pero... ¿Y vos?

—Como ya he dicho, frey Guillermo y yo permaneceremos aquí a la espera de lo que ocurra. Nadie dirá nunca que frey Pedro de Moncada ha abandonado una plaza ni a los suyos. No contarán esa ignominia de mí.

Sunifred iba a replicar, pero un gesto seco de la mano del comandante lo frenó.

—No te he hecho venir para que discutas conmigo, rapaz, aunque sé que no serías tú si no lo hicieras —le dijo suavizando el tono y sonriendo por primera vez desde hacía mucho tiempo. Podía notarse que, entre ellos, existía algo más que la relación de mero mentor y aprendiz—. Pasarás la noche rezando en la capilla y, al amanecer, nos reuniremos en capítulo los hermanos que quedemos para imponerte el manto blanco de la Orden. Frey Hug será el garante de que te aprendas en lo que queda de día las respuestas que debes dar ante el capítulo.

Sunifred no daba crédito a lo que estaba escuchando. Tanto era así, que no fue capaz de encontrar palabra alguna para pronunciar las preguntas que se agolpaban en su garganta.

Pero el de Moncada todavía no había terminado.

—Un plebeyo no puede ser nombrado caballero de la Orden —siguió diciendo, ajeno a la turbación del sargento—. Por ello, he redactado un documento donde te reconozco como hijo mío y te doy mi apellido. Sirvan los presentes como testigos.

Frey Pedro mojó entonces la pluma en un tintero y rubricó el documento que tenía ante él. Después, instó a frey Guillermo y a

Hug para que se acercaran a hacer lo mismo ante el rostro atónito de Sunifred, al que todo aquello le parecía un sueño. O más bien, una condenada pesadilla.

—No podéis...

—Ya está hecho —afirmó sellando el documento y tendiéndoselo al joven—. Desde ahora, eres Sunifred de Moncada y maldito aquel que lo dude. Y ahora, si os place —dijo dirigiéndose a Hug—, lleváoslo y preparadlo para el capítulo de mañana.

Hug cogió a Sunifred por el hombro y le dio un pequeño empujoncito para que se moviera. Estaba aturdido y, en esos momentos, la mano amiga de Hug logró que pusiera un pie detrás de otro y consiguiera salir de la estancia sin que las piernas le temblaran y la mano no soltara el documento donde se le reconocía como un Moncada.

En cuanto las estrellas comenzaron a difuminarse y se instaló una fugaz claridad, los hermanos se reunieron en la misma capilla donde Sunifred había pasado la noche en vela digiriendo lo acontecido la tarde anterior. Pocos rezos hubo, aunque lo intentó, pero su mente era un hervidero de preguntas sin respuesta que en ese instante se materializaban en un dolor agudo detrás de los ojos.

Al fondo, en el centro, frey Pedro aguardaba a que Sunifred se acercara. Flanqueándolo, los pocos caballeros que quedaban lo miraban con solemnidad. Incluidos Hug y frey Guillermo, que serían sus introductores.

La ceremonia empezó sin dilación. No había tiempo que perder con el enemigo llamando a su puerta.

—¿Buscas acogerte a la compañía de la Orden, participando de sus obras espirituales y temporales?

Sunifred respondió que sí con firmeza.

—¿Serás capaz de observar con austeridad los preceptos de la Orden, renunciando a lujos mundanos y lo soportarás para honrar a Dios y por la salvación de tu alma?

Nueva respuesta afirmativa.

—¿Crees en la fe católica y en la santa Iglesia de Roma? ¿Estás excomulgado? ¿Estás unido en matrimonio? ¿Tienes alguna enfermedad que te impida servir a la Orden? ¿Tienes deudas?

Éstas y más preguntas se sucedieron durante un rato hasta que los freires salieron fuera de la capilla para que Sunifred orara por última vez antes de ser admitido.

Tras un corto espacio de tiempo, sus introductores —Hug y Guillermo de Cardona— entraron.

—¿Persistes en tu deseo de ser admitido como caballero en la Orden?

A su respuesta, de nuevo afirmativa, entraron el resto de los hombres y Sunifred tuvo que pronunciar su petición:

—He venido ante vos y ante los hermanos presentes para pediros por Dios que me acojáis en vuestra compañía y pueda participar en los favores de esta casa.

—Debes jurar por Dios y por la Virgen que siempre obedecerás al maestre, que serás casto y observarás los principios de la Orden. Vivirás sin posesiones y lucharás por preservar lo ganado en Tierra Santa y por conquistar lo que todavía falta. Asimismo, si te fueran confiados bienes del Temple, debes jurar guardarlos bien y no abandonar la Orden sin permiso de tus superiores.

—Lo juro.

—¿Quieres ser siervo y esclavo de esta casa hasta el fin de tu vida?

—Sí, si es la voluntad de Dios.

Las preguntas volvieron a sucederse hasta que frey Pedro recitó las palabras que lo admitían como caballero del Temple y le echó el manto blanco sobre el cuello. Tras obligarlo a arrodillarse, rezaron una oración y, finalmente, Sunifred se alzó para que lo besaran como mandaba la tradición.[14]

Después de ese beso, como si de un ensalmo se tratara y Dios hubiera estado esperando hasta que concluyeran, comenzó a escucharse el estruendo provocado por las catapultas bombardeando la ciudad.

Frey Pedro ordenó a todos a que marcharan a defender las murallas y se quedó a solas con Sunifred, instando a Hug a que lo aguardara en la puerta.

—Márchate ahora, y que Dios te guarde.

—Venid con nosotros, todavía estáis a tiempo de salvaros.

Jamás Sunifred había implorado por algo, pero en ese momento estaba más que dispuesto a hacerlo. No quería perder a su mentor, con el que tanto había compartido. Y sabía que, si se quedaba, moriría bajo la furia mameluca. Por primera vez en muchos años, lágrimas de impotencia, que no llegaron a derramarse, presionaron en el fondo de sus ojos.

—Sabes que no lo voy a hacer. Jamás me lo perdonaría. Ahora márchate, Sunifred, aún hay un trabajo que tienes que hacer para mí. —De entre los pliegues de su túnica, sacó un rollo de documentos sellado—. Debes guardar esto con tu propia vida si fuera menester. No debe caer en manos ajenas. Se trata de algo muy importante para la Orden y sólo el Gran Maestre sabrá qué hacer con ello. Ve a Acre y entrégaselo a frey Guillermo de Beaujeu. Sólo a él, no lo olvides.

Sunifred prometió que el Gran Maestre recibiría aquel rollo de pergaminos de su propia mano. Fuera, la lucha arreciaba y pronto se

escucharon gritos diciendo que los muros habían caído.

—No queda tiempo. Vete ya.

—Pero...

—Escúchame, rapaz —dijo el de Moncada mirando a Sunifred a los ojos mientras ponían ambas manos en los hombros del joven—, siempre me has servido bien, y sé que ahora volverás a hacerlo. Deseo que este regalo que te hago —se refería a su nombramiento como caballero del Temple— te convierta en el hombre que yo sé que puedes llegar a ser. Honra a Dios, a este manto que descansa sobre tus hombros y a mi memoria. Ése es mi deseo. Y mi mandato.

Luego lo miró con lo que pareció un atisbo de ternura.

—Te pareces a ella... A tu madre...

Los ojos del comandante se habían perdido en algún recuerdo.

—¿La conocisteis?

—Mucho tiempo ha de ello. Yo todavía era joven y mis instintos no estaban tan templados como hoy día.

Sunifred entendió lo que dejaban entrever esas palabras y se quedó sin aliento.

—Te reconocí en cuanto te vi. Te pareces mucho a ella...

Un estrépito en la puerta de la capilla interrumpió el momento.

—¡Mi señor! —Un sargento irrumpió con la respiración agitada. En su rostro se dibujaba un rictus de alarma—. ¡Los muros han caído! Los mamelucos entran a raudales y no hay forma de contenerlos. Frey Guillermo de Cardona requiere de vuestra presencia.

—Decidle que voy enseguida. —Luego se volvió hacia Sunifred, quien trataba de ocultar su aturdimiento—. ¡Frey Hug! ¡Idos ahora! ¡Marchad con Dios!

Hug agarró a su amigo del brazo y lo arrastró hasta la puerta lateral de la capilla, que daba a un pasillo por el que se accedía directamente a una poterna que daba al puerto.

Sunifred se dejó llevar, fijando su vista en frey Pedro hasta que la puerta se cerró tras cruzarla. La sonrisa última que el de Moncada le dirigió permanecería grabada a fuego en su pecho hasta el último aliento que diera en la vida.

—*Vivir antes de morir...*

—... *para morir viviendo.*

V

Encomienda de Tortosa, principios de septiembre de 1289

ABernat de Rocamora no le gustaba tener en su encomienda a aquel individuo ni volver a tener tratos con él. Pensaba —aunque nunca lo admitiría en voz alta— que se había equivocado al dar crédito a sus palabras en el pasado. Su odio hacia Pedro de Moncada lo cegó cuando aquél le arrebató el puesto de maestre provincial de Aragón que tanto codiciaba. Montoliu ya le había advertido mientras fue el preceptor de la casa que él ahora regía con mano firme.

La de Tortosa era una de las encomiendas más prósperas, siempre lo había sido por su control de la mercancía que entraba por el río hacia el interior y salía en dirección al Mediterráneo. Bernat gustaba de pasearse por el puerto y ver el trajín que día a día fructificaba en torno al Ebro, arribando y partiendo embarcaciones de muchos lugares del mundo. Cuando comandó la casa de Tortosa por primera vez, hacía ya de eso más de diez años, no supo apreciar en verdad la magnífica oportunidad que se le había concedido, pidiendo ser trasladado a otra encomienda con las miras siempre puestas en el puesto de maestre provincial. En ese momento, quizás porque la madurez templaba su carácter, se daba cuenta de que ser preceptor de la casa de la Orden en Tortosa precisaba de un fino equilibrio

entre la firmeza, la cautela y el saber en qué momento y lugar se requería de una o de otra.

Tenía que reconocer que sus antecesores en el cargo habían hecho un trabajo excelente. La bonanza que vivía la encomienda se debía, en gran parte, a sus esfuerzos, desde el acopio de tierras, ya fuera por donaciones o por compra o permuta para plantar vides que luego convertían en un vino exquisito, hasta el cuidado de los panales de abejas cuya miel hacía las delicias de las damas de la ciudad, quienes no dudaban en enviar a sus siervos a comprar tarros del néctar ambarino para sus caprichos culinarios. Esta última idea, traída por uno de los freires —frey Miquel, si mal no recordaba— desde Masdéu, había dado paso a otras actividades que mantenían la encomienda siempre en constante movimiento, laborando sin pausa en los momentos en los que la oración daba paso al trabajo. Y, desde hacía pocos meses, se estaban ampliando las cuadras para cruzar bellos ejemplares venidos del sur con caballos más recios, en busca de encontrar una proporción idónea entre fuerza y gallardía que hiciera las delicias de las casas nobles. Un hermano que ejercía de albéitar se estaba encargando de ello.

Ahora, sin embargo, aquel horrible Esquieu de Floyran venía a perturbar su paz, regodeándose en las últimas nuevas que venían de Tierra Santa.

—Tras la caída de Trípoli, se comenta en los círculos de París que el siguiente paso de los mamelucos será conquistar San Juan de Acre.

—Difícil empresa. Acre está bien protegida por mar y por tierra. Los muros son fuertes y los hermanos la protegen bien.

Rocamora no iba a ponérselo fácil a aquel exaltado. Se preguntaba cómo había podido equivocarse tanto. Una cosa era la inquina que le tuvo a Moncada, y otra muy distinta era regocijarse

con las tribulaciones del Temple en aquellas tierras impías. Ante todo, frey Bernat se debía a la Orden, y elucubraba que los rumores que en su momento llegaron sobre el aborrecimiento de Floyran por todo lo que oliera a templario habían estado en lo cierto. Y él nunca los creyó. Hasta ese instante.

Tendría que orar toda la noche en la capilla para purgar su pecado.

—Caerá, os lo aseguro.

Rocamora lo miró con desdén.

—¿Desde cuándo sois tan cínico? Hay que tener fe en Dios y Él no nos abandonará en estos momentos aciagos.

—Dios hace tiempo que os abandonó.

—¡Cómo osáis! —frey Bernat estalló encolerizado—. Creí que vuestro propósito era requerir el perdón de la Orden tras vuestra falta y ahora me doy cuenta de que vuestras intenciones eran otras.

—¿El perdón del Temple? En todo caso sería la Orden la que tendría que suplicar por el perdón de Dios. Os habéis enriquecido a costa de Su Palabra, vuestras arcas rebosan con codicia y ¿pretendéis ahora que Él os favorezca?

Rocamora lo miró anonadado. Había sido un necio al aliarse con aquella serpiente engañosa. Habíase dejado seducir por sus cantos de sirena y en ese instante se daba cuenta de su error. Un error que podía afectar a la casa que comandaba.

—Lo que decían de vos era cierto. Nunca entró dentro de vuestros planes el ayudar a la Orden. Sólo buscáis venganza por vuestra expulsión y yo fui tan mentecato que me dejé engañar.

Floyran no contestó, otorgando con su silencio una respuesta que era obvia.

—Miradlo por el lado bueno, frey Bernat —dijo al cabo—, Moncada ha muerto y ya no tendréis que preocuparos por él. Eso sí, si con su

caída buscabais la gloria, me temo que habéis cometido un error de apreciación. Su valentía hará que sea recordado. ¿Se podrá decir lo mismo de vos?

El comendador de Tortosa se alzó de su asiento con brusquedad. Miró a Esquieu con desprecio y lo señaló con el dedo.

—¡Marchaos de esta casa ahora mismo! ¡O juro por el que reina en los cielos que os ensartaré con mi espada!

—Guardaos vuestras vanas amenazas, sólo había venido para informaros de que hemos descubierto la razón por la que Pedro de Moncada envió a su esbirro a Bézu, pero ya veo que no os interesa.

—¡Qué me importa a mí Bézu! No voy a escuchar una palabra más surgida de vuestros labios.

—Como gustéis.

—Marchaos, Esquieu, o haré que os encierren en la mazmorra más oscura y maloliente.

Floyran lo miró mientras se dirigía a la puerta.

—Eso ya lo hicisteis —dijo recordando su encierro en Carcasona—, y juro que no lo volveréis a hacer.

Una vez que se hubo marchado el francés, frey Bernat se dejó caer en la silla apesadumbrado, fustigándose por su credulidad. Había pecado de orgullo y envidia; se dejó llevar por disposiciones ajenas sin medir las consecuencias. Ahora era demasiado tarde, no podía hacer nada por reparar sus faltas. El mal estaba hecho.

Una hora después, tras reflexionar en profundidad sobre su yerro, tomó una decisión: no merecía seguir comandando la casa de Tortosa, no era digno de ello. Solicitaría ser relevado de su cargo y se iría de peregrinaje para pedir perdón en la tumba de Santiago, y, en el camino, oraría en cada iglesia y capilla que encontrara a su paso. Necesitaba estar en paz consigo mismo.

Esquieu callejeaba por los alrededores de la catedral románica de Tortosa. Se había perdido. No encontraba la posada donde pernoctaría esa noche antes de volver a Gisors. Pese a las indicaciones proporcionadas por Gérard, aquellas calles estrechas, con sus casas que se combaban para tapar la escasa luz del ocaso, le parecían todas iguales.

Había estado tan embebido en sus pensamientos, refocilándose por la expresión de sobresalto que percibió en el rostro de Rocamora, que no se dio cuenta de por dónde caminaba.

Casi no había nadie. Sólo se cruzó con unos pocos labriegos que venían de trabajar sus tierras con la caída del sol. De las casas, salían aromas a guisos de carne y verduras para la cena de sus moradores que despertaron su apetito. «¿Dónde estaba la condenada posada?», se decía, mirando a uno y otro lado, tratando de orientarse.

Giró una esquina y se encontró una calle en la que, al fondo, se podía ver la imponente mole del castillo de la Zuda en lo alto del promontorio, bastión de aquella ciudad con tantos siglos de historia. Pero no se paró durante mucho rato a admirarlo. Las sombras iban ganando terreno a la poca luz que quedaba.

Se orientó al final gracias a un amanuense que volvía al hogar tras su jornada de trabajo y le indicó el camino. Por fortuna, estaba a apenas dos calles de la dichosa posada. Aceleró el paso para llegar cuanto antes y que la noche no se cerrara sobre su cabeza.

Al doblar otra esquina, se topó con una figura oscura que aguardaba al final de la calle. Permanecía inmóvil, embozada con una capa negra cuya capucha escondía el rostro de quien se ocultaba debajo. Esquieu notó que un escalofrío le bajaba por el espinazo. Dio un paso atrás sin ser consciente de que lo hacía.

Entonces, la figura sacó de entre los pliegues de su embozo una espada y lo apuntó con ella, provocando que unas gotas de orina se deslizaran por su pierna. El miedo a que fuera un demonio que venía a saldar cuentas con él lo paralizó, cerrándole la garganta, impidiéndole gritar para pedir ayuda.

De pronto, unas carcajadas surgieron de aquel ser encapuchado y su sonido alivió el temor de Floyran. Reconocía esa voz y el sonido de su risa.

—¡Maldito seáis, Gérard! ¡Me habéis dado un susto de muerte!

Gérard de Boizol, señor de Gisors, apartó la capucha de su rostro y le dirigió una sonrisa de suficiencia.

—Casi os habéis cagado en las calzas.

—No seáis soez —le replicó, molesto—. Dejaos de disparates y llevadme a la posada. Me muero de hambre.

Poco después se encontraban sentados a una mesa con un plato de guiso caliente ante ellos. Esquieu lo atacó con fruición, mientras Gérard daba cuenta del vino con las mismas ansias que él la comida.

—¿Cómo ha ido con Rocamora?

—Digamos que ya no está de nuestra parte —respondió Floyran tras amagar un eructo—. Tuvimos un pequeño desacuerdo y la cosa no acabó bien.

—Pero ¿habéis averiguado lo que pretendíais?

—Sí. Como me temía, Rocamora no sabía nada del oro de Bézu. De hecho, no quiso saber nada cuando mencioné el asunto.

—Quizás os ha engañado. Quizás quería haceros pensar que no sabía nada.

—Le vi el rostro; y en él no había falsedad. No le importaba lo más mínimo lo que habíamos averiguado en Bézu. Parece ser que ahora, tras la muerte de Moncada, le remuerde la conciencia. —Esquieu

estaba convencido de ello—. Os lo digo, frey Bernat no iba a servirnos de ayuda para saber dónde está ese oro.

Unos meses atrás, y tras endeudarse para pagar voluntades —incluso cedió las tierras de sus padres al señor de Voisins a cambio de información—, Esquieu averiguó qué era aquello que se ocultaba en la montaña de Bézu: sus entrañas rebosaban de oro. Por esa razón, Pierre III de Voisins, señor de aquellos pagos, había hecho venir a sus tierras a un contingente de templarios del Rosellón, que erigieron una capilla para ocultar lo que allí se hacía. A cambio de un porcentaje, ellos protegerían aquel secreto.

Ahora las minas estaban secas, ya habían dado todos sus frutos, pero la parte que correspondía a los templarios fue sacada en secreto aquella noche de hacía cuatro años por el esbirro de Moncada. Se sabía que una fracción del oro viajó con el antiguo maestre provincial de Aragón hacia Tierra Santa. Pero ¿y el resto? Más carros cargados con el preciado metal salieron esa noche en distintas direcciones y encontrarlo satisfaría las ambiciones de ambos hombres sentados a la mesa de una posada de Tortosa. Cada uno con sus distintas razones: Esquieu porque quería ver al Temple destruido; y Gérard porque, con ese oro, podría hacer frente a sus deudas y vivir como él creía que correspondía a su apellido.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Boizol.

—¿Ahora? Esperar.

Esquieu no tenía ninguna prisa. Sabía que tarde o temprano la Orden, en su ambición, se destruiría a sí misma. Y él haría todo lo que estuviera en su mano para que así fuera. Llegaría el momento en el que alguien lo escucharía. Las voces contra los templarios tras la caída de Trípoli ya empezaban a oírse. Si, finalmente, perdían Tierra Santa, sus deseos se harían realidad. Estaba convencido.

Mientras, practicaría la virtud de la paciencia y cosecharía los resultados cuando éstos llegaran.

—¿Esperar a qué?

—No sabemos quién más está al tanto del asunto del oro. Veo probable que el círculo secreto al que Moncada pertenecía esté compuesto por hermanos del Temple adscritos a puestos influyentes y, en estos momentos, no tenemos acceso a ellos —refirió, convencido—. Sin embargo, y por lo que sé, el esbirro de Moncada todavía vive. Y en cuanto vuelva de Tierra Santa lo sabremos.

—Si vuelve.

—Sí, si vuelve. Entretanto, seguiré indagando. Todavía me quedan algunos amigos poderosos que me deben favores.

—¿Y por qué no enviar a alguien a Tierra Santa? ¿Alguien que encuentre al esbirro y le sonsaque la información que necesitamos?

Floyran calibró la propuesta del señor de Gisors, pero estaba cansado y necesitaba dormir tras el opíparo condumio que acababa de ingerir.

—Pensaré en ello —fue el único compromiso que se vio capaz de afrontar en esos instantes.

VI

En algún lugar de Valencia, más de un año después

Deseaba terminar ya con todo. Dormir y no volver a despertar. Pero no lo dejaban. «¡Malditos fueran! ¡¿A qué venía tanta algarabía?!», se lamentaba en silencio, incapaz de utilizar la voz tras tanto tiempo sin usarla.

Los chillidos aumentaban, el griterío ya era ensordecedor, y Arnau tuvo que taparse los oídos con las manos y acurrucarse en el suelo, en una de las esquinas mugrientas de la celda, a la espera de que todo cesara.

«¡Tella! ¡Arnau de Tellaaaaa!», le pareció escuchar entre el histerismo que imperaba en esos momentos en aquel sucio agujero. Pensó que eran imaginaciones suyas, que su mente había perdido el contacto con la realidad. El clamor de decenas de presos que, desde las celdas cercanas, voceaban sus lamentos, no lo dejaban respirar.

Gemidos, aullidos, carcajadas rayanas en la locura, bramidos insoportables..., y, entre ellos, su nombre que se repetía sin cesar. «¡Arnau de Tella!».

Creyó que esta vez sonaba más cerca de su celda.

No sin mucho esfuerzo, abrió los ojos, se quitó las manos de las orejas y se incorporó un tanto para aguzar el oído. Volvió a escuchar su nombre y concentró sus sentidos en la claridad que parecía venir del pasillo que conectaba las celdas. El griterío seguía siendo

inhumano, pero intentó aislar el vocerío de los presos y apartarlo a un rincón de su cabeza para que no le molestara.

Pasos agitados, carreras, el roce de varios pies contra la roca que conformaba el suelo de aquella ratonera. De pronto, más cerca todavía. «¡Tella! ¡Tella!»

Hizo un esfuerzo para ponerse en pie y tambalearse hasta la puerta de la celda. Quiso gritar. Ponerse a la altura del resto de los reclusos. Sin embargo, su voz se negaba a brotar con fuerza, sólo un susurro se desprendió de sus labios.

—¡Aquí!

Pero apenas alcanzaba a oírse a sí mismo. ¿Cómo iban a escucharlo los demás?

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Aquíííí!

Y con cada intento, su voz iba recobrando la fuerza que tuviera antaño.

Alguien silbó.

—¡Creo que lo he encontrado!

Unos pasos se acercaron entonces a la puerta del calabozo y una luz cegadora se acercó a los barrotes para iluminar el interior. Tres siluetas indefinidas lo miraban.

—¿Es él?

—Déjame ver. —El resplandor de la tea lo cegó por completo—. Sí, es él. Tiene la cicatriz cruzándole el ojo.

Tras trastear en la cerradura de la puerta, ésta se abrió, y unas manos lo cogieron del brazo para sacarlo.

—Vamos, no hay tiempo que perder. La guardia ya habrá sido alertada —dijo uno de ellos.

Sin cuidado, lo empujaron para que pasara delante de ellos. Las piernas, poco habituadas al movimiento, se le doblaron. La inactividad y el hambre habían hecho estragos en su cuerpo.

—¿A qué esperas? —le instó uno de ellos propinándole un empujón que lo hizo trastabillar.

—No... No puedo...

El más bajo de los hombres lo miró y entendió.

—Cogedlo —ordenó.

Arnau se vio entonces sujeto en volandas avanzando deprisa por aquellos túneles que parecían un laberinto. Pensó que estaba en un sueño. O que su mente había sucumbido a la demencia e inventaba lo que allí sucedía. Cerró los ojos, pero cuando los abrió seguía en la misma ilusión.

Los hombres que lo sujetaban resollaban por el esfuerzo. Mientras, el de baja estatura los guiaba por los pasillos, alumbrándolos con la tea. Por el rabillo del ojo vio a dos de los carceleros maniatados y tendidos en el suelo al llegar a una sala un poco más amplia que su celda. Uno de ellos no se movía, y el otro gemía con el rostro cubierto de sangre. Poco más pudo ver. Siguieron a paso ligero hasta que, de un empujón, el que iba delante abrió una puerta que los llevó a la parte trasera de un callejón.

Apenas notó el viento fresco del exterior en el rostro, aspiró a grandes bocanadas, como si hubiera estado sumergido en el agua sin poder respirar hasta ese momento. Alzó entonces la cabeza hacia arriba, hacia el cielo, y se deleitó con el guiño de las estrellas. Una suerte de felicidad pueril lo invadió, como un niño probando por primera vez un dulce de miel, y comenzó a reír. La visión se le nubló, pero la risa continuó. Los hombres lo miraron como si hubiera perdido el juicio, aunque a él no le dio tiempo a percibirlo. Las carcajadas se interrumpieron cuando se desmayó.

—Aquí lo traemos, mi señora. Ha perdido el sentido por el camino.

—Traedlo y recostadlo junto al fuego.

Arnau oía las voces desde la lejanía en la que se encontraba. Sintió que apoyaban su cuerpo sobre algo duro y luego se apartaban.

—Esperaremos hasta el alba, tal y como hemos convenido.

Desaparecieron entonces las voces, sustituidas por el silencio y un calor que envolvía su cuerpo y lo hacía revivir.

Poco a poco fue abriendo los ojos. El fuego que crepitaba en el hogar frente a él le hirió las pupilas, por lo que tuvo que entrecerrar los párpados hasta que se acostumbró al fulgor que desprendían los leños ardiendo.

Haciendo un enorme esfuerzo, pudo incorporarse. Estaba sentado sobre una estera de esparto entrelazada que solía usarse para evitar el frío y la humedad del suelo. Frente a él, el hogar crepitaba y daba luz y calor a un barreño con agua dispuesto a su izquierda.

Notó que no estaba solo. Sus sentidos, ya despiertos, lo alertaron de que había alguien más en aquella habitación. Al volverse con el cuerpo tenso, escudriño cada rincón de la estancia buscando algún peligro. El claroscuro que proporcionaba la luz de la chimenea le reveló un arcón, una pequeña mesa y un lecho. Y junto a éste, una figura embozada permanecía quieta, de cara a él.

—Descubríos. Ya —le ordenó tratando de ponerse en pie.

Pero sus malditas piernas le fallaron otra vez.

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes, maldito desagradecido?

Esa voz... A Arnau le dio un vuelco el corazón.

—¿Bet... tisia?

La mujer se quitó la capucha, revelando aquel rostro que Arnau pensó que nunca más vería. Si en ese momento hubiera tenido

fuerzas, se habría arrodillado para apoyar la cabeza en su vientre y abrazarla.

—Hueles fatal, almogávar del demonio —le dijo sin un ápice de compasión—. No pienso acercarme a ti hasta que hayas quemado los andrajos que llevas y tomes un baño.

Arnau soltó una carcajada, la más franca que había soltado en años, para, a continuación, hacer lo que ella le había ordenado.

Se sumergió en el barreño con un suspiro de satisfacción tras tirar sus ropas al fuego de la chimenea. Se encogió para meter la cabeza bajo el agua y aguantó la respiración hasta el límite de sus pulmones.

—¿Qué haces? ¿Piensas ahogarte para no hablar conmigo?

Arnau volvió a reír.

—Te he echado de menos.

—No seas mentecato.

—Lo digo en serio.

—Anda, deja que te lave el cabello. Luego —dijo posando un cuchillo en su cuello— te lo cortaré para que vuelvas a parecer una persona otra vez. Y la barba también.

—Mientras no me cortes el cuello...

—No me tientes.

La siguiente hora apenas hablaron. Bettisia se encargó de lavarlo y cortar una a una las guedejas enmarañadas sin que él dijera esta boca mía a pesar de los tirones que le daba al hacer presión con el cuchillo sobre su cabello. Arnau estaba feliz, y su largo encierro le parecía en ese momento una pesadilla de la que por fin había despertado.

Una vez que hubieron terminado, la mujer le tendió un paño de lino para que se secara y le dio una camisa y unas calzas limpias.

—Estás muy flaco.

—Es lo que tiene haber pasado hambre en una celda repugnante durante... ¿Cuánto? —La miró confuso—. ¿Cuánto tiempo ha sido?

Bet no contestó. Arnau supo que había sido mucho tiempo, más del que en ese instante podría admitir.

El almogávar la miró.

—Fuiste tú, ¿verdad? Te encargaste de aquella arpía.

La mujer asintió.

—Deseo abrazarte.

—Después. Ahora tienes que comer.

Bet le señaló la mesa donde había dispuesto un poco de queso y cecina y una hogaza de pan. Para Arnau, sin duda, aquélla era la mejor comida que había probado nunca. Engulló como un cerdo hasta que ella lo paró de un manotazo alegando que podría sentirse indispuesto si seguía comiendo de esa manera.

El almogávar, consciente de su cercanía, dejó de lado las viandas y aprovechó el lance para abrazarla. Ella intentó quitárselo de encima, y casi lo consigue al tener él mermadas sus fuerzas, pero logró acercarla hasta el lecho dejando caer su peso y ambos acabaron sobre las mantas, enzarzados en un tira y afloja hasta que el juego dio paso a la pasión.

Arnau la besó con la devoción de un hombre sediento en mitad del desierto. Se tomó su tiempo para recorrer sus labios con la lengua y luego introducirla en su boca. Ella gimió como respuesta y lo atrajo más hacia sí agarrándolo del pelo. Pronto, sus ropas quedaron tendidas en el suelo, sobre las esteras de esparto, y sus cuerpos se fundieron en un solo ser. Arnau entró en ella de una acometida certera y pronto encontraron el ritmo que marcaba ese baile absoluto que sólo dos espíritus afines podrían trenzar. Cuando las fuerzas de Arnau dijeron basta, fue ella la que se puso sobre él, cabalgándolo como una amazona embriagada por la lucha y la

batalla, presta a que su flecha encontrara el lugar más profundo donde ensartarse. Y los gemidos se fundieron en un mismo grito al alcanzar juntos esa dulce muerte resumida en un suspiro.

Durmieron abrazados durante unas horas hasta que, antes de que el alba irrumpiera en sus vidas, Bet lo despertó.

—Debo irme —dijo terminando de ponerse sus ropas—. Pero antes tenemos que hablar.

—¿Adónde vas?

—A casa.

Arnau la miró sin comprender.

—Han pasado cosas..., cosas que no sabes. Durante este tiempo... ¡Maldición! ¡No sé ni por dónde empezar!

El hombre se levantó y la abrazó unos instantes. Después la obligó a sentarse junto a él en el lecho.

—Empieza por el principio.

—Me desposé —soltó la mujer su estocada, directa al pecho—. Estaba sola, no sabía dónde estabas y pasó el tiempo. Él es un mercader próspero, bastante mayor, pero siempre me ha tratado con respeto y consideración. Posee dos barcos con los que compra y vende artículos que luego vende a casas nobles y con ello se embolsa muchos maravedís.

»Lo conocí en la iglesia. Chocó conmigo cuando yo entraba para refugiarme del frío y pedir limosna para poder llevarme algo a la boca. Fue muy amable y bueno... Una cosa llevó a la otra. —Arnau lo entendía, aunque en su interior estuviera gritando de rabia—. No creas que no te busqué, Arnau, lo hice día tras día, y no he dejado de hacerlo. Y estuve enfadada contigo, por tu testarudez en venir a Valencia, a Ruzafa, sabiendo que era peligroso y dejarme sola después, cuando te apresaron.

Arnau reconoció que tenía razón. Él le había fallado, dejándole sólo un camino a seguir. La vida podía ser muy difícil para una mujer en completa soledad.

—No hace mucho —continuó—, un barco siciliano atracó en el puerto. Mantenía negocios con mi esposo. Posiblemente fueran corsarios a su servicio. No quiero saberlo ni me importa. Y vi la oportunidad. Reuní todo lo de valor que pude encontrar en mi alcoba y se lo ofrecí a cambio de que te sacaran de la cárcel. Hacía un tiempo que había averiguado dónde estabas, pero no encontraba la manera de sacarte de ahí. Incluso pagué a esos malditos carceleros para que te alimentaran, cosa que presiento que no hicieron viendo tu estado. Si pudiera los mataría con mis propias manos. —Arnau supo que lo decía en serio y las comisuras de sus labios se elevaron un ápice—. En fin, que vi mi oportunidad con los corsarios y la aproveché. Por eso estás aquí ahora.

—Y yo te doy las gracias por ello. No sabes lo que ha sido vivir en ese agujero...

Pero Bettisia lo interrumpió.

—No me des las gracias todavía —dijo sosteniéndole la mirada, siempre en franca rebeldía—. Lo que les ofrecí no fue suficiente. Así que tuve que hacerles una promesa. Habían perdido un par de hombres en el mar, así que les dije...

Al almogávar se le erizó el vello de los brazos.

—¿Qué? ¿Qué les has prometido, mujer?

—Que servirías en su barco durante un tiempo —le confirmó sin pestañear.

—¿Cuánto?

—Siete.

—¿Meses?

—Años.

Arnau se dejó caer de espaldas en la cama, tapándose los ojos con el brazo, incapaz de decidir si estrangular a aquella mujer o besarla por su franqueza.

—Lo siento, Arnau, era eso o pudrirte en la cárcel. Y elegí.

Le apartó la mano cuando intentó tocarlo. Necesitaba un respiro, demasiada información que digerir y demasiadas emociones en menos de un día. Todavía dudaba de si estaba viviendo una pesadilla creada por su propia mente en la mazmorra.

—Arnau...

—Lo sé, lo sé... Sólo dame un momento.

Estuvieron unos minutos en silencio, cada uno inmerso en sus tribulaciones.

—¿Cuándo tengo que partir?

—Dentro de poco; al alba estarán esperándote fuera, en la calle.

—Para impedir que me largue y deje tu promesa sin cumplir.

—Así es. Aunque les dije que eras hombre de palabra.

El almogávar resopló, irritado. Él no había hecho esa promesa. Sin embargo, reconoció que no tenía otra salida.

Las primeras luces del alba penetraron por la ventana. Unos golpes quedos en la puerta avisaron de que había llegado la hora.

—Ven conmigo —le dijo—. ¿No dices que han perdido dos hombres en el mar? Yo trabajaría por los dos y estaríamos juntos.

Bet negó con la cabeza.

—Los marineros creen que una mujer a bordo trae mala fortuna.

—¡Qué importa eso! Si hablo con ellos, quizás acepten. Además, son compatriotas tuyos.

—No puedo.

—¿Por qué?

—¡Porque no!

La mujer se alzó de la cama tras su vehemente grito. Arnau se levantó tras ella y la sujetó por los hombros. Lloraba. Y eso encogió el pecho del almogávar.

—Dime qué ocurre, mi amor.

—Lo lamento, Arnau, no puedo —le dijo compungida—. Tengo un hijo y no pienso abandonarlo.

Fue como si le hubieran robado todo el aire de los pulmones. La soltó y dio unos pasos hacia atrás.

Los golpes en la puerta volvieron a escucharse.

Arnau recogió sus ropas del suelo y se vistió lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Antes de abrir la puerta para marcharse, se volvió hacia la mujer.

—Sólo dime una cosa —le preguntó—, ¿el hijo es de tu esposo?

—Sí.

El almogávar hizo un gesto de asentimiento, aunque algo se apagó en su interior, una chispa de algo ilusorio que podría haber vivido si su condenada obcecación no le hubiera enturbiado la mente. La miró, empapándose de su silueta por última vez.

—Adiós, Bet.

No escuchó el *te amo* que ella dijo cuando cerró la puerta.

VII

Limoux, otoño de 1290

—Podríamos besarnos.

Philippe se atragantó con la tisana de hierbas que estaba tomando. En los últimos días se había encontrado indispuesto por un enfriamiento. Por fortuna, la tos había remitido y sólo le quedaba un leve malestar en el cuerpo.

—No digas disparates, Aude. ¿Por qué habríamos de besarnos?

—Pues porque en un año nos uniremos y creo que deberíamos probar antes.

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?

—Nadie, pero he visto esta mañana cuando venía del río de lavar la ropa a la hija del tahonero y al hijo del tintorero besándose tras unos matorrales y parece agradable.

Philippe enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Los perfectos renuncian a todo placer carnal.

—Oh, Philippe, no me sermonees, todavía no eres perfecto, y antes de serlo te unirás a mí. ¿Qué más da que probemos? Nadie se va a enterar.

El muchacho, todavía ruborizado, pensó que la única manera que tenía de librarse de Aude era accediendo a sus requerimientos. Si no lo hacía, ella iría tras él todo el día hasta que, por hartazgo, se plegara a sus deseos.

—Está bien —accedió al fin—, pero sólo un beso.

Aude sonrió satisfecha, cogió una silla y se sentó frente a él. Acercó su cara a Philippe y cerró los ojos.

—¿A qué esperas? —le instó cuando notó que el chico tardaba.

—No seas impaciente, Aude, me estoy preparando.

Philippe contempló con ternura el rostro todavía aniñado de la muchacha. «En verdad que es bonita», pensó antes de acercarse y posar sus labios sobre los de ella de forma suave.

Aude se tocó los labios con las manos y abrió los ojos. Su gesto, más que complacido, parecía confuso.

—Pues no es para tanto —dijo al cabo.

—¡Oh, Aude!

—Es verdad —se defendió la muchacha—, no entiendo por qué tanto alboroto por esto. He oído a las muchachas del pueblo hablar sobre por quién desearían ser besadas y no lo entiendo. ¿Qué tiene de especial?

Philippe no tuvo tiempo a contestar. En ese momento, su padre, el padre de Aude y un desconocido entraron por la puerta.

—Éstos son nuestros hijos, Philippe y Aude —indicó Bourrel al desconocido—. Muchachos, saludad al señor Pierre Bernier, ha venido desde Toulouse.

Ambos inclinaron la cabeza a modo de saludo.

Raymond se fijó en el rubor que enrojecía el rostro de su hijo y se preocupó. Esperaba que las fiebres no hubieran vuelto tras el enfriamiento.

—¿Te encuentras bien, Philippe? Tienes las mejillas enrojecidas. ¿Ha vuelto la fiebre?

—Philippe está bien —terció Aude antes de que el muchacho pudiera hablar—; es sólo que estábamos...

—¡Aude! —la reprendió Philippe—. Estoy bien, padre. Íbamos a echar de comer a las gallinas en cuanto me tomara la tisana. Vamos,

Aude, dejemos a nuestros padres con su invitado.

La muchacha iba a replicar que esa mañana ya había alimentado a las aves, pero la urgencia en el rostro de Philippe la disuadió. Pronto, ambos jóvenes abandonaban la sala principal de la casa y salían al patio trasero.

Los tres hombres se sentaron en torno a la mesa y Bourrel escanció un poco de vino especiado para todos de una jarra.

—¿Qué nuevas traéis, Pierre?

—Están volviendo de Lombardía. Muchos desean volver a la tierra que los vio nacer y formar de nuevo una comunidad donde vivir en paz.

—¿Creéis que es prudente?

—Ya ha pasado mucho tiempo, y la familia Autier está cansada de huir. Quieren volver a Foix y ayudar en todo lo posible a los creyentes perseguidos por la Inquisición.

—Se arriesgan mucho —dijo D'Alayrac—, aunque ahora vivamos una vida tranquila, eso puede cambiar pronto. Hay quienes vigilan el feudo inquisitorial con mucho celo. Puede ser peligroso.

—Eso mismo le dijo Guillermo Autier a su hermano Pierre, y éste le respondió: «Vayámonos, hermano, y partamos en busca de la salvación de nuestras almas». Me lo contó él mismo un día que vino a Toulouse.

—Por lo que escucho, está convencido de volver —dijo Bourrel—. Creo que entonces debe de saber sobre el plan que hemos puesto en marcha durante estos años, por si tuvieran que recurrir a él en alguna ocasión en que vengan mal dadas.

Durante largos minutos, Bourrel y Raymond le contaron a su invitado la urdimbre tejida en torno a la trashumancia. Las sendas y atajos de los pastores servían para cruzar a todo aquel creyente que

no se sintiera seguro más allá de los Pirineos, hacia tierras tarraconenses o del Maestrazgo.

—El noble Miravalle, de Tortosa, nos fue de gran ayuda en vida. Ahora es su hija la que se encarga de que los nuestros sean acogidos y reubicados lo más pronto posible en aldeas y villas alejadas de la larga mano de la Inquisición.

—Se lo diré a Autier en cuanto tenga ocasión. Quizás ellos, si como han dicho piensan volver a Ax-les-Thermes, puedan canalizar desde ahí ese paso a través de las montañas.

Los tres hombres conversaron durante largo tiempo. Bernier les advirtió de que mantuvieran en secreto todo lo allí hablado porque el modo de proceder de la Inquisición, a través de los frailes dominicos, era enviar espías que se hicieran pasar por creyentes para después denunciar todo aquello que les pareciera sospechoso de herejía. Muchos terminaban presos y sometidos a crueles interrogatorios y torturas.

—Sed cautos, no os dejéis engañar —concluyó el de Toulouse—, y si por cualquier motivo necesitáis de mi socorro, mandad un mensajero a mi casa y haré todo lo que esté en mi mano para ayudaros.

VIII

San Juan de Acre, mediados de mayo de 1291

Estaban perdidos. Ya habían caído la torre inglesa y la nombrada por la condesa de Blois. Los zapadores mamelucos no descansaron en su labor hasta que minaron ambas torres, protegidos por las piedras lanzadas desde las catapultas y mangoneles,[15] y por los arqueros, que impedían a los defensores asomarse para contraatacar. Además, los proyectiles también derribaron el lienzo de muro alrededor de la puerta de San Antonio, así como la torre de San Nicolás, que poco después caería completamente derruida.

«No era para menos», pensó el caballero, y más después de contemplar boquiabierto dos de las catapultas que las huestes sarracenas traían consigo. Victoria y Furiosa las llamaban, y eran dos enormes ingenios cuyos lanzamientos derruían la piedra de las murallas como si de meros esqueletos hechos de rama y paja se tratara.

Hug no sabía cuánto tiempo llevaba sin dormir, salvo alguna cabezada esporádica. Quizás desde que el hijo del sultán Qalawun, tras el fallecimiento de éste, emprendiera viaje para asediar San Juan de Acre, uno de los últimos bastiones cristianos en Tierra Santa. Una vez más —como en Trípoli—, excusas peregrinas sirvieron para romper la tregua y Al-Ashraf Khalil se presentó ante los muros de Acre con un ejército que cuadruplicaba a los

defensores cristianos, quienes contaban con las fuerzas de templarios, hospitalarios y caballeros teutónicos, así como caballeros franceses al mando de Juan de Grailly e ingleses bajo las órdenes de Otón de Grandson, tropas venecianas y pisanas, y los refuerzos venidos de Chipre comandados por Amalarico, el hermano del rey.

Dos días antes había caído la pared exterior de la torre del rey Enrique II, y eso dejaba temblando el lienzo de muralla más expuesto de la ciudad, el que se extendía hacia septentrión desde la curva más al oeste de la bahía. Y pocas horas después, los mamelucos habían conseguido asaltar las ruinas de la torre, por lo que se vieron obligados a retirarse al amparo del muro interior. Si Acre no hubiera contado con una doble muralla, haría ya días que el ejército enemigo se había hecho con el control de la ciudad.

En ese instante, un grupo formado por caballeros templarios —entre los que se encontraban Hug y Sunifred— y hospitalarios defendían con uñas y dientes la puerta de San Antonio. Mateo de Clermont, mariscal del Hospital, se batía como un poseso junto a ellos, en primera línea, arremetiendo con su espada contra el enemigo que intentaba trepar por las rocas derruidas del muro junto a la puerta. Hug hendía la punta de su acero contra la carne sarracena de manera mecánica, sin desfallecer a pesar del dolor que sentía en sus miembros, ya entumecidos por la falta de descanso. Su manto blanco se hallaba salpicado de sangre y se había deshecho del casco para que no enturbiara su visión. Sólo el almófar le protegía la cabeza. De cuando en cuando, echaba un vistazo a donde Sunifred también luchaba contra aquellos enemigos que subían por las escalas, dando cuenta con aquella sonrisa salvaje suya de todo aquel que se atrevía a intentarlo.

Combatieron con denuedo y determinación durante largas horas hasta que, con la llegada del ocaso, los invasores se retiraron sin

haber conseguido consolidar su posición en la parte exterior del muro.

Hug comió de manera frugal y se refugió en las cuadras. Necesitaba cerciorarse de que Brioso estuviera atendido antes de tumbarse a descansar un rato. Hacía días que había trasladado sus mantas a un lecho hecho de paja en las cuadras. Se encontraba allí más a gusto y sabía que el caballo se lo agradecía. No había vuelto a ser el mismo desde que el corcel de Sunifred cayera durante el asedio de Trípoli. Su energía, antaño vigorosa, parecía ser sólo un recuerdo y, aunque aún le servía con obediencia y esfuerzo, su carácter combativo daba paso en esos tiempos a una simple y llana sumisión, como si hubiera perdido las ganas de vivir.

Se acercó a su cubículo hecho con cuatro postes de madera puestos en horizontal y alargó la mano para rascarle en la testuz. El animal bufó contento cuando olisqueó la manzana que su dueño llevaba en la mano.

—¿Ahora duermes aquí?

Hug se volvió de súbito para encontrarse con la sonrisa mellada de Sunifred, quien se apoyaba al desgaire sobre uno de los postes, dando cuenta al tiempo de un trozo de pan que había sobrado en la cena del refectorio.

—Es un lugar como cualquier otro. Y aquí no tengo que soportar los ronquidos de los hermanos.

—No sé si al final quedará algún hermano al que oír roncar.

Hug entendió el significado implícito en las palabras de Sunifred y se dolió por ello.

—Acre va a caer, ¿verdad?

—No creo que aguantemos mucho más. Estamos al límite de nuestras fuerzas y esos malditos mamelucos sólo tienen que seguir lanzando piedras contra los muros para enterrarnos bajo ellos. Nos

superan en número y están decididos a acabar con nosotros —se lamentó Sunifred—. Por lo que la respuesta es sí, Acre caerá, lo que está por ver es si será mañana, pasado o dentro de una semana.

Mientras hablaba, Sunifred se había acercado de manera inconsciente al cubículo de Brioso y comenzó a acariciarle el morro. Para sorpresa de Hug, el destrero no intentó morderlo como era habitual, se mantenía sereno y aceptaba las caricias de forma natural.

—¿Cómo es que Brioso tolera ahora tu presencia?

El caballero sonrió y le dio unas palmaditas al animal en el lomo.

—No eres el único que visita las cuadras —le respondió sonriente, mostrándole la mella del diente—. Compartimos el mismo dolor y eso nos ha hecho dejar de lado nuestras diferencias.

Hug lo comprendió. La muerte del corcel no sólo había afectado a Brioso. Sunifred era un experto en ocultar sus emociones, pero el instinto del caballo debía de haberlo notado.

—Amén de que cuando vengo le traigo alguna golosina.

Ambos hombres rieron.

—Además —dijo saltando al interior del cubículo y buscando algo detrás del abrevadero—, Brioso es buen guardián y cuida de mis pertenencias.

Sunifred sacó los documentos que le entregara Moncada de dentro de una alforja que había ocultado en el abrevadero. Comprobó que nada faltaba y volvió a guardarlos.

—¿No debías entregarle esos documentos al Gran Maestre?

—Y lo hice. Pero estaba demasiado ocupado con las negociaciones con los mamelucos y me ordenó custodiarlos hasta que tuviéramos garantizada la paz. Dudo mucho de que ni siquiera se acuerde de ellos, dado el fracaso de aquellas negociaciones y la situación en la

que nos encontramos ahora. Mientras, los seguiré guardando yo. Frey Pedro así lo hubiera querido.

Un atisbo fugaz de pesar frunció el ceño de Sunifred. La muerte de su mentor todavía debía rondar sus pensamientos. Al fin y al cabo, había sido Moncada el que sacara a Sunifred de la miseria, dándole una oportunidad de prosperar, y eso era de agradecer.

—Descansemos —sugirió Hug al notar el ánimo alicaído de su hermano—. Si mañana va a ser el final, quiero estar despierto para reunirme con Dios.

—¿Te importa si esta noche duermo aquí también? Estoy muy cansado y no me apetece escuchar los ronquidos del Gran Maestre.

De todos era conocido que Guillermo de Beaujeu roncaba como un demonio rugiendo al salir del averno.

Hug le alcanzó una de las mantas y pronto ambos hombres dormían arrullados por el calor y los bufidos de los animales que allí moraban.

Cuando Hug despertó al día siguiente, Sunifred ya no se encontraba allí. Se dirigió a la capilla para el rezo de la hora prima tras pasar por las cocinas para llevarse algo a la boca. Le aguardaba un día duro.

Y así fue. El sultán decidió ese día reunir a sus huestes frente al lienzo de muro que bajaba hacia la bahía. Nada más salir el sol, los címbalos y tambores comenzaron a sonar en una estridente llamada a la guerra y los ingenios mecánicos comenzaron su bombardeo de rocas contra los muros.

Los templarios se dispusieron para la batalla en la que llamaban la Torre Maldita, comandados esta vez por su propio maestre y por el mariscal del Hospital. Hug volvió a pertrecharse con la cota de malla, el almófar, las calzas también de malla, el yelmo cilíndrico, la espada

recta de doble filo y el escudo, y se dirigió con el resto de los hombres a defender la torre.

La lucha fue cruenta, sin tregua, los escasos hombres que defendían aquella torre se vieron pronto sobrepasados por el número de enemigos que no cesaba de presionar para poder rendir aquella parte de la muralla. Hug había sido alcanzado por el filo sarraceno en varias ocasiones; por fortuna, las protecciones le evitaron grandes heridas y sólo recibió algunos rasguños. Se batía con denuedo junto a Guillermo de Beaujeu. El Gran Maestre, encorajinado, tiraba de valentía para repeler con saña a todo mameluco que se pusiera a su alcance. El estruendo de las catapultas y el siseo de las flechas al pasar cerca de su cabeza eran el soniquete de fondo de la batalla, unido al polvo que todo lo cubría producto del derrumbe del muro a su alrededor. Su lengua degustaba el sabor ferroso de la sangre mezclado con el sudor que le resbalaba por las sienes hasta la comisura de la boca. Era el sabor de la guerra, del que no había tenido noticia hasta que fuera a parar a aquellas tierras impías.

Un gruñido alertó a Hug de que algo no iba bien. Traspasó de una estocada el estómago del moro con el que luchaba y se giró a mirar al maestre. Una flecha se había introducido por la axila, la parte menos protegida de su cuerpo.

Guillermo de Beaujeu se encogía con el rostro lívido por el dolor.

—¡Aquí! ¡El maestre ha sido herido! —gritó Hug para hacerse oír en medio de aquel estruendo.

Sunifred apareció a su lado y entre ambos cargaron con el cuerpo del maestre hasta llevarlo a la casa que la Orden tenía en Acre. Cerrando la marcha, varios hospitalarios, incluido el mariscal Mateo de Clermont, protegían su retirada con las espadas prestas y los escudos alzados.

Llegaron exhaustos a la fortaleza templaria y dejaron al maestre en las manos expertas del hermano médico. Hug trató de ocultar su preocupación al ver la herida infligida. Dudaba de que el maestre saliera con vida de aquel lance. Mientras, los hospitalarios, tras cumplir con su función, volvieron a la batalla. No así su mariscal, que quedó junto al maestre y ya no quiso despegarse de él.

—Tenemos que hablar —le dijo Sunifred—. En una hora nos veremos en las cuadras. Guarda mientras al maestre, necesitará de tus oraciones tanto si sale de ésta, como si no.

Hug asintió y permaneció fuera de la sala donde se atendía al maestre a la espera de noticias. Poco después, el mariscal del hospital salía cabizbajo.

—El maestre ha muerto. ¡Malditos sarracenos! ¡Allá los acoja Satán en el infierno!

Las llamas en sus ojos no auguraban piedad para los mamelucos. Mateo de Clermont estaba en ese instante embebido dentro de su propio infierno y no dudó en volver a ponerse el yelmo, desenvainar su espada y volver a los muros para luchar hasta quedar sin aliento.

Hug permaneció velando al maestre y rezando oraciones por su alma inmortal hasta que llegó la hora de reunirse con Sunifred. De camino a las cuadras, podía escuchar el fragor de la lucha que se libraba en los muros. Sintió deseos de volver en ese mismo instante, pero se contuvo. Hablaría con Sunifred y luego volvería a empuñar la espada.

Ya estaba esperándolo cuando llegó.

—El maestre ha muerto.

—Que Dios lo acoja en su Gloria —se persignó Sunifred.

Hug acarició el morro de Brioso, quien se allegó a su lado en cuanto lo oyó entrar.

—Habla raudo —le instó—. Debo volver a la batalla.

—Necesito que me hagas un favor, hermano.

A Hug le escamaba el deje de súplica en el tono de voz de su amigo. Un matiz que no era habitual en él, y eso lo puso en guardia.

—¿Qué favor?

—En breve parte un barco desde la bahía comandado por Roger de Flor, está aceptando a quienes huyen a cambio de monedas.

—¡Maldito codicioso! La Orden sirve a Dios sin esperar pago a cambio.

—Tienes razón, pero en estos instantes su avaricia es lo que menos me preocupa —continuó Sunifred—. He hablado con él y ha aceptado llevar a un pasajero más.

Hug palideció al escucharlo. ¿Iría Sunifred a marcharse y abandonarlos a su suerte? Si así fuera, no volvería a dirigirle la palabra de por vida. Su prevención por aquellas traiciones pasadas todavía pesaba en su ánimo.

—¿Crees que es para mí? —le preguntó el otro, leyendo el recelo en su rostro. Nada escapaba a sus ojos de halcón—. Te equivocas. Le prometí a frey Pedro que serviría a Dios y a la Orden y así lo haré lo que me quede de vida.

—¿Entonces...?

—Es por esa servidumbre a nuestra Orden por la que ahora te pido un favor. Sube a ese barco y llévate contigo los documentos que me confió Moncada.

Hug abrió la boca para replicar con dureza a aquel disparate digno de un loco. Por nada del mundo iba a abandonar Acre a su suerte.

—No digas nada todavía, espera a que acabe —le pidió Sunifred. Hug cerró la boca y aguardó, aunque tenía muy clara cuál sería su respuesta—. No puedes imaginar la importancia que tienen para la Orden esos documentos, son lo único a lo que el Temple podrá aferrarse si algún día nuestros enemigos intentan destruirnos. Frey

Pedro y otros, entre ellos nuestro maestre recién fallecido, han velado durante años en secreto por la Orden, contemplando cualquier posibilidad que nos perjudicara, y consignaron por escrito las directrices a seguir si algo así ocurría. Por eso te pido este favor. Eres la única persona en el mundo en la que confío. Y sé que contigo estarán a salvo y que, llegado el caso, darás tu vida por salvaguardar al Temple y a los hermanos que lo integran. Eres un templario, con todo el sentido que esa palabra pueda abarcar, y no hay nadie mejor que tú para cumplir con este cometido.

Hug no daba crédito a lo que estaba escuchando. Estaba agotado tras la batalla y la muerte del maestre y no deseaba seguir con aquella insensatez.

—Si piensas todo eso de mí, ¿crees por un momento que voy a abandonar Acre y dejar solos a mis hermanos? ¿Te has vuelto loco? —El caballero estaba perdiendo los nervios—. ¿Por qué no eres tú quien se embarca con los documentos? Todos saldríamos ganando.

—Escúchame, Hug, hace semanas que noto que me vigilan. ¿Por qué piensas que vine ayer a dormir a las cuadras? Encontré mis pertenencias en los dormitorios comunales revueltas. Alguien sabe que yo tengo los documentos y están intentando recuperarlos. Moncada tenía muchos enemigos, la Orden también los tiene... ¿Recuerdas aquel sargento al que di muerte en Bézu? —Esperó a que Hug asintiera—. ¿Qué crees que pasará si vuelvo? Lo sabrán, me buscarán y hallarán el modo de quitarme los documentos. Están por todas partes, incluso dentro de nuestra propia Orden. ¡Por los clavos de Cristo, Hug! No te lo pediría si no fuera absolutamente necesario. Ya tendrás otro momento para morir por el Temple y que te coronen como a un mártir en tu tumba. De verdad, amigo, hermano..., necesito que confíes en mí como yo lo hago en ti.

A Hug no terminaban de convencerle las palabras de Sunifred, sin embargo, intuía la verdad en ellas. No sabía por qué, pero lo hacía.

—Soy el depositario de esos documentos —continuó—. Si me atrapan, si muero... No habrá otra oportunidad. ¿Quieres dejar que aquellos que nos quieren ver hundidos se salgan con la suya? Te lo suplico, Hug, por primera vez en mi vida, te lo suplico. Confía en mí.

Al caballero le conmovió su ruego. Parecía sincero.

Durante unos minutos, ambos hombres permanecieron en silencio mirándose a los ojos. Hug no veía mentira en ellos. Calibró las opciones y mantuvo una pugna interior entre deseo, deber y amistad. Con un suspiro prolongado, adoptó una decisión. Esperaba no equivocarse.

—¿Y Brioso? ¿Qué pasará con él?

Sunifred sonrió con alivio. Sabía que había ganado.

—Tu caballo y yo hemos llegado a una clase de entendimiento. Lo cuidaré como lo harías tú. Te lo prometo.

Hug le tendió la mano y el otro depositó la alforja en ella. Después, se acercó al destrero y apoyó la frente en la testuz del animal. Estuvo así varios minutos, mostrándole su cariño y susurrándole palabras de despedida al oído.

Un rato después, a orillas de la bahía, Hug recibía las últimas instrucciones de Sunifred.

—Guarda los documentos, no se los enseñes a nadie. Me reuniré contigo en Tortosa en cuanto pueda. Si no es así —añadió—, si pasado un tiempo no vuelvo, eres libre de leerlos y tomar las decisiones oportunas. Sé que harás lo correcto.

Mientras el bote se alejaba unos minutos después con Hug a bordo, rumbo a la embarcación que lo devolvería a casa, tuvo una perspectiva amplia de los dos bandos en contienda que todavía combatían al atardecer. San Juan de Acre iba a perderse de un

momento a otro y no había nada que él pudiera hacer para remediarlo. Sólo le quedaba la palabra de Sunifred de que aquello por lo que se marchaba era lo que salvaría al Temple llegado el caso. La magnitud de la carga lo abrumó por un instante, y los hombros se encorvaron bajo su peso.

«Espero que no mueras, hermano —pensó, fatigado—, porque te buscaré en el más allá y rendiremos cuentas.»

IX

En Tortosa, casa de los Monrós, al anochecer del mismo día

Se hallaba sentada sobre una manta frente a la chimenea, cepillándose el cabello que acababa de lavarse a la espera de que el calor que desprendían los troncos ardiendo se lo secara. Estaba pensando en su padre, en lo orgulloso que estaría de ella por todo lo que estaba haciendo por esas gentes que huían de Occitania en busca de un lugar donde vivir en paz y según sus creencias. Se acordó de los pequeños Aude Bourrel y Philippe d'Alayrac, aquellos niños —que ahora no lo serían tanto— de Limoux a los que conoció cuando viajó con su padre hacía seis años. ¿Qué habría sido de ellos? Esperaba de todo corazón que estuvieran a salvo de quienes los perseguían por pensar diferente. Y, aunque ella seguía sin compartir sus creencias, no veía nada malo en esas personas cuya fe las conminaba a ser bondadosos y compartir con el prójimo sus bienes. ¿No era eso lo que Cristo había predicado?

Un ruido en el patio que le llegó a través de la ventana la puso en guardia. Él había vuelto, y a juzgar por las órdenes a voz en grito que se escuchaban, volvía borracho una vez más.

Acabó rápido de cepillarse el cabello y se puso en pie para cubrirse con la manta. Pese a estar frente a la chimenea, el frío traspasaba su fina camisola de dormir y la hizo estremecerse. Pero

Cixilona sabía que ese estremecimiento no era sólo por las bajas temperaturas, sino porque ya se podían oír las puertas cerrarse de un portazo y las recias zancadas de su esposo. Su maldito esposo.

Quedó quieta donde se hallaba, con el oído presto y el corazón encogido, deseando escuchar cómo sus pasos se perdían más allá de su puerta y continuaban en el corredor hasta los aposentos contiguos. Esa noche no le apetecía disputar con él para librarse de compartir cama. Estaba cansada, su hijo había estado todo el día quejicoso, molesto por el resfriado que le provocaba una tos persistente y unos mocos que no lo dejaban respirar bien. Desde primera hora de la mañana se agarró al borde de su vestido y no pudo quitárselo de encima ni para comer con tranquilidad, a pesar de los esfuerzos de los sirvientes para separarlo de ella. Resignada, tuvo que cogerlo en brazos y cargar con él hasta que, por fin, ya cuando el sol declinaba en el horizonte, se durmió y pudo dejarlo bien cubierto de mantas en su lecho, al cuidado del ama de cría.

Se tocó el vientre, allí donde crecía una nueva vida, fruto de una de esas escasas noches, hacía cuatro meses, en las que su esposo llegó a casa relativamente sobrio y su hombría no se vio afectada por el vino trasegado. La obligó a compartir el lecho, descargando en ella toda su rabia por todas las veces que el miembro le fallaba y no conseguía culminar lo empezado.

Todavía no le había dicho que iba a ser padre de nuevo. Se lo guardaría para sí hasta que ya fuera evidente y no pudiera ocultarlo más. No quería compartir su alegría. De hecho, no quería compartir nada más con él.

Cixilona deseó con todas sus fuerzas que la embriaguez lo llevara directo a sus aposentos, una puerta más allá de los de ella, y que la dejara en paz. Sin embargo, el aire se le atoró en la garganta

cuando los pasos se detuvieron delante de su puerta y se abrió el pasador.

Entró con una mueca en sus labios que pretendía ser una sonrisa, mostrando todos los dientes, lo que tornaba sus rasgos, en el claroscuro de la estancia, en una máscara demoníaca. Cixilona se arrebujó más en la manta, cruzando los brazos por delante de su pecho.

—¿Qué queréis? —consiguió serenar su tono de voz—. Me disponía a dormir. Vuestro hijo ha estado enfermo y estoy cansada.

—¿Así es como recibís a vuestro esposo?

Blai la miraba con la espalda apoyada en la puerta por la que acababa de entrar. Tenía un brillo febril en los ojos y la nariz, surcada de finas hebras rojas, presentaba un tono colorado. Tenía baba reseca en la comisura de los labios. Cixilona tuvo que ocultar su repugnancia.

—Os repito que estoy cansada, así que, si no os importa, salid y dejadme descansar.

Al hombre se le borró la sonrisa y en dos zancadas se acercó hasta ella.

—No me deis órdenes, mujer. ¿No puede un hombre visitar el lecho de su esposa cuando le plazca? Os recuerdo que sois la esposa de un Monrós y debéis respeto a ese apellido.

—¿Respeto? ¿El mismo que me concedéis a mí cuando os refociláis con cualquier ramera de taberna?

Se arrepintió nada más decirlo al ver el ramalazo de furia que enturbió sus ojos, en esos instantes a escasas pulgadas de los suyos. A Blai no le gustaba que lo cuestionaran, pero Tortosa no era una ciudad grande y todo lo que ocurría dentro de sus muros tenía eco en las lenguas de sus habitantes. A Cixilona le habían llegado rumores del periplo de tabernas que recorría su esposo todos los

días: bebiendo, jugando sin control y perdiendo maravedí tras maravedí, y buscando desahogo bajo la saya de cualquier mujerzuela de mal vivir.

Blai la cogió por los brazos y la sacudió con fuerza. La manta que la protegía cayó al suelo.

—¡No vais a negarme lo que por derecho me pertenece! —le gritó, al tiempo que sus enloquecidos ojos se trasladaban hacia las curvas que podían entreverse debajo de la fina camisola de Cixilona. La luz proveniente de la lumbre de la chimenea mostraba más de lo que ella hubiera querido, haciendo que la prenda pareciera casi transparente—. ¡Sois mi esposa! ¡Y por Cristo que vais a complacerme!

Cixilona trató de soltarse de su agarre, aprovechando que el vino afectaba a la coordinación de sus miembros. Se agachó dejándose caer, logrando así que las manos del hombre resbalaran por sus hombros y perdieran su asidero. Pero él no tuvo compasión, y a pesar de que sus reflejos estaban mermados, estiró la mano cuando ella reculaba hacia atrás y consiguió cogerla del cabello.

La mujer chilló de dolor al verse alzada de un tirón que le dejó la cabeza dolorida. Algún mechón de su oscuro cabello fue arrancado en el lance.

—¡Maldito borracho del demonio! ¡Soltadme!

Él la alzó contra su cuerpo e intentó besarla. Cixilona se apartó como pudo, eludiendo el mal aliento que surgía de su boca.

—¡Chillaré y despertaré a toda la casa si no me dejáis en paz!

Blai se carcajeó, burlón.

—¿Y quién va a ayudaros? ¿Los sirvientes? ¿Mi hermano Pere? ¿Mi padre? A él sólo le preocupa que le demos herederos, lo demás no le importa. —Se rio con más fuerza—. Dejad de pelear y complacedme.

Tenéis mi palabra de que no voy a haceros daño. La honra de mi apellido debería bastaros.

—Vuestra palabra no vale un maravedí y el único que honra vuestro apellido no vive en esta casa.

No lo vio venir. El bofetón le cruzó la mejilla a la altura del ojo y la tumbó en el suelo. No había sido buena idea evocar la imagen de Hug. Y más con el odio que le profesaba su hermano mayor. Aturdida, dejó de pelear, y se vio de nuevo alzada por el cabello y empujada contra el lecho bocabajo. Antes de que pudiera razonar qué estaba ocurriendo, Blai dejó caer su peso contra ella, le levantó la camisola por detrás y la embistió con fuerza provocándole un agudo dolor que llegó al centro de su vientre.

—¡Sois mía, ¿me oís?! —le dijo resollando al oído, apretando todavía más su cuerpo contra el suyo, penetrándola como un animal.

Inmovilizada y ya sin fuerzas, Cixilona se dejó hacer, mordiendo las frazadas de la cama para no gemir de dolor y aguardando que acabara cuanto antes y la soltara.

Poco después, tras un rugido que se asemejaba al de una bestia, Blai se apartó de ella, rodó sobre la cama y pronto lo escuchó roncar satisfecho.

Dejó pasar unos minutos y se levantó. Le dolía la cabeza, el vientre y la mejilla donde la había golpeado. Se llevó la mano al rostro con cuidado, pasando los dedos por la zona afectada. Comenzaba a hincharse, y al día siguiente todos en la casa verían la prueba de su ignominia.

Despacio para no despertarlo —aunque dudaba que nada lo hiciera dada su embriaguez—, se levantó y comenzó a vestirse. Poco después estaba en las cocinas aplicándose un paño humedecido con agua fría para bajar la hinchazón de su rostro. Permaneció allí en vela, a solas con sus pensamientos, hasta que se hizo de día y la

casa cobró su pulso de vida habitual, momento en el que tomó una determinación, y tras buscar lo que necesitaba en un viejo baúl que guardaba las pertenencias que trajo consigo al venir a vivir con los Monrós, se dirigió hacia la estancia donde sabía que encontraría a su suegro, obsesionado siempre con aumentar el patrimonio de la familia a pesar de su avanzada edad.

Entró en el despacho sin llamar. Como preveía, el señor de Monrós se hallaba sentado en la mesa consultando unos pergaminos. Ni siquiera levantó la cabeza cuando oyó la puerta.

—No quiero que nadie me moleste —dijo, autoritario, sin alzar los ojos.

Sabía que su palabra era ley en aquella casa.

Pero la virtud de la paciencia se le había agotado a Cixilona.

De pronto, un golpe recio en la mesa, seguido de un crujido, hizo levantar la mirada al patriarca. Frente a él, a escasas pulgadas de los documentos que consultaba, una pequeña hacha todavía temblaba al haberse clavado con fuerza en el lienzo de madera de la mesa. Sin apreciarse miedo o sorpresa en su rostro, el de Monrós por fin alzó los ojos y miró a la mujer que se plantaba frente a él, con los brazos en jarras y un rictus de determinación en sus labios. Con un somero vistazo, se fijó en el cardenal que asomaba en la parte alta de su mejilla y en la capa con el hacha bordada que llevaba sobre sus hombros.

—¿Qué queréis?

Había que concederle al viejo el humor con el que encaró aquella afrenta: imperturbable y sereno.

—Vengo a haceros una advertencia y quiero que me escuchéis con mucha atención. —Cixilona se regocijó al ver cómo aquellas palabras trocaron la serenidad de la que hacía gala en su rostro en una furia velada que no pasó desapercibida. Al señor de Monrós no le gustaba

que le dieran órdenes—. Si vuestro hijo vuelve a tocarme, usaré el hacha que tenéis frente a vos contra su hombría. Os juro por la memoria de mi padre y por el legado de mi antepasada que lo haré. —El hombre intentó entonces hablar, pero Cixilona lo acalló con un gesto antes de que lo hiciera—. Todavía no he acabado —le dijo—. No volverá a tocarme más, bajo ningún concepto, y vos os aseguraréis de ello, o haré lo que os he dicho y luego me llevaré a vuestro nieto, y al que pronto vendrá —posó su mano en el vientre —, lejos de aquí, y buscaré la manera de darles un nombre nuevo. Os quedaréis sin herederos y vuestro apellido se perderá en el olvido. ¿O acaso esperáis que vuestro hijo Pere os dé nietos algún día? Pensadlo bien, señor de Monrós. Tenéis un hijo que no vale para nada, sólo se dedica a emborracharse y perder dinero en el juego, y algún día recibiréis la noticia de que ha muerto por embriaguez entre las piernas de una ramera. Vuestra hija y sus vástagos se deben al apellido del padre allá en Bítem. Y vuestro hijo Pere tiene la mente enferma y se inventa dolencias que no padece. ¿Quién os quedará entonces? ¿El hijo del que renegáis y que sirve a Dios y al Temple?

»Soy vuestra única opción. Lo sabéis. Y si queréis que me quede en esta casa debéis prometerme lo que os he pedido. A cambio, yo os haré otra promesa: si alguna vez Blai muere, me desposaré con Pere para que mis hijos permanezcan en esta casa y lleven vuestro apellido. Los educaré honrándolo y haré hombres de provecho de ellos. Lo juro.

Mientras hablaba no había apartado la mirada de los ojos del señor de Monrós en ningún momento. Se jugaba mucho en aquel envite y debía permanecer firme y sin dubitaciones. Monrós era un perro de presa y sabía oler el miedo y aprovecharse de él.

Aguardó si mover un músculo la respuesta del patriarca, su rostro imperturbable no le daba ninguna idea de cuáles serían sus pensamientos. Sentía el cuello rígido y la mejilla le dolía horrores, pero aguantó sin pestañear.

Al cabo de unos minutos, Monrós curvó los labios en una mueca vencida y dijo:

—Sea.

A Cixilona le bastó esa única palabra.

X

San Juan de Acre, esa misma noche

Entró en las cuadras para descansar un rato. Allí se sentía a salvo. Los mamelucos habían conseguido entrar en la ciudad, pero todavía no lograban rendir la fortaleza que ocupaba la casa templaria. Muchos habían huido ya, por lo que eran muy pocos los que permanecían anclados a aquel lugar hasta que Dios —o el diablo— decidiera su suerte.

Sunifred valoró sus opciones, que no eran muchas ni gratas. Él también podía haberse marchado en cualquiera de las embarcaciones que salieron al anochecer con los que habían sobrevivido, pero no lo hizo porque quería darle una oportunidad a Hug. Si estaba en lo cierto en cuanto a que alguien lo vigilaba, éstos creerían que todavía seguirían en su poder los documentos y no pondrían sus miras en otras alternativas, como en su amistad con Hug de Monrós. Eso daba a su hermano la posibilidad de llegar a casa y mantenerse alejado de aquella locura.

«De seguro, frey Pedro haría chanzas con este nuevo aspecto de mi personalidad, el que se preocupa por los demás en vez de por mí mismo», pensó sonriendo, sabiendo que el cambio se debía a la confianza ciega que Moncada depositó en él, concediéndole la honra de su apellido y el privilegio de convertirse en un caballero del Temple con pleno derecho. En ese instante, Sunifred supo que haría honor a esa confianza hasta su último aliento y se comportaría con

la dignidad requerida que todo freire del Temple había de respetar. El antiguo Sunifred, desarraigado, blasfemo, irreverente, egoísta, indolente y descuidado daba paso a un hombre nuevo. Se lo debía a frey Pedro y a su memoria.

Notó enseguida que los caballos estaban inquietos, sobre todo Brioso, que resoplaba irritado y se movía nervioso por su cubículo. Sunifred se acercó para calmarlo, pensando que la marcha de Hug lo había afectado. Sin embargo, pronto una sensación de peligro lo invadió. Por el rabillo del ojo, percibió una sombra que se abalanzaba sobre él por su espalda, lo que le permitió girarse raudo al tiempo que echaba mano de la espada. Quizás por eso el golpe que recibió en la sien no logró desmayarlo, pero sí dejarlo aturdido por unos instantes, cosa que aprovecharon sus atacantes para atarle las manos a uno de los postes horizontales del cubículo de Brioso.

—Enciende una tea, quiero ver bien a este bastardo —oyó que decía uno de sus atacantes.

Eran dos hombres. El que hablaba era grueso, de estatura baja y no le quedaba ni un cabello en la cabeza. El otro, grande y desmañado, se apresuraba a encender la antorcha tal y como le habían ordenado. Le costaba hacerlo, por lo que recibió una reprimenda en forma de insultos por parte del primero. Cuando por fin lo logró, ambos se acercaron hasta Sunifred y lo miraron con inquina.

Por su acento y su vestimenta, el caballero coligió que debía tratarse de aquellos soldados cruzados que llegaron a Acre en verano desde Italia, vanagloriándose de su maestría para luchar contra el infiel. En su arrogancia, nada más arribar a Acre habían provocado, insultado y humillado a los sarracenos que moraban en la ciudad, en su mayoría artesanos, campesinos y comerciantes, terminando con un baño de sangre que llegó a oídos del sultán.

Razón que éste tomó como excusa para dirigirse a San Juan de Acre con sus huestes.

Aquellos dos individuos debían de haber venido con esos cruzados italianos, mezclándose en sus filas, pero no para combatir al infiel, sino por otra razón. Las sospechas de Sunifred se vieron confirmadas en cuanto el hombre grueso habló.

—¿Dónde están los documentos?

Una patada en el costado acompañó su pregunta.

Dolorido, Sunifred mantuvo la boca cerrada, pensando en la manera de escapar de sus captores. Pero las cuerdas estaban bien apretadas y tirar de ellas sólo sirvió para que se anudaran más todavía. Sin lugar a dudas, se les debía haber pagado bien para que lo espiaran. Y viendo ahora que todo se precipitaba por la victoria de los mamelucos, debían de haberles entrado las prisas por averiguar lo que necesitaban y embarcarse para huir.

—Te he hecho una pregunta.

El caballero siguió sin responder.

Entonces el individuo calvo lo agarró del cabello y le propinó varios puñetazos en el rostro sin compasión, rompiéndole un diente y abriéndole una brecha junto a la ceja que pronto comenzó a sangrar.

Sunifred escupió el diente sanguinolento en el suelo y compuso una sonrisa.

—No hablo con perros que lamen la mano del mejor postor.

Los golpes arreciaron. Esta vez de ambos hombres. No dejando un hueco en su cuerpo que no recibiera algún mazazo de los puños recios de aquellos malditos. El dolor se convirtió en fuego, llevándolo al borde del desmayo, y un pitido se instaló en el fondo de sus oídos que, junto a los relinchos histéricos de Brioso que se escuchaban tras él, enturbiaron a ratos su consciencia.

—Te lo volveré a preguntar, ¿dónde están los documentos, los que te dio Moncada? Sabemos que se los ofreciste al maestre y éste te ordenó que los custodiaras.

—No sé de qué me hablas —respondió con un hilo de voz, al tiempo que se preguntaba cómo aquellos dos mastuerzos se habían enterado de eso.

Sin duda, el Temple tenía traidores en sus filas, quizás algún sirviente descontento con la Orden o algún hermano lego más interesado en llenar sus bolsillos. Se negaba a pensar en la posibilidad de que alguno de los caballeros cercanos al maestre fuera un traidor.

—Tú lo has querido —dijo sacando una daga de su cinto y acercándola a uno de sus ojos—. Si no me hablas de los documentos que con tanto celo has guardado en los últimos tiempos, voy a sacarte un ojo a ver si así vuelve tu memoria. Si no lo hace, luego te sacaré el otro. Después quizás, si continuas con tu obstinación, me dirigiré un poco más abajo, hacia tu hombría.

Sunifred lo miró sin inmutarse. Aquellos dos perros no iban a arrancarle ni una palabra.

—Hablas demasiado —lo retó esbozando de nuevo esa sonrisa suya de medio lado para fastidiarlo.

Mejor que acabaran cuanto antes a verse torturado durante horas.

Aquello pareció funcionar. Al hombre grueso se le contrajo el rostro con furia y comenzó a asestarle patadas en el vientre. Sunifred aguantaba como podía el dolor esperando que su fin llegara pronto. Los relinchos de Brioso lo estaban ensordeciendo.

De pronto, un crujido se escuchó a su espalda y el caballero notó que las cuerdas se aflojaban y que los golpes cesaban. Brioso, alzándose a dos manos, había embestido con sus cascos contra el poste del cubículo, quebrándolo con su furia.

Los soldados retrocedieron alarmados cuando la bestia se alzó frente a ellos y con sus patas golpeó al más alto de los hombres en la cabeza, abriéndole una brecha que empezó a sangrar y lo hizo caer al suelo cuan largo era. La tea que portaba se deslizó de sus manos por el suelo, rodando hasta frenarse contra un atado de paja del cubículo anexo. De inmediato, la paja seca prendió y el humo y las llamas pronto se enseñorearon del lugar.

Mientras esto ocurría, Sunifred se había puesto en pie y, de una patada, acabó de romper el poste al que estaba atado para liberarse. En cuanto lo hizo, sacó su daga del cinto y la clavó en el pecho del más grueso de los hombres, el que había amenazado con torturarlo. No llegó a matarlo. Ambos se enzarzaron entonces en una lucha sin tregua, rodando por el pasillo que conformaban los cubículos de los caballos, ajenos a las llamas, que ya llegaban hasta la techumbre de madera y paja.

Sunifred recibió un corte en el brazo y, no sin esfuerzo, arrancó su daga del pecho del otro y comenzó a apuñalarlo hasta que dejó de moverse. En su rabia, no se dio cuenta de que en ese último lance se había acercado mucho a las llamas y éstas prendieron su capa. Pronto se vio envuelto en llamas, aullando de dolor. Como pudo, comenzó a rodar por el suelo intentando apagarse al tiempo que deshacía los lazos de la capa para desembarazarse de ella. Lo logró al límite de sus fuerzas, quedando tendido en el suelo dolorido y sin respiración a causa del humo. Tosió con fuerza, medio ahogado.

Al borde del desmayo, se arrastró como pudo hacia la salida. Ya se escuchaban voces fuera gritando alarmadas. El lugar era un infierno. Muchos de los caballos agonizaban y Brioso giraba enloquecido al fondo, rodeado de fuego por los cuatro costados.

Sunifred intentó levantarse. Le había prometido a Hug que cuidaría de su caballo y no podía faltar a su palabra. Un crujido

sobre su cabeza lo alertó unos instantes antes de que parte del techo se desplomara sobre él.

Luego, la nada.

Cuarta parte
1308-1310

I

Corte francesa, principios de enero de 1308

Permítame manifestar a su real majestad que yo soy el hombre que ha mostrado las proezas de los templarios al señor rey de Francia, y sepa, señor, que vos fuisteis el primer príncipe de todo el mundo a quien, en Lérida, en presencia del hermano Martín Detecha, vuestro confesor, yo relaté, por primera vez, sus actividades. Como vos, señor, no deseasteis dar ningún crédito a mis palabras en esta época, recurrí al señor rey de Francia, que investigó su actividad y lo vio claro como el sol, ciertamente en su reino, de manera que el papa ha quedado completamente convencido del asunto, así como otros príncipes, a saber, el rey de Alemania, el rey de Inglaterra y el rey Carlos, y otros príncipes...[16]

Esquieu detuvo la pluma y caviló cómo continuar para llegar a su objetivo. Todavía recordaba la afrenta recibida en Lérida tres años atrás, cuando pidió audiencia con el monarca aragonés Jaime II y éste, tras escuchar sus acusaciones contra el Temple, prácticamente lo echó del reino, despidiéndolo con un deje irónico que todavía irritaba su humor:

—Volved cuando tengáis pruebas de ello, Floyran. Si así lo hacéis, actuaré en consecuencia y os recompensaré con una bolsa llena de monedas —enumeró la cantidad— por vuestra... diligencia.

Los que acompañaban al rey soltaron quedamente alguna risilla que no pasó desapercibida para Esquieu. Jaime acababa de compararlo con el traidor Judas, o eso parecía. Salió de allí con el rostro enrojecido por la rabia y el orgullo malherido. Pero él no era de los que se amedrentaban ante cualquier vicisitud, llevaba muchos años luchando contra sus enemigos y tarde o temprano vencería. Estaba convencido.

Tras el fiasco con el aragonés, viajó a Francia y consiguió entrevistarse con uno de los miembros del Consejo del rey Felipe IV. Guillaume de Nogaret lo recibió interesado, escuchándolo hasta el final.

—Habéis hecho lo correcto viniendo a hablar conmigo. No dudéis de que vuestras consideraciones serán tenidas en cuenta. Hoy mismo haré partícipe al monarca de ellas. Si, como decís, los templarios abominan de Cristo, practican la sodomía y adoran una imagen blasfema están cometiendo herejía, y ello debe ser investigado a conciencia. —La disposición de Nogaret gustó a Floyran, quien salió de la reunión altamente satisfecho cuando lo despidió—. Marchad ahora, señor Esquieu, pero no lo hagáis muy lejos, pues quizás se requiera de vuestro testimonio en este asunto. Aguardad noticias nuestras.

Esquieu esperó, y el 12 de octubre de 1307, la orden de detención contra el Temple en Francia se materializó por fin. Su honra quedaba así limpia.

Volviendo a la carta que estaba escribiendo, pensó que no se andaría con remilgos. Al fin y al cabo, el rey aragonés no le había dispensado un trato muy justo, por lo que él no tenía por qué contenerse en esas peticiones que, por derecho, le correspondían.

Señor, recordad que me prometisteis cuando abandoné vuestras estancias en Lérida que, si las acciones de los templarios se

demostraban ciertas, me daríais 1.000 libras de renta y 3.000 libras en dinero de vuestros bienes. Y ahora que se ha comprobado y hay lugar para ello, pienso es justo recordároslo.

Estaba firmando la carta, satisfecho por cómo la había redactado y gozoso al pensar en el agrio gesto que se le compondría al rey Jaime en el momento en que leyera el recordatorio de su promesa, cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

—Mi querido Esquieu, ¿qué tal os trata la vida?

—Gérard de Boizol, me place veros en buena hora.

Ambos hombres se arrellanaron en sendas butacas mientras un criado les servía vino. Los dos estaban complacidos de que por fin se hubiera hecho justicia, o al menos la justicia que ellos creían que merecían. Gérard también se ofreció, en su momento, a declarar en contra de los templarios, y su posición había mejorado desde entonces. Nogaret sabía cómo cuidar a los que le eran fieles.

—Os he hecho llamar porque tengo nuevas para vos —le dijo Esquieu tras los breves minutos iniciales hablando de naderías—, y creo que os van a complacer.

—Os escucho.

—Ya sabéis que tengo informadores que me dan noticia de cualquier testimonio que se acerque a nuestros intereses. —Esquieu se dejaba sus buenas monedas para que así fuera—. Y ha llegado a mis oídos, por la confesión de un freire detenido hace poco y que resistió hasta el final en Tierra Santa, que el esbirro de Moncada sobrevivió al asedio de San Juan de Acre. Según cuenta, un caballero llamado Sunifred de Moncada, aunque herido de gravedad, viajó con ellos tras la pérdida de Acre hasta Sidón, donde poco aguantaron, pues los mamelucos volvieron a vencerlos, y luego pusieron rumbo a Chipre. Ahí es donde se pierden las noticias del tal

Sunifred, aunque asegura que le pareció verlo tiempo después, embarcando hacia Francia.

—¿El caballero Sunifred de Moncada? Hasta donde yo recuerdo el esbirro era sargento cuando marchó a Ultramar. Y nada sabíamos de su apellido. Era un desharrapado que el mismo Moncada rescató de la miseria.

—Cierto es, pero... ¿no son muchas casualidades? El nombre coincide y porta el mismo apellido del que fuera su mentor. Es una lástima no tener noticia alguna de aquellos hombres que enviamos para espiar al esbirro, ahora sabríamos más.

Una chispa de esperanza apareció en los ojos de Boizol. Tanto tiempo creyendo que el sueño de conseguir aquel oro se había desvanecido en las arenas calientes de Tierra Santa y en ese momento un nuevo indicio le hacía recuperar la fe perdida.

Dio un largo trago de vino. Todavía no quería que la ilusión prendiera en su pecho.

—¿Qué sugerís que hagamos con esta información? —preguntó al fin a Floyran.

—Creo que no perdemos nada indagando un poco. Si el esbirro volvió, en algún lugar debe de estar. Quizás volvió a Aragón, sería lo más natural.

—Sí, pero ¿dónde?

—Podríamos empezar por la preceptoría de Tortosa. Todavía el rey Jaime no ha tomado medidas contra los templarios y éstos sobreviven encerrados en sus encomiendas hasta que les llegue la hora. Que lo hará, os lo aseguro.

—¿Por qué Tortosa?

—Porque, según mis informadores, aquel freire con el que tenía tratos el esbirro aún mora allí desde que volviera tras la caída de Acre.

—Me maravillan, sin duda, vuestros conocimientos. No quisiera yo ser vuestro enemigo —dijo riendo.

Esquieu sonrió, condescendiente.

—Podríamos enviar a alguien...

—Iré yo, si me lo permitís —lo interrumpió Gérard—. No hay nada mejor que hacer las cosas uno mismo.

Boizol pensaba que así no sólo indagaría sobre el paradero del esbirro —aunque su posición había mejorado en los últimos tiempos, todavía deseaba ese oro que podría alzarlo hasta un título más elevado, era habitual comprar dignidades en esos tiempos—, sino que también tendría la oportunidad, dado el caso, de volver a cruzar la espada contra aquel templario que años ha estuviera a punto de vencerlo en aquel camino embarrado cercano a los Pirineos. Gérard se consideraba uno de los mejores espadachines del reino, no en vano practicaba cada día a pesar de que ya no era joven, y no olvidaba a aquel freire ducho en el manejo del hierro que casi lo derribó con la contundencia de sus golpes. Vencerlo sería la culminación de que la justicia divina estaba de su lado. Después, mataría al esbirro por ser el causante de que su hermana hubiera dejado de hablarle. La muerte de su sobrino también había de ser vengada.

—Como gustéis —asintió Floyran—. Disponedlo todo.

Tras su pequeño conciliábulo, Esquieu y Gérard se despedían, acordando mantenerse informados de cualquier nueva que surgiera en sus planes, ambos ahítos de renovadas esperanzas.

II

Encomienda templaria de Tortosa, dos semanas más tarde

Hug cepillaba con mimo el pelaje grisáceo del mejor caballo criado en las cuadras de la encomienda. No en vano había estado trabajando con el cruce de esos bellos animales hasta que naciera el que en ese momento cuidaba. Ya siendo un potrillo manifestó unas dotes de fuerza y resistencia superiores a las del resto de las bestias que le hicieron acordarse de su añorado Brioso, al que tanto echaba de menos a pesar de los años transcurridos. Por ello no quería encariñarse de nuevo con ningún otro animal, aunque percibía que estaba bajando la guardia con aquel destrero de capa plomiza al que había llamado Aluvión, porque cuando cabalgaba nada lo detenía, arrasando con todo lo que se le pusiera por delante.

Vivía una vida plácida desde que volviera de Tierra Santa diecisiete años atrás, dedicado a la oración y al buen funcionamiento de la encomienda, aunque su mente nunca dejaba de torturarlo, abocándolo a un frenesí de tareas para purgar esa sensación que no le abandonaba y que le recriminaba cada amanecer que había fallado a la Orden, abandonando a sus hermanos en aquellos trances finales en ultramar. A veces se justificaba con los argumentos esgrimidos por Sunifred y que todavía retenía en la memoria, a pesar de que ya peinaba canas. A sus cuarenta y seis años, y con la

vejez ya cercana —como le recordaban cada día los dolores que padecía en su cuerpo cuando despertaba y tenía que levantarse del jergón—, sólo deseaba la paz y la tranquilidad de una vida contemplativa y poder encontrar ese espacio en el que aceptar su destino y perdonarse a sí mismo. Y la encomienda de Tortosa, su casa, era un buen lugar para ello, a pesar de que había perdido el poderío que antaño tuvo.

Poco después de volver, cuando ya las voces contra el Temple arreciaban por la derrota de la Orden en Tierra Santa porque, para muchos, su función había perdido todo el sentido, Hug se encontró una Tortosa que ya no respetaba al Temple. La disminución progresiva de los derechos de la Orden y la imposibilidad de mantener su jurisdicción en la ciudad empujaron a frey Berenguer de Cardona, maestre provincial de Aragón, a permutar al rey Jaime II, llamado el Justo, el dominio de los templarios sobre Tortosa.

El monarca, más interesado en aumentar sus ingresos y en la expansión por el Mediterráneo, abogó por las reivindicaciones sobre el reparto de las rentas que el pueblo clamaba y mermó así el poder del Temple en la ciudad. Sabía que el acceso al comercio desde aquel lugar le reportaría ingentes ingresos que añadir a sus arcas.

Tras la permuta, la Orden recibió a cambio el castillo y la villa de Peñíscola, junto a las aldeas de Benicarló y Vinarós, así como el castillo y la villa de Ares, el dominio de Ollers y la bailía de Xivert, entre otras.

En Tortosa se les concedió permanecer en la encomienda para así poder cuidar de los escasos intereses que todavía la Orden mantenía en la ciudad, quedando muy pocos hermanos en ella. Hug fue uno de los que se quedaron, junto a los hermanos Josep y Miquel, al comendador Ramón de Bell·lloc y al clavero Bernat Roig.

El paso de los años supuso la pérdida de Josep y Miquel, que murieron con pocos meses de diferencia, como buenos hermanos —algo que sumió a Hug en una honda tristeza—, y la llegada de nuevos comendadores. En esos momentos, el anciano que comandaba la preceptoría apenas si le dedicaba atención. Su estado de salud lo mantenía casi siempre acostado en su jergón y era Hug el que se encargaba de que la casa siguiera funcionando. Apenas ocho personas vivían allí, contando a los sirvientes, pero el trabajo había que hacerlo de igual forma.

El Temple vivía sus horas más aciagas y Hug no dejaba de preguntarse qué sentido había tenido su existencia y, por ende, su vida, dedicada por completo a servir a Dios y a la Orden sin cuestionar nada.

Hacía unos meses, en Francia, se ordenaba la detención de los caballeros templarios y la confiscación de sus bienes, alegando que habían cometido pecados terribles contra la fe cristiana. El Gran Maestre, Jacques de Molay, sucesor de frey Teobaldo de Gaudin, muerto en Chipre en 1293 —que, a su vez, sucedía a Guillermo de Beaujeu tras la caída de San Juan de Acre—, fue apresado junto al visitador general, así como los maestres de Chipre, Aquitania y Normandía. Poco después de un mes, el papa Clemente V publicaba la bula *Pastoralis praeeminentiae*, que ordenaba a todos los reyes cristianos que, en nombre del papado, detuvieran a los miembros del Temple y confiscaran sus bienes para ponerlos a su disposición.

A Hug todo esto le sonaba a fábula. Aunque era conocedor de las voces por toda Europa que se alzaban contra la Orden después de las pérdidas de territorios en ultramar, ya que arribaban a Tortosa muchos comerciantes extranjeros portadores de rumores, no podía creer que esas voces hubieran ganado a la cordura. Sin embargo, las murmuraciones se hicieron cada vez más fuertes y precisas, pero no

fue consciente de la situación hasta que el rey Jaime envió a la encomienda de Tortosa, en calidad de presos, a algunos caballeros templarios, en ese momento simples residentes de la casa bajo vigilancia real del veguer y del bailío de la ciudad.

De hecho, según le habían contado, el propio rey Jaime, en un principio, había rechazado tomar ninguna decisión con respecto al Temple cuando recibió misivas del rey de Francia indicándole las graves acusaciones que contra ellos se vertían y ordenándole apresar a todo templario de su reino. No fue hasta que el propio papa Clemente lo exhortó a ello, cuando Jaime tomó una decisión.

A Hug le apenaba pensar que la lealtad de la Orden estuviera ahora puesta en entredicho, cuando siempre habían acudido a la demanda de ayuda del monarca en sus guerras peninsulares contra los sarracenos.

En esas cavilaciones andaba mientras terminaba de atender a Aluvión cuando irrumpió en las cuadras Bertomeu, uno de los sirvientes más jóvenes de la casa, apenas un muchacho.

—Frey Hug, hay una dama en la puerta que solicita hablar con vos.

—¿Conmigo o con el comendador?

—Ha mencionado vuestro nombre, freire.

Hug no imaginaba quién podría ser, y aunque en esos instantes lo que menos le apetecía era recibir a nadie, su deber era atender a todo aquel que llamara a la puerta.

—Está bien —dijo resignado—, hazla pasar a la sala donde recibe visitas el comendador y cuida de que el hogar esté encendido. Si no es así, echa algún tronco y préndelo, hace un frío del demonio.

Cuando Bertomeu se hubo marchado, Hug terminó con el cepillado de Aluvión y luego se lavó como mejor pudo en el agua helada de un barril en el exterior de la cuadra. «Ojalá el comendador

no estuviera enfermo y pudiera ocuparse de este tipo de asuntos», pensó Hug dirigiéndose con paso cansino hacia el interior de la casa principal.

Cixilona lo vio entrar con un nudo en el estómago. Lo primero de lo que se percató fue de que ya no era el joven del que se despidió en Limoux hacía ya tantos años. Las canas teñían sus sienes y salpicaban su barba, al igual que los cabellos de ella, de un brillante oscuro antaño, habían perdido su lustre. La comisura de sus ojos presentaba arrugas, y una miríada de pequeñas cicatrices le afeaban un tanto el rostro. Sin embargo, para Cixilona seguía siendo Hug y con eso bastaba. No en vano intentó olvidarlo y no fue capaz de hacerlo. En sus sueños más íntimos, se veía eligiéndolo a él por encima del resto de los hombres, unidos en todos los sentidos, pero cuando despertaba y el otro lado de la cama estaba vacío de su presencia, el pecho se le encogía y, a veces, hasta derramaba alguna lágrima por lo que pudo ser y no fue.

Le ocurría con más frecuencia en los últimos tiempos, desde que supo que él había vuelto a Tortosa. Y, aunque no se habían visto en esos años, saber que se encontraba cerca alegraba su espíritu.

Recompuso su semblante para que él no se diera cuenta de sus cuitas, dispuesta a tratar con él ese asunto que ahora la acuciaba.

—Mi señora Cixilona —la saludó él con un gesto de asombro—, me place veros con buena salud.

—Mucho tiempo ha pasado, frey Hug.

—Así es. Lamenté mucho la muerte de vuestro padre en cuanto lo supe. Era un buen hombre.

—Gracias.

—También siento no haber acudido al funeral de vuestro esposo, mi... hermano. Pero los asuntos de la Orden requerían mi presencia en la encomienda.

Cixilona aceptó las condolencias. Sabía que el vínculo entre los hermanos Monrós era débil; de hecho, Blai no soportaba que se nombrara a su hermano menor en su presencia.

Como siempre había temido, Blai encontró la muerte una noche en la que estuvo recorriendo las tabernas del puerto. Lo hallaron unos pescadores al día siguiente, flotando en las aguas del río, con una herida en el vientre fruto de algún mal encontronazo con alguien más ducho que él con la daga. Había pagado cara su soberbia.

Cixilona no sintió su muerte. Desde que acordara con su suegro las condiciones con respecto a su futuro, Blai no había vuelto a molestarla. De hecho, mantenían una relación fría y distante en la que apenas se veían y hablaban. Nada más lo hacían cuando tenían que decidir algo con respecto a sus hijos, y la opinión del señor de la casa siempre contaba más que la del propio Blai.

Un año después de su muerte, tras guardar el luto que correspondía a su condición, se desposó con el menor de los hermanos, Pere, cumpliendo así la promesa que le hiciera a su suegro. Con él mantenía un trato de cordialidad. Y aunque tuvo que sufrir los derechos maritales de su nuevo esposo en los primeros meses, conforme los días pasaron Pere dejó de molestarla, imbuido de nuevo de esas dolencias imaginarias que, la mayor parte del tiempo, lo tenían postrado en la cama por propia voluntad. Así que ella se convirtió en el ama y señora de la casa de Monrós, haciendo y deshaciendo a su antojo, sobre todo desde que el patriarca falleciera y legara a sus hijos todas sus posesiones.

—El señor de Monrós, vuestro padre, murió el año pasado, ya muy anciano.

—Lo sé.

Hug no dijo nada más. Un silencio incómodo se instaló en la sala.

—¿Y qué hay de Pere?

—Mi esposo está enfermo —dijo sin entrar en más detalles.

El caballero abrió muchos los ojos, aquello lo había cogido por sorpresa.

—¿Os desposasteis con Pere?

—Sí, en cuanto el año de luto terminó, contraje matrimonio con vuestro hermano pequeño. Se lo había prometido al señor de Monrós y las promesas hay que cumplirlas. Así me lo enseñó mi padre. —No entendía por qué se estaba justificando ante Hug, pero las palabras surgían de sus labios sin poder contenerlas—. Blai no fue un buen esposo, pero me dio dos hijos, y ellos fueron la causa de mi promesa.

El reproche implícito en su voz no debió de pasar desapercibido para el caballero. Lo vio bajar la vista y remover los pies inquietos. Todavía recordaba cuando camino de Limoux, la joven ingenua que fue le preguntó a Hug por el carácter de su hermano. Con el tiempo, muchos años después, pensando en ello se dio cuenta de que el caballero le había contestado con vaguedades para no comprometer la unión entre las casas Miravalle y Monrós. Si lo hubiera hecho, ella habría estado más prevenida y podía haber evitado la vida de infelicidad a la que se vio abocada.

Pero no había venido en su busca para hacerle reproches. La cuestión que la había traído hasta allí era más importante.

—Frey Hug, he venido a pediros una merced.

—Os escucharé y haré lo que esté en mi mano para complaceros.

Cixilona asintió agradecida por la predisposición del que una vez fuera su amigo.

—Pero antes debo pediros que, lo que aquí hablemos, no salga de estas cuatro paredes.

—Tenéis mi palabra.

La mujer comenzó entonces a contarle la razón de aquel viaje hacía tantos años a Limoux y los tratos de su padre con los cátaros. Hug la escuchaba atento y sin que su rostro mostrara el más leve signo de qué era lo que pensaba sobre lo que oía. Cixilona prosiguió con su narración, relatando la promesa hecha a su padre en su lecho de muerte y la ayuda que, desde entonces, ella había proporcionado a aquellos buenos hombres y mujeres que huían de las tierras del Languedoc. Huida que había arreciado en los últimos años por la persecución inmisericorde de la Inquisición.

Gracias a los pastores, los cátaros encontraban los caminos para alejarse de las garras inquisitoriales, cruzando las montañas hasta el reino de Aragón. Y, una vez que llegaban a Tortosa, Cixilona se encargaba de acogerlos en viviendas que les arrendaba durante un tiempo hasta que encontraban su propio acomodo más al sur, en aldeas en el Maestrazgo e, incluso, algunos se atrevían a bajar hasta Valencia. Se reunían en pequeñas comunidades afines, lejos de quienes los querían ver quemados en la hoguera.

—Pero ahora tengo miedo, Hug, no por mí, sino por mis hijos. Cada día me llegan noticias de que la Inquisición ha condenado a muchos de los familiares de los que aquí vienen y cada día son más los que buscan refugio, y yo no tengo la capacidad de acogerlos a todos. Hasta hace poco, mis actividades podían pasar desapercibidas, pero temo que, con tanto movimiento de gentes extranjeras, mi casa se vea comprometida o bajo sospecha, y mis hijos paguen por algo que desconocen. Amén de que han llegado a

mis oídos rumores de que la Inquisición envía espías desde Francia en pos de los que sospechan que puedan profesar esa fe que ellos consideran herejía.

—¿Por qué me contáis todo esto, Cixilona?

—Porque necesito de vuestra ayuda, no sé a quién más recurrir —le dijo mirándolo a los ojos—. He sabido que, hasta hace unos meses, en Masdéu, en la encomienda del Rosellón, se acogía a cátaros que huían hasta que podían entrar en tierras aragonesas, y me preguntaba si aquí, en Tortosa, vuestra casa podría hacer lo mismo.

El caballero la miró como si hubiera perdido el juicio.

—No sabéis lo que me estáis pidiendo.

—Sí que lo sé —contraatacó ella—, estoy informada de la delicada situación por la que estáis pasando.

—¿Y también sabéis que, por orden real, el bailío y el veguer nos vigilan como halcones?

—Ellos no van a sospechar si algún peregrino llama a vuestras puertas para pedir asilo durante unos días. Es habitual verlos rondando la encomienda.

—Así es, pero no son herejes perseguidos por la Iglesia.

—Ellos son cristianos también, y pacíficos, y no creo que Dios los juzgue por sus creencias. ¿Por qué habíamos de hacerlo nosotros? Sólo son personas, Hug, que quieren vivir en paz y sin molestar a nadie. Y yo no podría perdonarme si no cumpliera con la última voluntad de mi padre. ¿Creéis que él era tan necio como para dejarse engañar?

—Vuestro padre era el hombre más cabal que he conocido.

—Por eso, Hug, por su memoria, os lo ruego, ayudadme con esto.

Ambos permanecieron en silencio durante unos minutos, sopesando uno lo que acababa de escuchar y angustiada la otra

mientras aguardaba la respuesta del caballero.

Por fin, Hug habló.

—Debo arrancaros la promesa de que, si los acogemos, no se significarán en ningún sentido. Se harán pasar por peregrinos en busca del perdón de Dios.

—Así se hará —dijo la dama con entusiasmo.

—Nadie tiene que saberlo. Ni siquiera el comendador. Es muy anciano y no deseo cargarlo con más pesares de los que ya soporta —le advirtió antes de proseguir—. Todo se canalizará a través de mí y sólo de mí. Y si en algún momento veo que alguien pone en entredicho esta casa, cortaré de raíz mi predisposición para con vuestra causa sin que me tiemble la mano. Ésa es mi condición.

—Lo veo justo.

—Tenéis entonces mi...

En ese instante llamaron a la puerta con insistencia.

—¿Qué ocurre? —inquirió el caballero abriendo la puerta de malos modos.

Bertomeu se encontraba tras ella.

—Freire, un mensajero trae una misiva para vos.

—Estoy ocupado, que espere.

—Dice que es urgente y que necesita una respuesta vuestra ya mismo.

—Dame eso —resopló irritado quitándole de un manotazo el pergamino que sostenía en sus manos.

Acercándose a la luz de una de las teas que iluminaban la estancia —su vista ya no era la de antaño—, Hug leyó por encima las palabras que contenía. Mudó el rostro al terminar su lectura. Su ceño se frunció y unas arrugas de preocupación agrietaron su frente.

—Bertomeu, acompaña a la dama Cixilona hasta su casa y luego vuelve raudo y prepara a Aluvión. Debo partir en una hora a mucho

tardar.

—Sí, freire.

—Pero primero dile al mensajero que mi respuesta es sí, que acudiré lo antes posible.

Cixilona asistió a la escena sin decir palabra alguna. Sólo cuando se vio impelida por el sirviente a salir de la sala se volvió hacia Hug.

—No me habéis dado vuestra respuesta.

El caballero la miró como si hubiera olvidado la razón de que estuviera allí. Las arrugas de preocupación se volvieron más profundas y Cixilona deseó borrárselas con una caricia.

—Lo haré, Cixilona, tenéis mi palabra.

Unas horas después, tras darle las oportunas instrucciones a Bertomeu para que el comendador estuviera atendido durante su ausencia y la casa funcionara como era debido, Hug partía en dirección norte, a Miravet.

III

Toulouse, Francia

Raymond miraba a su extraña nieta recoger hojas de laurel del huerto que los Bernier tenían en la parte trasera de la casa. Tras la muerte de Aude, hacía ya un año, y los viajes de Philippe llevando la fe a todos los rincones de Occitania, Raymond había sido el encargado de velar por la niña que en ese momento se sentaba en el barro del suelo, sin importarle manchar su vestido, y disponía en abanico las hojas de laurel que había recogido en un orden que sólo ella entendía.

Quería pensar que esa pequeña obsesión que tenía por el laurel era su forma —peculiar, como lo era ella— de recordar a su madre. Siempre llevaba alguna hoja de esa hierba aromática en el bolsillo o en la bolsa, de la que nunca se separaba.

Aude y su hijo Philippe se habían unido en cuanto tuvieron edad para hacerlo, siguiendo los deseos de sus familias. Las uniones entre creyentes, en las que intercambiaban consentimientos libres y puramente temporales, eran toleradas por su Iglesia. Una vez que Aude dio a luz a Furneria, y tras la muerte de Bourrel, el padre de Aude, ambos jóvenes lo dispusieron todo para marcharse a vivir a Toulouse, siguiendo la invitación de Pierre Bernier. Por supuesto, él los siguió. No quería por nada del mundo separarse de su hijo y de su nieta.

Una vez allí, de mutuo acuerdo, decidieron separar sus vidas para alcanzar aquello que tanto ansiaban. Philippe comenzó a vagar por los caminos en busca de la sabiduría necesaria para convertirse en perfecto. Llegado al condado de Foix, y bajo la supervisión de los Autier, el joven se consagró a una vida de oración, ayuno y castidad hasta encontrar las fuerzas suficientes para dar el último paso y peregrinar por el mundo llevando la palabra a cada rincón de Francia. Aude, por otro lado, fundó una casa comunal en Toulouse para acoger a todas aquellas novicias que deseaban convertirse en perfectas y acercarlas a la vida religiosa y, a la vez, material de la casa. Allí aprendían las Escrituras, pero también a tejer, coser y trabajar la madera, la paja o la piedra, y a desprenderse de todo lo corruptible que encerraba el alma.

Furneria creció en esa casa, y pronto destacó, ya no sólo por la rareza de su carácter, sino porque era la encarnación de lo que una perfecta debía ser.

El año anterior, Aude comenzó a encontrarse mal, y pronto unas fiebres postraron su cuerpo en el lecho. Su hija, Furneria, fue la encargada de proporcionarle el *consolamentum* antes de partir. Así lo quiso su madre, y la niña, sin ambages ni vacilaciones, posó las manos sobre ella y escuchó las últimas palabras que salieron de su boca sin mostrar emoción alguna: «Señora, bendecidme y rogad a Dios por mí, para que haga de mí una buena cristiana y me conduzca a un buen final». A lo que Furneria contestó: «Rogamos a Dios por vos, para que haga de vos una buena cristiana y os conduzca a un buen final».[17] Poco después, Aude moría, no sin antes llamar a Raymond y darle una serie de instrucciones con respecto a los pasos a seguir cuando ella ya no estuviera.

D'Alayrac rememoraba todo aquello con pesar. No vio a la niña derramar ni una lágrima por su madre y nadie fue capaz de

informarle del paradero de su hijo Philippe para darle la noticia.

Pierre Bernier salió en ese momento de la casa y se sentó a su lado, interrumpiendo los recuerdos de Raymond. Durante un rato, ambos observaron el ajetreo de Furneria con el laurel mientras ella cantaba una canción que aprendió de su madre.

Entre valles y arroyuelos
sus vástagos floridos crecerán,
consagrados a Su Gloria
su aroma se sirve de la verdad.
En la mesa del que nada tiene,
en el guiso del señor,
en los campos y en las huertas
mientras canta el ruiseñor.
En tiempos de recias heladas
su estirpe permanecerá,
aun cuando el fuego se avente
y los vientos arrecien con crueldad,
dentro de setecientos años
el laurel reverdecerá.

Tras unos segundos de silencio en los que sólo se oía el zumbar de las abejas y el trinar de los pájaros, Bernier por fin habló:

—Debéis marcharos —dijo sin rodeos—. Espero que nuestra amistad no se resienta por ello, pero debo pediros que os vayáis.

Raymond d'Alayrac sabía desde hacía algún tiempo que esas palabras llegarían.

—Esperaba que, con la muerte de vuestra nuera, las aguas se hubieran calmado. Ya sabéis que Aude se había significado demasiado en la villa y los dominicos andaban siguiendo su pista como perros adiestrados para la caza. Con su muerte, se atajó el problema —continuó—. Pero ocurre que vuestra nieta, quizás por su

singularidad, además de su apariencia, ha pasado a ser objeto de habladurías entre los creyentes. Muchos la llaman «la última dama perfecta» y vienen en peregrinaje para conocerla, no en vano es la perfecta más joven que ha habido en nuestra Iglesia. Y eso, amigo mío, tarde o temprano llegará a oídos de la Inquisición, y no quisiera ver destruida la comunidad que tanto nos ha costado crear aquí.

—Lo comprendo —asintió Raymond—, y nos marcharemos de inmediato si así lo deseáis.

—He pensado que podéis ir a donde los Autier. Dicen que desde Ax-les-Thermes conducen a quienes son perseguidos hacia tierras allende los Pirineos. Las gentes del reino de Aragón parecen dispuestas a acoger a los nuestros mientras no creen problemas.

—Si vos pensáis que es lo mejor, así lo haremos. Sólo dejadme unos días para preparar a Furneria. No le agradan los cambios, le producen un estado de angustia con episodios de llanto y falta de respiración. El proceso para adaptarse es más lento en ella que en los demás y se requiere un poco de paciencia.

—El que necesitéis. Apreciamos mucho a la muchacha, aun con sus rarezas, y no creáis que no nos apena que tenga que marcharse. Pero debo velar porque nada enturbie la paz de que aquí gozamos —se explicó Bernier—. Sé que lo comprendéis, y eso, al menos, aligera mi corazón.

Raymond estrechó las manos de Bernier y le agradeció todo lo que había hecho por ellos. Mientras, Furneria, ajena a lo que los hombres habían hablado, guardaba en su bolsa aquellas hojas de laurel que concluyó que se ajustaban a lo que ella creía que era la perfección. Antes de acercarse a donde su abuelo la aguardaba, comprobó, abriendo la bolsa que llevaba colgada al hombro, que todo estaba bien ordenado en su interior. Repitió el gesto dos veces

más como era habitual en ella. Parecía que ese trío de repeticiones le daban la paz que su mente —tan especial— necesitaba.

Raymond se armó de valor para comunicarle a su nieta las malas nuevas.

IV

Fortaleza de Miravet, finales de enero de 1308

Con un último esfuerzo de Aluvión, y después de traspasar sin problemas las murallas fortificadas de la villa, Hug subió el monte escarpado donde se encontraba la fortaleza de Miravet. El enclave del bastión se alzaba sobre el río Ebro, que serpenteaba deslizándose por un paisaje magnífico en las faldas de la montaña. Con el atardecer tiñendo de azules el cielo, el lugar ofrecía una absoluta imagen de calma y silencio que nada tenía que envidiar a cualquier otro lugar que Hug hubiera contemplado.

Pero no era momento para admirar el paisaje. Había sido requerido por el comendador de Miravet con urgencia y, dada la amistad que lo unía con la casa de Tortosa, habría sido imposible negarse a acudir a su reclamo.

Dejó el caballo al cuidado de un paje de la Orden y se adentró en la fortaleza hasta llegar al refectorio que hacía, a su vez, de sala capitular. Una amplia estancia a la que se accedía desde el patio de armas. Allí lo aguardaba el comendador de Miravet, frey Berenguer de Sant Just, así como frey Ramón de Saguardia, lugarteniente del maestre provincial y comendador de Masdéu, quien había tenido que huir de la preceptoría rosellonesa tras la orden de detención promulgada por el rey francés Felipe IV. Otros comendadores también se encontraban presentes, amén de nobles afines a la causa templaria.

—Frey Hug, nos complace comprobar que habéis acudido a nuestra llamada. —Frey Berenguer de Sant Just parecía realmente contento de verlo. Luego, volviéndose al resto de los presentes dijo —: Éste es el hermano Hug de Monrós, de la encomienda de Tortosa. Por desgracia, su comendador se halla muy enfermo y no ha podido acudir, por lo que él hablará en su lugar.

Todos aceptaron su presencia con una inclinación de cabeza.

—Si nos lo permitís, dejaremos las salutaciones para más tarde y entraremos de lleno en la cuestión que nos ocupa. Frey Ramón —dijo dirigiéndose al comendador de Masdéu y lugarteniente provincial, un caballero alto y delgado, con una barba puntiaguda veteada de blanco—, poned al día a nuestro amigo de Tortosa.

—Como debéis saber, el rey Jaime, finalmente, ha prestado sus oídos a los que nos quieren ver destruidos. Y, aunque hemos intentado negociar con él un pacto que me garantizara un salvoconducto para poder viajar hasta su presencia, exponer nuestra inocencia y después volver a Miravet, no hemos llegado a un acuerdo —dijo. Y en su voz se percibía un gran pesar—. En estos momentos, un ejército real se prepara para rendir esta fortaleza.

—Ya vienen hacia aquí —apuntó Hug—, los he adelantado por el camino. Las tropas están comandadas por el veguer de Tortosa.

Hug había rodeado a las huestes sin ser visto a su salida de Tortosa, espoleando a Aluvión para llegar cuanto antes a Miravet.

—Lo sabemos —terció frey Berenguer—, mañana antes del mediodía estarán a nuestras puertas. Así que es el momento de tomar una decisión sobre qué hacer, si rendir la plaza a las huestes del monarca o resistir hasta que se nos escuche.

—Hay quien aboga por un entendimiento —volvió a hablar el lugarteniente provincial—, pero no creo que eso sea posible. El rey Jaime parece haber olvidado los sacrificios que nuestra Orden ha

hecho para socorrerlo en su lucha contra los sarracenos del sur. Siempre que se nos ha requerido, hemos estado prestos a complacerlo. Sin embargo, ahora, nos increpa para que nos pleguemos a sus intereses, que creo que no son otros que hacerse con el poder de nuestras encomiendas. Eso le garantizaría los ingresos suficientes para calmar a sus nobles y seguir con su política de expansión. Y, aunque al principio sabemos que respaldó nuestra inocencia, en estos momentos se ha sumado a esas voces que desean acabar con nosotros. ¿Por qué creéis que Felipe, el monarca francés, busca nuestra destrucción? —Hizo una pausa significativa—. Pues porque está endeudado con el Temple y ha visto su oportunidad para librarse del pago. Acusándonos de herejía, y de otras muchas barbaridades que no deseo mencionar, no sólo se libera de su deuda, sino que se enriquece a nuestra costa. —Un murmullo de asentimiento recorrió la sala—. No pienso permitir que se nos trate como a malhechores, ni que nuestro Gran Maestre esté pudriéndose en una celda sin derecho a defenderse. Yo mismo tuve que sufrir la ignominia de tener que huir de mi propia encomienda aprovechando el manto oscuro de la noche. La vergüenza todavía pesa en mi ánimo. Así que no me rendiré hasta que se nos garantice justicia ante tanta tropelía.

—¡Miravet no se rinde! —surgió un grito de entre los presentes.

—¡Miravet no se rinde! —clamaron otras voces broncas.

—¡No se rinde! —El comendador, frey Berenguer, gritó al tiempo que sacaba su espada.

Otros pronto lo imitaron y la sala reverberó con el sonido del hierro deslizándose de su vaina.

—¿Y vos, frey Hug? ¿Qué decís?

—Dios así lo quiere —dijo sacando también su espada—. ¡Miravet no se rinde!

Hug apenas había pegado ojo en el dormitorio comunal. Se había plegado al fragor del momento en la sala capitular y ahora dudaba de que fuera lo más sensato. ¿Cuánto podía resistir Miravet si el asedio se prolongaba?

Estuvo orando en la capilla antes de acostarse, buscando en Dios las fuerzas y el entendimiento para obrar de la mejor forma posible. Estaba cansado de luchar pero, a su vez, comprendía las razones de sus hermanos para no cejar en su empeño. La codicia de los hombres, aunque éstos fueran reyes y siervos de Dios, parecía que nunca tenía fin, y fruto de ella la Orden se veía en esos instantes en entredicho, acusada injustamente de viles crímenes que iban contra los designios del Altísimo.

Pero... ¿era ésta la mejor manera de defenderse? ¿Con el hierro de sus armas? ¿No se podía llegar a un acuerdo dialogando? Ojalá tuviera la respuesta a sus cuitas. Iban a enfrentarse a su rey y a aquel que se sentaba en el trono de san Pedro, al que también se debían. Aquello no podía terminar bien.

Lo poco que dormitó estuvo plagado de pesadillas. Incluso una de las veces se despertó sobresaltado con la sensación de que alguien lo acechaba en sueños. Fue una noche para olvidar.

Al día siguiente, poco antes de que el sol estuviera en lo más alto. Miravet era cercada por las huestes de Jaime II. Hug, contemplando desde las almenas el quehacer del ejército enemigo que se preparaba para el asedio, escuchaba las órdenes de frey Ramón de Saguardia y del comendador de Miravet disponiendo la defensa de la plaza. Abajo se estaban construyendo empalizadas en torno al castillo para que los sitiadores pudieran parapetarse, así como el

montaje de las máquinas de asedio que se emplearían contra los muros de la fortaleza.

Una vez que el sol pasó del mediodía, una avanzadilla se acercó hasta la muralla. Para su sorpresa, el veguer de Tortosa desplegó un pergamino que leyó a voz en grito para que lo escucharan desde las almenas. Era una orden del propio monarca Jaime.

—Por orden de su majestad el rey Jaime II se concede un plazo de dos días para que aquellos hermanos que lo deseen y aquellos nobles u hombres de armas *qui nondum sunt fratres*[18] abandonen la plaza so pena de proceder contra ellos y contra sus bienes, que les serán confiscados por orden real. Llamo, para que se avengan a cumplir la palabra de su rey y señor, al hijo de Pedro de Moncada y a...

Hug dejó de escuchar los nombres que allí se dijeron y el resto de la orden real. La mención al «hijo de Moncada» acababa de perturbar su espíritu. Se volvió, interrogante, hacia frey Berenguer, que en ese momento estaba a su lado, pero éste no lo estaba mirando, ni siquiera dirigía la vista hacia el hombre que leía las palabras del rey. Miraba hacia atrás, hacia su espalda.

Un escalofrío le recorrió el espinazo.

Se volvió, y la boca se le abrió con estupor. Allí estaba él, al que creyó caído hacía muchos años en Tierra Santa, en el que no había querido pensar para no enfadarse con un muerto, el que fuera su hermano, su amigo y su peor pesadilla.

Sunifred avanzó hacia él sin vacilar —aunque una renquera le escoraba el cuerpo—, parándose a escasos pies de donde se hallaba plantado, sin poder moverse ni reaccionar, y mirándolo con fijeza, hasta que aquella sonrisa suya, que mostraba ahora la mella, no de un solo diente, sino de dos, se compuso en sus labios.

—Veo que todavía tienes buen gusto para los caballos —dijo a modo de saludo—; he visto esta noche a ese destrero tuyo plateado y debo decir que es magnífico. Eso sí, tiene tan malas pulgas como Brioso, ha intentado morderme cuando me he acercado a su cubículo.

Hug tenía le lengua seca e incapaz de funcionar.

—Me alegra verte en tan buena hora, aunque... —dijo mirándolo al rostro—, has envejecido.

El caballero se tragó una respuesta mordaz. Sunifred parecía un anciano. Su cabello, antaño negro como ala de cuervo, estaba completamente blanco. Lo llevaba muy corto, lo que no evitaba ver una cicatriz con relieve y de color blancuzco que le bajaba por la sien derecha, por detrás de la oreja, cuya carne estaba retorcida y arrugada, hasta perderse por el cuello más allá de su túnica. La mano de ese mismo lado también presentaba el mismo relieve escabroso, sin duda todo ello a causa de una quemadura.

En vista de que seguía sin poder decir palabra alguna, Sunifred apoyó una de sus manos en su hombro, instándolo a caminar.

—Ven, hermano, tenemos mucho de lo que hablar —le dijo empujándolo con suavidad, para luego acercarse a su oído y susurrarle—: Espero que aquello que te confié siga a salvo en tu poder.

Unos minutos después, y tras haberse bebido de un trago la jarra de vino en la estancia que el comendador les había cedido para que conversaran, Hug recuperó la voz.

—¿Cómo... cómo es posible?

—Es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Al contrario, hermano, el tiempo se nos está agotando.

—Pero...

Sunifred le arrebató la jarra y volcó en ella el contenido de la suya, para después devolvérsela.

—Bebe y escúchame.

Sunifred se sentó frente a él y se pasó la mano quemada por el corto cabello. Ese simple gesto provocó una mueca de dolor que se reflejó en su rostro.

—Brioso murió. En Acre. Y lo hizo salvándome la vida.

Comenzó entonces a narrarle con detalle todo lo acontecido desde que él partiera abandonando la ciudad, y a sus hermanos, a su suerte. El ataque que sufrió en las cuadras por aquellos malnacidos que buscaban los documentos de Moncada, la intervención de Brioso en su liberación, las llamas lamiendo el techo de las cuadras, su desplome y la fortuna de que los hermanos que todavía moraban en la fortaleza templaria de Acre lograran salvarlo del incendio.

—Como puedes observar, no salí muy bien parado del lance —dijo alzándose la manga de la camisa para revelar un brazo completamente desfigurado por las cicatrices del incendio—. Y la espalda es peor. Se quemó en gran parte y las llamas descendieron incluso a las piernas. Por ello no camino del todo bien. Me ha costado tiempo, sudor y mucho dolor poder volver a empuñar una espada. Y aun así, mi destreza ya no es lo que era.

Hug se compadeció del que fuera su amigo. Debía de haber sufrido una pesadilla.

—¿Por qué no viniste a buscarme? ¿Por qué dejaste que pensara que habías muerto? Todos estos años...

—¿Todavía no te has dado cuenta de que soy un hombre perseguido? Acabas de escucharlo con tus propios oídos, hasta el rey Jaime sabe que estoy aquí. Aunque he intentado desaparecer, siempre acaban encontrándome. —Tenía razón—. Estuve en Tierra Santa hasta el final, hasta que ya no nos quedó ninguna posesión

por defender, en parte porque mis heridas me impedían viajar, en parte porque me sentía más seguro allí. Luego me acogí a la encomienda de Masdéu. Frey Ramón de Saguardia, en quien Moncada confiaba, me cobijó durante todos estos años. Allí pude encontrar la paz para recuperarme, al menos hasta lo que puedes ver hoy día, y después vine con él a Miravet. No sé cómo, pero saben que estoy aquí. Nuestros enemigos tienen los brazos muy largos y espías por todos lados, incluso dentro de la Orden. Por eso no quise nunca que supieras de mi regreso. Era más seguro para ti y para los documentos. Porque... Dime que tienes los documentos, que están a resguardo.

—Están en lugar seguro —confirmó Hug.

—¿Llegaste a leerlos?

—No, nunca me atreví a ello, aunque me vi tentado muchas veces. Sobre todo con el paso de los años, cuando pensaba que debías de estar muerto. Aun así, no me permití leerlos, y los guardé pensando que llegaría el momento en el que quizás me viera obligado a descubrir su contenido.

—O quizás no perdiste la esperanza.

—Quizás sea eso... O puede que no quisiera verme involucrado en algo que no entendía. Y que era peligroso.

Sunifred lo miró sonriendo.

—Eres un buen hombre, Hug, el mejor que he conocido.

El caballero dio un trago a su jarra eludiendo el halago.

—Ahora, más que nunca —continuó Sunifred—, es nuestro deber salvaguardar lo que en ellos se oculta.

—¿Y qué es lo que ocultan, hermano? Creo que después de todo lo vivido merezco saberlo.

—Sin duda así es.

—Y no pienso revelaros su paradero hasta que lo sepa.

Sunifred se permitió una carcajada irónica. Conocía la testarudez de su amigo.

—¿Recordáis el oro de Bézu? ¿Aquel que recogí para que frey Pedro paliara la falta de suministros de la Orden en Tierra Santa?

Hug asintió.

—Pues mucho más oro salió esa noche con rumbo desconocido, amén de algunas reliquias sagradas que el Temple ha conservado durante años y que no deben caer en manos impías. Sólo un pequeño círculo, en el que se encontraba Moncada y algunos caballeros de las más altas jerarquías dentro de la Orden, incluidos los Grandes Maestres, sabían de ello. Ahora todos están muertos. Y la cadena que legaba su secreto a cada Gran Maestre que se elegía se perdió con la muerte en Acre de Guillermo de Beaujeu. Pero nuestros enemigos siguen vivos, y desean hacerse con ese tesoro más que nunca —le explicó sincerándose—. Esos documentos, los que guardas, revelan dónde está ese oro, y en estas horas aciagas, en las que el Temple va camino de su final, como frey Pedro predijo en su momento, ellos serán los garantes de que no desaparezcamos, de que la Orden pueda pervivir más allá del tiempo y de los hombres y su codicia. Nuestro legado, el de todos nuestros hermanos, debe seguir existiendo. Y yo, templario por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y la de frey Pedro de Moncada, velaré porque así sea. Hasta mi último aliento.

Se miraron a los ojos y se comprendieron sin palabras. No en vano Hug habría dado también con gusto la vida por la Orden si así se lo hubiera requerido. Sin embargo, había algo que le preocupaba y en lo que no iba a dar su brazo a torcer.

—No pienso abandonar a mis hermanos de nuevo —dijo, severo —. He dado mi palabra y, hasta que el destino de Miravet no

concluya, para bien o para mal, permaneceré en esta fortaleza ayudando en lo que sea menester.

—No serías tú si no lo hicieras. Nunca he conocido a nadie tan testarudo y ya tenía prevista tal posibilidad. Sea, uniremos nuestra espada a la de nuestros hermanos en Miravet y, cuando todo acabe, recuperaremos los documentos y obraremos en consecuencia.

Ambos caballeros se estrecharon la mano, sujetándose por el antebrazo, sellando así su compromiso.

—Por cierto —dijo Sunifred desplegando una sonrisa—, ¿no tendrás otro caballo que descienda del mismo linaje? ¿Uno tan magnífico pero con mejor carácter? Algún día me gustaría montar un destrero de tan bello porte que no quisiera morderme a la menor ocasión.

V

Puerto fluvial de Tortosa, año 1309

Había perdido la cuenta del tiempo que hacía que no ponía el pie por aquellos pagos. «Y en tierra», habría dicho si le hubieran preguntado, más allá de las escasas horas que atracaban en algún puerto para beberse las ganancias en cualquier taberna, refocilarse con alguna ramera y volver a pisar la madera de cubierta tras desahogar sus instintos más bajos.

El mar tenía algo atrayente, algo que te encadenaba a sus vientos y corrientes y no te dejaba marchar. Una especie de canto de sirena en el que, más de uno, había perdido la vida por escucharlo.

Desde que embarcara aquel amanecer desde Valencia, dejando atrás lo único que había amado en su vida; desde que de simple remero terminara por convertirse en el timonel de la galeota que comandaba el primero corsario y después pirata siciliano Giulio Spoleto; desde que su vida trocara los campos de batalla por las tormentas en alta mar, apenas si estuvo interesado en volver a su existencia exterior. En el océano fue como si volviera a nacer y atrás quedó ese cúmulo de inquietudes y de desarraigo que siempre engrilletaban su espíritu. Fue libre por primera vez, y no dudó en conservar esa libertad aun a costa de su propia supervivencia.

Conocía al dedillo las costas de Mallorca e Ibiza, las de Cerdeña, Sicilia y el sur de Italia. Allí habían operado contra todo barco de mercancías que tuviera la mala fortuna de toparse con ellos. Los

acorralaban, les ordenaban calar velas hasta que los abordaban con sus armas para saquear todo lo que llevaran sus bodegas.

Los siete años que lo ligaron a los remos pasaron raudos. Después, el mar lo había seducido y se enroló por siete años más. Esta vez por propia decisión. Nada le ataba a tierra. Y esos catorce años se prolongaron hasta que, unos meses atrás, trajinando con las velas encaramado a un mástil, las fuerzas le fallaron y cayó en cubierta, propinándose un golpe que, por fortuna, no le rompió ningún hueso. No obstante, se dio cuenta en ese momento de que las fuerzas le fallaban, que ya no era el joven de antaño —lo decían la miríada de arrugas que le poblaban el rostro curtido por el sol y los dolores que sentía en rodillas y brazos los días más húmedos—, y los recuerdos volvieron a aflorar. Unas semanas después moría Spoleto en un ataque a una embarcación que se dirigía a comerciar a Génova. Los comerciantes, cansados ya de recibir ataques piratas, llevaban a bordo cada vez más a menudo a hombres de armas preparados. Giulio, tras tantos años de salir airoso de sus pillajes, se confío en demasía, y tuvieron que salir con la galeota casi haciendo aguas en dirección a una de las pequeñas islas cercanas a la costa siciliana donde lamer sus heridas. El capitán fue lanzado al mar sin mucha ceremonia y Arnau, al verlo hundirse para ser pasto de los peces, decidió entonces que quería ser enterrado en tierra firme, junto a su abuelo Gonzalo. Y, aunque le ofrecieron comandar desde ese momento la galeota, rehusó tal honor y se despidió de sus compañeros poniendo rumbo hacia el este. Todavía estaba a tiempo de recuperar su promesa y encontrar a aquél con el que compartía sangre. Ni en la muerte sería capaz de descansar si no lo hacía.

Apenas se detuvo unas horas en Tortosa. Tras abandonar el puerto fluvial, se dirigió hacia la ciudad para comprar una montura que le sirviera para el viaje que esperaba hacer. Encontró un rocín

castrado ya viejo y se encaminó hacia el norte, más allá de las montañas, siguiendo el único indicio que no le dio tiempo a comprobar cuando fue apresado allá en Ruzafa, el día que no sólo perdió un tiempo precioso que ya no recuperaría, sino donde también perdió a la mujer a la que una vez amó, a Bettisia, su compañera en aquel entonces.

Apartó esos pensamientos y se forzó a recordar. Según aquel joven pastor apellidado Mauri, su padre había acogido a un niño pequeño durante unas semanas. Después, un día se lo llevó y nada más se supo de él. Pero el joven pastor presumía que su padre podía haber dejado al crío bajo la protección de una rama de la familia Mauri, quienes vivían en una aldea en la parte francesa de las montañas. Y allí se dirigía. Encontraría esa aldea —de la que no conocía ni el nombre— y a los Mauri, aunque ello le llevara los pocos años que le quedaran de vida.

Los primeros fríos de otoño dieron la bienvenida a Arnau mientras ascendía por un camino empinado hacia la aldea de Montaillou. Allí le habían dicho que vivían los Mauri, una familia dedicada al pastoreo entre montañas escarpadas.

Con su objetivo tan cerca, no se permitió descansar a pesar de la fatiga que acusaba su cuerpo. Los meses de búsqueda, preguntando aquí y allá, por fin habían dado sus frutos, y no quería perder ni un minuto más. Su rocín también acusaba el esfuerzo, echando espuma por su boca y cabeceando irritado. El viejo animal necesitaba el descanso más aún que él.

Casi llegando a la aldea se encontró con un joven pastor que vigilaba un rebaño en una pradera verde por el rocío de la mañana.

El hombre lo miró con desconfianza. A su lado, un perro de raza indefinida se plantó junto a su amo y gruñó entre dientes.

—Buenos días, busco a los Mauri.

—¿Para qué los buscáis?

—He venido de muy lejos en busca del paradero de un familiar y puede que ellos tengan la información que necesito.

El pastor seguía mirándolo con cautela, dando vueltas con la lengua a una ramilla de romero que sobresalía de su boca. Arnau sabía que su aspecto no invitaba a las confianzas. Las cicatrices que le marcaban el rostro, fruto de una vida de lucha, jugarían en su contra. Además, sus ropas estaban viejas y deshilachadas por los bajos, lo que le confería un aspecto de vagabundo.

Por fin el joven habló.

—Yo soy Pèire Mauri, quizás pueda ayudaros.

—Lo dudo; posiblemente no habríais nacido cuando ocurrió todo aquello.

Arnau bajó del rocín y se acercó a él. El perro volvió a gruñir, esta vez más fuerte, enseñando los dientes. Pèire le dio unas palmaditas en la cabeza para tranquilizarlo.

—Mi nombre es Arnau de Tella. Hace muchos años, por circunstancias, mi primo, que por entonces debía rondar los tres años —decidió sincerarse con aquel joven, no perdía nada por hacerlo—, fue llevado a vivir con Joan Mauri, allá en Tortosa. Según supe tiempo después, es probable que Joan, quien no pudo hacerse cargo del niño, acudiera a unos familiares que vivían cerca de las montañas, en el lado francés. Llevo mucho tiempo intentando encontrar a alguien que me dé noticias de su paradero y, al saber por unos pastores del Ampurdán que había una familia apellidada Mauri en esta zona, he venido a probar fortuna.

—Yo no sé nada de eso. Pero quizás mi padre pueda ayudaros. Hoy tiene un día bueno, aunque debo advertiros que es muy anciano ya y que no siempre su mente está lúcida. Venid conmigo.

Mauri le silbó al perro antes de marcharse y éste corrió hacia las ovejas para custodiarlas mientras su amo se ausentaba.

Siguieron un camino hasta llegar a una aldea pequeña. Al fondo, una fortaleza la guardaba. Pero no tuvo mucho tiempo de admirarla. Al poco de entrar en la aldea, Mauri se dirigió a una de las primeras casas.

Dentro, junto a un hogar con unas pocas ascuas ardientes, un anciano dormitaba sentado en una silla. Sus manos se apoyaban en un cayado de madera de castaño. Pèire lo despertó y le explicó quién era aquel extranjero y a qué había venido, mientras invitaba a Arnau a sentarse también junto al hogar.

El anciano escuchó a su hijo y durante un rato no dijo nada. Sus ojos se cerraron. Arnau creyó que se había dormido cuando el viejo abrió de nuevo los ojos y lo miró.

—Recuerdo a ese niño. Mi primo Joan lo trajo hace muchos años. Tenía una mirada difícil de olvidar, como un cielo de verano.

Arnau trató de ocultar un gesto de esperanza que pugnaba por salir ante los presentes. Aunque parecía que iba por buen camino, todavía quedaba mucho trecho por recorrer.

—Así es, el color de sus ojos era azul.

—Sí, sí, me acuerdo. ¿Y qué tal mi primo? Hace tiempo que no nos visita.

—Padre —terció Pèire—, ¿no recordáis que murió?

El joven pastor miró a Arnau de reojo, ya le había advertido de que su progenitor no siempre tenía la mente despejada.

—Cierto es, qué pena.

—Estabais diciendo que vuestro primo trajo a un niño de ojos claros.

—Eh... Sí, así fue. Pero nosotros no teníamos capacidad para alimentar una boca más. Así que lo comenté con la comunidad en los lugares en los que pastoreaba y me hablaron de una familia que no podía tener hijos y que quizás quisieran hacerse cargo del niño.

—¿Y sabéis quiénes eran? —Arnau no podía contener su impaciencia.

El anciano lo miró como si lo viera por primera vez, asombrado por su presencia.

—¿Quién sois?

—Ya os lo he dicho, padre, su nombre es Arnau y anda buscando a ese niño.

—Ah, sí..., el niño... Creo que lo llevé a Costauçan, a casa de... ¿Cómo se llamaba?

El anciano bajó las pestañas y estuvo varios minutos sin moverse. Arnau pensó de nuevo que se había dormido.

—¿Padre?

—¡D'Alayrac! ¡Eso es! —dijo dando una palmada contra su frente.

—¿Raymond d'Alayrac? —preguntó Pèire confundido.

—Sí, Raymond. Un buen hombre. Dios no le concedió la posibilidad de engendrar hijos con su esposa y acogieron al pequeño de ojos claros.

—¿Me estáis diciendo que Philippe d'Alayrac no es hijo legítimo de Raymond?

—No lleva su sangre, pero de seguro que Raymond lo habrá cuidado como a tal.

Arnau atendía a la conversación esperando sacar algo en claro. Pèire creía que su padre se confundía, y el viejo, irritado, le aseguraba que los D'Alayrac habían acogido a aquel niño huérfano.

—¿Conocéis al tal Philippe? —preguntó a Pèire, interrumpiendo así la discusión entre ambos hombres.

El joven Mauri asintió y una mueca de preocupación acudió a su rostro. Esto no pasó desapercibido para los ojos atentos de Arnau.

—¿Qué ocurre?

—A Philippe lo apresaron hace poco. Él y otro perfecto, Guillaume Belibaste, escaparon de la cárcel de Carcasona hace unos meses. Los habían encerrado allí porque la Inquisición sospechaba de su herejía. No sé cómo lograron huir, pero lo hicieron, y cruzaron los montes por el Rosellón hasta el Ampurdán haciéndose pasar por pastores que conducían un rebaño. Pero Philippe, una vez que se encontraron a salvo tras las montañas, decidió que no quería huir y esconderse. Poco después volvía a Occitania para seguir difundiendo la palabra y proporcionando consuelo a los creyentes, en misión de misericordia. Yo mismo lo vi pasar por estos pagos y admiré su valentía. Es un hombre con coraje, no hay duda. —Mauri afrontó su mirada antes de continuar—. Fue capturado hace unas semanas en Toulouse, y ahora aguarda el juicio de la Inquisición. Lo siento.

A Arnau se le cayó el alma a los pies al escuchar las últimas palabras del pastor.

VI

Encomienda de Tortosa, en el ocaso del otoño de 1309

Hug lanzó la pluma a un lado de la mesa sin contemplaciones. Unas manchas de tinta salpicaron el pergamino en el que estaba trabajando. «Esto es imposible», dijo para sí, levantándose para servirse un poco de vino especiado de una jarra que hacía poco le había traído Bertomeu.

Menos mal que aquel muchacho seguía allí, cuidando del ya muy anciano comendador, cuyo cuerpo, postrado en el lecho, se consumía día tras día. Bertomeu era un joven despabilado y, gracias a él, todo funcionaba como era debido. Sobre todo durante su ausencia. Mientras él estuvo en Miravet, Bertomeu no sólo se encargó del comendador y de que no faltaran vituallas en la casa, sino que abrió la puerta a aquellos peregrinos que buscaban refugio hasta que la dama Cixilona se hacía cargo de ellos, guardando el secreto de su presencia. Y Hug le estaba agradecido por ello. «Algo habré de buscar para recompensar sus esfuerzos», pensó.

Volvió a sentarse a la mesa para trabajar en aquel dichoso cifrado una vez más. Tras muchos meses, seguía igual que al principio. No conseguía dilucidar el significado de aquellas letras escritas —o no— al azar. Y si él estaba molesto, Sunifred tenía una actitud rayana en la desesperación, agravado por el hecho de que no podía salir de la

encomienda. Nadie debía saber que Hug volvió de Miravet con algo más que su caballo.

Nada había salido como pensaba en el último año. La justicia divina no estuvo de parte de la Orden en lo que a Miravet —y los hombres que la defendían— se refería. Pese a los esfuerzos de Ramón de Saguardia, lugarteniente del maestre provincial, y del resto de los que allí resistieron casi un año, finalmente, tuvo que rendir la plaza al rey Jaime. A la precaria situación de los sitiados en la fortaleza, donde faltaban alimentos y las enfermedades comenzaban a propagarse, se unió la desmoralización de los hermanos, que veían cómo los requerimientos de frey Ramón de parlamentar y exponer sus razones ante el rey se veían rechazados una y otra vez.

Poco antes de la rendición, y cuando el lugarteniente, ya desesperado, echó mano del último recurso que le quedaba, que no era otro que apelar a la comprensión del papa Clemente, rogándole que lo recibiera en audiencia para que él pudiera informarle de que los cargos que corrían contra la Orden eran del todo falsos, los hizo llamar a su presencia. Hug y Sunifred se presentaron en el acto ante aquel hombre que no terminaba de aceptar que un monarca al que él admiraba diera oídos a los maledicentes que porfiaban contra el Temple y que seguía luchando por ser escuchado.

—Hermanos, ha llegado la hora de que os marchéis. Tendríais que haberlo hecho ya, pero, como bien sabéis, este asedio ha tenido ocupada mi mente y quizás he errado en no decidirlo antes. —Ramón de Saguardia llevaba impreso en el rostro que aquella derrota que preveía iba a producirse en breve—. Lo he dispuesto todo para que esta noche salgáis a escondidas de la fortaleza. En el río os aguarda una embarcación que os llevará hasta Tortosa.

—Todavía no nos han vencido —dijo Hug.

—Pero lo harán, frey Hug, ya no nos queda mucho con lo que negociar. Ni fuerzas tampoco.

—Di mi palabra de que lucharía hasta el final. Y un templario no abandona la batalla mientras uno de nosotros quede en pie.

—Os honra la fidelidad a vuestro juramento. Pero, en este caso, os ordeno que así lo hagáis, y me debéis obediencia.

Hug iba a volver a hablar, pero el lugarteniente lo detuvo con un gesto de su mano.

—Está decidido. Marchaos. —Después relajó el gesto—. En vista de todo lo ocurrido, si hay una posibilidad, aunque sea mínima, de que la Orden pueda sobrevivir a esta conjura, tenéis la responsabilidad de afanaros en ello y de cumplir los designios de nuestro Señor, loado sea.

—Dios así lo quiere —acató Sunifred en el acto.

Hug lo miró con resquemor. Era la primera vez que abría la boca durante la conversación y una sensación de que volvía a ocultarle cosas se instaló en su cabeza.

—Dios lo quiere —terminó por aceptar.

En el momento en el que salieron de la estancia del lugarteniente, Hug se encaró con Sunifred.

—¿Has tenido algo que ver con esta decisión?

—No ha hecho falta. Frey Ramón, aunque no conoce los detalles, siempre ha sabido que existía un círculo dentro de la Orden que se encargaba de salvaguardarla de todo mal que quisiera corromperla o destruirla. Algunos comendadores, maestres provinciales e, incluso, sus lugartenientes, como en el caso de Saguardia, apoyaban sus acciones en secreto. ¿Por qué crees que me acogió en Masdéu? Sabía que Moncada confiaba en mí y, mientras estuve con él en el Rosellón, mantuvimos charlas en las que, aunque no le hice partícipe de todo lo que sabía, sí obtuve su apoyo para lo que fuera menester.

—¿Por qué siempre tengo la sensación de que me ocultas algo?

—¡Por los clavos de Cristo, Hug! ¿Todavía no entiendes que lo que hay en juego es mucho más importante que tus sentimientos? ¿Todavía no has abierto los ojos con todo lo que está pasando? Ábrelos de una vez, hermano, el Temple va a ser destruido y va a estar en nuestra mano que no lo sea del todo.

Era la primera vez que Hug veía a Sunifred realmente enfadado.

—Sé que nunca he sido lo que tú crees que debe ser un caballero del Temple, sé que he sido irreverente, despreocupado y lenguaraz, pero esto es muy importante, Hug, y espero que el hombre que sé que eres deje de lado sus recelos y me haga otra vez de báculo donde apoyarme, como siempre ha sido.

Al caer la noche, ambos hombres abandonaban a sus hermanos en Miravet camino de Tortosa.

En diciembre llegó la noticia de que Miravet se había rendido y los caballeros que la defendieron, apresados y confinados en pútridas celdas. Poco después, Hug recibió la visita del bailío de Tortosa con su guardia con la orden de apresarlo. Alguien le había informado de que el caballero estuvo en Miravet ayudando a los que allí se opusieron al rey.

—No he escuchado sandez mayor en toda mi vida.

Hug se volvió. Detrás de él acababa de aparecer el comendador de la casa, a quien ayudaban a caminar un cayado y el brazo solícito de Bertomeu. A pesar de la enfermedad que lo postraba, había conseguido levantarse para acudir en su ayuda.

—El hermano Hug ha estado unos meses recorriendo la comarca por orden mía —continuó el anciano—, buscando una yegua, de buena casta, para aparearla con nuestro semental. Ya sabéis que esta casa cría los mejores caballos de aquí a Francia, y la prueba de ello está en nuestras cuadras. ¿Queréis ver la última adquisición? Si

es de vuestro agrado, quizás podamos llegar a un acuerdo en cuanto nazca el primer potrillo.

Hug admiró la facilidad para mentir del comendador. Pese a los dolores que de seguro estaría padeciendo, su voz sonaba firme y sólida, sin brecha alguna. Conocedor de la pasión que el bailío tenía por los equinos, había apelado a su astucia para sonar convincente.

—No es necesario, freire —aceptó el bailío, creyendo a pies juntillas las palabras del viejo—, pero entended que me debo a las órdenes del rey y era necesario comprobar tal acusación contra uno de los hermanos. Sin embargo, a causa de esas órdenes, me veo en la obligación de pediros que, bajo ningún concepto, abandonéis la encomienda, so pena de prisión.

—¿Y dónde iba a ir yo con mi edad?

—Ningún miembro de la Orden debe abandonarla. Mis hombres harán guardia día y noche para que eso no ocurra.

—Está bien, está bien —acató el comendador con displicencia—, como gustéis. Pero venid, no tengáis reparos, y os mostraré el magnífico ejemplar que el hermano Hug ha conseguido criar. No os arrepentiréis.

—Os lo agradezco, freire, pero no es posible, el deber me obliga. Quizás otro día pueda venir a verlo.

Cuando la puerta de la encomienda se cerró tras la marcha del bailío, Hug agradeció efusivamente al comendador su intervención. Gracias a él no se encontraba en estos momentos engrilletado en las mazmorras del castillo.

—No sé lo que os traéis entre manos, frey Hug. Sólo espero que cumpláis con el encierro dentro de los muros de esta casa y no me hagáis arrepentirme. No son tiempos para cometer errores.

Requiriendo después la ayuda de Bertomeu, el comendador regresó a su dormitorio. Parecía muy cansado.

Desde entonces, Hug no había salido de la encomienda. Como tampoco lo había hecho Sunifred. Oculto a cualquier ojo que viniera del exterior, y con el ánimo alicaído, vagaba por las estancias como alma en pena. Se sentía frustrado. La misma frustración que embargaba a Hug cada vez que pensaba en lo que habían revelado los documentos que durante tantos años guardara con celo.

La misma noche en que volvieron de Miravet, después de que Hug informara al comendador de todo lo acontecido y hablara con Bertomeu sobre lo ocurrido en su ausencia, se dirigieron a las cuadras. Allí, emulando a lo que una vez hiciera Sunifred en Acre, recuperaron la alforja con los documentos de Moncada que, hasta entonces, había estado oculta en un hueco de la pared tras el abrevadero de los caballos.

Sin perder un minuto, ambos se encaminaron raudos hacia el refectorio, vacío a esas horas de la noche, y desenrollaron el cuero que los envolvía. Un fajo de pergaminos, unidos con una cinta, y otro pergamino doblado en tres partes y sellado fue lo que encontraron. También una pequeña bolsa de lino que contenía dentro el extraño sello que se había utilizado con el pergamino.

—¿Qué símbolo es éste? —preguntó Hug examinando el relieve, en el que se apreciaba una figura con la cabeza de un gallo, el cuerpo cubierto por una armadura y un faldellín del que surgían dos serpientes a modo de piernas.

La figura portaba un escudo en la mano y alzaba la cabeza hacia la salida del sol. Lo acompañaba la mención *Secretum Templi*, que circundaba la imagen principal.

—Éste era el sello de frey Pedro de Moncada, el que utilizaba sólo cuando había de enviar misiva al círculo secreto del Temple. Representa a Abraxas, una imagen antigua que simbolizaba el curso del sol durante los trescientos sesenta y cinco días del año y, a su

vez, la concepción más significativa del Dios todopoderoso. Pero —dijo— continuemos.

Sunifred dejó el sello a un lado y cogió entonces el fajo de pergaminos. Le quitó la cinta que los mantenía juntos. Los dos hombres se mantuvieron en silencio unos minutos, tratando de leer con el pábilo de una vela lo que allí se decía. Pronto, Hug se dio cuenta de lo que era.

—¡Son las reglas que rigen la Orden! —exclamó Hug entusiasmado—. Nunca las había visto por escrito.

—Las reglas escritas van pasando de un Gran Maestre a otro; el que las recibe, las copia y las lega al siguiente, para que no se pierdan ni caigan en manos de los enemigos de la Orden —le explicó Sunifred—. Pero deja eso ahora, luego podrás dedicarle más tiempo. Abramos ahora el documento sellado, ahí debe estar lo que esperamos.

Hug lo cogió y rompió el sello. Ambas cabezas se juntaron para leerlo, subyugadas por saberse tan cerca de aquello que había condicionado sus vidas desde hacía años.

La confusión no tardó en aparecer.

—¡¿Qué demonios es esto?! —blasfemó Sunifred.

Hug no supo qué responder. Allí, ante sus ojos, se desplegaba un galimatías como nunca antes había visto.

—Déjame ver.

El caballero arrimó más la vela y examinó el contenido del pergamino con detenimiento. Miró a Sunifred confundido. Luego, volvió a mirar el pergamino. No encontraba el sentido por ningún lado.

Los ojos de Sunifred reflejaban también su misma confusión, y ésta dio paso a la irritación y, después, al enfado. Por último, en un

arrebato, golpeó el trozo de mesa junto al pergamino con rabia y a grandes zancadas salió de la estancia.

El contenido rezaba lo siguiente:

3 HQ HO OZKDV XDKVDGR GRQGH HPHVKH HO VMR ORERX.
FRQ ODX SVMPHVDX OZFHX GHO XROXYMFMR GH MQZMHVQR.
HO YHXRVR XHVD VHZHODGR.
QRQ QREMX GRPMQH QRQ QREMX XHG QRPMQM YZR GD KORVMDP.

Hug se acomodó frente al pergamino dispuesto a estudiarlo, sin saber que pasaría horas, días, semanas e, incluso, meses en esa misma posición, tratando de buscarle un sentido a lo que allí había escrito.

VII

Toulouse, 1310

El inquisidor Bernardo Gui la había sentenciado aun después de muerta. «Que sus huesos sean exhumados de la tierra consagrada y quemados por la abominación de su impío crimen», dijo unos meses atrás.

Las imágenes que todavía conservaba en las retinas de la profanación de la tumba de su amada para quemar sus restos en la hoguera lo envolvieron en un halo de dolor que le robó el aliento y lo sumió en una profunda angustia que parecía no tener fin. Aude, fallecida por unas fiebres en Toulouse, había sido declarada hereje dos años después de ser enterrada. Su cadáver, entonces, fue exhumado y quemado en la hoguera junto a otros buenos hombres en aquella fatídica mañana que Philippe nunca olvidaría.

Por eso volvió en cuanto lo supo. Se separó de Guillaume Belibaste en tierras del Ampurdán, después de su huida de la prisión de Carcasona, y cometió el error de regresar. No podía dejarla sola en ese trance —aunque su alma ya no habitara su cuerpo—, porque ya lo hizo una vez, cuando murió. Su obsesión por propagar la palabra de Dios lo alejó de su familia, y ya era demasiado tarde cuando supo de las fiebres que habían postrado a Aude en el lecho hasta su fallecimiento.

«Aude, mi Aude, la niña atolondrada que me seguía a todas partes; la jovencita vivaracha que, apenas salida de la niñez, me

pidió un beso un año antes de nuestra unión; la mujer que me dio una hija y después se convirtió en perfecta para fundar una casa donde enseñar a las nuevas generaciones la fe que profesábamos», recordó con amargura.

La Inquisición no dudaba en asestar sus golpes donde más dolía. Sabedores de que sus creencias promulgaban la resurrección física de los cuerpos el día del juicio final, no tenían reparos, incluso, en desenterrar a los muertos y quemarlos, impidiendo así la posibilidad del renacimiento, expulsándolos a las tinieblas. En una condena eterna. Y Aude estaba condenada. En esos instantes de flaqueza los odió por ello, aun cuando un perfecto debería estar más allá de esas emociones mundanas creadas por el demonio para convertir su vida en un precipicio cuyo fondo no alcanzaba a ver.

Se levantó de un salto y comenzó a dar vueltas en aquel espacio reducido. Compartía celda con otros creyentes que también aguardaban a ser conducidos a la hoguera al día siguiente. Éstos lo miraron un instante, pero luego agacharon la cabeza y rumiaron sus penas. Cada uno sobrellevaba la situación como mejor podía.

Aquellos cuatro pasos de ida y de vuelta no lograron calmarlo, no cuando su hija estaba en peligro y él iba a ser quemado en un acto público pocas horas después. Se mesó los cabellos claros con desesperación. Quizás debiera haber controlado esa arrogancia de la que hizo gala desde muy temprana edad. Convertirse en perfecto fue el único objetivo que siempre se marcó, eludiendo otras responsabilidades que no deseaba, pero que hizo suyas para no contrariar a quienes lo habían cuidado. Ahora se arrepentía. Sobre todo porque había desamparado a esa hija a la que apenas conocía, más preocupado en difundir la fe que en lo que le ocurría a Furneria mientras crecía. Y la muchacha corría en esos momentos el peligro de terminar como él, ardiendo en una hoguera por pensar diferente.

La llamaban «la última dama perfecta», lo había escuchado al poco de volver a Toulouse, y el miedo se instaló en su pecho. Quiso buscarla, pero lo detuvieron, lo interrogaron y lo torturaron. Todavía podía sentir el dolor en sus carnes. Y ya nada podía hacer.

Volvió a sentarse en el suelo y suspiró resignado. Esperaba que su padre tuviera todavía la capacidad de cuidar de Furneria. Por ello rezaba.

Raymond se encontraba rodeado de una multitud vocinglera que dirigía la vista a la plataforma de madera levantada para la ocasión. Los postes con el haz de leña a sus pies ya estaban preparados. Era el lugar donde arderían los herejes en cuanto los trajeran de prisión.

Raymond no debía estar allí. En Rabastens muchos se lo habían advertido, tachándolo de necio por querer presenciar la muerte de su propio hijo. Pero él no iba a dejar a Philippe solo en ese trance, aunque ello le costara tener pesadillas para el resto de su vida. Si no fuera por su nieta no le importaría morir también él ese día, con las llamas lamiendo sus piernas y el humo introduciéndose por su garganta, una penitencia que aceptaría con gusto por no haber sabido cuidar de su hijo, por alentarlo y permitir que eligiera un camino que sólo había traído desgracias para su familia.

Por fortuna, Furneria estaba a salvo. Estaba oculta en una cueva cercana a Rabastens al cuidado de unos pastores en los que confiaba. Tras marcharse de Toulouse cuando Bernier se lo pidió, Raymond sopesó las posibilidades. Podía buscar el amparo de los Autier en Ax-les-Thermes, ellos no le negarían su ayuda; pero no quiso alejarse mucho de Toulouse, y decidió finalmente ir al norte, a la villa de Rabastens, por si Philippe volvía.

En ese instante pensaba que había sido la mejor decisión. Si hubiera estado lejos, la noticia de la condena de su hijo habría llegado tarde y él no podría estar allí, acompañándolo y dándole el consuelo de su presencia. Jamás se lo habría perdonado a sí mismo.

Las voces a su alrededor se atenuaron. Perdido en sus pensamientos, no se dio cuenta hasta que un silencio absoluto lleno la plaza donde iba a llevarse a cabo la ejecución. Los reos acababan de llegar. Raymond estiró el cuello y vio a su hijo mientras era conducido junto a otros hasta las escaleras de la plataforma. Lloró por él al ver su rostro repleto de cardenales y la mirada azul perdida más allá del gentío que lo rodeaba. Se podía percibir su aturdimiento.

Uno a uno, en fila, los fueron colocando para maniatarlos a sus respectivas hogueras. Raymond intentó abrirse paso para ponerse al frente de la muchedumbre, quería que su hijo viera un rostro conocido, lleno de amor por él, antes de morir. Pero no lo conseguía. Su anciano cuerpo no tenía las fuerzas necesarias para conseguir colarse entre la gente. Lo empujaban y zarandeaban, todos intentando no perderse el macabro espectáculo. Hizo un último esfuerzo y, de pronto, junto a él, la figura robusta de un hombre encapuchado abrió hueco al pasar. Raymond no dudó en agarrase al manto que cubría al desconocido y, así, colocarse en primera fila.

Mientras sudaba por mantener su posición, desde el tablado se escuchaba a un dominico leer los cargos que pesaban sobre los penitentes. Raymond no lo escuchaba, pendiente de buscar la forma en la que su hijo reparara en su presencia. Por fin lo hizo, y sus ojos se abrieron con estupor y miedo al verlo.

El anciano lo calmó con una sonrisa y un gesto tranquilizador de su mano, tratando de transmitirle una calma que ni él mismo sentía.

Philippe pareció comprenderlo, porque compuso una sonrisa trémula de vuelta que Raymond atesoró en el fondo de su pecho.

Aunque poco duró. El brazo secular que se encargaba de las ejecuciones inquisitoriales dio la orden y las hogueras comenzaron a arder. Pronto el humo envolvió a los condenados y las llamas comenzaron a lamerles los pies. Raymond no apartó los ojos de los de su hijo, intentando resistir con coraje aquellos minutos finales, sin ser consciente del griterío de la gente a su alrededor.

El rostro de Philippe se descompuso y su boca se abrió en un gesto mudo de dolor. Raymond había rezado para que el humo le hiciera perder la consciencia antes de que las llamas comenzaran a abrasarlo, pero la fortuna no se puso de su parte. Aquellos ojos azules que tanto había amado giraron enloquecidos mientras su cuerpo se convulsionaba intentando apartarse del fuego.

Fue un simple roce en el aire, una sensación que no pudo definir pero que percibió justo a su lado. El hombre encapuchado había hecho un movimiento extraño. Y cuando Raymond devolvió la vista hacia su hijo, lo halló con la cabeza caída sobre el pecho y el mango de una daga sobresaliendo de su pecho. Estaba muerto.

Se giró atónito cuando su mente procesó lo que sus ojos le mostraban para mirar al hombre, pero éste se retiraba ya entre el gentío, abriéndose hueco a base de codazos. Raymond miró por última vez a su hijo, musitó unas palabras de despedida y siguió la estela del encapuchado por entre la gente.

Lo alcanzó a unas calles de la plaza. Andaba a paso raudo y decidido.

—¡Esperad! —gritó lo más alto que pudo, ahogado por el esfuerzo de seguirlo.

El hombre se giró para lanzarle una mirada torva y continuó su camino.

—¡Esperad! ¡Por el amor de Dios! ¡¿Por qué lo habéis hecho?!

Esta vez sí se detuvo. Se dio la vuelta quitándose la capucha y sacó un gran cuchillo de su cinto. Raymond se detuvo al ver la amenaza, pero se obligó a andar los pasos que los separaban, abriendo las manos a sus costados con un gesto que pretendía ser tranquilizador. El rostro de aquel hombre no presagiaba una actitud amistosa. Entre su cabello rubio desgreñado que le caía a mechones sucios sobre la frente, podía apreciarse un sinfín de cicatrices que narraban historias truculentas ya pasadas. Sobre todo aquella que partía su párpado y casi no le permitía abrir el ojo.

—¿Por qué...? —Raymond se acercó lo suficiente, aunque lejos del alcance del cuchillo que el otro portaba.

—A vos qué os importa.

—Me importa. Era mi hijo.

Y las lágrimas que no había derramado hasta entonces comenzaron a deslizarse por sus arrugadas mejillas.

El hombre pareció apiadarse de él, porque volvió a guardar el cuchillo en el cinto y relajó su cuerpo antes tenso.

—¿Sois Raymond d'Alayrac?

—¿Cómo... cómo lo sabéis?

—Un pastor me habló de vos. Mauri se llamaba.

—Lo conozco. Pero... ¿quién sois?

—Me llamo Arnau de Tella, y el que acaba de morir en la plaza, el que vos adoptasteis cuando era niño, es el único hijo que tuvo mi tía, que en paz descanse, y al que he estado buscando desde hace mucho tiempo.

Una hora después, camino de Rabastens, Arnau le contaba al viejo cátaro todo lo acontecido desde que rescatara al niño de las garras del tahonero y de aquella arpía que era su esposa en Valencia, hasta

que supiera de la inmediata ejecución de Philippe mientras se dirigía a Toulouse en su busca.

—No pude dejar que muriera entre gritos de dolor —sentenció el antiguo almogávar al final de su historia—. Nadie debería morir así, maniatado y sin capacidad de defenderse, con las llamas trepando por un cuerpo que todavía respira.

Poco después rodeaban la villa de Rabastens y enfilaban el camino que conducía a las cuevas en las faldas de una montaña. Aunque hacía frío, el sol del atardecer rozaba con sus rayos la vegetación que crecía en aquellos parajes, emanando un aroma a salvia y romero que contrastaba con el gesto apesadumbrado de los dos hombres. Un rebaño ramoneaba cerca de la montaña, en un campo de verde hierba y arbustos, anterior al lugar donde la tierra daba paso a la roca de la montaña. De repente, de detrás de un árbol surgió la figura de una jovencita de poco más de diez años. Arnau se detuvo impactado por aquella visión y creyó que estaba siendo engañado por algún encantamiento o que el cansancio de su cuerpo lo hacía ver cosas que no existían. La muchacha comenzó a dar vueltas sobre sí misma, destellando los rayos del sol sobre un cabello lacio que, de tan rubio, parecía blanco. Su tez era pálida, color sólo roto por el rosado de sus mejillas mientras giraba sin cesar. Parecía un hada del bosque.

A su lado, Raymond sonrió.

—Es su forma de saludarme —le dijo, alegre.

La muchacha, mientras caracoleaba, repetía una y otra vez la palabra *abuelo*, dándole la bienvenida al recién llegado.

Arnau sólo tenía ojos para la muchacha, observando maravillado su extraña danza, hasta que su mente, abotargada por la visión, despertó.

—¿Es...?

—Sí, es la hija de Philippe, mi nieta. Se llama Furneria.

Antes de que terminara de pronunciar esas palabras, Arnau ya sabía que aquella niña era sangre de su sangre. Al detener por fin su alocado baile, la muchacha posó sus ojos en él con extrañeza. Al hombre se le cortó la respiración. Bajo unas cejas rubias y unas pestañas tan blancas como su cabello, su abuelo Gonzalo le devolvía la mirada desde el más allá. Furneria había heredado aquella singularidad que lo hiciera destacar entre el resto de los mortales. Poseía, como él, una pupila azul como la mar abierta y otra castaña, como los montes de su tierra. Hielo y fuego en una sola mirada.

Cayó de hinojos ante ella y una lágrima furtiva descendió desde su ojo herido. Mientras, la muchacha se acercaba a él hasta pararse frente a su rostro y observarlo con detenimiento.

—Normalmente le asustan los desconocidos —oyó que decía Raymond.

Sin embargo, Furneria, lejos de amilanarse, extendió su brazo hacia él y, con un leve toque, ligero como una pluma, le acarició la mejilla para limpiar la lágrima que se le había escapado.

Arnau supo en ese instante que no habría fuerza en la tierra, ni siquiera la de Dios, que lograra separarlo de ella.

VIII

Tortosa, unas semanas después

El viento aúlla barriendo las callejuelas empedradas, aventando las sombras incautas que bailan a su son. Es noche cerrada, negra como la boca de un lobo, no brilla la luz argentada de la luna ni las estrellas guían el camino de los peregrinos. La ciudad amurallada es pasto de un silencio luctuoso desde que el sol cayera tras las lejanas montañas de poniente y ni un alma se atrevería a desafiar al Dios de los cielos saliendo a la intemperie en aquella oscuridad invernal.

Sin embargo, cuatro sombras embozadas han osado enfrentarse al reto de caminar en esa tenebrosa soledad. El viento, inmisericorde, no les da tregua. Los latigazos del embozo contra sus cuerpos es buena prueba de ello y cada paso es una pugna por resistir a su embate. Las siluetas que conforman se funden con la negrura y sus resuellos se mezclan con el ulular del vendaval alcanzando los oídos de alguno de los moradores de la ciudad, que se persignan aterrorizados por lo que creen que son gemidos venidos desde el averno.

Sin tregua, caminan próximos a la muralla para exponerse lo mínimo posible a las inclemencias del tiempo. Una ráfaga les trae el húmedo aroma del río que se cuela entre la lana de sus ropajes haciéndoles estremecer de frío. Llevan andando un buen trecho y sus piernas están cansadas, sus ánimos cabizbajos y sus almas

doloridas. Un viaje demasiado largo desde que, hace días, cruzaron los Pirineos. Casi sin descanso. Casi sin aliento. Casi sin esperanzas.

Llegan por fin a su destino y una de las siluetas se adelanta a las demás. Emerge de su tabardo una mano que golpea con fuerza el portón de madera frente al que se han detenido. El sonido de los golpes reverbera en el silencio y encoge de miedo a una de las figuras que aguarda detrás. Se juegan la vida si alguien los descubre. No han pasado penurias para ahora, a las puertas de lo que puede ser su salvación, cometer un error y que aquellos que los persiguen sepan de su paradero. Otra tanda de golpes más. Nerviosos, comienzan a mirar alrededor, pero, como hemos dicho, la noche es oscura y no ven más allá de unos cuantos pies a su alrededor.

Un pequeño ventanuco a media altura de la puerta se abre.

—¿Quién va?

Una voz trémula surge desde el interior de la encomienda.

—Soy Pèire... Pèire Mauri.

El pastor ha reconocido la voz de Bertomeu, el sirviente del comendador, con el que ha hecho tratos algunas veces cuando ha bajado hacia la zona del Ebro con el rebaño. La leche de oveja es muy apreciada por la Orden.

La puerta se abre. La figura de un muchacho envuelto en una manta se recorta contra el dintel gracias a la linterna de madera recubierta de cuero que porta. La llama de la vela en su interior oscila por el fuerte viento, creando figuras que se encogen y se estiran en las sombras.

—Es tarde —espeta—. ¿Qué queréis?

—Necesitamos hablar con frey Hug —le responde Pèire.

Ése es el nombre que le han indicado.

Bertomeu vacila. Hace tiempo que nadie llama a las puertas a esas horas. Percibe que son cuatro las siluetas que se recortan contra la puerta.

—¿Quiénes son?

La aspereza de sus palabras no deja lugar a dudas de su ánimo.

—Gentes de bien —le responde el pastor—. Raymond d'Alayrac y su nieta Furneria. Han hecho un camino muy largo para llegar a Tortosa.

Una de las dos personas que ha nombrado da un paso adelante y se descubre. Es un anciano que lo mira agotado.

—¿Y ése? —pregunta al reparar en la tercera figura, ubicada un poco más atrás que las demás, pero cuya envergadura sobresale más de una cabeza del resto de la comitiva.

—Es un montañés. Los protege —afirma Pèire sin dar más explicaciones.

—Está bien, pasad.

Bertomeu no cree que sean peligrosos. Además, el viento arrecia y no es de buen cristiano permitir que unos peregrinos mueran de frío a sus puertas.

Con paso tembloroso, los guía por el patio de la encomienda hasta llegar a las cocinas.

—Avisaré a frey Hug. Aguardad aquí.

Pèire se acerca a los rescoldos del fuego que todavía humean en el hogar, agradecido por el calor que desprenden tras haber recorrido gran parte del camino con un viento del demonio. «Al menos, aquí se está caliente», piensa, apartándose el tabardo para acercar sus manos a las brasas. Poco después, el anciano Raymond, ayudado por su nieta, también se aproxima al fuego. Furneria está pálida y ojerosa, aunque peor aspecto tiene su abuelo, cuyos ojos parecen haber perdido brillo en las últimas jornadas. Sólo se

mantiene apartado del fuego el montañés, quizás más acostumbrado a los rigores del clima de las zonas pirenaicas. Su mirada, alerta, denota que no se siente muy cómodo en aquel lugar.

—¿Qué os trae por aquí a horas tan intempestivas?

Frey Hug no parece de muy buen humor cuando emerge del interior de la encomienda. Sin embargo, se detiene al mirar a la muchacha y los ojos, antes somnolientos, se abren por la sorpresa. Ésta, al sentir sobre ella aquella mirada escrutadora, se esconde un tanto atemorizada tras la espalda de su abuelo. «Siempre es así cuando la ven», piensa Pèire, que sabe que lo mismo le ocurrió a él al observar a Furneria por primera vez.

—Freire —le contesta—, Raymond d'Alayrac y su nieta solicitan asilo unos días. Luego, continuarán su camino.

El caballero permanece con un gesto duro en el semblante. No parece que vaya a apiadarse. Pero poco después sorprende a Pèire con un gesto afirmativo.

—Esta noche podéis quedaros en las cuadras. Allí estaréis calientes. —El freire sigue mirando a la muchacha creyente mientras salen de las cocinas acompañados de Bertomeu—. En cuanto a ti, Pèire, aguarda un momento.

El pastor espera hasta que los demás han salido.

—¿Has visto a alguien en las inmediaciones de la encomienda? —le pregunta frey Hug.

—Ni a un alma. Hoy hace una noche de perros.

—¿Quién os ha enviado hasta nuestras puertas?

—Recibí un recado de la dama Cixilona, en el que me encomendaba que los trajera hasta aquí.

—¿Qué puedes decirme de ellos?

—D'Alayrac y su nieta son occitanos, del Languedoc. Han tenido que huir y esconderse. El padre de la muchacha ha sido condenado

a la hoguera por la Inquisición y el cadáver de la madre fue exhumado para quemarlo también. Ambos eran perfectos de nuestra fe.

Unas arrugas de preocupación se instalaron en la frente del caballero.

—En cuanto al otro, es un antiguo almogávar. Luchó por el rey Pedro cuando los angevinos intentaron hacerse con Aragón. Sé que comparte parentesco con la muchacha y que es el garante de que nada malo le ocurra. Es un buen hombre, aunque algo tosco.

—Está bien, Pèire —dice el caballero tras mirarlo detenidamente—, puedes ir a reunirte con los demás. Pero mañana tendréis que marcharos, no es seguro que os quedéis aquí.

—Si me lo permitís, me gustaría marcharme ahora. Ya he cumplido con mi cometido y tengo familia en Tortosa que me acogerá esta noche.

—Procura que no haya nadie al salir que pueda verte.

En cuanto obtiene el permiso, Pèire desaparece rumbo a la desapacible noche.

—Ya puedes salir.

Hug se vuelve hacia la puerta a su espalda, velada en sombras.

—¿Crees que ha sido conveniente acogerlos?

Sunifred se materializa en el vano de la puerta.

—No lo sé, ya hace semanas que la guardia del bailío ha relajado su vigilancia —admite Hug—. Le pedí a Cixilona que no enviara a nadie más. Puede ser peligroso para ellos... Y para nosotros.

Hasta ahora les ha sonreído la fortuna. Muchos de los hermanos de la Orden se encuentran presos, y hasta sus oídos han llegado nuevas de que están siendo sometidos a interrogatorios crueles. En Tortosa, el veguer y el bailío han decidido mantener a los freires de la encomienda bajo vigilancia en su propia casa. Al fin y al cabo, sólo

quedan allí el comendador, postrado en su lecho; el hermano cocinero, quien también peina canas y es totalmente inofensivo; tres sirvientes, contando a Bertomeu, y el propio Hug, que se encarga de la administración de la preceptoría. Nadie sabe que Sunifred se oculta allí. Además, ya hace un tiempo que no se ve a la guardia custodiando sus muros en el exterior. No obstante, tendrá que enviar una misiva a Cixilona. Ya la puso sobre aviso de que no podrían acoger a más peregrinos cátaros y, hasta ahora, lo había cumplido. Hug no entiende la razón de que haya desafiado su consejo. Si llega a los oídos de los que guardan la ciudad en nombre del rey, los que allí moran pueden acabar en las mazmorras del castillo de la Zuda.

«Todo puede cambiar en cualquier momento», piensa Hug valorando la situación. Y si no tenía suficientes problemas, ahora se añadía uno más: la inquietud por lo largo que pudiera ser el brazo de la Inquisición.

—¿Te has fijado en la muchacha? Nunca vi nada igual.

Hug piensa lo mismo. El aspecto de la chica lo ha impresionado. Sobre todo esa mirada bicolor que, en contraste con su cabello blanco, la hace parecer un ser de otro mundo.

—Creo que ya no podré dormir esta noche —contesta Hug eludiendo las palabras del otro hombre—. Seguiré intentando descifrar el documento.

Sunifred asiente, contrariado. Está siendo difícil sacar algo en claro de esa combinación de letras que parecen puestas con el propósito de confundirlos. Y él está cada vez más nervioso. Se juegan mucho en el envite.

Si Pedro de Moncada no estuviera muerto, él mismo se encargaría de ponerle remedio.

IX

Tortosa, unos meses después

Arnau no le quitaba ojo a Furneria mientras ésta, sentada en la puerta de la casa, disfrutando de esa mañana radiante de finales de verano, se dedicaba a trenzar los filamentos de esparto que, como bien sabía él, nunca se convertirían en una cesta. Trenzaba y destrenzaba, una y otra vez, y hasta tres veces, hasta que se daba por satisfecha y cogía otros filamentos nuevos para repetir la operación.

El almogávar sabía que la muchacha no era como el resto de las personas. Las reacciones de la gente al tratarla iban desde el estupor por su aspecto, hasta la conmiseración al pensar que había algo en su cabeza que no funcionaba del todo bien. Unos sentían miedo y la esquivaban, otros la tenían por idiota, y todos se equivocaban. Furneria era muy inteligente, sólo que no sabía expresar sus emociones por medio de las palabras. Sobre todo cuando se sentía insegura, entonces era propensa a perder el control con gritos y llantos o a esconderse en los lugares más inverosímiles hasta que Arnau lograba encontrarla. Los cambios de su rutina habitual tampoco eran de su agrado, pero, cuando algo le gustaba, podía repetirlo decenas de veces sin cansarse.

Pero Arnau la amaba por encima de todas las cosas. Era sangre de su sangre y sólo la muerte le arrebataría su afán por cuidarla. Nunca la dejaría sola. Máxime en esos días en los que su abuelo Raymond

andaba enfermo. El hombre, desde que emprendieran camino desde Francia, había ido encogiéndose a ojos vista. Su cuerpo se agostaba cada día más, provocando que sus extremidades temblaran hasta casi no poder mantenerse en pie. Y su espíritu languidecía, preso por la pena y la tristeza. Bien sabía Arnau que el viejo no duraría más allá del otoño. Lo sentía en el pecho.

La dama Cixilona se había portado muy bien con ellos. Tras enterarse de que habían llegado a Tortosa, se deshizo en elogios con Furneria. La mujer fue una vez amiga de la madre de la muchacha y todavía la recordaba con cariño. Tanto es así, que derramó muchas lágrimas después de enterarse de lo que le había pasado a Aude.

Una vez que se recompuso, les proporcionó una vivienda en la que no les cobró arriendo y comida para un mes, prometiéndoles más cuando se terminara. Cuando se marchó, Arnau pensó que todavía quedaban almas caritativas en el mundo. Cixilona de Monrós era una buena prueba de ello.

Despertó de sus cavilaciones al escuchar a Furneria desgranando aquella canción que tanto le gustaba, la que le enseñara su madre. Tenía una voz que parecía el trino de un pájaro cantor. Embelesado, cerró los ojos y se perdió en la melodía.

Entre valles y arroyuelos
sus vástagos floridos crecerán,
consagrados a Su Gloria
su aroma se sirve de la verdad.
En la mesa del que nada tiene,
en el guiso del señor,
en los campos y en las huertas
mientras canta el ruiseñor.
En tiempos de recias heladas
su estirpe permanecerá,

aun cuando el fuego se avente
y los vientos arrecien con crueldad,
dentro de setecientos años
el laurel reverdecerá.

—No debería cantar eso.

Arnau abrió los ojos para mirar el semblante adusto del hombre que vivía en la casa de al lado y lo ignoró. No le gustaba aquel hombre, le parecía un cobarde. Y los cobardes siempre llevaban consigo a cuestas la desgracia y la traición.

—Es sólo una canción, Guillaume.

—No es sólo una canción, habla del resurgimiento de nuestra fe y, como bien sabéis, eso es peligroso en estos tiempos. Significarse es peligroso.

Arnau se preguntaba que había visto Philippe en aquel medroso para querer convertirlo en perfecto. Guillaume Belibaste fue ordenado perfecto de la fe cátara allá en Rabastens hacía unos años por su primo. Ambos compartieron celda en Carcasona y ambos escaparon hacia tierras aragonesas hasta que Philippe decidió volver, con las funestas consecuencias que aquello acarreó. La diferencia entre los dos hombres es que su primo había sido un hombre valiente, que se arriesgó a volver para seguir llevando la palabra de Dios entre los creyentes que practicaban su misma fe, y Belibaste había huido para esconderse. Arnau no entendía muy bien las creencias que profesaban, pero respetaba un acto de valentía en cuanto lo veía.

—Yo creo que la canción habla de esperanza, algo de lo que mucha gente carece en estos días. Quizás queréis intentar vos convencerla para que no la cante —le dijo con una medio sonrisa irónica—, si es que podéis.

Arnau sabía que Belibaste era uno de los que tenían miedo de la muchacha. Parapetado por las murallas de Tortosa, donde llegara el año anterior, se concentraba en reunir a los que profesaban su fe en una pequeña comunidad hasta que encontraran un lugar donde poder vivir sin el aliento de la Inquisición rozándoles el cogote. El almogávar pensaba que eso era un error. Unirse en comunidades no hacía más que alertar a sus enemigos sobre ellos. Era mejor separarse y mezclarse entre las demás gentes si querían sobrevivir.

—Me han llegado rumores... Ya sabéis que muchos de los nuestros están viniendo a estas tierras y traen con ellos las últimas nuevas desde Occitania.

—¿Y qué dicen esos rumores, Guillaume?

—Que la Inquisición está buscando a la hija de Aude y Philippe d'Alayrac. Ha llegado a sus oídos que la llaman «la última dama perfecta» y se han interesado por ella. Si la fortuna está de vuestro lado, todavía no sabrán qué aspecto tiene, pero, en cuanto lo sepan, no les será difícil encontrarla. —Arnau lo imaginaba—. Eso, amigo, pone en peligro a esta comunidad que tantos sacrificios nos está costando mantener.

«Cómo no —pensó Arnau—, los cobardes siempre justificaban sus miedos alegando que buscan el bien de los demás.»

—Creo que quizás sería conveniente que os marcharais. Más que nada por la muchacha, que es la que más peligro corre —argumentó.

—Eso debéis hablarlo con Raymond —le respondió Arnau, evasivo.

No le apetecía seguir hablando con aquel hombre porque, al final, acabaría por decirle alguna inconveniencia.

—Lo haré, no lo dudéis.

En ese momento, Furneria, que ya había trenzado por triplicado el esparto, se acercó al almogávar. Belibaste, en cuanto la vio, musitó

una despedida y volvió a su casa.

—Caballo, Aluvión... Caballo, Aluvión... Caballo, Aluvión...

Arnau soltó un suspiro resignado. Furneria, desde que se acogieran en la encomienda templaria, había encontrado en el magnífico caballo gris de las cuadras a ese amigo que tanto ansiaba, y no pasaba una semana sin que la muchacha le pidiera acudir a visitarlo, a pesar de que desde hacía meses habían dejado atrás la encomienda para vivir dentro de los muros de Tortosa. Por suerte, frey Hug les permitía ir de tanto en tanto con la promesa de que cuidaran de no ser vistos entrando en la casa. Por ello utilizaban la puerta trasera de la preceptoría, la que daba al huerto, avisando a Bertomeu con tres tandas de tres golpes para que les abriera.

Una vez dentro, Furneria se dirigía rauda a las cuadras y a él no le quedaba más remedio que seguirla y esperar con paciencia a que ella le bisbiseara al animal en un lenguaje que sólo ellos dos parecían entender. Cuando se daba por satisfecha, recorría los pasos que la separaban de la casa principal y saludaba a aquellos dos freires que siempre andaban perdidos entre legajos. Al menos uno de ellos. El otro, el de la piel quemada, sonreía a Furneria y se la llevaba a las cocinas, donde conseguía un trozo de pan con miel para ella y una manzana para Aluvión. Después, y tras comerse su golosina, volvían a las cuadras para darle la suya al caballo, que cabeceaba contento cada vez que la veía entrar.

—No sé cómo lo consigue —le dijo un día uno de los hermanos mientras miraba a la niña con una sonrisa a la que le faltaban dos dientes—, yo no puedo acercarme sin que intente morderme. ¡Un día tendrás que contarme tu secreto! —voceó para llamar la atención de la muchacha, a lo que ella respondió con unas carcajadas estridentes, fruto de lo poco que solía reír.

Al recordar aquella risa volvieron a su mente las palabras que, unos minutos antes, pronunciara Guillaume Belibaste: «Creo que quizás sería conveniente que os marcharais. Más que nada por la muchacha, que es la que más peligro corre», y Arnau pensó que tenía razón. ¿Y si eran premonitorias?

Un miedo como nunca antes había sentido le atenazó las entrañas y pensó que era hora de tomar una decisión. Si allí no estaban a salvo, habría de buscar la manera de revertir la amenaza que, como pájaro de mal agüero, sobrevolaba sobre sus cabezas. A su vuelta de la encomienda hablaría con Raymond y ambos tomarían una decisión. Furneria debía ser preservada de todo mal.

X

En alguna taberna maloliente, finales de octubre

La paciencia se le estaba agotando. Hacía ya mucho tiempo desde que se avino a instalarse en Tortosa a la espera de cualquier acontecimiento que le indicara que estaba en lo cierto, que tarde o temprano sus desvelos se verían recompensados.

Dio un largo trago de vino y, por cómo se le desenfocaron los ojos, se dio cuenta de que estaba muy borracho. Intentó levantarse para salir fuera de la taberna y aliviarse en la esquina más apartada, pero al tratar de hacerlo, la cabeza comenzó a darle vueltas y tuvo que tomar asiento de nuevo. «¡Maldito sea!», se recriminó. No podía continuar de esa guisa. Si por una casualidad no estaba con todas sus facultades bien despiertas —y el esbirro se le escapaba—, se quitaría la vida con su propia daga, pues la vergüenza no le permitiría vivir en paz.

Alguien se sentó a su mesa.

—No os he invitado a que tomarais asiento —le dijo de malas pulgas, sin casi alzar la mirada, concentrado como estaba en serenarse para poder salir de la taberna.

—Perdonadme el atrevimiento, mi señor de Boizol.

—¿Os conozco?

Gérard, entre las brumas del vino trasegado, intento buscar en su memoria aquel rostro que lo miraba al otro lado de la mesa, con

sonrisa apenas esbozada en los labios y un acento propio del sur de Francia.

—No hemos tenido el placer —contestó alargando la mano para arrebatarle el vaso y vaciarlo de un solo trago. Luego eructó antes de seguir hablando—. Pero un amigo vuestro me aseguró que podría encontraros aquí.

Gérard lo miró, primero confundido, hasta que aquella sonrisilla de suficiencia que desplegaba lo enervó.

—¿De quién habláis?

—Del prior de Montfaucon.

«Así que Esquieu me ha enviado a este hombre...», se dijo Gérard.

—Recibió la misiva con vuestras últimas nuevas —continuó el individuo—, y vio conveniente poner en mi conocimiento algo que le preocupaba. No tuvo reparos en aceptar mi ayuda en cuanto se la ofrecí.

Gérard estaba irritado con Esquieu. Mientras él estaba en Tortosa, viviendo en una posada de mala muerte y a la espera de que algo ocurriera, Floyran no había perdido el tiempo. Tras declarar contra los templarios lamiendo las botas de Nogaret, la mano derecha del rey Felipe de Francia, hacía poco había recibido la gracia de ser nombrado prior de Montfaucon.

Tiempo atrás habían acordado que él viajaría a Tortosa y, desde allí, informaría a Floyran de cualquier cosa que aconteciera. Durante muchos meses apenas había tenido nuevas que comunicarle, sin embargo, sí le escribía regularmente para pedirle dinero. «Procurar que esté cómodo es lo menos que puede hacer Esquieu», pensó Gérard, ya que era él quien malvivía haciendo el trabajo sucio, amén de que tenía que desembolsar parte de esas monedas en el pago de los dos hombres que vigilaban día y noche la encomienda para

mantenerlo informado de todo lo que ocurría en sus puertas. Pero cada vez el dinero que le enviaba era menor y sus misivas más escuetas. Parecía que esas nuevas amistades que se había granjeado lo hacían olvidar el pacto que sellaron ambos hacía ya tantos años. Aunque no iba a permitirlo. Si él caía, Esquieu también lo haría. Eso si no lo destripaba antes con su espada.

En la última misiva le contaba que, desde el invierno pasado, se veía entrar en la casa del Temple, de manera regular, a un hombre y a una muchacha. Los guardias enviados por el bailío hacía tiempo que ya no se apostaban en las puertas, sólo muy de cuando en cuando, por lo que la seguridad se había relajado, lo que aprovechaban ese par de extraños para colarse dentro. Al principio, Boizol pensó que se trataba de alguna ramera y del hombre encargado de cobrar por sus servicios. Había oído tantas barbaridades atribuidas al Temple que no le parecía raro que buscaran desfogarse tras tan largo encierro, aunque lo tuvieran prohibido. Sin embargo, las visitas de aquella pareja se sucedían con mucha frecuencia y tuvo que cambar de opinión el día que se acercó a la encomienda para ver con sus propios ojos quiénes eran.

En su misiva le narró a Esquieu con pelos y señales la impresión que le produjo la muchacha, describiéndola de pies a cabeza. «Ella es una bruja y ellos —refiriéndose a los templarios—, adoradores del diablo. ¿Cómo si no se puede explicar que dejen entrar a la encomienda a esa hechicera fruto de los fuegos del infierno?»

Pero Floyran no había contestado. Hasta ese día. Por medio de ese hombre que seguía bebiéndose su vino sin vergüenza alguna.

—¿Quién sois? —preguntó saliendo de sus recuerdos.

—Mi nombre no importa, pero podéis llamarme *Chasseur*[19] si así lo deseáis.

—Y decidme, ¿qué cazáis?

—Herejes.

—Entonces, ¿habéis venido a por los templarios de Tortosa?

—¿Templarios? No, no, no... —Acompañó su negativa con amplios aspavientos de sus manos—. Busco a la perfecta cátara, de la que aseguran que es la última de su impía fe.

—¿A quién?

—A la muchacha que describisteis en vuestra misiva a Esquieu de Floyran. La que pensasteis que era una bruja.

—¿Por qué?

Gérard era consciente de que el catarismo había resurgido en Francia en los últimos tiempos, pero para él, aquellas gentes no hacían daño a nadie, se limitaban a vivir en paz bajo unas reglas bastante restrictivas que a él no le interesaban.

—La Inquisición la busca. —A Boizol se le erizaron los pelos del cogote—. Y soy el encargado de encontrarla y llevarla ante ella en Toulouse.

—Nada tengo que ver con esa muchacha.

Gérard estaba atemorizado. ¿A qué trato había llegado Esquieu con la Inquisición?

—Tranquilizaos —le dijo el otro captando su miedo. Al de Boizol le dieron ganas de romperle aquella sonrisilla de suficiencia de un puñetazo y al diablo las consecuencias—. Sólo quiero a la muchacha. Lo único que necesito de vos es que me ayudéis a localizarla. ¿Aceptaríais como recompensa el presente de un amigo? —dijo sacando algo de entre los pliegues de su capa—. A lo que el prior me dio para vos le hemos añadido una generosa cantidad adicional.

La bolsa tintineó al caer sobre la mesa. Estaba repleta de libras parisinas.

Gérard sopesó la bolsa, con la codicia impresa en su mirada, elucubrando mientras sus posibilidades.

—De acuerdo, Chasseur —dijo, irónico, arrastrando el nombre con su lengua—. Pero hay una condición.

—Soy todo oídos.

—Cualquier paso que deis cerca de la encomienda me será comunicado. Y si por casualidad consiguierais acceder a ella, quiero estar presente. Si no es así, en cuanto la hereje sea vuestra me ayudaréis vos a mí. Necesito entrar en la casa del Temple.

—¿Por qué?

—Eso no es de vuestra incumbencia —contestó, seco.

Después de todos los sacrificios que se había visto obligado a afrontar a causa del maldito oro, no pensaba compartirlo con nadie.

—De acuerdo, ¿algo más?

—Nada más. Brindemos ahora por nuestro trato.

Gérard buscó al tabernero con la mirada y le hizo una seña para que rellenara la jarra de vino. Cuando volvió la vista, el asiento frente a él estaba vacío. El cazador había desparecido.

XI

Una semana después

—Arnau, necesito hablarte.

Raymond estaba recostado en un jergón frente al hogar. Los leños crepitaban con fuerza, a pesar de que el clima todavía era benigno en Tortosa en aquella época del año. Pero el anciano tenía metido el frío en el cuerpo. Un frío que no lo había abandonado desde que Philippe muriera.

El almogávar miró hacia la puerta, comprobando que Furneria estuviera bien. No le agradaba perderla de vista ni un instante. La muchacha trenzaba esparto sentada en una silla junto al dintel de la puerta. Desde allí podía vigilarla.

—Estará bien, Arnau, no te preocupes —le dijo el anciano.

—¿Y vos? ¿Cómo os encontráis?

—De eso precisamente quería hablarte. Me muero, Arnau, ya no me queda mucho tiempo. Pronto, esta carcasa corrupta liberará a mi alma para que ésta recobre su pureza original y pueda ser salvada. Me gustaría que fuera Furneria la encargada de otorgar ese consuelo a mi alma cuanto antes. ¿Te encargarás de que así sea?

—No podéis saber cuándo vais a morir.

—Créeme, Arnau, lo sé. La *endura* es un privilegio de nuestra fe.

«Con razón no lo he visto comer en los últimos días», pensó el almogávar, recordando que la *endura* de los cátaros permitía al individuo dejar de tomar alimentos cuando sabía que su final estaba

cerca porque lo aquejaba alguna enfermedad. Punto en el que diferían de la Iglesia católica, para la que el suicidio estaba totalmente prohibido.

—Me encargaré de ello —aceptó al fin.

¿Quién era él para cuestionar la fe de los demás y sus motivaciones?

—Te lo agradezco, Arnau, aunque debo hacer que me prometas algo más.

—Lo que esté en mi mano, ya lo sabéis.

—Prométeme que os marcharéis cuanto antes —dijo el anciano—. No esperéis a que muera. Coged lo imprescindible y buscad un lugar seguro donde vivir. Antes de marcharse, Guillaume me confió que quería crear una nueva comunidad donde los creyentes pudiéramos vivir nuestra fe en libertad.

Hacía poco que Belibaste había abandonado Tortosa para dirigirse al sur. Lo siguieron algunos de los cátaros que vivían en la ciudad. Arnau lo vio marchar con alivio. No terminaba de gustarle aquel individuo medroso. Aunque debía reconocer que su recelo quizás se debía a que había dejado solo a Philippe cuando éste volvió a Francia, no a su integridad como perfecto cátaro. Al fin y al cabo, parecía preocuparse por los buenos hombres y mujeres que conformaban su comunidad.

—Creo que se ha dirigido hacia tierras del Bajo Maestrazgo —siguió hablando Raymond—; puede que allí encuentren la paz. ¿Me prometes que pondrás a salvo a Furneria?

—Con mi vida, si hace falta.

En ese momento, la muchacha entraba en la casa y se dirigía hacia ellos.

—Caballo... Aluvión... Caballo...

Ambos hombres sonrieron, el atardecer siempre traía consigo la esperada hora en la que Furneria visitaba a aquel animal al que había cogido tanto cariño.

—Ven, pequeña, dame tus manos. —La joven se acercó, alegre, y se las tendió. Raymond las asió con delicadeza y comenzó a besarlas —. Tus manos son una bendición, ¿lo recuerdas?

Furneria asintió.

—Está bien, marchaos a ver a ese dichoso caballo.

Poco después, rodeaban la encomienda en busca de la puerta trasera que les permitía la entrada al huerto. Tocaron las veces preceptivas y aguardaron.

De pronto, un escalofrío recorrió el espinazo de Arnau. El mismo que sintió antes de ser apresado aquella vez en Ruzafa y que dio con sus huesos en prisión. Miró a su alrededor con aprensión. La tarde parecía tranquila en las tierras labradas que se extendían tras la encomienda. Un poco más allá, las ramas de los árboles se mecían al compás de la brisa fresca venida del río que ya podía notarse a esas horas. Sin embargo, algo no iba bien. Y, aunque su vista no le revelara nada que denotara peligro, Arnau presentía que no estaban solos.

La puerta de la encomienda se abrió y el almogávar empujó a Furneria hacia adentro con fiereza mientras con su otra mano asía el mango del *coltell* que llevaba al cinto. Bertomeu se asustó al ver la actitud del almogávar.

—Cierra la puerta —le siseó, brusco.

Bertomeu lo hizo rápido, atrancando la puerta con un pasador de hierro.

—¿Qué ocurre?

Arnau miraba hacia la puerta sin moverse. Furneria, sintiendo que algo ocurría, se escondía tras su espalda.

—¿Hay alguna otra salida de la encomienda que no sea ésta ni la puerta principal?

—No. Pero el muro es más bajo al suroeste.

—Lleva a Furneria con los freires, yo volveré enseguida —le indicó, con la mirada puesta en los muros de la encomienda.

—Pero... ¿ocurre algo?

—Nada que deba preocuparte. —Luego, volviéndose hacia la muchacha, dobló las rodillas para ponerse a su altura—. Pequeña, ¿irás con Bertomeu un momento? Te prometo que en un rato te llevaré a ver a Aluvión, ¿de acuerdo?

Furneria asintió y le dirigió a Bertomeu una sonrisa. En cuanto los dos jóvenes se adentraron en la casa, Arnau corrió hacia el muro.

Dos figuras se agazapaban ocultas tras unos matorrales que crecían salvajes entre la arboleda.

—¿Qué hacemos ahora? —susurró una de ellas.

Hacía pocos minutos que habían visto entrar en la encomienda a la muchacha y al hombre que siempre la acompañaba.

—¿Habéis avisado a Boizol?

—Mi compañero ha ido en su busca.

El que así hablaba era uno de los dos maleantes contratados por Gérard para que vigilaran la preceptoría templaria.

—Esperaremos a que venga y decidiremos entre todos qué hacer.

A Chasseur no le importaba esperar. Hasta que la hereje no saliera, nada podrían hacer. Además, en cuanto Boizol y el otro individuo vinieran, contarían con más fuerzas por si aquel montañés que guardaba a la muchacha se resistía a la captura de ésta. Le habían hablado muy bien de la destreza de Gérard con la espada, a pesar de ser un borracho contumaz. «En todo caso —pensó—, si la

chica no sale habrá que buscar la manera de entrar. Pero eso será cuando caiga la noche.»

Fue entonces cuando sintió —más que escuchar— un sonido sibilante seguido de un golpe sordo que sonó muy cercano. El cuerpo del hombre que permanecía a su lado se escoró hacia él y Chasseur tuvo que apartarse de un salto. Cayó en tierra como un fardo emitiendo unos gorjeos ahogados. Vio que de su espalda surgía el mango de una daga.

Raudo, desenvaino la espada y se volvió. Pero no tuvo tiempo de hacer nada. Una figura con el rostro cuajado de cicatrices lo embistió con todo su peso y ambos cayeron al suelo. El golpe había sacado todo el aire de sus pulmones y para cuando quiso levantarse para recuperar su espada y poder defenderse, un cuchillo enorme se apoyó en su cuello.

—¿Hay alguien más con vos?

El cuchillo penetró un poco en su piel causándole más dolor del que ya sentía.

—N... No —pudo responder a duras penas.

—Bien, entonces —le dijo aquel demonio—, ahora me acompañaréis sin hacer el menor ruido.

El cuchillo volvió a presionar su cuello.

«El cazador, cazado», pensó Chausser con ironía mientras caminaba junto a aquella bestia con el rostro marcado. Lo tenía agarrado por el brazo mientras con la otra mano mantenía la punta del arma afianzada a su axila. Cualquier movimiento sería su muerte.

Poco después, Gérard de Boizol llegaba a la parte trasera de la encomienda con el hombre que había ido a buscarlo. Chausser cumplía así con lo prometido. Parecía ser que la muchacha a la que quería cazar había salido de su casa en esa dirección y Gérard pensó que quizás había llegado el momento que tanto ansiaba.

Alcanzó la arboleda donde le habían dicho que encontraría a Chausser y, tras apartar unos matorrales, contempló estupefacto el cadáver que allí se pudría. Una daga tosca le sobresalía de la espalda.

El hombre que lo acompañaba emitió un gemido gutural al ver a su compañero muerto.

—¡Calla y agáchate! —susurró entre dientes Gérard—. ¿Quieres acabar como él?

El otro cayó de rodillas, mirando horrorizado al que fuera su compañero. Posiblemente amigo, dada la aflicción que podía intuirse en su rostro.

Gérard, oculto entre las sombras de los arbustos que ya proporcionaba el crepúsculo, miró con cautela a su alrededor. No se veía ni un alma. En las huertas próximas no había nadie y la encomienda —al menos lo que se veía desde allí— parecía tranquila.

Su mente era un hervidero de posibilidades, y ninguna era muy halagüeña. Desde una emboscada de algún bandido, hasta un posible ataque de los templarios que moraban en la encomienda. Aunque esto último lo dudaba. Lo que más le irritaba era pensar que aquello se debiera a una traición de Chausser. «¡Por los clavos de Cristo, no tenía que haber confiado en él!», dijo para sí.

Aguardó unos minutos y tomó una decisión.

—Quiero que vigiles desde aquí la maldita puerta de la encomienda —le ordenó al hombre que le servía—. Quiero estar informado de cualquier cosa inusual que ocurra. Y si ves a Chausser, lo traes hasta mí, aunque sea a rastras, no me importa cómo, pero tráemelo. Ah, y si me entero de que te has dormido durante la guardia, te mataré y tiraré tu cuerpo al río para que se lo coman los peces.

—¿Y qué hago con él? —dijo señalando al cadáver.

—Por mí haz lo que te plazca.

Boizol se alejó con sigilo camino de la ciudad, mirando hacia su espalda con los sentidos alerta. No deseaba perder la vida tan miserablemente como el cadáver que acababa de ver. Necesitaba una buena jarra de vino que le ayudara a pergeñar un plan para acabar con ese asunto de una vez por todas. Por fortuna, la bolsa con el dinero que le entregó el enviado de la Inquisición todavía rebosaba. Si con esas monedas tenía que comprar voluntades, que así fuera. Esta vez no fallaría.

XII

Mientras, en el refectorio de la encomienda templaria de Tortosa

Sunifred escuchaba las quejas de Hug por enésima vez. Éste, por más vueltas que le daba, no encontraba la solución para desentrañar la clave que liberara palabras inteligibles de aquel maldito código. Casi no habían descansado desde que aquel maldito pergamino llegara a sus manos.

Él intentaba ayudar, pero las ideas peregrinas que se le ocurrían eran denostadas con sarcasmo por su hermano. Harto ya de oírlo maldecir —algo a lo que estaba poco habituado ya que Hug solía ser muy comedido—, se dedicaba en esos momentos a observar a Furneria mientras ésta se dedicaba a recorrer toda la sala siguiendo un itinerario que sólo ella comprendía. Después de que Bertomeu la dejara allí con ellos, alegando que así se lo había pedido el antiguo almogávar, la muchacha comenzó su ritual. Desde la puerta se acercó hasta la larga mesa que antes ocupaban los freires a la hora de comer. Una por una fue tocando cada silla hasta que al llegar a la última giraba y se dirigía hacia la mesa más pequeña de un rincón que, en ese instante, ocupaba Hug. Miraba unos segundos por encima de su hombro y luego posaba la mano en la pared frente a ella y caminaba sin despegarla hasta que alcanzaba las escaleras donde se sentaba él mismo. Se paraba frente a él, le sonreía, y

continuaba por la pared de enfrente hasta que llegaba de nuevo a la puerta. Mientras hacía esto, un soniquete, parecido a una canción, surgía de sus labios. Ya era la segunda vez que repetía aquella ceremonia. Y habría una tercera, como Sunifred bien sabía. El número tres regía la vida de la muchacha.

Al pensar en el número a Sunifred se le ocurrió otra idea. Y aun a riesgo a irritar más a Hug, no dudó en decirla en voz alta.

—El número tres que parece en el pergamino debe de ser importante. Es la única cifra que aparece en todo el escrito.

—¿Crees que no lo he pensado? —bufó Hug de malhumor.

—Sólo lo he dicho por si tenía algún significado para ti —se justificó Sunifred alzando las manos a los costados.

—Es un número con múltiples significados. Lo consulté hace unos días en los legajos de la cámara del comendador. Puede referirse a las tres virtudes teologales, que son la fe, la esperanza y la caridad; o a los tres planos que rigen cualquier vida, el del alma, el de la mente y el de la materia. También tres lados tiene un triángulo que, en muchos rosetones de las iglesias, representa a Dios padre. Y muchas otras consideraciones, Sunifred, pero no veo en qué nos ayuda todo ello.

Ambos hombres volvieron a su silencio mientras Furneria seguía con su ritual. Por segunda vez se acercó a la mesa donde estaba Hug y miró por encima de su hombro hacia el pergamino durante pocos segundos. Luego continuó hasta que alcanzó de nuevo a Sunifred. Pero esta vez, en lugar de sonreírle, de sus labios surgían unas palabras que le resultaron familiares.

—Furneria, por favor, ¿serías tan amable de repetir en voz alta lo que estás diciendo?

La muchacha se detuvo y lo miró dubitativa.

—Si lo haces, te daré, no una, sino dos manzanas para Aluvión.

La niña sonrió y comenzó a elevar la voz.

—*Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da gloriam*.

Sunifred la escuchó sorprendido, mientras ella no paraba de repetir aquel lema.

—¿Dónde has aprendido eso?

Furneria siguió repitiendo las palabras, pero, esta vez, señalaba hacia donde estaba Hug.

El templario abrió mucho los ojos y una claridad comenzó a despejar su mente de la bruma a la que la desesperación lo había abocado.

—¿Hug...?

Éste se hallaba tan inmerso en el pergamino que pareció no escucharlo.

—¡HUG!

El caballero se volvió y lo miró enfadado. Fue entonces cuando se dio cuenta de la extraña actitud de Furneria, señalando hacia donde él estaba, y de las palabras que repetía sin cesar.

—¿Hug...? ¿Es posible...? ¿Que ella...?

Las cabezas de ambos hombres negaron sin convencimiento.

—No puede ser... —musitó Hug.

—¿Y si así fuera? —Sunifred entonces se volvió hacia la muchacha —. Furneria, ¿puedes decirle a frey Hug dónde has escuchado esas palabras?

—No escuchado... Leído —dijo, con esa forma de hablar tan extraña que la caracterizaba.

—¿Dónde?

Ambos hermanos contuvieron la respiración, esperando la respuesta.

Furneria se acercó hasta donde se hallaba Hug y señaló la última fila de palabras del pergamino. Sunifred, que también se había

acercado tras ella, soltó de golpe el aire retenido en sus pulmones.

—¿Puedes leer el resto de las líneas, pequeña? —le preguntó Hug.

Ambos hombres se miraron esperanzados.

—Si las lees para nosotros, no sólo te daré tres manzanas para Aluvión, sino también un pedazo de pan con miel de nuestras despensas.

Eso pareció convencerla porque su boca se abrió en una sonrisa amplia que le ocupaba casi todo el rostro. Hasta aquellos peculiares ojos que poseía parecían sonreír.

—En el lugar sagrado donde emerge el río Lobos / con las primeras luces del solsticio de invierno / el tesoro será revelado. / *Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini Tuo da gloriam*.

Mientras Hug escribía a toda prisa, ella no cesaba de repetirlo acompañándolo por una música que sólo la muchacha podía oír. Se alejó de ellos retomando el ritual antes abandonado y cantaba aquella nueva canción.

Hug comprobó el número de palabras, la coincidencia de las letras repetidas con los sonidos del alfabeto: a, b, c, d, e, f, g, h, i, k, l, m, n, o, p, q, r, s, t, v, x, y, z. Los escribió todos de manera correlativa y estudió el resultado durante unos minutos.

—¡Cómo no me he dado cuenta antes! —dijo golpeándose la frente con la palma de la mano—. Observa, hermano, el número 3 indicaba que cada letra del mensaje había que cambiarla por la tercera letra siguiente en el alfabeto. De este modo, en la palabra «EN», si contamos tres letras más adelante, «E» se cambiaría por «H» y «N» por «Q». Y así las demás.

3 HQ HO OZKDV XDKVDGR GRQGH HPHVKH HO VMR ORERX.
(EN EL LUGAR SAGRADO DONDE EMERGE EL RÍO LOBOS.)

FRQ ODX SVMPHVDX OZFHX GHO XROXYMFMR GH MQZMHVQR.
(CON LAS PRIMERAS LUCES DEL SOLSTICIO DE INVIERNO.)

HO YHXRVR XHVD VHZHODGR.
(EL TESORO SERÁ REVELADO.)

QRQ QREMX GRPMQH QRQ QREMX XHG QRPMQM YZR GD KORVMDP.
(NON NOBIS DOMINE NON NOBIS SED NOMINI TUO DA GLORIAM.)

—Lo tenemos, Hug.

Sunifred lo miró con un brillo de esperanza en los ojos.

—Así es, hermano —asintió—. Ahora sólo falta estudiarlo con detenimiento para saber a qué lugar se refiere.

De repente, la puerta se abrió y pareció Arnau llevando a rastras a un desconocido. Furneria, al ver el rostro grave del almogávar, se refugió en un rincón. Tras ellos entró Bertomeu quien, alertado por los golpes en la puerta trasera de la encomienda, había dejado entrar a ambos.

Sunifred, fijándose en el *coltell* que esgrimía el almogávar, enseguida se hizo cargo de la situación.

—Bertomeu —dijo con voz calma mirando al joven—, lleva a Furneria a las cocinas y dale tres manzanas y una tajada de pan con miel. Luego, condúcela a las cuadras y os quedáis allí hasta que os avisemos.

Pero la muchacha parecía reacia a moverse.

—Ve, Furneria —dijo Arnau sonriéndole para calmarla—. Aluvión espera tu visita.

La muchacha, al oírlo, y sin separarse de la pared, anduvo hasta donde se encontraba el joven y lo siguió, no sin antes echar una última mirada de temor hacia Arnau.

Cuando los cuatro hombres se quedaron solos el ambiente se volvió tenso.

—¿Quién es este hombre, Arnau? —preguntó Hug.

—Lo he encontrado afuera, vigilando la encomienda, acechándonos al llegar desde la arboleda, oculto tras unos

matorrales. Lo oí hablar con su compañero, quien, por cierto, está muerto, y esperaban a más hombres.

Los dos templarios se fijaron en el desconocido. Iba bien vestido, con ropas sobrias y limpias, no parecía un mero asaltante de caminos.

—¿Quién sois y qué hacíais ahí fuera?

Mientras Hug preguntaba, Sunifred arrastró una silla y obligó al hombre a sentarse. Arnau, a su vez, se colocó a su espalda y apoyó el filo del cuchillo en su garganta.

—Hablad —le conminó el almogávar, apretando el filo del arma contra su cuello.

—Nada he de decir.

Sunifred, entonces, le dio un puñetazo y le rompió la nariz. Comenzó a sangrar de inmediato, lo que evitó que gritara. Sólo salió de sus labios un gemido prolongado.

—¡Freire! —le reconvino Hug.

—¿Qué?

—Compórtate. —Luego, volvió a centrarse en el desconocido—. Mi hermano no tiene mucha paciencia. Si yo fuera vos, hablaría.

Pero el hombre se mantuvo firme en su decisión de no hablar.

Sunifred entonces se acercó y comenzó a registrarlo. Dentro de su túnica, encontró una misiva enrollada que se dispuso a desplegar. Abrió mucho los ojos cuando vio el sello de quien firmaba.

—Es una misiva de Bernardo Gui, inquisidor de Toulouse. En ella sugiere que se preste la ayuda necesaria a Armand Chausser para que capture a la hereje Furneria d'Alayrac para ser interrogada y juzgada por el Santo Oficio —resumió Sunifred—. Supongo que el tal Chausser seréis vos, ¿no es cierto?

El hombre bajó la mirada, pero siguió sin responder a lo que se le preguntaba.

—¡Maldito perro, voy a cortarte el cuello!

—¡Aguarda! —Hug trató de calmar a Arnau, quien ya apretaba el *coltell* provocando que una gota de sangre se deslizara por la garganta del hombre.

De pronto, Chausser comenzó a emitir unos sonidos histéricos que se asemejaban a carcajadas. Todo quedó en suspenso mientras aquel miserable reía sin parar.

—La hereje ya está muerta —dijo al cabo, todavía con la risa en la boca—, si no soy yo otro vendrá. El resultado será el mismo hoy que mañana, la hoguera siempre reclama a las almas para su liberación. En cuanto a vosotros —dijo señalando a los dos templarios—, vuestra Orden está acabada y pronto no seréis más que un recuerdo que también arderá y cuyas cenizas se aventarán gracias a la justicia divina.

Arnau no esperó ni un instante más, de un tajo limpio cercenó la garganta de Chausser sin que su pulso temblara.

Hug lo miró horrorizado un momento, mientras se debatía en estertores ahogados, hasta que dejó de hacerlo. Volvió la vista hacia Sunifred. Éste se encogió de hombros y le dijo:

—Esta vez no he sido yo.

Cuando una réplica mordaz iba a salir de sus labios, alguien llamó a la puerta. Hug se adelantó hasta ella y abrió sólo un resquicio. Era Bertomeu.

—¿Qué quieres?

—Hay un mensajero en la puerta. Es de la dama Cixilona.

—¿Os ha dicho cuál es ese mensaje?

Hug no tenía tiempo ahora para los reclamos de su cuñada.

—Siento decíroslo yo, freire —dijo el joven bajando la vista apesadumbrado—, vuestro hermano Pere ha muerto esta tarde. El sepelio se celebrará mañana en el cementerio.

—Gracias, Bertomeu. Decidle al mensajero que transmita mis condolencias a su viuda.

En cuanto se hubo marchado, Hug cerró la puerta y apoyó la frente en ella. Sentía vértigo. Los acontecimientos se habían precipitado y parecía que todo su mundo comenzaba a derrumbarse.

Sunifred le apoyó una mano en el hombro para reconfortarlo.

—¿Arnau? ¿Sunifred? ¿Podéis haceros cargo del muerto?

Hug dejó a ambos hombres arreglando el estropicio y subió las escaleras hasta el dormitorio. Tenía mucho en lo que pensar y poco tiempo para decidir. Y necesitaba hacerlo a solas.

XIII

Hug se quedó apartado mientras se inhumaba el cuerpo de su hermano Pere en el cementerio de la catedral de Tortosa. Sintió pena por su hermano pequeño, al que le hubiera gustado conocer más. Aunque siendo niños siempre se unía a Blai en sus correrías, Hug creía que lo hacía para llamar la atención de su padre, para quien sólo existía el primogénito y heredero principal.

Desde aquella distancia casi no apreciaba el rostro de Cixilona, vestida de luto con sus mejores galas, junto a dos jóvenes que debían de ser sus hijos. Sin embargo, sí que podía apreciar que la postura de su cuerpo no denotaba abatimiento, sino más bien determinación.

Hug miró por el rabillo del ojo a la guardia que lo había escoltado. A primera hora de la mañana tuvo que enviar un mensaje al veguer para solicitar un permiso que le permitiera salir de la encomienda al entierro de su hermano. El veguer accedió, pero envió dos hombres que lo vigilarían durante su salida. Al fin y al cabo, los templarios estaban bajo arresto, aunque a los freires de Tortosa se les hubiera concedido permanecer en la encomienda con la prohibición de salir de ella.

Antes de enviar el mensaje al veguer, después del oficio de prima, mantuvo una charla con el comendador en su dormitorio. Hug apenas había pegado ojo esa noche, dándole vueltas a todo lo acontecido el día anterior, y terminó en el refectorio junto a Sunifred —quien tampoco dormía—, hablando sobre qué decisión tomar con

respecto a lo que habían descubierto. Hacía poco que Arnau y Furneria abandonaran la encomienda tras limpiar el primero todo rastro del paso de aquel espía enviado por la Inquisición.

—No sé dónde se encuentra el río Lobos, ¿tú lo sabes? —le había preguntado Sunifred.

El caballero negó con la cabeza, recordando la primera frase del documento, que indicaba el lugar en el cual podrían hallar lo que Pedro de Moncada escondió con tanto celo. «En el lugar sagrado donde emerge el río Lobos...», rezaba el texto descifrado, y Hug no tenía ni idea de dónde estaba ese río.

—He estado consultando de nuevo los legajos de la Orden, pero no he encontrado ninguna referencia de un río llamado Lobos —dijo, abatido—. He estado pensando en ir a hablar con el comendador. Sus muchos años al servicio de la Orden quizás jueguen a nuestro favor. Por lo que sé, viajó mucho durante su juventud y puede que haya oído hablar del lugar que buscamos.

—¿No irás a contarle la razón de nuestro interés?

—No. —Aunque en su fuero interno dudaba.

El comendador, aunque postrado por dolencias físicas, mantenía una mente aguda y Hug sabía que no se conformaría con cualquier explicación.

—Pues date prisa y habla con él —le urgió Sunifred—. Según el documento nos queda poco más de un mes.

Tenía razón. El solsticio de invierno estaba cerca.

Tras el oficio de la mañana, Hug tocaba la puerta del dormitorio del comendador.

Lo halló recostado en el jergón mientras Bertomeu lo ayudaba a tomarse una tisana de hierbas que suavizaría los dolores que padecía. En cuanto el joven hubo terminado, lo despidió y Hug se quedó a solas con él.

—Sé a lo que habéis venido —le dijo mirándolo—. Os marcháis.

Hug se admiró del agudo entendimiento del que todavía hacía gala el comendador.

—Vuestro nerviosismo ha sido evidente en los últimos tiempos. En vos y en ese espectro que vaga por la encomienda sin saber qué hacer.

Hug sabía que se refería a Sunifred. En la encomienda, a excepción de él mismo y Bertomeu, nadie sabía que su amigo vivía allí. Lo habían ocultado por su seguridad. Pero el comendador no era un necio y, desde el momento en el que se lo encontró vagando por los pasillos un día que se levantó de su jergón, hizo como que no lo había visto y luego se refirió a él como un espíritu errante. Nadie se lo discutió.

—Freire, he venido a solicitar la gracia de vuestra sabiduría —lo halagó Hug.

—No tenéis que regalarme los oídos —le contestó el anciano, irritado—, preguntad lo que queráis.

Hug se sonrojó.

—¿Sabéis de un río al que llaman Lobos?

—¿Lobos? Uhm... Dadme un momento.

El comendador cerró los ojos durante unos largos minutos. Sus labios bisbiseaban mientras una letanía que no alcanzó los oídos del caballero. Un rato después abrió de nuevo los ojos.

—Creo recordar que se encuentra en Soria, pero no podría deciros en qué parte. Pero... ¿para qué queréis saberlo?

Hug supo en ese instante que le había mentido, que el comendador sabía exactamente dónde se encontraba el río, pero no iba a decírselo hasta que Hug se sincerara con él. Lo notaba en el brillo ávido de sus ojos y en la sonrisa ladina que desplegaba. Resignado, comenzó a contarle toda la historia, obviando las partes

más escabrosas y que nada tenían que ver con el asunto en cuestión.

Una vez que acabó con su narración, aguardó, rezando para que el comendador diera su brazo a torcer y respondiera a su requerimiento. No había tiempo que perder.

—Vuestro relato parece haber despejado la mente de este pobre anciano...

«Sí, seguro que ha sido eso», pensó Hug, sarcástico.

—... y a mi memoria ha venido la imagen de una ermita que visité hace ya muchos años en Soria, cercana al Burgo de Osma. Se encontraba entre las paredes del cañón donde el río Lobos vuelve a emerger tras haber recorrido algunas leguas por debajo de la tierra. Es un lugar especial, frey Hug, con una ornamentación muy elaborada y curiosa. Sí, muy curiosa —afirmó con contundencia—. Se dice que en la ermita de Ucero, Dios está más presente, pues se ubica en el centro mismo de dos puntos que están a la misma distancia de un lado y otro, hacia el mar del este uno y hacia el del oeste el otro, y eso la convierte en un lugar de poder. Si creéis en esas cosas, claro.

Hug guardó esa información en su cabeza y pronto se despidió del anciano. No volverían a verse.

—Que Nuestro Señor guíe vuestro camino, frey Hug. Nuestra Orden no merece las injusticias que se están cometiendo contra ella. Rezad por el alma de este anciano y yo rezaré porque vuestra misión logre traernos la paz.

—En el nombre de Dios.

Hug borró la sonrisa de su cara al pensar en la inteligencia desplegada por el comendador al volver a la realidad y darse cuenta de que el responso por la muerte de Pere había terminado. Los asistentes al sepelio comenzaban a marcharse con paso solemne

hacia sus vidas, dejando atrás esa presencia de la muerte, siempre tan incómoda.

Cixilona permaneció unos minutos más frente a la tumba hasta que sintió a Hug acercarse.

—Mi más sentido pésame, señora.

—Gracias por venir, frey Hug, vuestro hermano hubiera apreciado el gesto.

—¿Podemos hablar?

—Paseemos.

Comenzaron a caminar rodeando el claustro de la catedral. Mientras, a varios pasos de distancia, la guardia no le quitaba el ojo de encima a Hug.

—Me marcho, Cixilona, esta noche.

El caballero no podía irse de Tortosa sin haberse despedido de ella. Nunca se lo hubiera perdonado.

—¿Os marcháis? Pero...

La mujer miró de reojo a los guardias.

—Me encomiendo a vuestra discreción. Si la justicia se enterara de que planeo fugarme de la encomienda, no dudarían en encerrarme en la prisión más oscura —le confió—. Pero no podía irme sin despedirme de las personas que me importan.

—¿Os... importo?

—Pues claro que me importáis. Sois mi cuñada y mi amiga de la infancia, y apreciaba mucho a vuestro padre.

La dama pareció decepcionada por la respuesta de Hug.

—¿Volveréis algún día?

—No lo creo.

Para sorpresa de Hug, la mujer comenzó a llorar desconsolada y se abrazó a él.

—¿Qué os aflige, Cixilona? —preguntaba el caballero sin atreverse a devolverle el abrazo.

La cercanía de la mujer contra su cuerpo lo incomodaba. Vio que los dos guardias los miraban con interés.

Hug la apartó sujetándola por los hombros y la miró a los ojos.

—¿Qué os ocurre?

Las palabras se desbordaron a borbotones desde sus labios.

—Ocurre que soy muy desgraciada, que las promesas que he hecho a lo largo de los años, a mi padre, al vuestro, me han atado a una vida que nunca he querido vivir. Que me he visto obligada a plegarme a los deseos de los Monrós cuando al único Monrós que he querido se alejó de mi lado para servir a Dios. Y ahora, cuando me veo libre de esas cadenas, cuando por fin soy soberana de mi futuro, os volvéis a alejar para nunca más volver.

Hug enmudeció cuando calaron en su mente las palabras de la dama.

—Cixilona...

—No os vayáis, Hug. Colgad el manto blanco y quedaos conmigo. Seguro que el rey estará dispuesto a perdonaros si le rendís pleitesía y aseguráis la fidelidad de la casa Monrós.

—No sabéis lo que me estáis pidiendo.

—Todavía sois el heredero de vuestro apellido.

—No puedo, Cixilona, no puedo —le dijo zarandeándola suavemente para que entrara en razón y acabara con aquel arrebato —, jamás me lo perdonaría. Acepté este manto blanco que porto con orgullo, y todo lo que conlleva, hasta que la muerte llame a mi puerta, y nunca lo traicionaré. No podéis pedirme que renuncie a mi honra; sin ella, mi honor se vería en entredicho y me convertiría en hombre abocado al infierno. Y os odiaría por ello, no lo dudéis. —Cixilona pareció calmarse tras las palabras de Hug—. Escuchadme,

mi señora, sois la mujer más valiente que he conocido. Hacéis honor a la estirpe de vuestras antepasadas, aquellas que libraron a Tortosa de ser conquistada por los infieles, y sé que saldréis adelante sin que ningún hombre haya de deciros el camino a tomar. Sed fiel a ese legado y, cuando seáis anciana y vuestros nietos correteen a vuestro alrededor, llegará el día en que os deis cuenta de que habéis sido una mujer dichosa y podréis perdonar a este siervo de Dios.

—Oh, Hug... No tengo nada que perdonaros.

Esta vez fue Hug quien la abrazo brevemente. Luego, se separó de ella y le levantó la barbilla para que lo mirara.

—Adiós, Cixilona, os deseo la mejor de las vidas.

Una hora después, Hug se encontraba con Sunifred en la encomienda. Éste lo miró y supo, por las arrugas que le fruncían el ceño, que algo había ocurrido. Cuando Hug se lo contó, Sunifred no reaccionó como él esperaba.

—Deberías aceptar su oferta.

El caballero lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—No digas necedades.

—Ella te ama, y de seguro que te haría muy feliz.

—Pero yo a ella no —zanjó Hug molesto—. No quiero hablar más del asunto. Tenemos cosas más importantes que hacer. Todavía hay que recoger los pertrechos para el viaje y dejarlo todo listo para la noche. Y no me mires así, Sunifred, después de todo lo vivido, no pienses que vas a librarte de mí tan fácilmente. Iré contigo hasta el final, ocurra lo que ocurra, y nada me lo va a impedir.

Sunifred le sonrió con desparpajo y acató su decisión. Se le veía contento porque, en unas horas, podría salir de su encierro y cumplir con la misión que Pedro de Moncada le encomendara hacía ya tantos años.

Furneria puso las manos sobre la cabeza de su abuelo y lo bendijo. La ceremonia del *consolamentum* quedaba así finalizada.

—Mi pequeña Furneria —dijo el anciano reteniendo una de sus manos—, ahora tenemos que despedirnos. Me aguarda un viaje que debo hacer solo. Pero tengo que decirte algo: tu padre y tu madre estarían muy orgullosos de ti, eres la consecución del sueño de ambos, una dama perfecta.

Raymond le acarició el rostro, borrando con sus dedos una lágrima que había escapado de su ojo de hielo.

—Ahora tienes que irte con Arnau. Él cuidará de ti. Llevas su misma sangre y eso os unirá para sobreponeros a cualquier prueba que este mundo pueda poner ante vosotros. Si te conduces bajo la palabra que predica nuestra fe, siempre hallarás consuelo y podrás renacer como el laurel de tu canción, que reverdece cada setecientos años. Idos ahora con mi bendición, que yo me iré con la vuestra.

La muchacha, al oír a su abuelo, comenzó a cantar la canción mencionada. Y Arnau no logró que se fueran hasta que no la repitió tres veces. Luego, se dejó llevar hasta el exterior.

—Raymond, adiós... Raymond, adiós... Raymond, adiós...

Arnau la envolvió en un manto oscuro, tapándole con la capucha ese cabello que tanto destacaba entre la gente, y se dirigieron a paso ligero a buscar el portal por el que salir de la ciudad. El cielo ya comenzaba a cuajarse de estrellas y quedaban pocos minutos para la hora acordada con los freires.

Tras la noche anterior, en la que Arnau tuvo que deshacerse del cuerpo del enviado por la Inquisición, habló seriamente con los dos caballeros templarios al saber que éstos pensaban marcharse de Tortosa. Les pidió poder acompañarlos. Furneria necesitaba de toda

protección que él pudiera proporcionarle. Frey Hug accedió de inmediato tras dudar unos minutos, pero no así el otro, el de la piel quemada al que llamaban Sunifred, pues decía que la muchacha podría retrasarlos. En realidad, ahora sabía que ésa no era la razón de su rechazo, pues Furneria se encargó de recitarle por tres veces esa noche el contenido del documento. Pero a él le importaban bien poco los asuntos en los que estuvieran metidos los freires, su única preocupación era alejar a la hija de su primo de las garras de aquellos perros que la querían ver quemada en la hoguera. Así que, tragándose su orgullo, y haciendo algo que jamás hubiera hecho en otras circunstancias, porque su abuelo se removería en su tumba, dijo:

—Me inclino ante vosotros —recitó hincándose de hinojos y depositando su *coltell* en el suelo frente a él— y os juro lealtad hasta el día de mi muerte y apelo a vuestra razón de ser que no es otra que cuidar de los que, como nosotros, necesitan de vuestra protección en los caminos.

Arnau les recordaba así que la Orden había nacido para velar por los peregrinos que se dirigían a Tierra Santa.

Por el rabillo del ojo vio que ambos freires se miraban.

—Álzate, Arnau —le ordenó frey Hug—, no necesitas inclinarte ante nosotros. Furneria no quedará desamparada, lo juro.

Arnau se levantó y recibió unas palmaditas en el hombro del otro templario.

—Furneria no nos necesita, te tiene a ti —dijo Sunifred con aquella sonrisa que dejaba ver la mella de sus dientes—. Dios acoja en su seno a aquel que intente desafiar a un almogávar. No vivirá para ver el siguiente día.

Y tenía razón. No le había temblado el pulso al degollar al malnacido enviado para capturar a Furneria.

Poco después, llegaban junto con la noche cerrada al punto de encuentro. Los freires esperaban allí, embozados en capas oscuras para confundirse con las sombras —la túnica y el manto blanco debían de haberlos ocultado entre sus pertrechos para evitar ser identificados—, ambos montados en sendos destreros. Aluvión cabeceó contento al ver a la muchacha y ésta enseguida se acercó a acariciarle el morro.

—Pongámonos en marcha —dijo Hug—. Furneria puede montar conmigo y a ti ya te encontraremos un caballo por el camino.

—Aguarda un momento —dijo Sunifred.

—¿A qué?

Un sonido traqueteante los puso en guardia. Hug echó mano de su espada y Arnau agarró con fuerza el *coltell*. Sunifred, sin embargo, parecía tranquilo.

Girando un recodo, apareció un carro tirado por dos yeguas castradas.

—Has tardado, muchacho —dijo Sunifred cuando el carro se acercó.

—Lo siento, freire, pero he estado pendiente de que nadie me siguiera y he equivocado el camino.

Bertomeu, contrito, bajó de un salto del carro y le entregó las riendas a Arnau.

—Ya tienes tu montura, almogávar —dijo Sunifred con sorna—. Ordené a Bertomeu que nos trajera un carro, era el único del que, si alguien lo veía, no iban a sospechar. Al fin y al cabo, siempre ha sido él quien nos traía las vituallas a la encomienda.

—Buena idea, hermano. Furneria irá mejor ahí que montada a caballo.

—Furneria monta Aluvión... Furneria monta Aluvión... Furneria....

—Está bien —accedió Hug—, puedes montar conmigo.

La muchacha se agarró rauda al brazo que le tendía y se sentó tras Hug muy ufana.

—De todas formas, vamos a necesitar el carro —observó Sunifred —. Arnau, ¿harás los honores?

El almogávar rezongó por lo bajo y le quitó de un manotazo las riendas al joven Bertomeu, quien les deseó buen viaje antes de despedirse.

—Cuida del comendador, Bertomeu —le pidió Hug.

—Como siempre, freire.

Poco después, la comitiva encaraba el camino que la llevaría, primero hacia el norte y luego al oeste. A Soria.

XIV

El viaje fue arduo e intenso. Los rigores de transitar los caminos en aquellas fechas cercanas al invierno no facilitaron que el humor del grupo mejorara. Al contrario, conforme se sucedían los días los ceños más se fruncieron y los labios más callaron. Incluso la muchacha, quien siempre parecía habitar un mundo diferente al del resto, presentaba un semblante alicaído.

La lluvia los acompañó durante gran parte del recorrido hasta que dio paso a un frío seco que se enraizaba en el interior de los huesos y expandía su salvia helada al resto del cuerpo. Sobre todo en el de los hombres de la comitiva, cuyas edades, más próximas a la vejez que a la juventud, les hacían padecer de dolores en rodillas y espaldas desde que, tras dormir unas horas a la intemperie, se levantaban para seguir la rutina de un nuevo día. Hug notaba la zona alta de la espada anquilosada y le costaba que sus manos sujetaran cualquier cosa nada más empezar el día.

A veces tenían la suerte de poder pernoctar en alguna posada que se encontraban por el camino, siempre intentando que Furneria pasara desapercibida —su aspecto no dejaba a nadie indiferente—, pero, la mayoría de las veces, dormían al raso, envueltos con sus capas en el suelo y con una exigua hoguera para calentarse. A la muchacha le cedían un hueco dentro del carro para dormir, que cubrían con mantas y pieles para protegerla del frío.

Aun así, los días pasaban y cada vez estaban más cerca de su objetivo, y eso les hacía tragarse sus quejas, mirar hacia delante y

no desfallecer.

—¿Qué haremos después, Sunifred? —le preguntó Hug una mañana en la que la fortuna les sonreía y el sol asomaba entre las nubes—. Tanto si encontramos el oro como si no...

—Lo encontraremos.

—Como te decía, ¿qué haremos después? ¿A dónde iremos?

—He sabido que muchos de nuestros hermanos, aquellos que han conseguido huir de la persecución a la que nos hemos visto sometidos, han encontrado refugio en Portugal. El rey de allí es amigo del Temple y existe una fortaleza que los está acogiendo en un lugar llamado Tomar.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Bertomeu es un joven despabilado, y muy curioso, además. Como era el único que podía salir de la encomienda le sugerí que me informara de qué ocurría en el exterior. Así que se allegaba al puerto y charlaba con los marineros venidos de otros lugares o, los días de mercado, mientras adquiría viandas para nuestra casa, se empapaba de todo lo que contaban los buhoneros y mercaderes que recorrían los caminos.

—Bendito Bertomeu.

—Sí, bendito sea —afirmó Sunifred—. Gracias a él supe lo de Portugal y creo que no sería mala opción, si lo que cuentan es cierto, intentar que el Temple sobreviva y vuelva a recobrar fuerzas desde allí.

Hug estuvo de acuerdo con la reflexión de su amigo. Si en verdad el oro que ocultó Moncada estaba en Ucero, podría servir para que la Orden sobreviviera a aquella injusticia que planeaba sobre ella.

Ya entrado diciembre, la nieve comenzó a caer en aquellos parajes de robles y quejigos, pinos y encinas, cubriendo con un manto blanco todo lo que alcanzaba la vista. El grupo de peregrinos se tuvo

que cubrir de pieles para paliar el frío. Afortunadamente, Arnau se había hecho con una ballesta y una azcona en una de las villas por las que pasaron y cazaba conejos o alguna liebre —incluso un venado sucumbió bajo un tiro certero de su azcona— que asaban al amor de una hoguera para alimentarse. Furneria, sin embargo, no comía carne debido a su fe, conformándose con algunos frutos que encontraban por los campos o compraban en las aldeas, algún guiso de nabos o gachas de cereal. El pan untado de miel era su manjar favorito.

Para Hug, aquella muchacha era todo un misterio, siempre inmersa en su forma particular de ver la vida con aquellos singulares ojos de distinto color. Pero con el paso de los días en su constante compañía, fue poco a poco entendiendo su carácter y anticipando sus emociones. Sabía cuándo estaba contenta y cuándo triste, cuando quería compañía y cuando necesitaba soledad, y un sentimiento de cariño se abrió paso en su pecho. Comprendía que Arnau la protegiera porque era sangre de su sangre, pero él la cuidaría porque se dio cuenta de que personas como Furneria eran muy necesarias en un mundo donde las mentiras, codicias y envidias florecían. La muchacha era todo lo contrario a eso, siempre mostraba sus emociones de manera franca y sin avergonzarse. Era leal, inteligente y sincera, algo que no solía abundar.

Un atardecer que se detuvieron cerca de un arroyuelo, mientras Hug se ocupaba de dar de comer algo de grano a los caballos y Arnau y Sunifred buscaban ramas que estuvieran secas para poder prender una hoguera, vio a Furneria dirigirse sola al arroyo. Al ver que tardaba, preocupado, siguió los pasos de la muchacha. La encontró junto al agua, de pie. Se había quitado la capa que la cubría y miraba hacia abajo, por debajo de la túnica, donde una mancha carmesí cubría una parte de su saya de lino.

Hug se asustó y sacó la espada, pensando que estaba herida.

—¡¿Qué te ha pasado?! ¡¿Estás herida?! —gritó acercándose a ella a la carrera.

La muchacha, al verlo venir de esa guisa, comenzó a gritar a su vez, mientras Hug, con la espada en alto, se ponía delante de ella para prevenir cualquier ataque que estuviera sufriendo. Miraba de un lado a otro buscando a un enemigo que no se dejaba ver.

—¡¿Qué ocurre?!

Arnau y Sunifred, al oír los gritos, habían cogido sus armas y venían corriendo desde el campamento.

—¡Han herido a Furneria! ¡Pero no veo a nadie!

Arnau rodeó el cuerpo de Hug y se acercó a la muchacha, que seguía chillando, ensordeciendo a los presentes. Sunifred, al tiempo, miraba hacia la maleza en busca de alguien a quien matar.

De pronto, desde la espalda de Hug se escuchó la voz enfadada de Arnau.

—Maldito mentecato, ¿es que no sabes nada sobre las mujeres?

Hug echó un vistazo hacia atrás y se encontró la mirada indignada de Arnau. No entendía nada. Sunifred también los miraba confundido.

—Ven, pequeña —dijo Arnau cogiendo a Furneria por los hombros. Su contacto logró que la muchacha se calmara—, creo que hay algún paño en el carro que puedes utilizar.

Ambos pasaron por al lado de Sunifred y se encaminaron hacia el campamento.

—¿Qué... qué ha ocurrido?

—Ay, Hug —dijo Sunifred negando con la cabeza—. Es su propia sangre. Furneria tiene el menstruo, como cualquier mujer joven y lozana.

Hug bajó la cabeza avergonzado. Aunque había oído hablar de ello, al no convivir con mujeres no imaginaba que fuera así.

—Yo... No me di cuenta de que podía ser eso. Pensé...

—Tranquilo, hermano, Furneria no te lo tendrá en cuenta. Pero cuídate del viejo almogávar, no te envidio el lance.

—Estás disfrutando, ¿verdad?

Sunifred esbozó una sonrisa que dejó ver todos los dientes que le quedaban.

—Mucho.

Hug notó que se ruborizaba al recordar aquel episodio. Furneria, esa misma noche, se acercó a él y le dio tres palmaditas en la mano, señal de que lo perdonaba. Era un corazón puro. Con Arnau fue más difícil, el hombre le dio una charla sobre la importancia de no gritar cerca de la muchacha, pues esto la alteraba sobremanera, y luego le dijo que agradeciera que Furneria se había recuperado enseguida del susto, si no, tendría un diente menos en su boca, «como frey Sunifred», añadió. Hug supo que hablaba en serio.

Como si Dios en su infinita sabiduría hubiera alineado a los astros para que los ayudaran, al atardecer del 20 de diciembre, cuando ya el cielo presentaba las sombras azuladas del crepúsculo, se adentraron entre una espesa vegetación que los condujo al claro entre montañas donde se encontraba la ermita templaria de Ucero. Todos se detuvieron a contemplar la belleza del paisaje que se abría ante sus ojos. Una amplia explanada daba paso a la ermita, flanqueada por una elevación rocosa del terreno a su izquierda y una fronda de árboles a su derecha que daba paso a la roca viva que conformaba el cañón.

Nada indicaba que allí hubiera alguien que la guardara. El silencio de aquel paraje sólo era roto por los graznidos de los buitres que se preparaban para pernoctar en los entrantes horadados de las rocas del cañón que envolvía la ermita por su parte trasera.

Arnau se adelantó para buscar un sitio donde pasar la noche, y poco después volvió para informarles de que había encontrado una cueva amplia a poco más de cien pasos detrás de la ermita. Se encaminaron hacia allí fijándose en los relieves y capiteles que adornaban la pared exterior del pequeño templo, por encima de la puerta principal. Aunque la exigua luz les impidió verlos con detalle, la decoración de los capiteles presentaba motivos vegetales y animales y lo que parecía el rostro de un caballero y una dama. En la arcada de la portada se apreciaban florecillas de cuatro hojas, una estrella calada y hojas de vid. Sobre la cornisa descansaban diez canecillos, con diferentes símbolos; desde la tau hasta un busto de un caballero, cuatro cabezas formando una cruz, una máscara demoníaca y varios motivos más. Justo al lado de la puerta, un bello rosetón se abría en el crucero construido a una altura menor que el resto de la ermita. Ya habría tiempo al día siguiente para admirarlo.

La cueva era grande y se adentraba hacia las sombras. A todos les encogió el ambiente insondable que se respiraba allí, como si la roca antigua exudara sabiduría arcana a través de sus paredes. Decidieron quedarse cerca de la entrada y prender una hoguera, para que el humo tuviera fácil el salir hacia el exterior. Pronto se acomodaron para dormir. Debían levantarse antes del alba para entrar en la ermita y, como rezaba la clave descifrada del documento de Moncada: «con las primeras luces del solsticio de invierno, el tesoro será revelado».

Hug apenas durmió. La inquietud por lo que encontrarían al día siguiente y por el futuro que les aguardaba no permitieron que su

mente descansara. Pensó mucho en todo lo acontecido, desde que era un niño hasta el instante en el que se encontraba, repasando cada suceso de su vida con detenimiento. Se dio cuenta de que todo lo ocurrido lo había cambiado, ya no era el mismo joven entusiasta que paseara el manto blanco de la Orden con orgullo. Estaba cansado y se cuestionaba, por primera vez, esa fidelidad ciega al Temple. Toda su vida había seguido las órdenes de otros y los dictados de Dios, intentando no desviarse ni un ápice, y en ese momento se preguntaba si no había, con ello, perdido las riendas de su propia vida y, por ende, su libertad. Cuando todo acabara, cuando emprendieran camino hacia Portugal con o sin el oro de la Orden, cuando Furneria estuviera a salvo, quizás se retiraría a algún monasterio donde poder recoger su espíritu agotado en paz y soledad. Y, aunque lamentaba dejar atrás a Sunifred, a su hermano, era ya hora de pensar en sí mismo por una vez y dejar la lucha para otros. Sunifred subsistiría sin su presencia. Lo sabía. Siempre había sido un superviviente y que se separaran no cambiaría ese hecho. Pronto tendría que decidirse.

Despertó a los demás cuando sintió que el cielo comenzaba a clarear. Tras comerse un trozo de pan duro y beber un poco de vino aguado de un pellejo, decidieron que Arnau y Furneria permanecerían en la cueva hasta que los caballeros reclamaran su presencia.

Hug y Sunifred descendieron el camino hacia la ermita, cruzaron el río y llegaron hasta su puerta. Nadie había en el interior.

De pronto, una voz tras ellos los puso en guardia.

—Por fin ha llegado el momento, freires. Hoy será el día en el que pagaréis por vuestros pecados.

XV

Los caballeros se volvieron al unísono, echando mano al pomo de la espada que portaban en sus cintos. Frente a ellos, a caballo, seis hombres se abrían en abanico en la explanada frente a la ermita. El cielo presentaba ya tintes rosados y pronto los primeros rayos del sol se abrirían paso para saludar al nuevo día.

A Hug la escena le pareció familiar. Había algo en el hombre que se adelantaba unos pasos de los demás, subido a un destrero azabache de noble casta, que pellizcaba sus recuerdos.

—Largo tiempo ha pasado desde que nos encontramos por primera vez —siguió hablando el hombre mientras desmontaba. El acento francés en su voz era evidente—. Aquella vez la fortuna os acompañó, pero hoy no será así.

De entre los pliegues de su capa, sacó una espada y la alzó para apuntarlos. Aquel gesto despertó la memoria de Hug. Era el mismo hombre que los atacó camino de Francia hacía ya tantos años, aquella sombra oscura semejante a un espectro que asaltó al grupo que acompañaba a los Miravalle y cruzó su espada con la de Hug.

—¿Es ahí donde se esconde el oro? —preguntó ladeando la cabeza y observando la puerta de la ermita.

Hug miró a Sunifred. ¿Cómo sabía aquel hombre lo del oro? Pero el freire no le devolvió la mirada. El brillo de sus ojos era salvaje, retraía el labio de arriba sobre los dientes calculando las posibilidades. No pensaba rendirse a pesar del hecho de que los

superaban en número, lo sintió en la forma corporal que adoptó, encogiendo el cuerpo preparado para lo que estuviera por venir.

El hombre continuó hablando.

—Primero os mataré a vos. —Inclinó la punta de su espada hacia Hug—. Será un privilegio cruzar el hierro con quien casi me vence una vez. Y luego a vos. —Esta vez señalaba a Sunifred—. Mi hermana descansará en paz cuando sepa que el hombre que mató a su hijo en Bézu ha pagado por ello. Los Boizol verán cumplida su venganza.

«Audat —recordaron Hug y Sunifred al mismo tiempo—, o el que se hacía pasar por él.» Aquel joven sargento con rostro de querubín que intentó hacerse con el oro tras salir de la montaña de Bézu en dirección a la costa. Al que Sunifred degolló como desagravio por su engaño.

—Luego, el oro será mío. Como pago por todos los desvelos que me habéis causado y el largo viaje que he tenido que emprender tras vuestros pasos. Un viaje que ha durado años.

Sunifred desenvaino la espada.

—Habláis demasiado —le espetó, retrayendo más lo dientes, como un lobo presto a atacar.

De pronto, un zumbido cortó el aire y uno de los hombres que se mantenían detrás del que los comandaba cayó al suelo desde el caballo con una flecha de ballesta clavada en el cuello.

Todos miraron a su alrededor buscando la fuente de la que surgiera la flecha hasta que repararon en una figura que se recortaba en lo alto de la elevación rocosa, en el flanco izquierdo de la explanada.

Un aullido inhumano rebotó contra el cañón.

«¡DESPERTA, FERRO!»

La figura se iluminó con las chispas que surgían de la roca al ser golpeada con la punta de hierro de la azcona.

Todo se precipitó. A una señal de Gérard de Boizol, los que quedaban montados se separaron. Dos galoparon hacia Sunifred y los otros dos, hacia la figura que todavía gritaba sus consignas en lo alto de las rocas. Hug desenvainó su espada y se acercó con pasos medidos hacia su enemigo, quien permanecía quieto, observando la escena con una sonrisa feroz en sus labios. Lo estaba aguardando.

Saltaron chispas con el primer cruce de espadas, tanteando ambos hombres las fuerzas del otro, y comenzando así un baile en el que sólo el hierro y los pies danzaban. A su derecha, Sunifred se agachaba esquivando el embate del primer jinete que lo alcanzó, dejando que pasara de largo mientras, se lanzaba hacia su izquierda para evitar que el otro caballo lo pisoteara. Por su parte, el almogávar descendió corriendo la elevación, saltando entre las rocas, con la azcona presta por encima del hombro en posición horizontal. En cuanto el primer adversario se acercó, Arnau lanzó la azcona con presteza contra su montura, hiriendo de muerte al animal y haciendo caer a su dueño, quien no tuvo tiempo de levantarse antes de que el *coltell* se le clavara en el cuello con un grito bronco de su dueño.

Hug seguía midiendo fuerzas con Boizol, fintando estocadas dirigidas a su vientre y parando con el hierro las feroces acometidas. Aquel hombre sabía luchar con la espada. Su destreza era inigualable y pronto Hug comenzó a notar que el brazo se resentía por los golpes.

Apartándose de un salto de un lance orientado hacia sus entrañas, observó por el rabillo del ojo que su hermano se batía con lentitud. Sunifred no era el mismo desde que el fuego lamiera su cuerpo, y

aquella cojera que arrastraba desde Acre impedía que pudiera moverse con la soltura de antaño.

—¡Arnau! —chilló para llamar la atención del almogávar, descuidando la defensa un instante que aprovechó su rival para herirle en un costado.

Se apartó dolorido, sintiendo que algo húmedo le empapaba las ropas. Enseguida se recompuso y armó de nuevo su guardia.

—¡Arnau! ¡Ayuda a Sunifred! —le indicó haciéndose oír por encima del sonido chirriante del hierro contra el hierro.

El almogávar, que ya había dado cuenta de los dos jinetes que lo atacaron, y cuyas monturas se perdían entre la fronda presas de un miedo cerval, alargó la zancada para socorrer los esfuerzos de Sunifred. Hug, por su parte, arremetió con todas las fuerzas que logró reunir haciendo retroceder a aquel maldito francés. Ambos hombres, entonces, se enzarzaron en una lucha cruenta, con golpes de espada recios y contundentes, buscando minar las fuerzas del otro y que descuidara la guardia el instante necesario para buscar la carne.

Hug estaba agotado, apenas ya podía sostener el peso de su espada, mientras que el otro parecía todavía contar con las fuerzas suficientes para acabar con lo empezado. Poco a poco, la punta de su acero iba descendiendo, manteniendo a duras penas una defensa aceptable. Boizol, al intuir lo que sucedía, arremetió con más vigor y logró trabar con una de sus piernas las de Hug, logrando que su pesado cuerpo cayera al suelo.

—¡Ya sois mío!

Hug no podía más. El corazón le latía veloz en el pecho y su respiración era jadeante. Su mente se disoció de lo que ocurría a su alrededor, sólo podía observar sin aliento cómo la espada de su contrincante se alzaba frente a él para asestar el golpe final.

—¡Mi venganza se verá cumplida hoy! —gritó Boizol antes de asestar el golpe definitivo.

Pero Hug, a pesar de su envergadura, rodó en el último momento y, con un último impulso, elevó la punta de la espada para introducirla en el hueco descubierto entre el pecho y la axila, atravesando su corazón.

Boizol cayó al suelo, ya sin vida, con una mirada de sorpresa grabada en sus ojos.

—Como ha dicho mi hermano antes, habláis demasiado.

Una risa a su izquierda acompañó sus palabras. Sunifred se acercaba. Entre él y Arnau habían dado cuenta de uno de los hombres, y el otro, el único que quedaba, corría en pos de su caballo para retirarse derrotado. No llegó muy lejos. Un nuevo zumbido cortó el aire y una flecha se le clavó en la espalda. Arnau era un excelente ballestero.

Hug miró a Sunifred en busca de heridas. Por fortuna, excepto algún rasguño sin importancia, parecía en perfectas condiciones, aunque unos círculos oscuros le rodearan los ojos signo de su cansancio.

Sunifred le tendió la mano para ayudarlo a levantarse del suelo.

—Vamos, hermano, aún tenemos trabajo que hacer.

Ambos se dirigieron hacia la puerta de la ermita. No había tiempo que perder. Los primeros rayos del sol ya comenzaban a asomar por el horizonte.

—Vuelvo con Furneria —dijo el almogávar.

A Hug no le dio tiempo a darle las gracias por su ayuda en aquel lance. Si no fuera por él, posiblemente los dos templarios estarían muertos.

Mientras Sunifred forzaba la puerta del templo, el caballero sintió un mareo que lo hizo tener que apoyar el hombro junto a una de las

columnas escalonadas que la flanqueaban. Cerró los ojos hasta que notó que el vahído pasaba.

—¿Vienes? —Sunifred acababa de abrir la puerta.

Se adentraron en la semipenumbra de la ermita, que presentaba una planta de cruz latina con muros de sillares calizos en los que descansaban varias columnas con sus capiteles decorados. El templo contaba con una capilla mayor, semicircular, y las capillas laterales, con arcos de acceso apuntados y perfiles rectangulares. Se respiraba paz en aquel lugar.

Ambos caballeros recorrieron la parte principal hasta que se hallaron en el cruce entre las dos capillas laterales, observando con arrobo el conjunto del templo con mirada ávida.

De pronto, desde el rosetón que se abría en medio del lado meridional para iluminar aquella capilla lateral, comenzaron a entrar los primeros rayos de sol, regando con su luz desde el hastial del crucero. Sunifred se adentró en la capilla, atraído por cómo el sol revelaba un bello rosetón que presentaba unas figuras de corazones entrelazados entre sí, conformando un simbólico pentagrama. Hug, sin embargo, retrocedió hasta la entrada de la otra capilla y allí permaneció contemplando aquel milagro que se desplegaba ante sus ojos.

Conforme los rayos del sol fueron incidiendo en el rosetón, su luz fue alargándose en el suelo de la ermita en dirección hacia donde Hug se encontraba hasta llegar a sus pies. Al bajar la vista, y por un momento, el brillo de la luz bajo sus pies se hizo más intenso, y el caballero tuvo que retroceder. En cuanto lo hizo, se dio cuenta de que la losa donde estaba antes pisando era diferente al resto.

Grabada en ella, la cruz patada, símbolo de la Orden del Temple se reveló ante sus ojos.

Sunifred se acercó y ambos se acuclillaron frente a ella.

—Lo hemos encontrado. —A Sunifred se le iluminó la mirada. Hug asintió y se apartó para dejarse caer y apoyar la espalda contra la base del arco rectangular de la capilla.

—Tiene que ser aquí —afirmó Sunifred mientras desenvainaba su espada—. Qué Dios me perdone por lo que voy a hacer.

Sujetando la espada por la cruz, comenzó a golpear con el pomo la losa de piedra con la cruz templaria. Pronto, comenzó a quebrarse y sus trozos desaparecieron en el agujero que se abrió bajo ella.

En ese momento, Arnau entraba en la ermita portando una tea encendida junto a Furneria.

—Trae esa tea hasta aquí —le conminó Sunifred, apartando con las manos los restos de la losa que todavía permanecían intactos.

En cuanto tuvo a mano la luz, la metió por el agujero que se había abierto y acercó la cabeza. Lo que vio dentro le robó la capacidad de articular palabras. Hechizado, sus ojos recorrieron aquella pequeña cámara subterránea en la que se amontonaban varios arcones de madera y decenas de sacas selladas. El sello de esas sacas era el de Moncada.

—¡Está aquí! ¡Lo hemos encontrado! —gritó con entusiasmo sacando la cabeza del agujero. Pero la alegría que sentía se quedó atorada en su garganta al ver el rostro grave de sus acompañantes —. ¿Qué... qué ocurre?

Sunifred los miró sin comprender. Arnau le dirigió una mirada afligida y señaló a Hug, quien seguía sentado contra la piedra del arco de entrada a la capilla. Furneria, arrodillada a su lado, balanceaba el cuerpo adelante y atrás con claro nerviosismo. Un charco de color carmesí se extendía a sus pies.

—¿Hug...?

Éste abrió los ojos de golpe y un rictus de dolor le cruzó el semblante al moverse. Sacó la mano que tenía apoyada en el costado por debajo de los pliegues de su capa. La tenía empapada en sangre.

—Ese bastardo francés me hirió —dijo con un murmullo.

Sunifred se acercó hasta él y le retiró la capa y la camisa. Un corte largo y profundo en su costado no dejaba de sangrar.

El silencio se enseñoreó de la ermita mientras los rayos del sol seguían su curso hasta iluminar todo el espacio.

—Hug... No...

El caballero esbozó una sonrisa trémula.

—Lo siento, amigo, tendrás que acabar con esto tú solo —dijo.

—¡Ni hablar! Lo acabaremos juntos, como siempre. Buscaremos un médico en Ucero que pueda curarte la herida...

Su voz sonaba desesperada. Hug lo detuvo con un gesto.

—Ya no me queda tiempo. —Luego, volviéndose hacia Furneria, que musitaba una letanía ininteligible, le preguntó—: Muchacha, ¿me harías la merced de bendecirme?

El hielo y el fuego se fundieron en los ojos de la joven con orgullo a pesar de la tristeza que todavía los embargaba. Asintió y posó sus manos sobre la cabeza del caballero mientras recitaba su bendición.

Cuando terminó, Hug se volvió hacia el almogávar.

—Cuida de ella, Arnau, sin duda Furneria es el verdadero tesoro.

El hombre asintió y condujo con delicadeza a la muchacha hacia el exterior de la ermita. Una vez que hubieron salido, Hug miró a Sunifred.

—Hermano... —Tuvo que cerrar los ojos ante un nuevo destello de dolor—. Me gustaría morir con la espada en la mano.

Sunifred sacó la espada de Hug de su vaina y se la entregó. Hug la cogió con reverencia y depositó un beso en su cruz.

—Haz que la Orden sobreviva, hermano.

Asió entonces con fuerza el pomo de la espada y lo acercó a su pecho. Sunifred, arrodillado frente a él, puso a su vez las manos sobre las de su amigo.

—*Non nobis, Domine, non nobis*... —recitó Hug.

—... *Sed Nomini Tuo da gloriam* —acabó Sunifred mientras su hermano, su amigo, exhalaba el último aliento.

Unas horas después, tras enterrar el cuerpo de Hug en la parte trasera de la ermita, Sunifred, Arnau y Furneria, con el carro repleto de los tesoros encontrados bajo el suelo de aquel lugar sagrado, pusieron rumbo al oeste, hacia Portugal.

Aluvión, atado a la parte trasera del carro, relinchaba sin descanso afligido, y el dolor impreso en sus relinchos reverberaba por el cañón del río Lobos buscando ese eco que transitara hacia la eternidad junto con el alma del caballero templario que allí quedaba.

Epílogo

Todavía me parece escuchar aquellos relinchos. Aún hoy, cuando mi cuerpo agostado pide ya el merecido descanso junto al Creador, me despierto a veces con el dolor por su muerte golpeándome el pecho.

Esos días, rememoro lo ocurrido con la sabiduría que da el paso de los años, y siento que hicimos lo que pudimos con las herramientas que nos fueron dadas. Y que él, más que nadie, entendió que la vida se compone de esos pequeños retazos de coraje, que en solitario son insignificantes, pero uniéndolos logran que nuestro paso por el mundo se convierta en promesas de un futuro más halagüeño.

Me despedí de aquella muchacha perfecta de mirada cambiante y cabello níveo en la costa portuguesa, sabiendo que el hombre que la acompañaba nunca cejaría en su empeño por protegerla. Deposité una de las sacas rescatadas de la ermita de Ucero en sus manos para desearles buenaventura. Me despedí de Aluvión años después, quien aceptó mi compañía tras admitir que su amo ya no volvería. Y hace poco me he despedido de los pocos hermanos que todavía resisten en Portugal, ayudados por ese tesoro que Pedro de Moncada me ordenó recuperar.

La Orden ha llegado a su fin. Los que la querían destruida han vencido. Muchos freires se han acogido a otras órdenes o han acabado con sus cenizas desperdigadas por los vientos de la inquina

y la maldad. Pero el espíritu que el Temple una vez tuvo todavía continúa, y espero que lo haga y el paso del tiempo nunca lo borre de la memoria.

Y me despido de nuevo de aquel que fue mi hermano, al que admiré por su integridad por encima de todas las cosas, porque aprendí de él que la determinación y el honor podían caber en un mismo espíritu y que la eternidad se gana a fuerza de luchar por los sueños de uno mismo. Pronto volveremos a cabalgar juntos en pos de quimeras imposibles.

Yo, templario porque Dios así lo quiso, porque puso en mi camino a hombres que me ayudaron a ser mejor de lo que era, porque me mostró que en la vida los infortunios se quiebran a base de esperanza, me despido de esta carcasa que envuelve mi alma y me acojo a la ilusión de que todo aquello por lo que he luchado haya valido la pena.

«Vivir antes de morir, para morir viviendo...»

Petrer, 9 de marzo de 2025

Nota de la autora

El 22 de marzo de 1312 el papa Clemente V promulgaba la bula *Vox in excelso* donde se ordenaba la disolución de la Orden del Temple. Dos años después, el 18 de marzo de 1314, era condenado a morir en la hoguera el último Gran Maestre templario, Jacques de Molay. Con ello se cerraba el largo proceso que orquestara el rey de Francia, Felipe IV, para ver destruidos a los templarios.

En España, tras su disolución, aquellos hombres que habían servido al Temple tomaron caminos distintos. Algunos se integraron en otras órdenes, como la de San Juan del Hospital, la Orden de Montesa o la Orden de los Caballeros de Cristo en Portugal. Otros abrazaron la vida civil y continuaron haciendo lo que mejor sabían hacer: emplear la espada en distintas causas. Otros emigraron a Inglaterra, Escocia —aunque hay quien afirma que este último dato está basado en la mitología que rodea a la Orden— e, incluso, algunos marcharon al norte de África.

Sin embargo, a pesar de los siglos transcurridos, su leyenda, la de esos monjes guerreros consagrados a Dios y a la protección de aquellos que peregrinaban a Tierra Santa, sigue viva. Mucho se ha escrito sobre ellos y muchos son los que intentan salvaguardar su legado.

Ríos de tinta han corrido en este sentido para dar a conocer la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo del Rey

Salomón, ya fuera basándose en hechos fehacientes y demostrados o en la mitología y leyendas sobre ellos que han trascendido a lo largo de los años.

Una novela histórica, tomando como referente los hechos tal y como se conocen, invita además a incorporarle una estructura novelística de ficción que nace de la interpretación del sentido —y del sentir— de, en este caso, la autora de estas letras. Cualquier licencia histórica que me haya tomado en el transcurso de la redacción del libro ha sido en aras de propiciar una historia coherente y cohesionada de aquello que he querido contar, es decir, usar lo que es conocido e intentar interpretar, bajo mi propia subjetividad, aquello que podría ser y que logre que el lector se sienta identificado con la historia.

En esta novela aparecen y tienen voz muchos personajes históricos reales. Basándome en lo que de ellos se conoce por testimonios documentales, me he permitido ficcionar aspectos de su vida cotidiana y de los deseos, anhelos y ambiciones que motivarían sus acciones. Éste es el caso de los siguientes personajes:

Comenzamos por frey Gallard de Josa, comendador de la casa templaria de Tortosa desde noviembre de 1272 hasta noviembre de 1274, de quien me llegaron unas páginas en las que se hablaba de él como el impulsor del *Llibre del Costums* de Tortosa, tratado jurídico que regulaba los derechos de los ciudadanos tortosinos, de la propia ciudad y de su extenso territorio. Conocer a frey Gallard fue el revulsivo que necesitaba para idear el comienzo de esta novela.

Pedro de Moncada, quien tanto protagonismo tiene en esta historia, fue maestre provincial de Aragón desde abril de 1279 hasta

noviembre de 1282. No he encontrado muchos datos sobre él, más allá de que era hermano de Guillem de Moncada, consejero y lugarteniente real, junto al que participó en la batalla de Llutxent en 1276, en la que fue hecho preso en el castillo de Biar. En cuanto a su muerte, en algunas fuentes se dice que murió en 1282 y, en otras, que murió defendiendo Trípoli del asedio de los mamelucos. Para la novela, y por el bien de la historia que he querido contar, he utilizado este último dato.

Bernat de Montoliu y Bernat de Rocamora fueron comendadores de la preceptoría de Tortosa. El primero en 1285; y el segundo lo fue por dos veces, una en 1278 y otra durante el periodo comprendido entre mayo y septiembre de 1289.

De Esquieu de Floyran se sabe que era natural de Biterris y que fue uno de los que declaró en contra de la Orden del Temple en los juicios que se llevaron a cabo en Francia. Según él, estando preso por asesinato conoció en la misma cárcel a un templario que le narró las prácticas herejes y ritos secretos de la Orden. En la novela se da detalle de la entrevista que tuvo con el rey Jaime II y al que unos años después requirió el pago por tal información. Fue nombrado prior de Montfaucon.

Gérard de Boizol fue uno de los que también declararon contra el Temple, como cuenta en el juicio el templario Ponsard de Gisy, comandante de Payns, en su defensa. Su amistad con Floyran y las motivaciones que lo movieron a declarar contra los templarios han salido de mi imaginación.

Frey Ramón de Saguardia, lugarteniente del maestre provincial y comendador de Masdéu y frey Berenguer de Sant Just, comendador de Miravet, resistieron en la fortaleza de Miravet —tal y como cuento en la novela— el asedio al que los sometió el rey Jaime II tras recibir la bula *Pastoralis praeeminentiae* del papa Clemente V. Tras su

rendición, fueron apresados y encarcelados. Saguardia volvió a la encomienda de Masdéu una vez que fue puesto en libertad y allí acabó sus días.

En cuanto a los cátaros, son personajes reales Philippe d'Alayrac, Aude Bourrel, Pierre Bernier, Guillaume Belibaste y el pastor Pèire Mauri.

Philippe y Aude murieron de la forma en la que se narra en este libro, uno condenado a la hoguera en 1310, y la otra de unas fiebres en 1307, hasta que su cuerpo fue exhumado dos años después para quemarlo. Aude fue conocida como la última dama perfecta, apelativo que yo le concedo a la hija de ambos, Furneria, personaje enteramente de ficción.

La persecución de la Inquisición francesa en la época fue real y trajo a los creyentes cátaros hacia España para huir de ella, asentándose en tierras de Tarragona, el Maestrazgo y Valencia. En esa huida se utilizaron los caminos de la trashumancia que cruzaba los Pirineos y por ello la importancia de los pastores —como Pèire Mauri— en su diáspora. En cuanto a Belibaste, se necesitaría de más espacio para contar su historia, baste decir que al final se asentó en Sant Mateu (Castellón) y que fue engañado para volver a Francia, donde fue apresado por la Inquisición y condenado. Según la leyenda popular, mientras moría en la hoguera pronunció las siguientes palabras: «Dentro de setecientos años, el laurel reverdecerá». Palabras que yo he puesto en boca de Furneria.

Quien quiera conocer más aspectos sobre estos personajes o sobre la historia de cada uno de ellos puede dirigirse a la bibliografía que he incluido al final del libro.

La historia, en especial aquellos rincones olvidados o poco conocidos de ella, es algo que siempre me ha fascinado. Sobre todo, el tapiz que conformaron el destino de esos hombres y mujeres anónimos que, con sus aventuras, hazañas, coraje, sacrificios y traiciones, participaron en el devenir de los grandes momentos históricos de los que tenemos constancia. De esa mi afición por darles voz con mi pluma nació *Yo, templario*, donde el pasado se forja a través del honor, la fe y la espada, para rescatar de las sombras —y del anonimato— lo que debieron de sentir aquellos individuos en su día a día, los dilemas éticos a los que se enfrentaron y su respuesta ante ellos, siempre dentro del recuerdo de esas extraordinarias gestas de antaño.

Con los personajes de ficción que imaginé para esta novela, he intentado, como siempre, contar una historia, un cuento, desde un punto de vista natural, donde cada uno de ellos es reflejo de los defectos y virtudes que nos identifican como seres humanos, libres y pensantes —o eso quiero creer—, en el mundo, y en la época, que a cada cual le ha tocado vivir:

Por ejemplo, los caballeros templarios Sunifred y Hug de Monrós, hermanados con un mismo fin, que no es otro que buscar, cada uno a su manera, la supervivencia de la Orden a la que se deben; Cixilona de Miravalle, digna descendiente de aquellas mujeres tortosinas que integraron la Orden del Hacha —leyenda que tantas alegrías me ha dado—; Arnau de Tella, descendiente también, a su vez, del almogávar Gonzalo de Tella, protagonista de otra de mis novelas; Raymond d'Alayrac, superviviente de la persecución a los cátaros; y, por último, Furneria, la última dama perfecta, a la que no sólo he dotado del rasgo de tener los iris de diferente color, anomalía que se conoce como heterocromía, sino también de TEA (trastorno del espectro autista), una afección grave que afecta al desarrollo del

cerebro en cuanto al uso de la comunicación y de las habilidades sociales.

Con ellos, y con sus vidas, hasta que acaban confluyendo todos en un mismo espacio y tiempo, he querido contar esta historia de coraje, integridad, honor y pasión por defender cada cual sus creencias y afrontar las pruebas que la vida va imbricando en el devenir del camino seguido por cada uno de ellos. Un viaje hacia ese fin desconocido que es la existencia misma, en el marco histórico que se vivió durante el ocaso, y después persecución y supresión, de aquellos caballeros que tan presentes están en el imaginario popular: los templarios.

Y con estos mimbres, donde la realidad y la ficción se entrelazan con base en unos hechos cuidadosamente documentados, he intentado ofrecer una aventura fiel y verosímil del espíritu de aquellos tiempos tan lejanos, deseando que transporten al lector a esos días de batallas y secretos donde el hierro y la fe se aunaron para brindarnos un viaje extraordinario a través de la historia.

Agradecimientos

Han sido más de dos años de documentación y redacción de esta novela. Y, aunque escribir es un oficio que se ejerce en soledad, sin la ayuda de ciertas personas nada de esto hubiera sido posible. Vaya por delante mi agradecimiento a todos ellos.

Gracias a la editorial Planeta y a su nuevo sello Istoría por darme la oportunidad de ver esta novela publicada: a Roger Domingo, director editorial; Alicia de la Fuente, editora de mesa; y Sylvia Sans, diseñadora de la cubierta. Su labor ha sido encomiable.

Gracias a Luis Manuel Zorrilla, de la Agencia Impulso Literario. Mi agente, mi amigo y la persona que siempre ha confiado en mí y en lo que escribo. Gran parte de mi progreso en este difícil mundo de las letras se lo debo a él. Cuando alguien siente pasión por lo que hace, se nota, y es de justicia reconocérselo. Espero contar siempre con su compañía en este periplo literario.

Gracias a Josep Miquel Martínez Arín, presidente de la Asociación Tortosa Templaria, por su entusiasmo, por su ayuda, por su apoyo constante y porque lo hace todo sin pedir nada a cambio. Me alegro de que la vida, los astros o los hados se hayan conjurado para que nos conociéramos. Además, suya es la reflexión sobre entregar la espada por la cruz o por el filo que aparece en la novela en boca de frey Josep. Yo sólo me he limitado a reinterpretarla. Gracias.

Para escribir esta novela, he tenido la fortuna de contar con personas especializadas en distintos campos. Su amabilidad por atenderme es de agradecer, y mucho. Cualquier error que haya cometido en cualquiera de estas facetas se debe enteramente a mi pluma:

Gracias a Eduard Berga, gran especialista en todo lo relativo a la historia de los cátaros, que me despejó algunas dudas y me ilustró sobre la relación de los cátaros y los templarios.

Gracias a Santiago Soler, apasionado de la Orden del Temple, quien tuvo a bien atender vía telefónica alguna cuestión mía con respecto a los templarios y recomendarme bibliografía.

Gracias a Malena Santos Pérez, psicóloga sanitaria especializada en niños y adolescentes, quien me regaló un poco de su tiempo para explicarme las características de las personas que sufren TEA (trastorno del espectro autista) y, en concreto, el síndrome de Asperger.

También tengo mucho que agradecer a todos aquellos que, de una manera u otra, me han hecho partícipe de su apoyo para llevar a buen puerto este libro:

Gracias a Luis Mollá, escritor y amigo, mi admiración por él no tiene fin; a Juan Ramón Montero Gilete por su inestimable ayuda; a Sandra de Oyagüe, amiga, lectora incansable, agente literaria y lectora profesional; a la Asociación de la Semana de Novela Histórica de Cartagena, en especial a Marisa Gálvez y Laura Conesa, por poner en valor a los que escribimos libros donde se aúna la ficción y la historia; a Rodrigo Díaz Cortez, compañero de letras, cuyos consejos me han sido de gran ayuda; a Fran y Mario, cuya amistad

me hace una persona más completa; y gracias a José Luis Soler, Vicente Lloret Puche, Josep Alcalde Amaya por su interés en la creación de esta novela. Espero no haber olvidado a nadie y, si lo he hecho, pido mil disculpas.

También extiendo mi agradecimiento a todos aquellos compañeros de letras que me he encontrado en este camino y que han hecho que mi vida sea más divertida y plena. Nombraros a todos sería imposible, pero vosotros ya sabéis quiénes sois.

Hago mención especial a las bibliotecas. Muchas veces no nos detenemos a pensar lo necesarias que son para el fomento, no sólo de la lectura, sino de la cultura de un pueblo, y creo que, a veces, no tienen el apoyo institucional que merecen. Abogo por ello y agradezco la implicación que han tenido para que pudiera acceder a los documentos bibliográficos que he necesitado. Gracias a las bibliotecas de Petrer, Castellón, La Vila Joiosa, Guardamar del Segura, Monóvar, Sax y otras muchas; y, en especial, a la Biblioteca Poeta Paco Mollá de Petrer y a mis dos compañeros, Fernando y Almudena, que me han facilitado tiempo para poder dedicárselo a escribir.

También quiero mencionar a los libreros, tan comprometidos siempre en acercar a lectores y escritores a través de las páginas de un libro y cuya labor y oficio debería considerarse parte del Patrimonio Inmaterial de la Humanidad. Ahí lo dejo.

Sin el apoyo, la ayuda y la paciencia de mi familia, nada de esto tendría sentido. Gracias a mis padres y a mi hermano, siempre están ahí cuando los necesito y hacen lo posible por impulsar, en la medida de sus posibilidades, mi carrera como escritora. Son la brújula que guía mis pasos. Y gracias a Jose y a Érik, mis dos vikingos favoritos, cuyo amor sustenta a esta escritora cada día.

Por último, no puedo olvidarme de dar las gracias a todos los lectores que me seguís por las redes sociales, es por vosotros por lo que, cada día, me esfuerzo en mejorar. Vuestra fidelidad es también la mía en recíproca consistencia.

Semper Devotio.

Dramatis personae

(*) Personajes históricos reales.

Personajes principales

Hug de Monrós: caballero templario en Tortosa.
Sunifred: sargento templario al servicio de frey Pedro de Moncada.
Arnau de Tella: almogávar, originario de Valencia.
Bettisia: muchacha siciliana, compañera de Arnau.
Cixilona de Miravalle: dama noble de Tortosa.
Ponç de Miravalle: noble tortosino, padre de Cixilona.

Orden del Temple

Pedro de Moncada (*): maestre provincial de Aragón de 1279 a 1282.
Gallard de Josa (*): comendador de Tortosa de 1272 a 1274.
Bernat de Rocamora (*): comendador de Tortosa en 1278 y 1289.
Bernat de Montoliu (*): comendador de Tortosa en 1285.
Ramón de Saguardia (*): comendador de Masdéu y lugarteniente del maestre provincial de Aragón en el último periodo.
Berenguer de Sant Just (*): comendador de Miravet.

Cátaros

Raymond d'Alayrac: creyente cátaro de Costauçan, en Occitania.
Philippe d'Alayrac (*): perfecto cátaro, hijo de Raymond.
Aude Bourrel (*): dama perfecta de Limoux.
Furneria: hija de Philippe y Aude.
Guillaume Belibaste (*): perfecto cátaro.
Pèire Mauri (*): pastor, simpatizante de los cátaros.
Jordane y Helís: creyentes cátaras de Costauçan.
Pierre Bernier (*): cátaro en Toulouse.

Otros

Esquieu de Floyran (*): de Biterris, instigador de los juicios contra el Temple.
Gérard de Boizol (*): noble francés que declara contra la Orden del Temple.
Blai y Pere de Monrós: hermanos de Hug de Monrós.
Josep y Miquel: caballeros templarios en Tortosa, hermanos gemelos.
Audat: sargento templario en Campagne-sur-Aude.
Bertomeu: sirviente en la encomienda de Tortosa.

Bibliografía

AUÉ, Michèle, *El país cátaro*, Francia, MSM, 1992.

AURA PASCUAL, José Jorge, *Los almogávares: desde sus orígenes a su disgregación*, Alcoy, Fila Almogávares de Alcoy, 2008.

ÁVILA GRANADOS, Jesús, *La mitología templaria*, Conesa, Diversa, 2014.

—, *Templarios en las tierras del Ebro*, Barcelona, Lectio, 2009.

AYLAGAS MIRÓN, Alejandro, *La ermita templaria de Ucero (Soria): apuntes históricos y notas para la visita a un enclave mágico*, Castellón, s. n., 2005.

BAIGENT, Michael, LEIGH, Richard y LINCOLN, Henry, *El enigma sagrado*, Barcelona, Martínez Roca, 1985.

BARAHONA, Pastora: *Los Templarios: una historia muy presente*, Alcobendas, LIBSA, 2003.

BARBER, Malcolm, *El juicio de los Templarios*, Madrid, Editorial Complutense, 1999.

—, *Los templarios*, Madrid, Dastin, 2004.

BECK, Wilfried y SOLER, José Luis, *Pere Mauri: l'ultim pastor càtar*, Barcelona, USBOOK, 2019.

BERGA SALOMÓ, Eduard, *El catarismo en la tradición espiritual de Occidente*, Zaragoza, Fundación Rosacruz, 2012.

BORDONOVE, George, *La vida cotidiana de los templarios en el siglo xiii*, Madrid, Temas de Hoy, 1989.

BRENON, Anne, *Las mujeres cátaras: historias reales de las víctimas de la hoguera*, Madrid, Tikal, 2001.

CORRAL, José Luis, *Breve historia de la Orden del Temple*, Barcelona, Edhasa, 2006.
DEMURGER, Alain, *Auge y caída de los templarios*, Barcelona, Planeta DeAgostini, 2005.
FÁBREGA, Óscar, *Eso no estaba en mi libro de historia de los cátaros*, Córdoba, Almuzara, 2022.
FOSSIER, Robert, *Gente de la Edad Media*, Madrid, Taurus, 2007.
GALERA GRACIA, Antonio, *Templarios. Vida cotidiana*, Murcia, Trirremis, 2023.
GARCÍA BLANCO, Javier, *Templarios en España: historia de la Orden en los reinos peninsulares*, Madrid, América Ibérica, 2012.
—, *Gran guía de la España templaria*, Madrid, Aguilar, 2008.
GRBASIC, Zvonimir, *Templarios. Soldados de Dios*, Madrid, Desperta Ferro Ediciones, 2022.
LABRADOR, Víctor, *Jaume I: el naixement d'un poble: una biografía il·lustrada*, Alzira, Bromera, 1998.
LAMY, Michel, *La otra historia de los templarios*, Madrid, Martínez Roca, 2005.
Llibre dels fets, Barcelona, Afers, 1995.
MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *Los templarios en los reinos de España*, Barcelona, Planeta, 2001.
MESTRE, Jesús, *Los templarios: alba y crepúsculo de los caballeros*, Barcelona, Península, 2001.
MORALES MUÑIZ, María Dolores Carmen, «El caballo en la Edad Media. Un estado de la cuestión», en *Homenaje al profesor Eloy Benito Ruano*, Madrid, Sociedad Española de Estudios Medieval-Editum, 2010.
MOXÓ MONTOLIU, Francisco (1993), «Los templarios en la Corona de Aragón», *Aragón en la Edad Media*, n.º 10, pp. 661-674.
MUNTANER, Ramón, *Els almogàvers*, Valencia, Eliseu Climent, 1998.
—, *Crónica*, Alzira, Bromera, 1999.
O'SHEA, Stephen, *Los cátaros. La herejía perfecta*, Madrid, Suma de Letras, 2002.
PAGAROLAS I SABATÉ, Laureà, *Els templers de les terres de l'Ebre. De Jaume I fins a l'abolició de l'Orde (1213-1312)*, Tarragona,

Diputació de Tarragona, 1999.
—, *La comanda del Temple de Tortosa: primer periode (1148-1213)*, Tortosa, Ed. Coop. Gráfica Dertosense, 1984.
RAMPOLDI, María Florencia y MORENO, Horacio, *Milites Templi: hechos y misterios de los caballeros templarios*, Sant Andreu de la Barca (Barcelona), Círculo Latino, 2002.
RIU, Manuel, *La vida, las costumbres y el amor en la Edad Media*, Barcelona, De Gassó Hnos., 1959.
RUBIO CALATAYUD, Adela, *Almogávares: del Reino de Aragón a Bizancio*, Zaragoza, Delsan, 2010.
SANS I TRAVÉ, Josep Maria, *El procés dels templers catalans: entre el turment i la gloria*, Lleida, Pagès Editors, 1990.
SÈDE, Gérard de, *El oro de Rennes*, Barcelona, Plaza & Janés, 1970.
UPTON-WARD, J. M., *El código templario: texto íntegro de la regla de la Orden del Temple*, Barcelona, Martínez Roca, 2001.

Notas

Primera parte. 1273-1278

I

1. Se refiere al *Llibre de les Costums de Tortosa*, primer tratado jurídico escrito en catalán, que sigue el derecho justiniano, y que fue base de los fueros de Valencia. Su origen se remonta a la Carta de Población otorgada por el conde Ramón Berenguer IV a Tortosa en la que se reconocían las bases de una nueva administración menos feudal, con un cuerpo jurídico que regulaba los derechos de los ciudadanos de la propia ciudad y de su extenso territorio. Asimismo, el texto recoge los derechos de la mujer tortosina, algo impensable en la época en la que se redactó. *Les Costums* siguen teniendo vigencia en la actualidad en algunos casos judiciales concretos.

II

2. En valenciano: «Ahora verás lo que les hacemos a quienes nos intentan joder».

III

3. Herramienta de corte formada por una hoja de acero y un mango tradicionalmente de madera. Los almogávares usaban una variante más larga que, junto con la azcona (lanza corta), formaban el conjunto habitual de sus armas de ataque.

IV

4. Término inquisitorial por el que se conocía a los religiosos y religiosas de la Iglesia cátara, a quienes sus creyentes llamaban buenos cristianos, buenos hombres y buenas mujeres. Eran los encargados de predicar sus creencias entre los fieles y practicaban un ascetismo extremo: el celibato, la abstinencia de cualquier alimento de origen animal, el rechazo absoluto a la violencia y la prohibición de matar. No tenían posesiones, no podían mentir ni jurar y evitaban la envidia, los celos o cualquier vicio.

5. El *consolamentum* es el sacramento cátaro por excelencia: bautismo por imposición de manos o bautismo por el «consolador» del Espíritu Santo. Concedido a los novicios para marcar su entrada en el mundo religioso o al morir, para salvar su alma.

V

6. Esta frase es la que concluye la crónica o libro de hechos de la vida y hazañas de Jaime I el Conquistador. *Llibre dels fets*, Catarroja-Barcelona, Afers, 1995.

Segunda parte. 1284-1285

II

7. La Regla primitiva de los Pobres Caballeros del Temple en su apartado LXX dice así: «Consideramos peligroso para los religiosos mirar detenidamente el rostro de las mujeres [...]».

IV

8. Efesios 6, 17.

VI

9. *Ausberg*: tipo de cota de malla o láminas de hierro que cubre el torso y puede llegar a cubrir parte de los brazos y los muslos. Bacín: casco hemisférico o puntiagudo que cubría la cabeza.

XIII

10. La historia de la Orden del Hacha la cuento en mi novela *El juramento de Tortosa: la leyenda de la Orden del Hacha*, publicada en 2020.

XV

11. «El muchacho ha vendido las cabras esta mañana, y luego se ha ido a la posada a celebrar la venta con otros pastores. Quizás todavía esté allí.»

Tercera parte. 1289-1291

IV

12. Estandarte blanco y negro, enseña de los templarios que, durante el combate, debía estar siempre en alto. Normalmente, se presentaba con dos bandas en horizontal, aunque también las había en vertical o en forma de damero. El estandarte incluía la cruz bermeja del Temple.

13. Miembro del Temple que llevaba el estandarte y que lo custodiaba con su vida. También llamado portaestandarte.

14. Para la ceremonia de ordenación de un caballero templario me he basado en lo expuesto en el libro de Martínez Díez, Gonzalo, *Los templarios en los reinos de España*, Barcelona, Planeta, 2001.

VIII

15. Máquinas de asedio medievales para lanzar proyectiles a los muros. Quizás sea el tipo de catapulta más conocido, consistente en un trozo de cuerda en tensión unido a un brazo de lanzamiento en forma de cuenco en su extremo.

Cuarta parte. 1308-1310

I

16. Extraído del libro: Barber, Malcolm, *El juicio de los templarios*, Madrid, Complutense, 1999, pp. 71-72.

III

17. Extraído del libro Brenon, Anne, *Las mujeres cátaras: historias reales de las víctimas de la hoguera*, Madrid, Tikal, 2001.

IV

18. «Que aún no son hermanos.»

X

19. 'Cazador' en francés.

Yo, templario
Verónica Martínez Amat

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Verónica Martínez Amat, 2025

Diseño de la cubierta, Sylvia Sans Bassat, 2025

© Editorial Planeta S.A.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 979-13-87714-05-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta